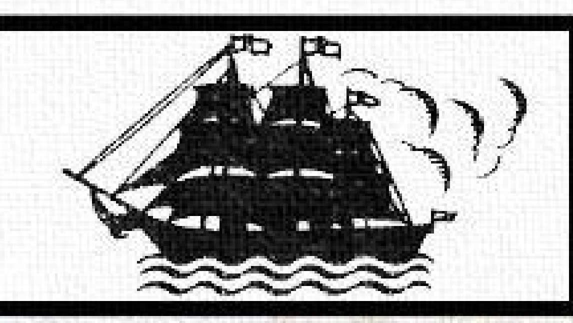




CAPITANES INTRÉPIDOS

Rudyard Kipling



Siempre se ha dicho que, a partir de los cuarenta, el hombre es responsable de su cara. Kipling viene a añadir aquí que también lo es de su biografía. Recordando su aprendizaje de periodista, el autor escribió: «Mi jefe me tomó por su cuenta, y durante tres años lo odié. Tenía que domarme, y yo no sabía nada. Ignoro lo que sufrió por causa mía; pero la poca o mucha escrupulosidad que haya llegado a adquirir en mi vida, el hábito de procurar siquiera verificar las referencias y cierta maña para no moverme de la mesa de trabajo, se los debo enteramente». Sin duda el lector ha reconocido en estas líneas un resumen de *Capitanes intrépidos*, una excelente novela de aprendizaje.

Rudyard Kipling

Capitanes intrépidos

Tus Libros - 130

ePub r1.0
Titivillus 24.04.2020

Título original: *Captains Courageous*
Rudyard Kipling, 1896
Traducción: Maylee Yábar-Dávila
Apéndice: Constantino Bértolo Cadenas
Ilustraciones: Maylee Yábar-Dávila
Retrato del autor: Antonio Hernández

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



RUDYARD KIPLING (1865-1936)

La presente obra es traducción directa e íntegra del original inglés en su primera edición, publicado en Londres y Nueva York por The S. S. McClure, Co. en 1896-97. Las ilustraciones, originales de Maylee Yábar-Dávila, han sido realizadas expresamente para esta edición.

Capítulo I

La puerta abierta del salón de fumar, gastada por la intemperie, dejaba entrar la niebla del Atlántico Norte, mientras el gran trasatlántico se balanceaba y elevaba a merced de las olas, haciendo sonar la sirena para advertir de su presencia a la flota pesquera.

—Ese chico, Cheyne, es el mayor incordio que hay a bordo —dijo un hombre enfundado en un abrigo de frisa, dando un portazo—. No lo queremos aquí. Es demasiado impertinente.

Un alemán de pelo blanco, con un bocadillo en la mano, gruñó entre bocado y bocado:

—Gonozco esa ralea. Amériga está llena de tipos como él. Ya les digo que deberrían permitirr la importation librre de cabos de sogas.

—¡Bah! No es para tanto. En realidad es más para tenerle lástima que otra cosa —dijo un neoyorquino arrastrando las palabras, mientras se tumbaba todo a lo largo sobre los cojines, debajo de la mojada claraboya—. Desde que era un chiquillo lo han estado llevando de un sitio a otro, de hotel en hotel. Estuve hablando con su madre esta mañana. Es una señora encantadora, pero ni siquiera ella parece poder con él. Lo llevan a Europa para que termine su educación.

—Todavía no la ha empezado —dijo uno de Filadelfia que estaba hecho un ovillo en un rincón—. A ese chico le dan doscientos dólares al mes para caprichos. Él mismo me lo dijo. Y aún no tiene dieciséis años.

—Su padrre se dediga al negocio de los ferrocarriles, ¿no es cierrto? —dijo el alemán.

—Sí. Y además es dueño de empresas mineras, madereras y navieras. El viejo tiene un palacio en San Diego[1] y otro en Los Ángeles. Posee media docena de líneas de ferrocarril, la mitad de las madereras de la costa del Pacífico, y deja que su mujer se encargue de gastar el dinero —continuó perezosamente el hombre de Filadelfia—. Ella dice que no le sienta bien el Oeste. Lo único que hace es ir crispada de aquí para allá con el chico. Me imagino que intenta averiguar qué es lo que le divierte a él. Se van a Florida,

luego a Adirondacks, Lakewood, Hot Springs[2], hasta Nueva York, y vuelta a empezar. La verdad es que el chico parece ahora más un empleado de hotel de segunda mano que otra cosa. Cuando vuelva de Europa, se habrá convertido en un castigo del cielo.

—¿Y por qué no se ocupa el viejo personalmente de él? —preguntó el del abrigo de frisa.

—Me parece a mí que el viejo está demasiado ocupado en amasar dinero y no quiere que lo molesten. Ya se dará cuenta de su error dentro de unos años. Es una lástima, porque, si se pudiese llegar hasta ellas, se vería que el muchacho tiene, en el fondo, un montón de cosas buenas.

—¡*Mit*[3] un cabo de soga, *mit* un cabo de soga! —gruñó el alemán.

Se oyó otro portazo y apareció un muchacho delgado, de unos quince años. Con aire de desprecio y un cigarrillo a medio fumar colgando de un extremo de la boca, fue a apoyarse en el quicio de la puerta. Su acentuada palidez llamaba la atención en una persona de su edad y tenía una expresión mezcla de indecisión, arrogancia y marrullería. Vestía una chaqueta de color cereza, pantalones bombachos, medias rojas, zapatos de montar en bicicleta, y llevaba una gorra de franela roja echada hacia atrás. Tras silbar entre dientes y echar una mirada a la tripulación, exclamó con voz alta y chillona:

—¡Eh, oigan! La niebla es muy densa ahí fuera. Se pueden oír pesqueros graznando por todas partes a nuestro alrededor. ¡Eh! ¿No sería genial si pudiésemos arrollar alguno?

—Cierra la puerta, Harvey —dijo el neoyorquino—. Cierra la puerta por fuera. Nadie te necesita aquí.

—¿Y quién va a echarme? —les preguntó desafiante—. ¿Ha pagado usted mi pasaje, señor Martin? Creo que tengo tanto derecho a estar aquí como cualquiera de ustedes.

Cogió unos dados que había en un tablero de damas y comenzó a pasárselos de una mano a otra.

—¡Eh, oigan, caballeros! Esto es un muermo. ¿Qué tal si echamos una partida de póquer?

No hubo respuesta. Entonces balanceó las piernas, dio unas caladas al cigarrillo y empezó a tamborilear sobre la mesa con unos dedos bastante sucios. Luego sacó de su bolsillo un fajo de billetes como si fuera a contarlos.

—¿Cómo está tu madre esta tarde? —dijo uno de los hombres—. No la he visto a la hora del almuerzo.

—En su camarote, supongo. Casi siempre se marea en el mar. Le voy a dar quince dólares a la camarera para que la cuide. Yo no suelo bajar más de

lo necesario. Me siento raro cada vez que paso por delante de la despensa del mayordomo. ¡Oigan! Esta es la primera vez que estoy en el océano.

—Oh, no te disculpes, Harvey.

—¿Quién se está disculpando? Es la primera vez que cruzo el océano, caballeros, y, exceptuando el primer día, no me he mareado ni una pizca. ¡No señor! —dio un puñetazo a la mesa con aire triunfal, se humedeció el dedo y siguió contando los billetes.

—No, si ya se ve que eres un fuera de serie —dijo el hombre de Filadelfia bostezando—. A poco que te descuides, llegarás a ser una honra para tu país.

—Ya lo sé. Por encima de todo, soy americano. Ya se lo demostraré a esos europeos cuando llegue. ¡Uff! Se me ha acabado el cigarro. No puedo fumar esa birria de tabaco que vende el camarero. ¿Hay algún caballero que lleve encima un auténtico cigarro turco?

El jefe de máquinas entró un momento. Estaba sonrojado, sonriente y mojado.

—¡Eh, Mac! —exclamó Harvey alegremente—. ¿Qué tal lo llevamos?

—Como siempre —fue su seria respuesta—. Los jóvenes siempre tan corteses con sus mayores, y los mayores tratando de apreciarlo.

Una risita burlona se escuchó desde el rincón. El alemán abrió su cigarrera y le alcanzó a Harvey un puro negro y delgado.

—Esste es el mejorr arrtilugio parra fumarr, mi joven amigo —le dijo—. ¿Guierres probarlo? ¿Ssí? De sentirrás más contento que nunca.

Con un ostentoso movimiento de la mano, Harvey encendió el desgalichado objeto y sintió que estaba haciendo grandes progresos en sociedad.

—Hace falta mucho más que esto para dejarme patas arriba —dijo, ignorando que lo que estaba encendiendo era un auténtico petardo.

—Esso es lo gue vamoss a verr todoss dentrro de boco —dijo el alemán —. ¿Dónde estamoss ahorra, señorr Mactónal?

—Justo allí, más o menos, señor Schaefer —respondió el maquinista—. Estaremos en el Gran Banco esta noche; pero hablando en términos generales, ahora estamos en medio de la flota pesquera. Hemos pasado raspando a tres botes de fondo plano y por un pelo no nos hemos llevado el botalón[4] [*] de un pesquero francés. Y eso es mucho navegar, debo decir.

—De gusta mi purro, ¿eh? —inquirió el alemán, viendo que los ojos de Harvey estaban llenos de lágrimas.

—Está bien. Máximo sabor —contestó el chico apretando los dientes—. Me parece que vamos más lento, ¿no creen? Saldré a ver qué dice el diario de

navegación.

—Yo harria esso si esstuvierra en tu lugarr —dijo el alemán.

Harvey fue tambaleándose por la cubierta[*] hasta llegar a la barandilla. Se sentía muy desdichado; pero al ver al camarero de cubierta recogiendo las sillas a golpes y, como antes había estado presumiendo delante de él de que nunca se mareaba, su orgullo le hizo dirigirse a popa, hacia la cubierta de segunda clase, la cual acababa en un caparazón de tortuga. La cubierta estaba desierta y Harvey se arrastró al extremo más apartado, cerca del mástil. Allí se dobló retorciéndose de dolor, ya que el petardo del alemán, unido a la marejada y al ruido de la hélice, parecía querer acabar con su alma. La cabeza le daba vueltas; chispas de fuego danzaban ante sus ojos; su cuerpo parecía adelgazar, mientras sus talones se agitaban con la brisa. Se hallaba inclinado sobre la barandilla y casi desvanecido a causa del mareo cuando, debido a un vaivén del barco, fue a parar al caparazón de tortuga. Una ola maternal, baja y gris, surgió balanceándose de entre la niebla arropando a Harvey bajo el brazo, por así decirlo, y lo empujó hacia sotavento[*]. La verde inmensidad se cerró sobre él, y se quedó apaciblemente dormido.

Le despertó el sonido de la sirena anunciando la hora de cenar, como la que había en una escuela de verano a la que había asistido en Adirondacks. Lentamente fue recordando que él era Harvey Cheyne, que se había ahogado y estaba muerto en medio del océano, pero aún estaba muy débil como para encajar las cosas. Las ventanas de su nariz captaron un olor nuevo; unos escalofríos húmedos y pegajosos recorrieron su espalda, y además se sentía irremisiblemente lleno de agua salada. Cuando abrió los ojos, se dio cuenta de que aún se encontraba en la superficie del mar, porque este correteaba formando colinas plateadas a su alrededor, y él se hallaba tumbado sobre una pila de peces medio muertos, mirando unas anchas espaldas humanas vestidas con un jersey azul.

«¡Uf! Qué mal —pensó el muchacho—. Seguro que estoy muerto y esta mole es el que manda aquí».

Soltó un gemido y la figura volvió la cabeza, dejando asomar un par de pequeños aros de oro medio ocultos entre el cabello negro y ensortijado.

—¡Ajá! ¿Te sientes ya un poco bien? —dijo la mole—. Quédate echadu. Nos equilibraremos mejor.

Dio un rápido tirón y puso proa hacia un mar sin espuma, que elevó la barca veinte pies solo para deslizaría dentro de una cristalina hondonada que había más allá. Pero este escalar montañas no interrumpió la charla del jersey azul.

—Menos mal, digo, que yo te cogiera, ¿eh? Estuvo moito mejor que tu barco no me alcanzara a mí. ¿Cómo es que te has caído?

—Estaba mareado —dijo Harvey—. Tan mareado que no he podido evitarlo.

—Soné mi cuerno justo a tiempu, y tu barco hizo una guiñada[*] un poquitu. Luego te vi caer. ¡Ajá! Yo pensé que la hélice te habría hecho picadillu, mas luego ti vi flotar a la deriva, flotar hacia mí. Te pesqué como si tú fueras un gran peis. Así que no te ha tocadu morirte esta veis.

—¿Dónde estoy? —dijo Harvey, que no estaba muy convencido de que su vida estuviese a salvo donde se encontraba.

—Estás conmigu en un bote. Manuel es mi nombre, y vengo do la goleta We’re Here de Gloucester[5]. Vivo en Gloucester. Prontu nos darán la cena. Eso es.

Parecía tener dos pares de manos y una cabeza de hierro fundido, porque no contento con soplar una enorme caracola, lo hacía de pie, manejando el bote al mismo tiempo, meciéndose al compás de su fondo plano y enviando un rasgado sonido de cuerno a través de la niebla. Cuánto tiempo duró este entretenimiento es algo que Harvey no pudo recordar, ya que permaneció recostado de espaldas, aterrorizado ante la visión de las humeantes olas. Le pareció entonces oír un cañonazo junto con el sonido de un cuerno y voces que gritaban. Una cosa más grande que el bote, pero igual de animada, apareció por un costado. Varias voces hablaban al mismo tiempo; él se vio arrojado a un agujero oscuro y bullicioso, donde hombres con impermeables le dieron un trago caliente y le desvistieron. Luego, se quedó dormido.

Al despertar en el vapor escuchó la primera campana del desayuno y se asombró de lo pequeño que se había vuelto su camarote. Se dio la vuelta y miró dentro de una cueva estrecha y triangular, iluminada por una lámpara que colgaba de una enorme viga. Al alcance de la mano había una mesa de tres esquinas que iba desde el ángulo de la proa hasta la base del trinquete[*]. En el extremo de la popa, tras una vieja estufa Plymouth muy vieja, se hallaba sentado un muchacho que tendría más o menos su edad. Tenía la cara achatada y sonrosada, con un par de ojos grises y parpadeantes. Estaba vestido con un jersey azul y botas de goma. En el suelo había varios pares del mismo tipo de calzado, una gorra vieja y algunos calcetines de lana desgastados por el uso. Y balanceándose aquí y allá, junto a las literas, algunos impermeables amarillos y negros. El lugar estaba tan atestado de olores como un fardo lo está de algodón. Los impermeables despedían un hedor particularmente denso que servía de telón de fondo a otros olores, como

el del pescado frito, la grasa quemada, la pintura, la pimienta y el tabaco rancio; pero estos, a su vez, quedaban envueltos por uno, aún más penetrante, a barco y agua salada. Harvey comprobó con disgusto que no había sábanas en su cama y que se hallaba acostado sobre un saco sucio lleno de bultos y grumos. Además, la forma en que se movía el barco no era propia de un vapor. No se deslizaba ni se balanceaba, sino que más bien se agitaba ridículamente, sin rumbo, como un potro acabado de encabestrar. Ruidos de agua llegaban hasta sus oídos, y las vigas crujían y chirriaban a su alrededor. Todas estas cosas le hicieron gemir desesperadamente y pensar en su madre.

—¿Estás mejor? —le dijo el otro muchacho con una abierta sonrisa—. ¿Quieres un poco de café? —y le trajo una taza de hojalata llena de café, que endulzó con melaza.

—¿No hay leche? —preguntó Harvey, mirando entre la doble fila de literas, como si esperara encontrar por allí una vaca.

—Pues no —le respondió el muchacho—. Y parece que no habrá hasta mediados de septiembre. Tampoco está tan malo el café. Lo he hecho yo.

Harvey se lo bebió en silencio. El otro le alcanzó entonces un plato lleno de crujientes trozos de cerdo frito, que devoró con entusiasmo.

—Te he secado tus ropas. Me parece que se te han encogido un poco —le anunció el chaval—. No se parecen mucho a las nuestras. A ninguna de ellas. Date la vuelta a ver si te has hecho alguna herida.

Harvey se estiró en todas direcciones y comprobó que no tenía ninguna lesión.

—Mu bien —dijo cordialmente el muchacho—. Arréglate para ir a cubierta. Padre quiere verte. Yo soy su hijo. Me llaman Dan, y soy ayudante del cocinero. Y también me encargo de todo lo que haya a bordo demasiado sucio para que lo limpien los otros. No hay ningún otro chico aquí más que yo desde que Otto se cayó por la borda. Era holandés y tenía veinte años cuando ocurrió aquello. ¿Cómo te caíste si el mar estaba en calma chicha?

—No estaba tan calmado —replicó Harvey de mal humor—. Había vendaval y yo estaba mareado. Supongo que me caí por la barandilla.

—Hubo un poco de marejadilla ayer, durante el día y también por la noche —respondió el muchacho—. Pues si esa es tu idea de un vendaval —silbó—, verás tú lo que te espera. ¡Date prisa! Padre te aguarda.

Como muchos otros jóvenes desgraciados, Harvey no había recibido una orden directa en toda su vida. Al menos, no sin antes ir acompañada de una retahíla de explicaciones, a veces hasta lacrimógenas, de los motivos y ventajas de la petición. La señora Cheyne vivía temerosa de quebrantar su

espíritu, lo que quizá fuese el motivo de que estuviera siempre al borde de un ataque de nervios. Harvey no podía entender la razón por la que debía darse prisa en complacer a otra persona, y así se lo hizo saber al otro.

—Tu padre puede bajar aquí si tiene tantas ganas de hablarme. Quiero que me lleve a Nueva York ahora mismo. Yo le pagaré.

Dan abrió los ojos como platos cuando cayó en la cuenta de la osadía y la gracia de semejante broma.

—¡Eh, padre! —gritó por la escotilla[*]—. Dice el chaval que, si está tan ansioso de verle, que baje usted. ¿Me oye, padre?

La respuesta la dio la voz más profunda que Harvey había oído nunca salir de un pecho humano:

—Déjate de tonterías, Dan, y mándamelo.

Dan se rio disimuladamente y le arrojó a Harvey los zapatos de montar en bicicleta, doblados a causa del agua. Sin embargo, algo en el tono de las voces de cubierta hizo que Harvey dejara a un lado su tremenda indignación para consolarse pensando que ya les iría revelando su propia historia y la de la fortuna de su padre. Seguro que este rescate lo convertiría en un héroe de por vida a los ojos de sus amigos. Se encaramó entonces a cubierta por una escalera vertical y, una vez allí, se dirigió a popa tropezando con toda suerte de obstáculos a su paso, en dirección a la escalera que subía al alcázar[*].

En uno de sus peldaños se encontraba sentado un hombre corpulento, bien afeitado y de cejas grises. La marejada había cesado durante la noche, dando paso a un mar que parecía más bien una gran balsa de aceite, en cuyo horizonte se distinguían las velas de una docena de pesqueros. Entre ellos se divisaba una serie de motitas negras, que denotaban el lugar donde faenaban los barcos de fondo plano. La goleta[*] tenía una vela triangular en el palo mayor y permanecía anclada plácidamente. La cubierta estaba desierta. Solo había un hombre, en el castillo[*], al que llamaban «casa».

—Buenos días. O, mejor, buenas tardes, debería decir. Has dormido casi un día entero, jovencito —fue todo lo que obtuvo por saludo.

—Buenas… —le respondió Harvey, al que no le gustaba que lo llamasen «jovencito», y que esperaba ser tratado con la simpatía que merecía alguien que acababa de salvarse de morir ahogado. Su madre se angustiaba muchísimo cada vez que él tenía los pies mojados.

—Vamos a ver. Cuéntamelo todo. Ante todo, ha sido providencial para todos. ¿Cuál es tu nombre? ¿De dónde eres? Barruntamos que de Nueva York. ¿Y adónde te diriges? Nos da la espina que a Europa.

Harvey le dijo cómo se llamaba, el nombre del buque en el que viajaba y le contó una breve historia del accidente. Luego acabó pidiendo que lo llevaran inmediatamente a Nueva York, donde su padre pagaría lo que quisieran pedirle.

—¡Humm! —murmuró el hombre de rostro afeitado, sin conmoverse lo más mínimo por la historia de Harvey—. No puedo decir que sintamos algo especial por un hombre, o incluso un chico, capaz de caerse por la borda de semejante pedazo de barco en un mar tan calmo. Menos todavía si se justifica diciendo que estaba mareado.

—¡Justificarme! —exclamó Harvey—. ¿Cree usted acaso que me caí por la borda para venir a parar a su mugriento barcucho solo para divertirme?

—Como no puedo saber cuál es tu concepto de la diversión, tampoco puedo darte una buena respuesta, jovencito. Pero, si yo fuera tú, no me pondría a insultar el barco que la Providencia utilizó para salvarte. En primer lugar, porque serías tachado de irreligioso. Y, en segundo lugar, porque hieres mis sentimientos. Soy Disko Troop, del We’re Here de Gloucester, de lo cual aún no pareces darte cuenta.

—No lo sé, ni me importa —replicó Harvey—. Le estoy agradecido por haberme salvado y todas esas cosas, por supuesto, pero quiero que usted entienda que, cuanto antes me lleve a Nueva York, mejor le pagaré.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Troop, levantando una ceja peluda sobre un ojo suspicaz y levemente azul.



—Dólares y centavos —respondió Harvey, deleitándose al pensar que estaba causándole una gran impresión—. Simple dinero —metió la mano en un bolsillo y sacó un poco la tripa para impresionar—. Ha hecho usted la mejor jornada de trabajo de toda su vida al subirme a bordo. Soy el único hijo que tiene Harvey Cheyne.

—¡Suerte que tiene! —exclamó Disko secamente.

—Y si usted no sabe quién es Harvey Cheyne, es que sabe muy poco. Eso es todo. Ahora cambie el rumbo del barco y démonos prisa.

Harvey estaba convencido de que la mayor parte de América estaba llena de gente envidiosa que se disputaba los dólares de su padre.

—Puede que lo sepa y puede que no. Apriétate el cinturón, jovencito. Tienes el estómago lleno de mis provisiones.

Harvey escuchó una risita burlona proveniente de donde estaba Dan, que fingía estar ocupado cerca del palo del trinquete, y sintió que la sangre le subía repentinamente a la cara.

—Se las pagaremos también —dijo—. ¿Cuándo cree que llegaremos a Nueva York?

—No acostumbro a ir por Nueva York. Tampoco a Boston. Podremos divisar Eastern Point allá por septiembre. En cuanto a tu padre… Lo siento de

veras, pero nunca he oído hablar de él. Quizá me dé diez dólares después de lo que me has contado. Aunque, claro, puede que no me dé nada.

—¡Diez dólares! Oiga, mire, yo… —Harvey hurgó en su bolsillo buscando el fajo de billetes. Pero lo único que sacó fue un paquete de cigarrillos empapado.

—Eso no es moneda de curso legal, aparte de ser malo para los pulmones. Tíralo por la borda, jovencito, e inténtalo de nuevo.

—¡Me los han robado! —gritó Harvey acaloradamente.

—Entonces tendrás que esperar a ver a tu padre para recompensarme, ¿verdad?

—Ciento treinta y cuatro dólares. Todos robados —dijo Harvey buscando frenéticamente en sus bolsillos—. ¡Devuélvanmelos!

Súbitamente, la curtida cara de Troop experimentó un curioso cambio.

—¿Qué hacía un muchacho de tu edad con ciento treinta y cuatro dólares, jovencito?

—Era parte de mi asignación para pequeños gastos… de este mes —Harvey pensó que esto sería un golpe contundente. Y lo era, indirectamente.

—¡Oh! Los ciento treinta y cuatro dólares son solo una parte del dinero que le dan para caprichos ¡para un mes nada más! No recuerdas haberte dado un golpe en la cabeza cuando te caíste, ¿verdad? ¿Te estrellaste contra los soportes de la barandilla, quizá? El viejo Hasken del East Wind —empezó a contar Troop como hablando consigo mismo—… tropezó con una escotilla y se dio un porrazo en la cabeza contra el palo mayor. Fuerte. Después de unas tres semanas, el viejo sostenía contra viento y marea que el We're Here era un buque de guerra con patente de corso, así que declaró la guerra a Sable Island**[6]** porque era británica y sus bajíos se adentraban demasiado en el mar. Lo cosieron en un saco de dormir, dejándole fuera solo la cabeza y los pies, durante todo el resto del viaje. Ahora está en su casa de Essex**[7]** jugando con muñequitas de trapo Harvey jadeó de ira, pero Troop continuó, en tono consolador: Lo sentimos mucho por ti. Nos das mucha pena… Tan joven. Creo que no mencionaremos más ese dinero.

—¡Claro que no lo harán! Porque ustedes me lo han robado.

—Como quieras. Te lo hemos robado nosotros si eso te consuela. Ahora bien, sobre ese asunto de regresar… Suponiendo que pudiéramos hacerlo, lo cual no vamos a hacer, no estás en condiciones de volver a casa, y nosotros acabamos de llegar a los bancos para ganarnos el pan. No vemos ni siquiera la mitad de cien dólares en un mes, dejando a un lado el dinero para caprichos.

Y con suerte tocaremos otra vez tierra, en alguna parte, hacia las primeras semanas de septiembre.

—Pero… si ahora estamos en mayo. No puedo quedarme aquí, sin hacer nada, solo porque ustedes quieren pescar. ¡No puedo! ¡Se lo aseguro!

—Exactamente eso. Eso exactamente. Nadie ha dicho que vayas a estar sin hacer nada. Hay una pila de cosas que puedes hacer, pues Otto se cayó por la borda en Le Have. Supongo que perdió el asidero durante una tempestad con la que nos topamos por allí. De cualquier modo, nunca regresó para negarlo. Apareciste tú, clara y sencillamente, como caído del cielo, y eso es lo que nos interesa a nosotros. Aunque me da que debes saber hacer bastante poco, ¿no es así?

—Puedo hacer que se diviertan mucho usted y su tripulación cuando lleguemos a tierra —dijo Harvey con malicia, murmurando amenazas vagas acerca de piratería, ante lo cual Troop estuvo a punto de sonreírse, aunque no llegó a hacerlo.

—Excepto hablar. Me olvidaba de eso. No hablarás, a menos que se te indique, a bordo del We’re Here. Mantén los ojos bien abiertos, y ayuda a Dan a hacer lo que se le ordene y esas cosas, y te daré, no los vales, pero te los daré, diez dólares y medio al mes; es decir, unos treinta y cinco al final del viaje. Un poco de trabajo te relajará la mente, y después nos podrás hablar de tu mamá, tu papá y el dinero.

—Ella está en el vapor —respondió Harvey mientras los ojos se le llenaban de lágrimas—. LlévEME a Nueva York inmediatamente.

—Pobre mujer. Pobre mujer. Sin embargo, cuando te tenga de vuelta, se le pasará todo. Somos ocho a bordo del We’re Here y, si regresáramos ahora, perderíamos la temporada de pesca. Los hombres no lo consentirían, suponiendo que yo estuviera dispuesto a regresar.

—Pero mi padre lo pagaría todo muy bien.

—Lo intentaría, no dudo que intentaría hacerlo —contestó Troop—. Pero toda una temporada de pesca significa el pan de ocho hombres; y tú estarás más saludable cuando te reúnas con tu padre en otoño. Vete a proa y ayuda a Dan. Son diez y medio al mes y, por supuesto, se te pagará todo junto al final del viaje, como a todos los demás.

—¿Significa eso que tengo que limpiar cacharros, sartenes y cosas por el estilo? —preguntó Harvey.

—Y también otras cosas. Y nada de gritar, jovencito.

—¡Pues no lo haré! Mi padre le dará dinero suficiente para comprar esta mugrienta olla de grillos —Harvey pateó la cubierta—. Diez como esta si me

lleva a salvo a Nueva York; y… y… además, usted ya tiene, de todos modos, ciento treinta dólares a cuenta.

—¿Cóoomo? —exclamó Troop, mientras su curtido rostro se iba ensombreciendo.

—¿Que cómo? Usted lo sabe de sobra. Y encima quiere que le haga trabajos serviles… —Harvey estaba orgullosísimo de haber empleado ese adjetivo— hasta el otoño. Pues le digo que no lo haré. ¿Me ha oído?

Troop observaba la punta del palo mayor con profundo interés, en tanto Harvey lanzaba feroces arengas a su alrededor.

—¡A callar! —dijo por fin—. Estoy repasando mentalmente mis responsabilidades. Es una cuestión de entendimiento.

Dan se acercó a Harvey y le cogió por el codo.

—No sigas metiéndote con mi padre —le suplicó—. Lo has llamado ladrón dos o tres veces y eso no se lo consiente a nadie.

—¡No quiero! —exclamó Harvey casi chillando, sin hacer caso del consejo, mientras Troop seguía meditando.

—Tu actitud parece poco amistosa —dijo por fin, mientras recorría a Harvey con su mirada—. No te culpo ni una pizca, jovencito. Como tú tampoco me culparás a mí cuando eches toda la bilis que tienes dentro. ¿Estás seguro de que entiendes lo que te digo? Son diez y medio al mes, que cobrarás todo junto al final del viaje, por hacer de segundo grumete en la goleta, por enseñarte el oficio y por recuperar la salud. ¿Sí o no?

—¡No! —replicó Harvey—. ¡Lléveme de regreso a Nueva York o me encargaré de que le…!

No pudo recordar exactamente lo que ocurrió a continuación. Se encontró tirado junto a los imbornales[*], sujetándose la nariz, que le sangraba, mientras Troop lo contemplaba serenamente.

—Dan —le dijo a su hijo—, este jovencito me cayó mal la primera vez que lo vi. Nunca te dejes llevar por juicios apresurados, Dan. Ahora siento lástima de él, porque veo que está realmente mal de la azotea. No es responsable de los insultos que me ha dicho, ni de todo lo demás. Tampoco de saltar por la borda, porque estoy medio convencido de que eso es lo que ha hecho. Sé amable con él, Dan, o recibirás el doble de lo que acabo de darle. Un buen sopapo despeja la cabeza. ¡Ya se le pasará!

Troop descendió solemnemente al camarote, donde se alojaba junto con los otros hombres mayores, dejando que Dan consolara al infortunado heredero de treinta millones de dólares.

Capítulo II

—Te lo advertí —dijo Dan, mientras las lágrimas caían rápidas y espesas sobre la oscura y engrasada tablazón de cubierta—. Padre nunca actúa precipitadamente, pero es que te lo has ganado. ¡Pff! No tiene sentido desafiarle así.

Los hombros de Harvey subían y bajaban sacudidos por desolados sollozos.

—Yo sé lo que se siente. La primera vez que me sacudió padre fue también la última. Y era mi primer viaje. Te sientes como enfermo y desamparado. Lo sé.

—Sí —gimió Harvey—. Ese hombre está loco o borracho, y… y yo no puedo hacer nada.

—No digas eso de padre —susurró Dan—. Está en contra de toda clase de licor y… Bueno, él me dijo que *tú* eras el loco. ¿Por qué diablos le llamaste ladrón? Es mi padre.

Harvey se sentó, se limpió la nariz y le contó la historia del fajo de billetes desaparecido.

—No estoy loco —dijo para concluir—. Es solo que tu padre no ha visto junto más de un billete de cinco dólares, y *mi* padre podría comprar este barco una vez por semana sin echar en falta ese dinero nunca.

—Tú no sabes lo que vale el We're Here. Tu padre debe de tener un montón de dinero. ¿Cómo lo consiguió? Padre dice que los locos no pueden contar una historia en serio.

—En minas de oro y cosas de esas, en el Oeste.

—He leído sobre esa clase de negocios. ¿Y fuera del Oeste también? ¿Se pasea por allí con una pistola montado en un poni, como en el circo? A eso le llaman el Salvaje Oeste, y he oído decir que las espuelas y las bridas son de plata maciza.

—¡Eres un zoquete! —exclamó Harvey, divertido a su pesar. Mi padre no necesita ningún poni. Cuando quiere pasear, lo hace en su propio coche.

—¿Cómo es? ¿De caballos?

—No. Su propio coche particular, por supuesto. Habrás visto un coche particular alguna vez en tu vida, ¿no?

—Slatin Beeman. Él sí que tiene uno —dijo Dan con cautela—. Lo vi en la estación de la Unión en Boston con tres negros estorbándole la salida —Dan quería decir limpiándole las ventanas—. Pero dicen que Slatin Beeman es el propietario de casi todos los ferrocarriles de Long Island; y también que ha comprado cerca de la mitad de New Hampshire[1] y ha levantado una alambrada a su alrededor, y la ha llenado de leones, osos y búfalos y cocodrilos y cosas de esas. Slatin Beeman, ese sí que es un millonario. He visto *su* coche. ¿Y qué?

—Bueno, pues mi padre es lo que llaman un multimillonario; y tiene dos coches privados. Uno lleva mi nombre, el Harvey y el otro lleva el de mi madre, el Constance.

—Para un poco —dijo Dan—. Padre jamás me deja jurar, pero supongo que *tú* sí puedes. Antes de continuar quiero que digas: «Ojalá me muera si estoy mintiendo».

—Por supuesto —le contestó Harvey.

—Eso no es suficiente. Di: «Ojalá me muera si no estoy diciendo la verdad».

—Ojalá me muera aquí mismo —dijo Harvey— si cada palabra que he dicho no es la pura verdad.

—¿Incluido lo de los ciento treinta y cuatro dólares? —preguntó Dan—. Te he oído hablar con padre, y parecía que te iba a tragar, como a Jonás[2].

Harvey protestó hasta que la cara se le puso colorada. Dan era un chico astuto a su manera y diez minutos de interrogatorio le bastaron para convencerse de que Harvey no mentía, al menos de que no mentía… demasiado. Además, se había arriesgado a hacer el más espantoso juramento que un muchacho podía pronunciar y, aun así, allí estaba sentado, bien vivo, con la punta de la nariz roja, en los imbornales, contando maravilla tras maravilla.

—¡Hala! —exclamó finalmente Dan desde lo más profundo de su alma cuando Harvey completó el Inventarlo del coche que habían bautizado en su honor. Entonces, una abierta sonrisa de travieso deleite se extendió por su amplio rostro—. Te creo, Harvey. Por una vez en su vida, padre se ha equivocado.

—Seguro que sí —dijo Harvey, quien ya estaba meditando una venganza anticipada.

—Se pondrá pero que muy muy, furioso. Padre odia equivocarse en sus juicios —Dan se recostó hacia atrás y se dio una palmada en el muslo—. Oh, Harvey, no lo divulgues o se arruinará la pesca.

—No quiero que vuelvan a tirarme por el suelo. Aunque ya ajustaré cuentas con él.

—Jamás he oído que alguien ajustara cuentas con padre. Seguro que te tumbará de nuevo al suelo. Cuanto más se haya equivocado más te atizará. Pero eso de las minas de oro y las pistolas…

—Yo nunca he dicho una palabra acerca de pistolas —interrumpió Harvey, pues aún estaba bajo juramento.

—Eso es, no lo dijiste. Entonces, dos coches privados, uno que lleva tu nombre y otro que lleva el de ella; doscientos dólares al mes para pequeños gastos. ¡Y todo se ha ido al traste por no trabajar por diez dólares y medio al mes! Es la mejor pesca de la temporada —y estalló con risitas silenciosas.

—Entonces, ¿tenía yo razón? —preguntó Harvey, quien creyó haber encontrado un simpatizante.

—No, cometiste una equivocación: ¡la mayor de las equivocaciones! Más vale que te pegues bien a mi lado o te zurrarán de nuevo, y a mí, el doble por apoyarte. Padre siempre me da ración doble porque soy su hijo y odia los favoritismos. Me imagino que estarás muy furioso con padre. Yo he estado así muchas veces. Pero padre es un hombre muy justo. Toda la flota pesquera lo dice.

—Esto te parece justo, ¿eh? —dijo Harvey, señalando su espachurrada nariz.

—Eso no es nada. Deja que salga la sangre. Padre lo hizo para mejorar tu salud. Aunque, oye, no puedo tener tratos con alguien que piense que yo, padre o cualquiera de los tripulantes del We’re Here es un ladrón. De ninguna manera somos gentuza de esa que merodea por los muelles. Somos pescadores, y hemos embarcado juntos durante más de seis años. ¡No te equivoques con *eso*! Te he dicho que padre no me deja jurar. Dice que es jurar en vano, y me zurra; pero si yo pudiera decir lo que tú has dicho acerca de tu padre y sus negocios, diría eso mismo acerca de tus dólares. No sé qué habría en tus bolsillos cuando puse tu ropa a secar porque no me preocupé de mirar; pero diría, usando las mismas palabras que tú acabas de decir, que ni yo ni padre, y fuimos los únicos que te hemos tocado desde que te subimos a bordo, sabemos nada del dinero. ¿Vale? He dicho.

La pérdida de sangre ciertamente había aclarado el cerebro de Harvey, y quizá la soledad del mar tuviera algo que ver con ello.

—Está bien —dijo, bajando la vista confundido—. Me parece, Dan, que, para ser un tío al que acaban de salvar de morir ahogado, no me he mostrado muy agradecido.

—Bueno, andabas un poco bobo y agitado —le contestó Dan—. De todos modos, solo estábamos padre y yo a bordo para verlo. El cocinero no cuenta.

—Debería haber pensado que esos billetes se habían perdido —dijo Harvey más bien para sí— en lugar de llamar ladrón a todo el que se me pusiera a tiro. ¿Dónde está tu padre?

—En el camarote. ¿Para qué le quieres otra vez?

—Ya verás —dijo Harvey.

Se puso en pie, todavía bastante atontado, pues aún le zumbaba la cabeza, y se dirigió a la escalera que bajaba al camarote, en donde el pequeño reloj del barco estaba colgado bien visible desde el timón. Troop se hallaba atareado en el camarote, pintado de color amarillo y chocolate, con un cuaderno de notas y un enorme lápiz negro, que chupaba con fuerza de cuando en cuando.

—No me he portado bien del todo —dijo Harvey, sorprendido ante su propia humildad.

—¿Qué pasa ahora? —le espetó el capitán—. Te has metido con Dan, ¿eh?

—No, se trata de usted.

—Te escucho.

—Bueno, yo… Estoy aquí para enmendar las cosas —dijo Harvey muy rápidamente—. Cuando un hombre se salva de morir ahogado… —tragó saliva.

—¿Eh? A este paso te harás viejo si sigues así.

—… No debería comenzar insultando a la gente.

—Eso exactamente. Exactamente eso —le contestó Troop, con un asomo de seca sonrisa.

—Así que estoy aquí para decir que lo siento —y tragó de nuevo saliva.

Troop, haciendo un esfuerzo, se levantó del baúl donde se hallaba sentado y le tendió una mano enorme.

—Dudaba sobre qué podría hacer para que vieras las cosas mejor, y esto me demuestra que no estaba equivocado en mis juicios —una risita contenida llegó a sus oídos desde cubierta—. Rara vez me equivoco en mis juicios.

La enorme mano se cerró sobre la de Harvey, dejándosela entumecida hasta el codo.

—Pondremos un poco más de nervio en este brazo hasta que estemos satisfechos contigo, jovencito; y no pienso nada malo de ti por lo que ha pasado. No eras del todo responsable. Ve y ocúpate bien de tus asuntos y así no sufrirás ningún daño.

—Estás blanco —le dijo Dan cuando subió a cubierta.

—No me lo parece —le contestó Harvey ruborizándose hasta la punta de las orejas.

—No me refería a *ese* blanco. Escuché lo que dijo padre. Cuando dice que no piensa lo peor de un hombre se descubre él solito. También odia equivocarse en sus juicios. ¡Jo, jo! Una vez que padre se ha *formado* un juicio, antes arriaría su bandera ante los ingleses que cambiarlo. Me alegro de que la cosa haya acabado bien. Padre tiene razón cuando dice que no puede llevarte de vuelta. Lo que nos ganamos aquí pescando es todo nuestro sustento. Dentro de media hora volverán los hombres como tiburones tras una ballena muerta.

—¿Para qué? —preguntó Harvey.

—Para cenar, claro. ¿No te lo dice el estómago? Tienes cantidá que aprender.

—Supongo que sí —dijo Harvey en tono lúgubre, mirando la maraña de cuerdas y poleas encima de su cabeza.

—Es un primor —exclamó Dan entusiasmado, interpretando mal la mirada de Harvey—. Ya verás cómo se hincha nuestra vela mayor y regresamos a casa con toda la sal mojada. Aunque primero hay que trabajar.

Señaló hacia la oscuridad que se veía al fondo de la escotilla abierta entre los dos mástiles.

—¿Para qué es eso? Está vacía del todo —dijo Harvey.

—Tú y yo y unos cuantos más tendremos que llenarla —le contestó Dan —. Ahí es donde metemos los peces.

—¿Vivos? —preguntó Harvey.

—Bueno, no. Suelen estar más bien muertos… y aplastados… y salados. Hay como cien fanegas de sal en los botes, y no hemos hecho más que empezar.

—Pero ¿dónde están los peces?

—En el mar, dicen; en el barco, rogamos nosotros —le contestó Dan, citando un proverbio de pescadores—. Tú subiste a bordo anoche con unos cuarenta —y señaló una especie de redil de madera justo enfrente del alcázar —. Tú y yo tendremos que baldear esto cuando hayan terminado. ¡Hay que tenerlo lleno esta noche! He visto el barco tan hundido por el peso del

pescado que apenas sobresalía medio pie del mar, y nos quedamos hasta que terminamos de limpiar el pescado, y teníamos tanto sueño que nos cortábamos nosotros mismos en vez de a los peces. Sí, ya vienen.

Dan miró por la borda[*] en dirección a media docena de botes de fondo plano que remaban hacia ellos, sobre el reluciente y sedoso mar.

—Nunca he visto el mar desde tan abajo —dijo Harvey—. Es bonito.

El sol bajaba tiñendo de púrpura y rosa las aguas, embelleciendo con reflejos dorados las crestas de las largas olas, y con sombras verdes y azules, las hondonadas. Cada goleta que se divisaba parecía atraer a sus botes a través de hilos invisibles, y las pequeñas figuras negras que tripulaban los diminutos botes los remolcaban como si fueran juguetes de cuerda.

—Han tenido una buena pesca —exclamó Dan con sus ojos entrecerrados—. A Manuel no le queda espacio ni para un solo pez. Parece un nenúfar flotando en aguas quietas, ¿no crees?

—¿Cuál es Manuel? No sé cómo puedes distinguirlos desde tan lejos.

—Es el del último bote, el que está más al Sur. Él fue quien te encontró anoche —le respondió Dan mientras lo señalaba—. Manuel rema al estilo portugués: es inconfundible. El que está a su derecha es de Pennsylvania. *Él* es mucho mejor en su forma de remar. El que rema a la derecha de este, mira qué bien tira de las cuerdas todo el rato, aquel de los hombros encorvados, es Long Jack. Es de Galway[3], pero vive en el sur de Boston, donde viven casi todos. Como la mayoría de los que son de Galway, son buenos en un bote. Allí a lo lejos, en el Norte, dentro de un momento le oirás cantar, está Tom Platt. Fue soldado a bordo del viejo Ohio, el primer navío de nuestra armada, dice él, en cruzar el cabo de Hornos. Nunca habla de otras cosas, excepto cuando canta, pero tiene buena suerte para la pesca. ¿Ves? ¿Qué te dije? Allí le tienes.

Un melodioso bramido cruzó el agua desde el bote situado al Norte. Harvey escuchó algo sobre alguien que tenía las manos y los pies fríos, y entonces:

Traed los mapas, los lastimeros mapas.
¡Ved dónde se reúnen las montañas!
Las nubes son densas alrededor de sus cabezas,
las lloviznas en torno a sus pies.

—Barco lleno —dijo Dan, con una risita entre dientes—. Si nos canta *¡Oh, capitán!*, es que va a tope.

El bramido prosiguió:

Y ahora a ti, oh, capitán,

ruego con el mayor fervor
que nunca a mí me entierren
en iglesia o claustro gris.

—¡Tanto para Tom Platt! Mañana te contará todo acerca del Ohio. ¿Ves ese bote azul detrás del suyo? Es mi tío, el hermano de mi padre. Si hubiera algún tipo de mala suerte perdida por allí, en los bancos, seguro que encontraría otra vez al tío Salters. Fíjate qué flojito va remando. Apuesto toda mi paga a que es el único al que han picado hoy. Y le han picado bien.

—¿Qué le ha picado? —preguntó Harvey, empezando a interesarse.

—Más que nada fresas. Algunas veces calabazas, y otras, limones y pepinos. Sí, le han picado por todas partes: desde los codos hasta abajo. La mala suerte de ese hombre te deja paralizado. Ahora prepararemos las poleas y los izaremos a bordo. ¿Es verdad lo que me acabas de decir, que nunca habías dado golpe en toda tu vida? Se debe uno sentir fatal, ¿verdad?

—De cualquier manera voy a intentar trabajar —replicó Harvey firmemente—. Solo que es algo totalmente nuevo.

—Coge esa polea entonces. ¡Detrás de ti!

Harvey echó mano de una cuerda y de un largo garfio de hierro que colgaban de uno de los estays[*] del palo mayor, en tanto que Dan bajaba otra que salía de algo que él llamaba «perigallo»[*], y Manuel llegaba por un costado con su bote abarrotado. El portugués miró a Harvey con la radiante sonrisa que Harvey aprendería a conocer muy bien más adelante y, utilizando una horca de mango corto, empezó a arrojar el pescado dentro del depósito sobre la cubierta.

—¡Duscientos trenta y uno! —gritó.

—¡Pásale el garfio! —exclamó Dan.

Harvey lo bajó hasta quedar al alcance de las manos de Manuel. El portugués deslizó el garfio por un aro de cuerda en la proa del barco, luego lo enganchó en la popa y trepó a bordo.

—¡Tira! —gritó Dan. Harvey se puso a tirar y se quedó atónito al ver con qué facilidad subía el bote—. ¡Para! ¡Que los botes no anidan en árboles atravesados en el camino! —rio Dan, y Harvey dejó de tirar pues el bote colgaba en el aire justo sobre su cabeza.

—¡Bájalo más! —voceó Dan.

Mientras Harvey bajaba el bote, Dan lo balanceaba con una mano hasta que se posó justamente detrás del palo mayor.

—No pesan nada cuando están vacíos. Lo hiciste muy bien para ser un pasajero. En alta mar hace falta tener todavía más tino.

—¡Ajá! —dijo Manuel, extendiendo una de sus morenas manos—. ¿Estás

mejor ahora? Anoiche, a esta hora, los peices te pescaban a ti. Ahora eres tú el que pesca a los peices. ¿Eh, nooo?

—Le… le estoy tan agradecido —dijo Harvey tartamudeando, y su desacertada mano se introdujo en su bolsillo una vez más, pero recordó que no tenía dinero que ofrecer.

—¡No hay nada que teingas que agradecerme a *mí*! —respondió Manuel —. ¿Cómo podría haberte dejado flotandu a la deriva, a la deriva por los bancos? Ahora eres un peiscador. ¿Nooo? ¡Uhh! ¡Ahh!

Comenzó a inclinarse hacia adelante y hacia atrás para desentumecerse.

—No he limpiadu el bote hoy. Demasiadu trabajo. Los peices se apiñaban muy rápido. Danny, hijo mío, limpíalo por mí.

Harvey se adelantó en seguida. Aquí había algo que él podía hacer por el hombre que le había salvado la vida.

Dan le arrojó un estropajo, y Harvey se inclinó sobre el bote, y comenzó a limpiar el fango torpemente, pero con gran voluntad.

—Inspecciona bien los estribos; se salen de sus ranuras —le dijo Dan—. Friégalos bien y ponlos en su sitio. Nunca dejes un estribo trabado. Podrías necesitarlo algún mal día. Aquí está Long Jack.

Un chorro de reluciente pescado cayó al depósito desde el bote que estaba al lado de la goleta.

—Coge tú la polea, Manuel. Yo arreglaré las tablas. Harvey, limpia el bote de Manuel. El de Long Jack se pone encima.

Harvey miró hacia arriba y vio la quilla[*] del otro bote justo sobre su cabeza.

—Parecen un rompecabezas de cajas indio, ¿verdad? —dijo Dan mientras un bote se encajaba dentro de otro.

—Se desenvuelve con gran facilidad —dijo Long Jack, que era de Galway, tenía barba gris y labios prominentes, y se inclinaba a uno y otro lado exactamente como lo hiciera antes Manuel.

Se oyó un gruñido de Disko por la escotilla. Luego le oyeron chupar el lápiz.

—Ciento cuarenta y nueve y medio. ¡Mala suerte la tuya, Discobolus! —exclamó Long Jack—. Me estoy matando para que te llenes los bolsillos. Apunta que la pesca ha sido mala. El portugués me ha ganado.

Otro bote se puso a un costado del buque y más pescado cayó de nuevo en el depósito.

—Doscientos tres. ¡Vamos a ver al pasajero!

El que hablaba era aún más corpulento que el hombre de Galway, y su rostro resultaba un tanto extraño, por una cicatriz de color púrpura que lo cruzaba desde el ojo izquierdo hasta la comisura derecha de la boca.

Sin saber qué otra cosa hacer, Harvey limpiaba cada bote conforme iban cayendo, tiraba de los estribos y los volvía a colocar en el fondo del bote.

—Lo hace bien —dijo Tom Platt, el hombre de la cicatriz, mirándole con expresión crítica—. Hay dos maneras de hacerlo todo. Una es a la manera de los pescadores: empezar por el final y deshacerse del resto. Y la otra es…

—¡Lo que hicimos a bordo del Ohio! —le interrumpió Dan, metiéndose en el corrillo de hombres con una tabla larga provista de patas—. Sal de aquí, Tom Platt, y déjame arreglar las patas.

Metió un extremo de la tabla en dos muescas que había en la amura[*], extendió las patas de una patada, y se agachó justo a tiempo para esquivar el guantazo que le soltó el marinero.

—Y *esto* también lo hacíamos en el Ohio, Danny, ¿ves? —dijo Tom Platt riéndose.

—Me imagino que seríais todos bizcos entonces, porque no has dado en el blanco. Y ya sé yo quién va a encontrar sus botas colgando del palo mayor si no nos deja en paz. ¡Aparta ya! Tengo cosas que hacer, ¿no lo ves?

—Danny, te pasas todo el día tumbado y durmiendo sobre los rollos de cuerda —dijo Long Jack—. Eres el colmo del descaro, y estoy seguro que pervertirás a nuestro sobrecargo[*] en una semana.

—Se llama Harvey —dijo Dan, blandiendo en el aire dos cuchillos de extraña forma—. Y para entonces, valdrá cinco veces más que cualquier pescador de almejas del sur de Boston.

Colocó cuidadosamente los cuchillos en la mesa, ladeó la cabeza y se quedó admirando el efecto.

—Creo que son cuarenta y dos —dijo una vocecilla fuera de la embarcación.

Estalló una sonora carcajada mientras otra voz le contestaba:

—Entonces, por una vez mi suerte ha cambiado, pues he contado cuarenta y cinco, aunque puedo haberme equivocado.

—Cuarenta y dos o cuarenta y cinco. ¿Qué más da? Ya perdí la cuenta —dijo la vocecilla.

—Son Penn y el tío Salters contando la pesca. Cualquier día superan al circo —dijo Dan—. ¡Fíjate en ellos!

—¡Vamos! ¡Venid! —rugió Long Jack—. Ahí fuera está mojado, pequeños.

—Dijiste cuarenta y dos —dijo el tío Salters.

—Entonces, contaré otra vez —respondió humildemente la voz.

Los dos botes se juntaron y luego se pegaron a la goleta.

—¡Paciencia, oh Jerusalén! —exclamó el tío Salters, apartando agua con un chapoteo—. No tengo la menor idea de lo que ha hecho que un granjero como tú ponga el pie en un barco. Has estado a punto de embestirme.

—Lo siento, señor Salters. He venido al mar a causa de una dispepsia[4] nerviosa. Creo que usted me lo aconsejó.

—Que tú y tu dispepsia nerviosa os ahoguéis en el Abismo de la Ballena —rugió el tío Salters, un hombre bajito y rechoncho—. Ya estás contando de menos de nuevo. ¿Has dicho cuarenta y dos o cuarenta y cinco?

—Ya me he olvidado, señor Salters. Vamos a contar de nuevo.

—No es que me *parezca* tener cuarenta y cinco. *Tengo* cuarenta y cinco —dijo el tío Salters—. Cuéntalos con más cuidado, Penn.

Disko Troop salió del camarote.

—Salters, mete tu pesca en el depósito en seguida —dijo Troop con tono autoritario.

—No arruines la captura, padre —murmuró Dan—. Esos dos acaban de empezar.

—¡Madre de Dios! Los está enganchando uno por uno —aulló Long Jack, mientras el tío Salters se ponía a trabajar laboriosamente; el hombrecillo, en el otro bote, contaba una serie de muescas talladas en la amura.

—Esas son de la captura de la semana pasada —dijo, levantando los ojos con expresión lastimosa y sin quitar el dedo índice de donde lo había puesto.

Manuel dio un codazo a Dan, que salió disparado hacia la polea de popa, se inclinó sobre la borda y deslizó el garfio en la soga que formaba un aro en la popa del bote. Manuel lo dirigió hacia adelante. Los demás tiraron de la cuerda vigorosamente e izaron el bote a bordo, con tripulante, pesca y todo.

—Uno, dos, cuatro…, nueve —dijo Tom Platt, contando con ojos de experto—. Cuarenta y siete. ¡Tú ganas, Penn!

Dan dejó que la cuerda se deslizara por la polea y el hombre puso los pies en cubierta en medio del torrente de su propio pescado.

—¡Esperad! —rugió el tío Salters, meneando frenéticamente la cintura—. ¡Alto! Estoy hecho un lío con la cuenta.

No tuvo tiempo para protestar, porque lo subieron por la borda y fue tratado como el de Pennsylvania.

—Cuarenta y uno —dijo Tom Platt—. Te ha ganado un granjero, Salters. ¡Vaya marinero que estás hecho tú también!

—Pero la cuenta no estaba bien —dijo el otro saliendo trabajosamente del depósito—. Además, estoy picado por todas partes.

Sus gruesas manos estaban hinchadas y moteadas de púrpura y blanco.

—Algunos tíos son capaces de encontrar un fondo lleno de fresas —dijo Dan dirigiéndose a la luna que acababa de salir— aunque tuvieran que bucear para buscarlo, me parece a mí.

—Y otros —dijo el tío Salters— se ceban en la tierra de la pereza y se burlan de su propia sangre.

—¡A sentarse! ¡A sentarse! —exclamó desde el castillo de proa una voz que Harvey no había oído antes.

Disko Troop, Tom Platt, Long Jack y el tío Salters se dirigieron a proa. El pequeño Penn se inclinó sobre sus redes de pescar en aguas profundas y las de pescar bacalao, que estaban enredadas. Manuel se tumbó cuan largo era sobre la cubierta, y Dan se deslizó hacia la bodega, en donde Harvey le oyó dar martillazos a los toneles.

—La sal —dijo al volver—. En cuanto hayamos terminado de cenar, hay que ponerse a salar el pescado. Tú le pasarás la horca a padre y a Tom Platt, que trabajan juntos. Ya los oirás discutir. A nosotros nos toca la segunda tanda. Tú, yo, Manuel y Penn. La juventud y la hermosura de a bordo.

—¿Y para qué sirve eso? —preguntó Harvey—. Tengo hambre.

—Acabarán de cenar en un instante. ¡Sniff! Huele muy bien esta noche. Padre embarca siempre a un buen cocinero que aguante a su hermano. Hoy ha habido una pesca estupenda, ¿no es cierto? —dijo señalando los depósitos repletos de bacalao—. ¿Qué profundidad de agua habéis tenido, Manuel?

—Unas veinticincu brazas[*] —contestó el portugués medio dormido—. Golpeaban vivamente el bote. Algún día te lo enseñaré. Harvey.

La luna había comenzado a caminar sobre las tranquilas aguas cuando los hombres más mayores volvieron a popa. El cocinero no tuvo necesidad de llamar al segundo turno. Dan y Manuel bajaron por la escotilla y se sentaron a la mesa antes de que Tom Platt, el más parsimonioso y lento de los mayores, hubiese terminado de limpiarse la boca con el dorso de la mano. Harvey siguió a Penn, y se sentó frente a una sartén de hojalata llena de frituras de lenguas y vejigas de bacalao mezcladas con trocitos de tocino y patatas. Había también una rebanada de pan caliente y un poco de café muy cargado y negro. Hambrientos como estaban, esperaron pacientemente a que Pennsylvania terminase solemnemente la oración. Seguidamente devoraron en silencio, hasta que Dan sopló en su taza de hojalata y preguntó a Harvey cómo se encontraba.

—Estoy que reviento, pero aún tengo sitio para otro trozo.

El cocinero era un sujeto enorme, negro como el carbón y, a diferencia de otros negros que Harvey había conocido, no hablaba, limitándose a sonreír y a hacer señas para invitarlos a comer más.

—Ya lo ves, Harvey —dijo Dan golpeando la mesa con su tenedor—, es exactamente como te lo había dicho. Los hombres jóvenes y apuestos, como yo y Pennsy y tú y Manuel, somos la segunda tanda y comemos cuando la primera ha terminado. Ellos son los peces viejos y hay que tener contentos sus estómagos. Por eso se les sirve primero, cosa que no se merecen. ¿No es cierto, doctor?

El cocinero asintió con la cabeza.

—¿Es que no puede hablar? —susurró Harvey.

—Lo suficiente como para un apaño. No se le entiende mucho. Su lengua natal resulta un tanto curiosa. Procede de las tierras de la región interior de Cabo Bretón[5], donde los granjeros hablan un escocés de andar por casa. El cabo está lleno de negros cuyos padres huyeron allí durante nuestra guerra civil, y hablan como los granjeros, o sea que no hay quien los entienda.

—Eso no es escocés —dijo Pennsylvania—. Es gaélico[6]. Lo he leído en un libro.

—Penn lee un montón. La mayoría de las cosas que dice son ciertas…, menos cuando se trata de contar la pesca, ¿eh?

—¿Tu padre se fía de que ellos le digan cuántos peces hay sin siquiera revisarlo personalmente? —preguntó Harvey.

—Pues claro. ¿Qué sentido tiene que un hombre mienta por unos cuantos bacalaos?

—Hubo una veis un hombre que hacía trampas con su pesca —intervino Manuel—. Hacía trampa todos los días. Decía siempre qui había unos cincu, diez, veinticincu peices mais de los que en realidad tenía.

—¿Dónde era eso? —preguntó Dan—. Seguro que no era ninguno de los nuestros.

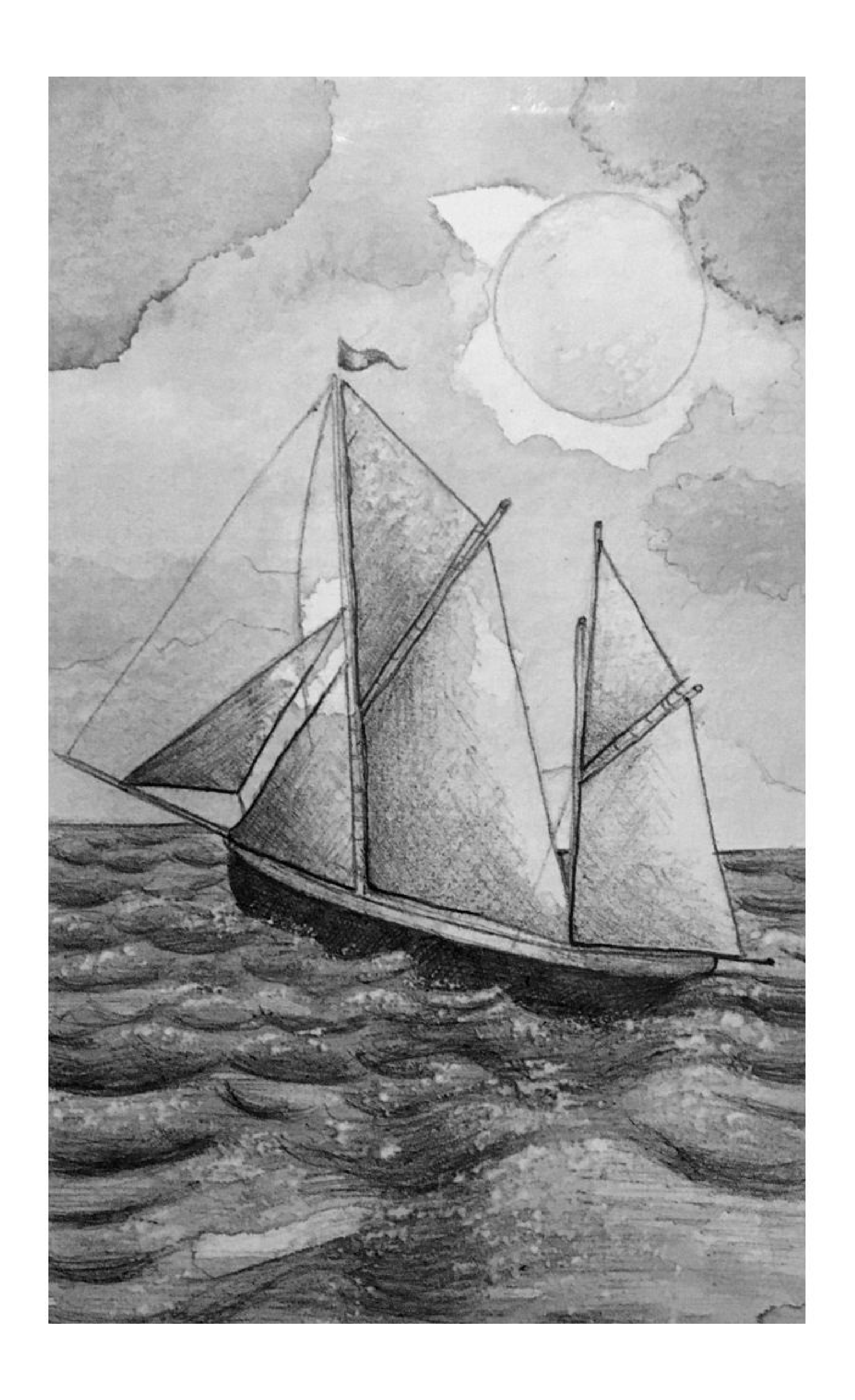
—Era un trancéis de la isla de Anguila[7].

—¡Ah! Esos franceses de la costa occidental no cuentan «Para na». Salta a la vista por qué no cuentan. Si alguna vez te cruzas con alguno de sus anzuelos blandos, Harvey, sabrás por qué te lo digo —dijo Dan, con un gesto de desprecio.

Siempre más y nunca menos
cada vez que salemos.

Long Jack rugió por la escotilla desde cubierta y los del segundo turno se levantaron en seguida arremolinados de la mesa.

La sombra de los mástiles y los aparejos[*], con la vela que nunca se plegaba, daba vueltas de aquí y para allá sobre la cubierta bañada por la luz de la luna; y el montón de pescado en la popa parecía plata líquida derramada. Se oían pisadas y gruñidos en la bodega, donde Disko Troop y Tom Platt se movían entre los depósitos de sal. Dan le pasó la horca a Harvey y lo llevó hasta el extremo de la tosca tabla, en donde el tío Salters estaba golpeando impacientemente la madera con el mango de un cuchillo. A sus pies había un cubo de agua salada.



—Tú vas tirando el pescado con la horquilla por la escotilla para que llegue hasta donde están padre y Tom Platt. Y ten cuidado de que el tío Salters no te saque un ojo —dijo Dan, deslizándose hasta la bodega—. Yo te pasaré la sal desde abajo.

Penn y Manuel estaban en el depósito, cubiertos de bacalao hasta las rodillas, blandiendo sendos cuchillos. Long Jack, con una cesta a los pies y mitones[8] en las manos, se hallaba en la mesa, frente al tío Salters, y Harvey miraba fijamente y sin quitar ojo a la horquilla y al cubo.

—¡Ahí va! —gritó Manuel, agachándose entre los pescados y levantando uno con un dedo en la agalla y el otro en el ojo.

Lo dejó en el borde del depósito; la hoja del cuchillo brilló con un sonido de desgarro, y el pescado, rajado de arriba a abajo, cayó a los pies de Long Jack.

—¡Ahí va! —exclamó Long Jack, con un movimiento de la mano enguantada.

El hígado del bacalao cayó a la cesta. Otra hendidura del cuchillo y, de un solo tirón, las tripas y la cabeza volaron por los aires; el pescado, ya vacío, llegaba hasta el tío Salters, quien resoplaba impetuosamente. Otro sonido de desgarro, y la espina voló por la borda. Y el pescado, ya sin cabeza, sin tripas y abierto, cayó dentro del cubo, salpicando el agua salada en la boca del atónito Harvey. Tras el primer grito, los hombres permanecieron en silencio. El bacalao iba pasando de un sitio a otro como si estuviera vivo y, antes de que Harvey dejara de maravillarse ante la destreza de su manejo, el cubo estaba lleno.

—¡Pásalo! —gruñó el tío Salters, sin volverse, y Harvey pasó el pescado de dos en dos y de tres en tres, escotilla abajo.

—¡Eh! ¡Tíralos juntos! —gritó Dan—. ¡Que no se desparramen! El tío Salters es el mejor cuchillo de toda la flota. ¡Observa! ¿No te recuerda un libro?

En efecto, parecía como si el rechoncho tío estuviera cortando contra reloj las páginas de una revista. El cuerpo de Manuel, entumecido desde las caderas, estaba tieso como una estatua; pero sus largos brazos cogían el pescado sin cesar. El pequeño Penn trabajaba denodadamente, pero se veía claramente que era un individuo débil. Una o dos veces Manuel pudo ayudarle sin romper la cadena de trabajo, y, en una ocasión, aulló porque se había enganchado el dedo en un anzuelo francés. Estos anzuelos están hechos con metal blando para que puedan doblarse de nuevo una vez que han sido usados, pero muy a menudo el bacalao se escapa con el anzuelo clavado y

permanece con él hasta que lo vuelven a pescar en otra parte; y ese es uno de los múltiples motivos por los que los pescadores de Gloucester desprecian a los franceses.

Abajo, en la bodega, el sonido áspero de la sal gruesa frotando la carne cruda del pescado parecía el zumbido de una piedra de afilar, una especie de contrapunto al chasquido de los cuchillos en el depósito, al corte y chapoteo de las cabezas, a la caída de los hígados y al vuelo de las tripas; el *¡craah!* del cuchillo del tío Salters quitando espinas de cuajo; y el golpe sordo que los pescados abiertos hacían al caer dentro del cubo.

Al cabo de una hora Harvey habría dado cualquier cosa por un momento de descanso, ya que el bacalao fresco y mojado pesa más de lo que uno pueda imaginar, y la espalda le dolía de forma constante. Pero, por primera vez en su vida, se sentía parte de un grupo de hombres trabajadores. La idea le llenó de orgullo y siguió con la tarea adustamente.

—¡Cuchillooo! —gritó por fin el tío Salters.

Penn dobló el cuerpo, jadeando en medio de todo el pescado. Manuel inclinó el torso hacia adelante y hacia atrás para desentumecerse y Long Jack se inclinó sobre la borda. El cocinero apareció silencioso, como una sombra negra, recogió un montón de cabezas y espinas y luego se retiró.

—Estofado de colas y cabezas para el desayuno —dijo Long Jack haciendo sonar un beso de gusto.

—¡Cuchillooo! —repitió el tío Salters, blandiendo el cuchillo de hoja plana y curva de limpiar pescado.

—¡Mira a tus pies, Harvey! —gritó Dan desde abajo.

Harvey vio varios cuchillos que estaban metidos en una abrazadera de la escotilla. Los repartió entre los pescadores y recogió los que se habían desafilado.

—¡Agua! —gritó Disko Troop.

—El tonel está en la proa y el cazo está a un lado. ¡Date prisa, Harvey! —exclamó Dan.

Regresó al instante con un gran cazo lleno de agua turbia y marrón que les supo a néctar y relajó las mandíbulas de Disko y de Tom Platt.

—Esto es bacalao —dijo Disko—. No son higos de Damasco, Tom Platt, ni lingotes de plata. Te lo he estado diciendo todo el tiempo desde que navegamos juntos.

—Ha sido cuestión de siete temporadas —repuso fríamente Tom Platt—. La buena estiba[*] es siempre la buena estiba, y se puede hacer bien y se

puede hacer mal, aunque lo que estibes sea lastre[*]. Si hubieras visto una vez cuatrocientas toneladas de hierro colocadas en…

—¡Eh! —con un grito de Manuel reanudaron las tareas, y no pararon hasta que el depósito estuvo vacío. En el instante en que el último pescado hubo llegado a la bodega, Disko Troop se dirigió al camarote de popa con su hermano; Manuel y Long Jack se fueron a proa; Tom Platt esperó solo el tiempo suficiente para cerrar la escotilla y luego desapareció también. No habría transcurrido ni medio minuto cuando Harvey escuchó profundos ronquidos en el camarote, y se quedó mirando fijamente a Dan y a Penn.

—Esta vez lo he hecho un pelín mejor, Danny —dijo Penn, a quien los párpados le pesaban de sueño. Pero creo que es mi deber ayudar a limpiar esto.

—No lo consentiría ni por todo el oro del mundo —dijo Dan—. Anda, vete a dormir, Penn. No tienes por qué hacer el trabajo de los grumetes. Trae un cubo, Harvey. Oye, Penn, tira esto en el tonel de las tripas antes de irte a dormir. ¿Podrás aguantar despierto hasta entonces?

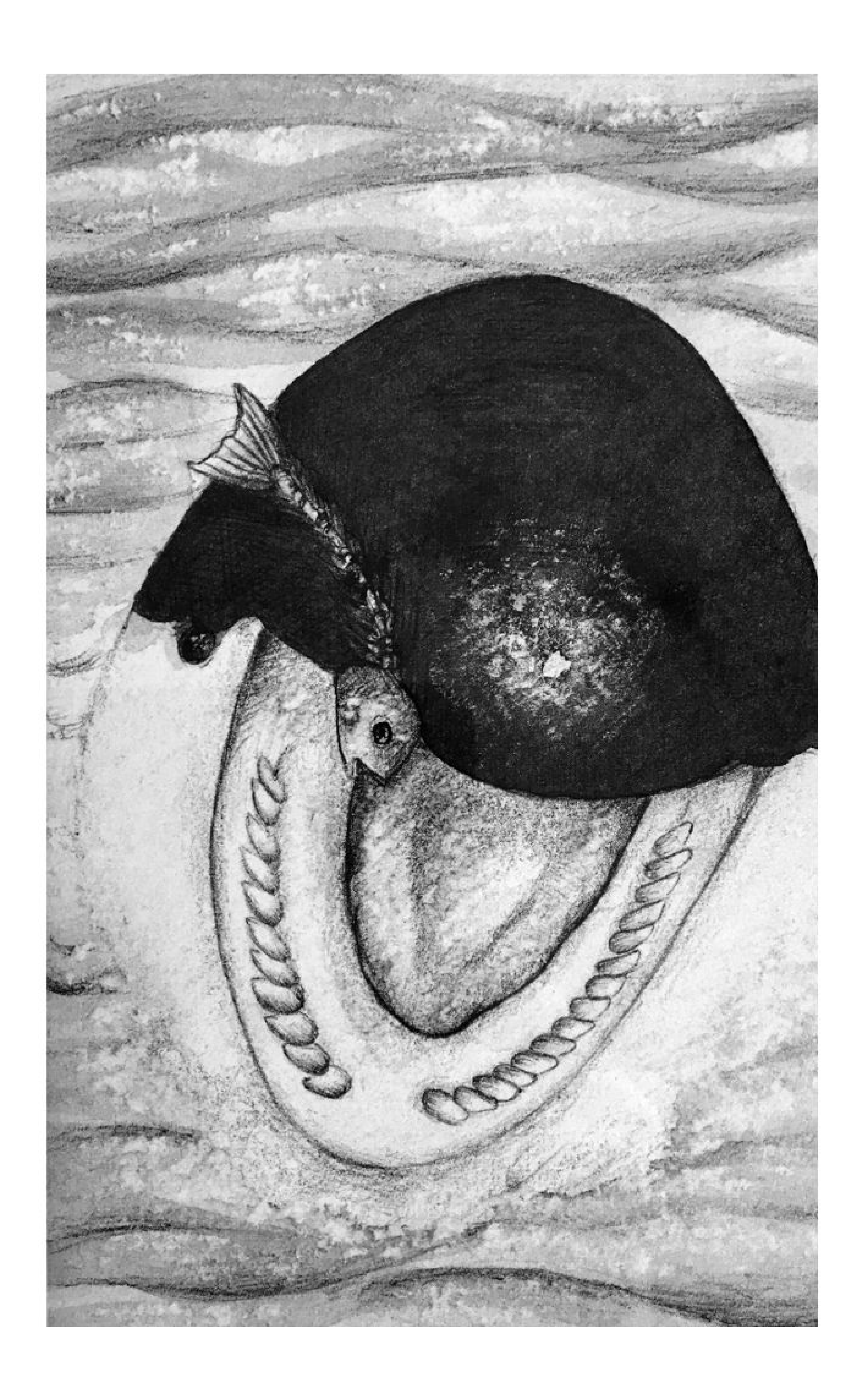
Penn se llevó la pesada cesta con los hígados de pescado, y los vació en un barril con tapa de bisagras que estaba atado junto al castillo de proa; luego, desapareció por el camarote.

—Los grumetes limpian todo después de salar, y también montan la primera guardia en el We’re Here cuando el mar está en calma.

Dan limpió vigorosamente el depósito, desenganchó la tabla y la dejó secar a la luz de la luna. Luego limpió las hojas de los cuchillos ensangrentados con una bola de estopa y se puso a afilarlos con una pequeña piedra de amolar. Mientras tanto, Harvey, siguiendo sus indicaciones, arrojaba espinas y tripas por la borda.

Al primer chapoteo, un fantasma de plata blanca surgió de repente de las tranquilas aguas y profirió un raro y silbante susurro. Harvey se sobresaltó y dio un grito, pero Dan se limitó a reír.

—Oreas —le explicó— pidiendo cabezas de pescado. Se levantan así cuando tienen hambre. Su aliento huele a tumba, ¿no crees?



Un hedor horrible a pescado podrido inundó el aire mientras la columna blanca se hundía dejando una estela de burbujas en la superficie aceitosa del agua.

—¿Es que nunca habías visto cómo se elevan las oreas? Verás centenares de ellas antes de terminar la travesía. Oye, está bien tener otro chico a bordo de nuevo. Otto era demasiado mayor y, además, era holandés. Nos peleábamos a menudo. Eso no me habría importado demasiado si hubiera hablado en cristiano. ¿Tienes sueño?

—Estoy muerto de sueño —dijo Harvey cabeceando.

—No hay que dormirse cuando se está de guardia. Despierta y ve a mirar si las luces de posición están encendidas y brillan. Estás de guardia ahora, Harvey.

—¡Bah! ¿Qué puede pasarnos? Hay tanta luz como de día. ¡Zzzz!

—Es justamente cuando pasan las cosas, dice padre. Cuando hace buen tiempo y te dan ganas de dormirte, puede aparecer un trasatlántico antes de que te des cuenta y partirte en dos. Y diecisiete oficiales con bandas doradas, todos unos caballeros, levantan la mano para afirmar que tus luces estaban apagadas y que había una espesa niebla. Harvey, me caes bien, pero si te veo cabecear una vez más, te zurro con una soga.

La luna, que ve multitud de cosas raras en los bancos, contempló desde lo alto a un muchacho con pantalón bombacho y jersey rojo tambaleándose por la atiborrada cubierta de una goleta de setenta toneladas, mientras detrás le seguía otro muchacho blandiendo una soga, caminando a la manera de un verdugo, bostezando y cabeceando entre golpe y golpe.

El vapuleado timón gimió y se movió suavemente, la vela se agitó un poco por la brisa, el cabrestante[*] crujió, y la desdichada procesión continuó. Harvey protestó, amenazó, gimoteó y al final se puso a llorar a moco tendido, mientras Dan, trabándosele la lengua, hablaba de lo hermoso que era montar guardia, y arreaba azotes con la soga, castigando a los botes tanto como a Harvey. Por fin, dieron las diez en el reloj del camarote y, al sonar la décima campanada, el pequeño Penn estaba sobre cubierta. Encontró a los dos chicos desplomados uno al lado del otro sobre la escotilla principal, tan profundamente dormidos que, literalmente, los llevó rodando hasta sus literas.

Capítulo III

Fue uno de esos sueños profundos que despejan el alma, la vista y el corazón, y hace que uno se levante a desayunar con un hambre feroz. Dejaron vacío un enorme plato de hojalata lleno de jugosos trozos de pescado: los restos que había cogido el cocinero la noche anterior. Limpiaron los platos y las sartenes de la comida de los mayores, que ya habían salido a pescar. Trocearon el cerdo para la comida del mediodía, limpiaron el castillo de proa, llenaron las lámparas de aceite, llevaron agua y carbón para el cocinero e investigaron el pañol[*] de proa, donde se guardaban los víveres del barco. Era otro de esos días perfectos: suave, templado y claro. Harvey aspiró el aire hasta lo más profundo de sus pulmones.

Durante la noche habían llegado más goletas, y el amplio mar azul aparecía lleno de velas y botes de fondo plano. A lo lejos, en el horizonte, el humo de algún trasatlántico de casco invisible tiznaba la nitidez del cielo y, hacia el Este, los juanetes[*] de un barco de gran calado le dibujaban una manchita cuadrada. Disko Troop estaba fumando en el techo del camarote, con un ojo en las embarcaciones de los alrededores, y el otro, en la pequeña bandera que ondeaba en el palo mayor.

—Cuando padre está de esa manera —susurró Dan— es que está pensando algo interesante para todos. Apostaría mi salario y la parte que me corresponde a que anclaremos pronto. Padre conoce el bacalao, y la flota sabe que padre sabe. ¿Ves cómo se nos acercan uno a uno, sin buscar nada en particular, claro, pero sin quitarnos los ojos de encima en ningún momento? Allí está el Prince Leboo; es de Chatham[1]. Se nos ha acercado durante la noche. ¿Y ves aquel otro grande que tiene un parche en el trinquete y un foque[*] nuevo? Es el Carrie Pitman, del oeste de Chatham. No mantendrá su velamen durante mucho tiempo a menos que su suerte sea mejor que en la última temporada. No hace otra cosa que navegar a la deriva. No hay ancla que lo sujete… Cuando el humo forma pequeños anillos como esos, es que padre está estudiando la pesca. Si le habláramos ahora, se pondría furioso. La última vez que lo hice me tiró una bota a la cabeza.

Disko Troop miraba fijamente hacia adelante, con la pipa entre los dientes y ojos inexpresivos. Como su hijo decía, estaba estudiando la pesca, contrastando sus conocimientos y experiencia en los bancos con el errante bacalao, en un mar que le era propio. Aceptaba la presencia de las fisgonas goletas como un cumplido a su capacidad. Pero una vez recibido el cumplido, habría preferido irse de allí y echar el ancla solo, hasta que llegara el momento de dirigirse a La Virgen y pescar por las calles de aquella ruidosa ciudad subacuática. De manera que Disko Troop pensó sobre el tiempo que había hecho últimamente, las tempestades, las corrientes, los víveres a bordo, y de otras cuestiones domésticas, desde el punto de vista de un bacalao de veinte libras; por espacio de una hora fue él mismo un bacalao, y el parecido con uno de ellos era extraordinario. Luego, se quitó la pipa de la boca.

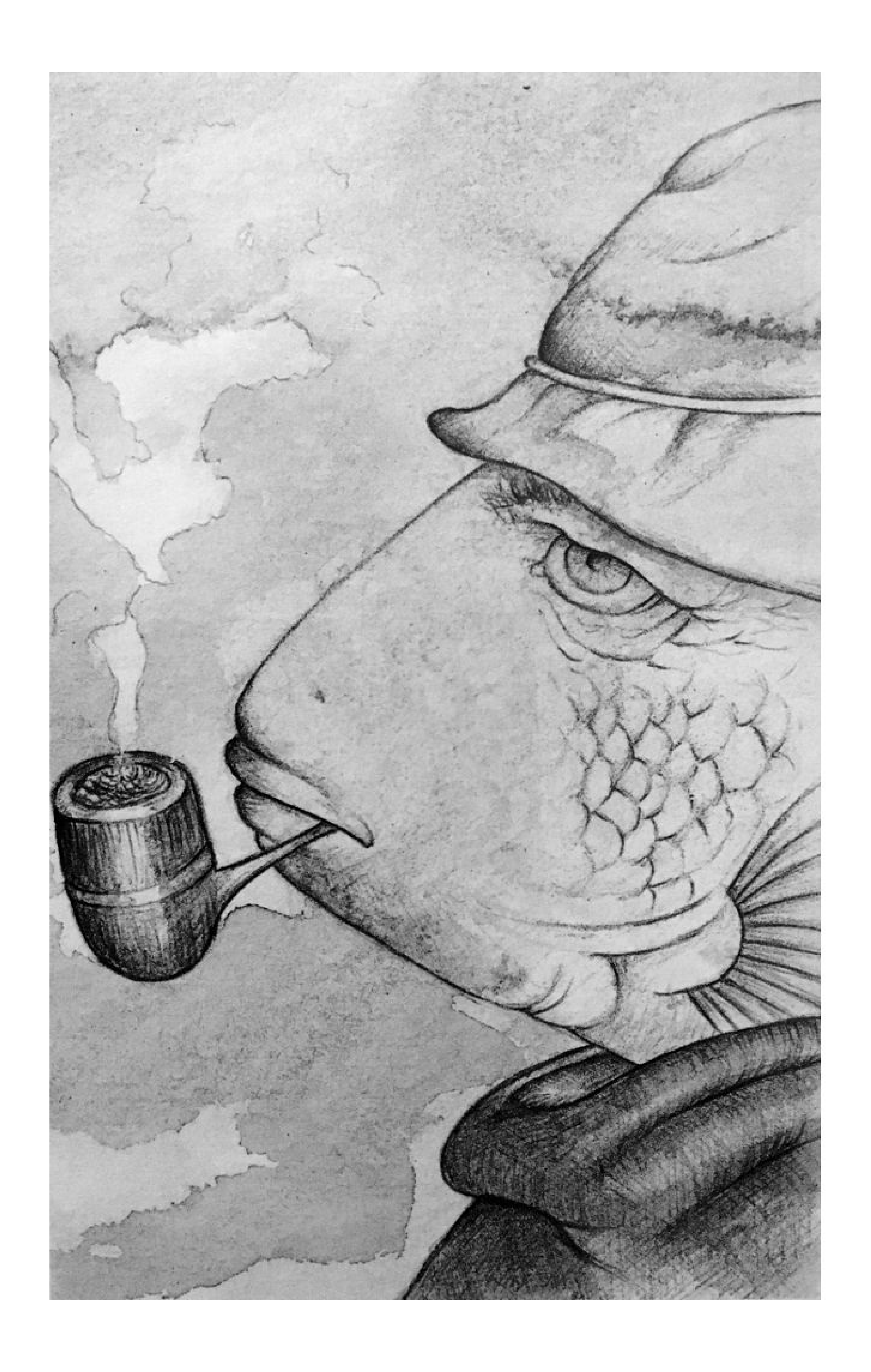
—Padre —dijo Dan—, hemos terminado nuestras tareas. ¿Podemos salir por ahí un rato? Hace buen tiempo para la pesca.

—No si ese lleva aún su atuendo color cereza y esos zapatos marrones a medio cocer. Dale algo de ropa apropiada para ponerse.

—Padre está contento. Eso lo arregla todo —exclamó Dan encantado, arrastrando a Harvey hacia el camarote, mientras Troop les arrojaba la llave por los peldaños—. Padre guarda mi ropa de repuesto donde él pueda controlarla, porque madre dice que soy un dejao.

Se puso a revolver dentro de un armario y, en menos de tres minutos, Harvey estaba vestido con unas botas de caucho de pescador que le llegaban hasta la mitad del muslo, un grueso jersey azul con sendos remiendos en los codos, un par de pequeñas pinzas y un sueste[*].

—Ahora sí que pareces un pescador —dijo Dan—. ¡Date prisa!



—No os alejéis demasiado, puedo necesitaros —dijo Troop—. Y no vayáis por ahí visitando a la flota. Si alguien os pregunta qué tengo pensado hacer, decid la verdad, pues no lo sabéis.

Un pequeño bote rojo de fondo plano, que llevaba escrito el nombre de Hattie S., estaba apostado a poca distancia de la popa de la goleta. Dan tiró de la amarra y se dejó caer ligero sobre el bote, mientras Harvey le siguió muy torpemente.

—Esa no es manera de subirse a un bote —le dijo Dan—. Si hubiera habido algo de oleaje, seguro que te habrías ido al fondo de cabeza. Tienes que aprender a ir a su encuentro.

Dan acomodó los toletes[*], se sentó en el banco de proa, y observó lo que hacía Harvey. El chico había remado, al estilo de las damas, en los lagos de Adirondacks; pero evidentemente hay una gran diferencia entre llevar un bote de casco ligero y manejar unos gruesos remos de dos metros. Se le atascaban en la suave marejada y Harvey gruñía.

—¡Corto! ¡Rema corto! —exclamó Dan—. Si se te encalla el remo, puede volcar el bote. ¿No es precioso? Es mío también.

El botecillo estaba inmaculadamente limpio. En la proa había una pequeña ancla, dos jarras de agua, y unas setenta brazas de hilo de pescar muy fino de color marrón. Un cuerno de hojalata para indicar la hora de cenar descansaba, apoyado sobre una abrazadera, justo debajo de la mano derecha de Harvey. A su lado había un mazo con un aspecto nada grato, un arpón corto y un bastón de madera aún más corto. Un par de rollos de hilo de pescar, provistos de plomadas muy pesadas y de anzuelos dobles para la pesca del bacalao, estaban colocados con esmero a un lado del bote.

—¿Dónde están la vela y el mástil? —preguntó Harvey, pues empezaban a formársele ampollas en las manos.

Dan se reía entre dientes.

—No utilizamos velas en botes como este. Solo remamos; pero no necesitamos hacerlo con tanta fuerza. ¿No te gustaría que fuera tuyo?

—Bueno, supongo que mi padre me regalaría uno o dos si se los pidiese —replicó Harvey.

Había estado demasiado ocupado para pensar en su familia hasta entonces.

—Es cierto. Me olvidaba de que tu padre es millonario. Aunque tú ya no te portas como un millonario. Creo que un bote como este, con todas las artes para pescar y el equipo, costará una pila —Dan hablaba como si se tratase de

un ballenero—. ¿Crees que tu padre podría regalártelo como…, como si fuera una mascota?

—Es muy probable. Sería una de las pocas cosas que aún no le he pedido.

—Debes de ser un chico caro de mantener. No pierdas el rumbo de esa manera, Harvey. El truco es remar corto, porque el mar nunca está del todo calmo, y el oleaje…

¡Crac! El mango del remo golpeó a Harvey en la barbilla y lo hizo caer de espaldas.

—Eso era justamente lo que iba a decirte. Yo también tuve que aprenderlo, pero no tenía más de ocho años cuando recibí la lección —Harvey volvió a ocupar su sitio con el ceño fruncido y las mandíbulas doloridas. Padre dice que no hay que enfurecerse mucho con estas cosas. Es culpa nuestra si no sabemos arreglárnoslas con ellas. Vamos a probar aquí. Manuel nos indicará la profundidad.

El portugués estaba faenando a una milla de distancia, pero cuando Dan levantó un remo verticalmente agitó su brazo tres veces.

—Treinta brazas —dijo Dan, enganchando en el anzuelo una almeja salada—. Pon el mismo cebo, Harvey, y no enredes tu sedal.

Dan había lanzado lejos su sedal mucho antes de que Harvey resolviera el misterio de poner el cebo y arrojar las plomadas. El bote navegaba a la deriva suavemente. No valía la pena anclar antes de estar seguros de que era un buen sitio para pescar.

—¡Allá vamos! —gritó Dan, mientras una lluvia de agua de mar salpicaba los hombros de Harvey, al tiempo que un gran bacalao aleteaba dando coletazos a un costado del bote—. ¡Eso, Harvey! ¡Eso! ¡Lo tienes debajo de la mano! ¡Rápido!

Evidentemente, «eso» no podía ser el cuerno, de manera que Harvey le pasó el mazo, y Dan atontó de manera científica al pez antes de subirlo a bordo, y arrancó el anzuelo con la ayuda del bastón de madera que él llamaba «palo-marinero». Entonces, Harvey sintió un tirón en su sedal y comenzó a recogerlo con entusiasmo.

—¡Pero si son fresas! —gritó—. ¡Mira!

El anzuelo se había enganchado en un racimo de fresas, rojas por un lado y blancas por el otro. Eran una reproducción perfecta del fruto de la tierra, pero no tenían hojas, y el tallo era tubular y viscoso.

—¡No las toques! ¡Tíralas! ¡No las…!

La advertencia llegó demasiado tarde. Harvey les había quitado el anzuelo con la mano, y las estaba admirando.

—¡Auch! —gritó, mientras sentía unas punzadas en los dedos como si hubiese cogido un montón de ortigas.

—Ahora ya sabes lo que significa lo del «fondo lleno de fresas». Padre dice que no debemos tocar nada, como no sea el pescado, con las manos desnudas. Golpéalas contra las amuras y suéltalas, Harvey. Y vuelve a poner otro cebo en el anzuelo. Con quedarte mirándolas no consigues nada. Está todo incluido en el salario.

Harvey sonrió ante la idea de sus diez dólares y medio al mes, y se preguntó qué pensaría su madre al verlo colgando del borde de un bote de pesca en medio del océano. Sufría lo indecible cuando él se iba a pasear por Saranac Lake[2]; y, de paso, recordó que solía reírse ante las angustias de su madre. De pronto, el sedal se tensó y empezó a correrle por la mano, ardiéndole aun a pesar de las pinzas y los anillos de lana que, supuestamente, deberían protegerlas.

—Debe de ser muy grande. Dale toda la cuerda que pida su resistencia —gritó Dan—. Yo te ayudaré.

—No, no lo hagas —le respondió Harvey bruscamente, en tanto sostenía con fuerza el sedal—. Es mi primer pez. ¿Es…, es una ballena?

—Tal vez sea un halibut[3] —Dan escudriñó el agua del costado del bote, con «eso» listo por si las moscas. Algo ovalado y de color blanco parpadeaba y aleteaba en el agua verde—. Me apuesto la paga y la parte que me corresponde a que pesa más de cien. ¿Insistes en sacarlo tú solo?

Los nudillos de Harvey estaban en carne viva y comenzaron a sangrar, pues se habían golpeado contra el borde del bote; tenía la cara morada debido a la excitación y el esfuerzo; estaba sudando la gota gorda, y apenas veía, debido al sol que se reflejaba en los rizos formados alrededor del veloz sedal. Los muchachos se cansaron mucho antes que el halibut, que se hizo dueño de la situación en los veinte minutos siguientes. Pero, finalmente, el gran pez plano fue arponeado y subido a bordo de un tirón.

—Suerte de principiantes —dijo Dan, enjugándose la frente—. Pesa sus buenas cien libras.

Harvey miró con indescriptible orgullo a la enorme criatura de color gris moteado. Había visto muchos halibuts sobre losas de mármol cuando las traían a tierra, pero nunca se le había ocurrido preguntar cómo habían llegado hasta allí. Ahora ya lo sabía: y cada pulgada de su cuerpo le dolía por la fatiga.

—Si padre estuviera aquí —dijo Dan, recogiendo el sedal—, sabría captar las evidentes señales. Los peces son cada vez más pequeños y tú has cogido el

halibut más grande que podamos encontrar en este viaje. ¿Te fijaste en la pesca de ayer? Había muchos peces grandes, pero ningún halibut. Padre entendería los signos en seguida. Padre dice que todo en los bancos son señales, y pueden ser interpretadas bien o mal. Padre es más profundo que el Abismo de la Ballena.

Mientras Dan hablaba, alguien disparó una pistola en el We’re Here, e izaron un cesto de patatas en el aparejo del trinquete.

—¿Qué te dije, eh? Esa es la llamada para todo el mundo. Padre se trae algo entre manos, o no interrumpiría la pesca a esta hora del día. Recoge el sedal, Harvey, y volvamos a bordo.

Se encontraban a barlovento[*] de la goleta, a punto de girar el bote sobre el mar tranquilo, cuando oyeron gritos de aflicción procedentes de donde se hallaba Penn, que estaba a una milla de distancia y dando vueltas alrededor de un punto fijo, como si fuese una enorme chinche acuática. El hombrecillo iba y venía al mismo sitio con una enorme energía, pero al final de cada maniobra su bote viraba y se enganchaba en la soga.

—Tenemos que ayudarle o echará raíces aquí —dijo Dan.

—¿Qué le pasa? —preguntó Harvey.

Para Harvey, este era un mundo nuevo, donde no podía imponer sus normas a los mayores, viéndose obligado a hacer preguntas humildemente. Y el mar era terriblemente grande y de poco interés.

—Se le ha enganchado el ancla. Penn siempre la pierde. Ya ha perdido dos en este viaje, en fondo arenoso también, y padre ha dicho que la próxima que pierda, seguro que pescando, le dará la piedra. Eso le partiría el corazón a Penn.

—¿Qué es dar la piedra? —preguntó Harvey, que tenía la vaga sospecha de que se trataba de algún tipo de tortura marina, como aquella de los libros de cuentos consistente en pasar a alguien por debajo de la quilla[4].

—Es un trozo de piedra en lugar de un ancla. Lo primero que se ve, cuando un bote la lleva, es la piedra, y toda la flota sabe lo que significa eso. Se burlarían de él. Penn lo llevaría de la misma manera que un perro un cazo atado a la cola. Es un perpetuo sensible. ¡Hola, Penn! ¿Te has atascado otra vez? Deja ya de intentarlo. Súbete aquí con nosotros, y mantén tu caña de pescar derecha.

—No se mueve —dijo jadeando el hombrecillo—. No se mueve para nada y, en verdad, ya he probado a hacer de todo.

—¿Qué es todo ese lío de la proa? —preguntó Dan, señalando un revoltijo de remos de repuesto e hilo de pescar, todo enredado como por la mano de la

inexperiencia.

—Ah, eso —dijo Penn, orgulloso— es un cabrestante español. El señor Salters me enseñó cómo hacerlo; pero ni siquiera *eso* ha conseguido mover el bote.

Dan se inclinó sobre la amura para esconder una sonrisa, dio uno o dos tirones a la caña y, mira por dónde, el ancla quedó libre de inmediato.

—Súbela, Penn —le dijo riéndose—, o se te atascará de nuevo.

Y allí lo dejaron, mirando las algas que se habían enredado en la pequeña ancla, con sus grandes y patéticos ojos azules, a la vez que les daba las gracias profusamente.

—Eh, Harvey, antes de que me olvide —dijo Dan, cuando ya se habían alejado y Penn no podía oírlos—. Penn no está del todo calafateado[*]. En modo alguno es peligroso, pero le falta un tornillo. ¿Comprendes?

—¿Es eso cierto, o es otro de los juicios de tu padre? —preguntó Harvey mientras se inclinaba sobre los remos. Tuvo la impresión de que ya estaba aprendiendo a manejarlos mejor.

—Padre no está equivocado esta vez. Seguro que Penn está chiflado. No, en realidad no es eso exactamente, sino que es un idiota inofensivo. Mira (estás remando mejor, Harvey)…, te lo voy a contar porque está bien que quieras saberlo. Él era predicador moravo[5]. Se llamaba Jacob Boller, me dijo padre, y vivía con su mujer y sus cuatro niños en algún lugar de Pennsylvania. Bueno, resulta que Penn llevó a su familia a una reunión de los moravos, seguramente en un campamento al aire libre, y se quedaron allí a pasar la noche en Johnstown[6]. ¿Alguna vez has oído hablar de Johnstown?

Harvey se lo pensó un poco.

—Sí, he oído hablar, pero no sé a santo de qué. Me suena igual que el de Ashtabula[7].

—En ambas sucedieron graves catástrofes. Por eso te suenan. Harvey. Bueno, pues aquella noche en que Penn y su familia se quedaron a pasar la noche en el hotel de la ciudad, fue la noche en que Johnstown fue arrasada. Una presa se rompió y la ciudad quedó inundada. Las casas chocaban unas con otras y se hundían. He visto las fotos y son pavorosas. Antes de que pudiera darse cuenta de lo que estaba sucediendo. Penn vio ahogarse a toda su familia[8]. En aquel momento perdió la cabeza. Ahora tiene la sospecha de que algo sucedió en Johnstown, pero no puede recordar exactamente qué fue. Y ahora deambula por ahí sin rumbo, sonriendo y haciéndose preguntas. En una ocasión en que el tío Salters estaba de visita en Allegheny[9], se tropezó con él. No podía recordar qué había sido ni qué era en ese momento. La mitad

de los parientes de mi madre vive desperdigada por el estado de Pennsylvania. El tío Salters suele ir por allí en invierno. El tío Salters medio adoptó a Penn, sabiendo de sobra cuál era su problema; se lo trajo al Este, y le dio trabajo en su granja.

—Anoche oí que le llamaban granjero, cuando los dos botes chocaron. ¿Tu tío Salters es granjero?

—¡Granjero! —gritó Dan—. No hay suficiente agua desde aquí hasta el cabo Hatteras[10] para limpiar de *sus* botas las huellas de los surcos. Ha sido granjero toda la vida. Oye, Harvey, fíjate si lo será que, durante los largos atardeceres, le he visto dar vueltas a la espita de la barrica como si estuviera ordeñando una vaca. Bueno, pues el tío Salters y Penn llevaban la granja que estaba cerca de Exeter[11]. El tío Salters se la vendió esta primavera a un pájaro de Boston que quería construirse una casa de verano y que le pagó una pila por ella. Así, los dos chiflados fueron tirando, hasta que un día, en la iglesia a la que pertenecía Penn, la de los moravos, supieron por dónde andaba, y le escribieron una carta al tío Salters. Nunca llegué a saber qué decía la carta exactamente, pero el tío Salters se puso furioso. Él es más bien de la iglesia episcopaliana, pero los puso verdes como si fuera baptista[12], y les dijo que no pensaba entregar a Penn a ninguna maldita congregación morava de Pennsylvania o de ningún otro sitio. Entonces vino a ver a padre trayendo consigo a Penn, de eso hace dos temporadas, y le dijo que Penn y él necesitaban hacer una travesía por el bien de su salud. Supongo que los mora vos no irían a buscar en los bancos a Jacob Boller. Padre se mostró de acuerdo, pues el tío Salters había estado pescando de vez en cuando desde hacía más de treinta años, cuando no estaba inventando algún abono nuevo para patentarlo, y se llevaba la cuarta parte de las ganancias del We're Here. El viaje le sentó muy bien a Penn, y padre ya se acostumbró a llevarlo en sus travesías. Padre dice que, algún día, logrará recordar lo de Johnstown y lo de su familia, y todo lo que pasó y, probablemente, se morirá entonces. No le hables a Penn de Johnstown ni de nada relacionado con ello si no quieres que el tío Salters te tire por la borda.

—¡Pobre Penn! —murmuró Harvey—. Viéndolos juntos nunca se me habría pasado por la cabeza que el tío Salters cuidase tanto de él.

—De todos modos, a mí me cae simpático Penn. A todos nos cae bien —dijo Dan—. Tendríamos que haberlo remolcado, pero antes quería contarte su historia.

Ya se hallaban cerca de la goleta, y los otros botes los seguían a corta distancia.

—No hace falta que icéis hasta después de cenar —les dijo Troop desde la cubierta—. Salaremos la pesca ahora mismo. ¡Preparad la tabla, muchachos!

—Más profundo que el Abismo de la Ballena —dijo Dan, guiñándole un ojo, en tanto que iba preparando los aparejos para salar el pescado—. Mira todos esos barcos que han ido apareciendo desde esta mañana. Están esperando a ver qué hace padre. ¿Los ves, Harvey?

—A mí me parecen todos iguales.

Y era cierto. Para un hombre de tierra adentro, las goletas que los rodeaban parecían estar hechas con el mismo molde.

—Sin embargo, no lo son. Aquella de allí, tan sucia, de color amarillo y con el bauprés[*] en ángulo, es la Hope of Prage. Su capitán se llama Nick Brady, y es el hombre más mezquino de los bancos. Así se lo diremos cuando lleguemos a Main Ledge. Aquella que está un poco más allá, es la Day's Eye. Pertenece a los dos Jeraulds. Es de Harwich[13], bastante veloz también y tiene buena suerte. Aunque padre sabría encontrar pesca hasta en un cementerio. Las otros tres son Margie Smith, Rose y Edith S. Walen, todos del mismo puerto que el nuestro. Me imagino que veremos a la Abbie M. Deering mañana, ¿no es cierto, padre? Todas están dejando los bancos de pesca de Queereau para venirse aquí.

—No verás muchos más pesqueros mañana, Danny —cuando Troop llamaba «Danny» a su hijo era señal de que el hombre estaba contento—. Muchachos, este sitio empieza a estar muy concurrido —prosiguió, dirigiéndose a la tripulación, que continuaba subiendo a bordo—. Los dejaremos aquí para que pongan cebos grandes y pillen peces pequeños.

Echó una ojeada al depósito de pescado, y resultaba curioso ver qué pequeña e igual era la pesca. A excepción del halibut de Harvey, no había ningún pez en cubierta que pesara más de cincuenta libras.

—Estoy esperando que cambie el tiempo —añadió.

—Pues tendrás que hacerlo tú mismo, Disko, porque no consigo ver ninguna señal de que vaya a suceder —dijo Long Jack escudriñando el despejado horizonte.

Y aun así, al cabo de media hora, mientras estaban todavía salando el pescado, la niebla del banco se cernió sobre ellos, «entre uno y otro pez», como ellos solían decir. Surgió con fuerza y en forma de ensortijadas guirnaldas, volviéndose más densa a todo lo largo de las incoloras aguas del mar. Los hombres dejaron de salar sin pronunciar palabra. Long Jack y el tío Salters soltaron los frenos del cabrestante y comenzaron a levar el ancla; el cabrestante chirriaba, en tanto la mojada soga de cáñamo se iba tensando

sobre el tambor. Al final, Manuel y Tom Platt también echaron una mano. El ancla subió emitiendo un sollozo. La vela mayor se hinchó, mientras Troop se ponía al timón.

—Arriba el foque y el trinquete —exclamó Troop.

—¡Soltad las velas! —gritó Long Jack, asegurando rápidamente el foque, en tanto que los demás levantaban las chirriantes anillas del trinquete. El botalón de proa crujió cuando el We’re Here se encontró con el viento y comenzó a adentrarse en el arremolinado espacio en blanco.

—Hay viento tras esta niebla —dijo Troop.

Todo era maravilloso para Harvey, tanto que no podía expresarlo con palabras. Y lo mejor de todo era que no se oían órdenes, salvo algún que otro ocasional gruñido de Troop, que acababa inevitablemente con un «¡Eso está muy bien, hijo mío!».

—¿Nunca habías visto levar anclas, Harvey? —preguntó Tom Platt viendo que el chico se había quedado boquiabierto mirando la empapada lona del trinquete.

—No. ¿Adónde vamos?

—A echar el ancla y a pescar, como te irás dando cuenta cuando hayas pasado más de una semana a bordo. Ahora todo es nuevo para ti, pero la verdad es que nosotros nunca sabemos con qué nos vamos a encontrar. Mírame a mí, Tom Platt, ni más ni menos… Nunca me habría imaginado que…

—Es mejor que cobrar catorce dólares al mes y una bala en la tripa —dijo Troop, desde el timón—. Tranquilo con tus delirios de grandeza.

—Es mejor contar dólares y centavos —prosiguió el marinero, haciéndole algo a un gran foque que llevaba atado un palo de madera—. Pero nosotros no pensábamos en eso cuando manejábamos los frenos del cabrestante del Miss Jim Buck[14], a la salida del puerto de Beaufort[15], con todo el fuerte Maçon calentándonos la popa, y con una feroz tempestad, además. ¿Dónde estabas en ese momento, Disko?

—Aquí o cerca de aquí —replicó Disko—. Ganándome el pan en estas profundas aguas, y esquivando a los corsarios rebeldes. Siento no poder complacerte dándote metralla caliente para que me fastidies. Ya verás cómo el viento es favorable antes de divisar Eastern Point.

Desde proa llegaba un incesante ruido de parloteos y palmadas, mezclado con un golpe sordo y un pequeño chorro de espuma que se oía ruidosamente desde el castillo. Del cordaje caía una lluvia de gotas pegajosas, y los hombres estaban repantigados a cubierto en el interior. Todos, a excepción del

tío Salters, que se hallaba sentado en la escotilla principal, curándose las manos llenas de picaduras de fresa.

—Creo que llevaré los estays —dijo Disko, mirando a su hermano.

—No creo que sirvan de nada. ¿Qué sentido tiene malgastar velas? —le contestó el marinero-granjero.

El timón se movió imperceptiblemente en las manos de Disko. Pocos segundos después, la silbante cresta de una ola barrió el barco en diagonal, y golpeó al tío Salters en los hombros, empapándolo de pies a cabeza. Se levantó salpicándolo todo, y se dirigió hacia la proa, consiguiendo solo que le cayese encima una nueva ola.

—Ya verás cómo padre le persigue por toda la cubierta —dijo Dan—. El tío Salters cree que en su cuarta parte está incluido el velamen. Padre le ha hecho esta jugarreta durante dos viajes seguidos. ¡Eh! ¡Le da donde más le duele!

El tío Salters buscó refugio al lado del trinquete, pero otra ola le dio por encima de las rodillas. La cara de Disko permanecía tan inexpresiva como la rueda del timón.

—Creo que iríamos mejor con estays, Salters —dijo Disko como si no hubiera visto nada.

—Pues entonces pon en marcha tu maldita cometa —rugió la víctima a través de una nube de espuma de mar—. Solo que no me eches a mí la culpa si pasa cualquier cosa. Penn, baja ahora mismo a tomarte el café. Tendrías que tener un poco más de sentido común y no deambular por cubierta con este tiempo.

—Ahora se pondrán a tomar café y a jugar a las damas hasta que las ranas críen pelo —dijo Dan, mientras el tío Salters empujaba a Penn dentro del camarote de proa. Me pregunto si estaremos así mucho tiempo. No hay nada en el mundo más absolutamente ocioso que un pesquero cuando no está faenando.

—Me alegro de que lo hayas dicho, Danny —exclamó Long Jack, que había estado buscando algo para divertirse. Se me había olvidado completamente que teníamos un pasajero. Hazle venir, Tom Platt, que le vamos a enseñar.

—Esta vez no me toca a mí —dijo Dan sonriendo burlonamente—. Tendrás que arreglártelas tú solo. Padre me enseñó con un cabo de soga.

Long Jack estuvo paseando a su presa de un sitio a otro durante una hora, enseñándole, según él, «cosas del mar que todo hombre debe saber, aunque sea ciego, esté borracho o dormido». No hay mucho que transmitir a bordo de

una goleta de setenta toneladas y un grueso trinquete, pero Long Jack tenía el don de la expresión. Cuando quería llamar la atención de Harvey sobre las drizas[*], por ejemplo, hundía los nudillos en la nuca del muchacho y lo mantenía contemplando durante medio minuto. Enfatizaba la diferencia entre la popa y la proa restregándole la nariz a lo largo de unos cuantos pies del botalón, y el fin de cada maroma quedaba fijado en la mente de Harvey por el cabo mismo de cada una de ellas.

La lección podría haber resultado más fácil si la cubierta hubiese estado despejada; pero allí parecía haber sitio para cualquier cosa excepto para una persona. En la proa se hallaban el molinete[*] y su polea, con su cadena y sus cables, tropezar con los cuales resultaba de lo más molesto; así como también el tubo de la estufa del castillo de proa y, a su lado, los barriles con los hígados de pescado. En la popa, el botalón y la escotilla principal ocupaban todo el espacio que dejaban libre las bombas de achique[*] y los depósitos para salar el pescado. Luego estaban los botes de fondo plano, amarrados con cabos a unos cáncamos[*] que había en el alcázar; el camarote, alrededor del cual estaban amarrados toda suerte de cubos y trastos. Finalmente, los sesenta pies del botalón principal y su soporte, que dividían longitudinalmente en dos buena parte de la cubierta y que debían esquivarse agachándose todo el tiempo para pasar por debajo.

Tom Platt, naturalmente, no pudo evitar entrometerse en el asunto, así que los siguió por todos lados haciendo largas e inútiles descripciones de todas las velas y mástiles del viejo Ohio.

—No hagas caso de lo que él te diga. Atiéndeme a mí, inocente. Tom Platt, este desastre no es el Ohio y lo único que haces es confundir más al chico.

—Lo echarás a perder para toda la vida si comienza a aprender de esta forma —se defendió Tom Platt—. Dale la oportunidad de aprender unos cuantos principios básicos. Navegar es un arte, Harvey; si fuera yo el que te lo enseñara desde lo más alto de…

—Ya lo sé. Le hablarías hasta dejarlo muerto. ¡Silencio, Tom Platt! Ahora, después de todo lo que te he dicho, ¿qué harías para recoger la vela del trinquete, Harvey? Tómate el tiempo que necesites para responder.

—Tiraría de eso —le respondió Harvey señalando a sotavento.

—¿Qué cosa? ¿El Atlántico Norte?

—No, el botalón. Luego, traería hasta aquí la cuerda que usted me ha enseñado antes y…

—Así no vale —interrumpió Tom Platt.

—¡Cállate! Está aprendiendo, y todavía no se sabe bien los nombres. Sigue, Harvey.

—¡Ah! Es el rizo[*]. Cogería la polea, la engancharía en el rizo, y luego la bajaría y…

—¡Arriarías la vela, niño! ¡La arriarías! —exclamó Tom Platt con la angustia de un profesional.

—Arriaría las drizas —prosiguió Harvey, a quien ese término se le había quedado grabado en la cabeza.

—Pon la mano encima —dijo Long Jack.

Harvey obedeció.

—Las arriaría hasta alcanzar aquella anilla de cuerda que hay en popa hasta que la garra…, digo el garrucho[*]…, eso, el garrucho estuviera en el botalón. Entonces lo amarraría, tal como usted me ha dicho, y después volvería a izar las drizas.

—Te has olvidado de los anillos de amura, pero ya lo aprenderás con el tiempo y un poco de ayuda. Cada una de las cuerdas que hay a bordo tiene su razón de ser, si no, no estarían. ¿Me sigues? Te estoy poniendo dólares y centavos en el bolsillo, pequeño y delgaducho sobrecargo, para que, cuando hayas aprendido todo, puedas navegar de Boston a Cuba y decirle a todo el mundo que Long Jack te enseñó el oficio. Ahora vas a venir conmigo un momento, y te voy a nombrar las cuerdas, y tú vas a ir señalando las que yo te diga.

Long Jack comenzó a hacerlo y Harvey, que comenzaba a sentirse ya bastante cansado, caminó despacio hasta la cuerda mencionada. Un cabo de soga le dio en las costillas, dejándole casi sin aliento.

—Cuando tengas tu propio barco —dijo Tom Platt con mirada severa— podrás caminar. Hasta entonces, tienes que obedecer todas las órdenes corriendo. ¡Vamos a hacerlo otra vez para estar seguros!

Harvey estaba acalorado a causa del ejercicio, y este último golpe terminó de calentarlo completamente. Ahora bien, él era un chico singularmente listo, hijo de un hombre muy inteligente y de una mujer muy sensible, y poseía un temperamento muy decidido que, a causa de haber estado siempre consentido, se había transformado en la tozudez de una mula. Miró a los demás hombres y observó que ni siquiera Dan estaba sonriendo. Evidentemente, aquello formaba parte del trabajo diario de a bordo, pero estaba sintiendo un dolor terrible. Así que aguantó el golpe tragando saliva sofocadamente y mostró una amplia sonrisa. La misma astucia que le servía para aprovecharse de su madre le hizo estar completamente seguro de que nadie de a bordo, salvo

quizá Penn, podría aguantar la menor tontería. Uno aprende y deduce muchas cosas tan solo con escuchar un tono de voz. Long Jack nombró otra media docena de cuerdas más, y Harvey se puso a bailar sobre cubierta, como una anguila atrapada en una marea baja, sin perder de vista a Tom Platt.

—Moito bien, moito bien hecho —dijo Manuel—. Después de cenar, te enseñaré una piqueña goleta que hice yo, con todas sus cuerdas. Así aprenderemos.

—Lo has hecho de primera para ser… un pasajero —exclamó Dan—. Padre reconoce que te merecerás tu sal quizás antes de que te hayas ahogado. Eso es mucho para padre. Ya te contaré más en nuestra próxima guardia.

—¡Más alto! —gruñó Disko, escudriñando la niebla que humeaba sobre la borda.

No se veía nada más allá de diez pies del botalón al bauprés, en tanto que, por el costado del barco, desfilaba una interminable procesión de olas pálidas y solemnes, que susurraban y se montaban unas sobre otras.

—Ahora, te voy a enseñar algo que Long Jack no puede enseñarte —gritó Tom Platt, mientras que de un armario que había en la popa extraía un escandallo[*], largo y muy estropeado, hueco por un extremo. Le embadurnó bien el hueco con sebo de carnero que había en un cuenco y se dirigió a proa.

—¡Te enseñaré cómo volar la paloma azul! ¡Sooo!

Disko maniobró el timón haciendo que la goleta se detuviera en su ruta, en tanto que Manuel, ayudado por Harvey (un Harvey muy orgulloso), arriaba el foque sobre el botalón. La sondaleza[*] cantó una canción profunda y zumbante mientras Tom Platt la hacía girar una y otra vez.

—Venga ya, hombre —dijo Long Jack, impaciente—. No estamos más que a veinticinco millas de distancia de Fire Island[16] revoloteando entre la niebla. No hagas tanta alharaca.

—No seas tan envidioso, Galway.

La sondaleza fue volando para caer muy lejos en el mar, por delante de la goleta, que avanzaba suavemente.

—De todos modos, hay que conocer el truquillo —dijo Dan— cuando la sondaleza son los únicos ojos que tendrás durante una semana. ¿Qué profundidad calculas, padre?

La cara de Disko se relajó. Su habilidad y honor estaban en juego en lo que se refería a la ventaja que le había sacado al resto de la flota pesquera. Y tenía la reputación de ser un artista incomparable que conocía los bancos con los ojos vendados.

—Sesenta brazas, quizá…, si no me equivoco —replicó, observando el pequeño compás que estaba en la ventana del camarote.

—¡Sesenta! —canturreó Tom Platt, mientras recogía gruesos y mojados rollos de maroma.

La goleta retomó otra vez el rumbo.

—¡Izad! —exclamó Disko, después de un cuarto de hora.

—¿Cuánto calculas? —susurró Dan, mirando a Harvey con orgullo.

Pero Harvey estaba demasiado contento consigo mismo y sus proezas como para sentirse impresionado en ese momento.

—¡Cincuenta! —dijo su padre—. Sospecho que estamos justo encima del banco verde, a unos cincuenta o sesenta.

—¡Cincuenta! —rugió Tom Platt.

Apenas podían verle a través de la niebla.

—Ha caído a menos de una yarda, igual que los obuses del Fuerte Maçon.

—Pon el cebo, Harvey —dijo Dan, colocando el hilo de pescar en el carrete.

La goleta parecía estar extraviada en la densa niebla, con la vela delantera agitándose violentamente. Los hombres esperaban, y miraban a los muchachos, que habían comenzado a pescar.

—¡Ffiu! —exclamó Dan, cuyos hilos se tensaban sobre la barandilla llena de muescas—. ¿Cómo rayos habrá hecho padre para saberlo? Ven a ayudarme, Harvey. Es uno de los grandes. Bien enganchado, además.

Juntos, tiraron fuertemente de los hilos, y subieron a cubierta un bacalao de veinte libras, con los ojos saltones. Se había metido el anzuelo hasta el estómago.

—¡Eh! Está todo cubierto de pequeños cangrejos —exclamó Harvey, dándole la vuelta.

—¡Por el Gran Hook-Block! —gritó Long Jack—. Ya están llenos de bichos. Disko, más vale que mantengas tus cegatos ojos bajo la quilla.

El ancla se zambulló en el agua, y todos ocuparon sus puestos junto a las amuras.

—¿Se pueden comer? —jadeó Harvey, mientras subía a bordo otro bacalao cubierto de cangrejos.

—¡Seguro! Cuando están así de asquerosos es señal de que han estado apiñaos juntos por millares, y cuando pican el cebo así, es que tienen hambre. No te preocupes si el cebo no está bien colocado. Morderían el anzuelo aunque estuviese vacío.

—¡Eh, esto es genial! —exclamó Harvey, al mismo tiempo que los peces subían boqueando y dando coletazos, casi todos bien enganchados, como decía Dan—. ¿Por qué pescamos desde el barco en lugar de utilizar los botes?

—Se puede hacer eso hasta que empezamos a salar el pescado. Luego, las cabezas y los desperdicios asustarían tanto a los peces, que estos huirían hasta Fundy[17]. Pescar desde el barco se considera atrasado, a menos, claro, que uno sepa tanto como padre. Supongo que esta noche echaremos nuestra red de arrastre. Esto resulta más duro para la espalda que pescar desde los botes, ¿no es cierto?

Era, verdaderamente, un trabajo demoledor para la espalda, puesto que en el bote el peso del bacalao es soportado por el agua hasta el último minuto, y el pescador, por así decirlo, se encuentra frente a frente con el pez; pero aun la poca altura de cubierta de la goleta hacía que el trabajo de izar fuera mucho más pesado y, además, el tener que inclinarse sobre la borda producía calambres en el estómago. Pero fue una diversión salvaje y frenética mientras duró; y habían apilado un montón de peces a bordo hasta que estos cesaron de picar.

—¿Dónde están Penn y el tío Salters? —preguntó Harvey, dándose manotazos en el impermeable para quitarse las babas del bacalao, y enrollando el hilo cuidadosamente, imitando a los demás.

—Vete a por un poco de café y lo verás.

Bajo el resplandor amarillo de la luz del farol que colgaba del trinquete, con la mesa del castillo bajada y abierta, absolutamente ajenos al pescado o al tiempo, se hallaban sentados los dos hombres, con un tablero de damas entre ellos, y el tío Salters gruñendo a cada jugada de Penn.

—¿Qué pasa ahora? —dijo el primero, mientras Harvey, colgado del pasamano de cuero en lo alto de la escalera, se puso a llamar al cocinero.

—Montones y montones de peces grandes y llenos de bichos —respondió Harvey repitiendo lo que había dicho Long Jack—. ¿Qué tal va la partida?

El pequeño Penn dejó caer la mandíbula.

—No ha sido culpa suya —respondió secamente el tío Salters—. Penn es sordo.

—Estaban jugando a las damas, ¿verdad? —dijo Dan, mientras Harvey aparecía por la popa tambaleándose con un cubo de hojalata lleno de humeante café—. Eso nos librará de tener que limpiar esta noche. Padre es un hombre justo. Tendrán que hacerlo ellos.

—Y un par de jóvenes que yo conozco van a poner el cebo a una o dos tinas de red de arrastre mientras ellos limpian —dijo Disko, fijando el timón a

su gusto.

—¡Humm! Me parece que prefiero limpiar, padre.

—No lo dudo. Pero no lo harás. ¡A salar! ¡A salar! Penn manejará la horca mientras vosotros ponéis los cebos.

—¿Por qué rayos esos condenados chicos no nos avisaron de que habíais descubierto un banco de peces? —dijo el tío Salters arrastrando los pies desde donde estaba hasta la tabla de salar—. Este cuchillo está desafilado, Dan.

—Si no os despertáis con el ruido de la pesca, supongo que deberíais contratar un chico solo para vosotros —dijo Dan, haciéndose un lío en la oscuridad buscando la red de arrastre sobre las tinas amarradas a sotavento del camarote—. Harvey, ¿por qué no bajas a buscar algo de cebo?

—Cebo como nosotros —dijo Disko—. Según van las cosas, creo que pescados peludos sería lo mejor.

Eso quería decir que los muchachos deberían cebar con lo mejor de las entrañas del bacalao después de que el pescado estuviera limpio, lo cual constituía una mejora respecto a chapotear con las manos desnudas en los pequeños barriles de cebo de debajo. Los cubos estaban llenos de hilo cuidadosamente enrollado, del que colgaban grandes anzuelos a intervalos regulares: y comprobar y cebar cada uno de los anzuelos, colocando luego el hilo de tal manera que no se enganchase al salir del bote, era una tarea científica. Dan se las arreglaba en la oscuridad sin mirar, pero Harvey se pillaba los dedos cada dos por tres y se lamentaba de su suerte. En cambio, los anzuelos volaban en los dedos de Dan, como el encaje en el regazo de una vieja criada.

—Ayudaba a cebar la red incluso antes de que supiera caminar —dijo—. Y no deja de ser el mismo traqueteo de siempre. ¡Eh, padre! —gritó a través de la escotilla, donde Disko y Tom Platt estaban salando—. ¿Cuántos cubos crees que harán falta?

—Unos tres. ¡Daos prisa!

—Hay unas trescientas brazas de hilo en cada cubo —explicó Dan—, lo suficiente como para estar haciendo esto toda la noche. ¡Auch! Se me ha resbalado —exclamó metiéndose el dedo en la boca—. Te voy a decir una cosa, Harvey. No hay en todo Gloucester dinero suficiente para obligarme a trabajar en un barco que utilice la red de arrastre regularmente como sistema de pesca. Puede que sea muy avanzado, pero hacerlo es lo más desagradable y agobiante del mundo.

—No sé qué otra cosa pueda serlo —dijo Harvey de mal humor—. Tengo los dedos todos completamente cortados.

—¡Bah! Esto no es más que uno de esos malditos experimentos de padre. No pesca de esta manera a menos que exista una poderosa razón para ello. Padre sabe lo que hace. Por eso está cebando así. Estará repleta cuando la subamos, o de lo contrario no veremos ni una aleta de pescado.

Penn y el tío Salters limpiaron todo como Disko había ordenado, pero de poco les sirvió a los muchachos. En cuanto estuvieron listos los cubos, Tom Platt y Long Jack, que habían estado explorando el interior de un bote con una linterna, se los arrebataron junto con unas pequeñas boyas pintadas, y arriaron el bote en lo que Harvey consideraba un mar excesivamente bravo.

—¡Se ahogarán! —exclamó—. ¡Pero si el bote va más abarrotado que un vagón de carga!

—Regresaremos —dijo Long Jack— y en caso de que no estéis esperándonos, caeremos sobre vosotros si resulta que se nos enganchan las redes.

El bote trepó a la cresta de una ola, y justo cuando parecía que se iba a estrellar contra el costado de la goleta fue tragado por el húmedo anochecer.

—Coge esto y no dejes de repicar constantemente —dijo Dan, pasándole a Harvey la cuerda de una campana colgada detrás del cabrestante.

Harvey se puso a repicar con fuerza, porque sentía que dos vidas dependían de él. Pero en el camarote, garabateando el diario de a bordo, Disko no tenía el aspecto de un asesino y, cuando bajaron a cenar, incluso le dirigió al ansioso Harvey una seca sonrisa.

—Esto no es mal tiempo —dijo Dan—. ¡Pero si tú y yo podríamos haber colocado esa red! Se han alejado solo lo suficiente para que no se enrede el cable. En realidad, no necesitan la campana.

—¡Clang! ¡Cling! ¡Clang! —seguía Harvey, cambiando ocasionalmente a otro sonido. Se oyó un bramido y un golpe a un costado del barco. Manuel y Dan levantaron los garfios de la polea del bote. Long Jack y Tom Platt llegaron juntos a cubierta, con lo que parecía medio Atlántico Norte a sus espaldas, y el bote los siguió por los aires, posándose en cubierta con gran estrépito.

—No se ha enredado —dijo Tom Platt, chorreando agua—. Danny, llegarás a ser un buen marinero.

—Espero tener el placer de vuestra compañía en el banquete —dijo Long Jack, pisoteando con sus botas para quitarles el agua, mientras daba saltos como un elefante, a la vez que apoyaba su brazo con impermeable en la cara de Harvey—. Somos tan condescendientes que honraremos el segundo turno con nuestra presencia.

Y se fueron los cuatro a cenar. Harvey se atiborró hasta los topes de estofado de pescado y pastelillos fritos, y cayó dormido justo cuando Manuel sacó de un cofre un encantador modelo en miniatura del Lucy Holmes, su primer barco, y se disponía a enseñárselo a Harvey para darle una lección de cordaje. Harvey ni siquiera movió un dedo cuando Penn lo llevó a su litera.

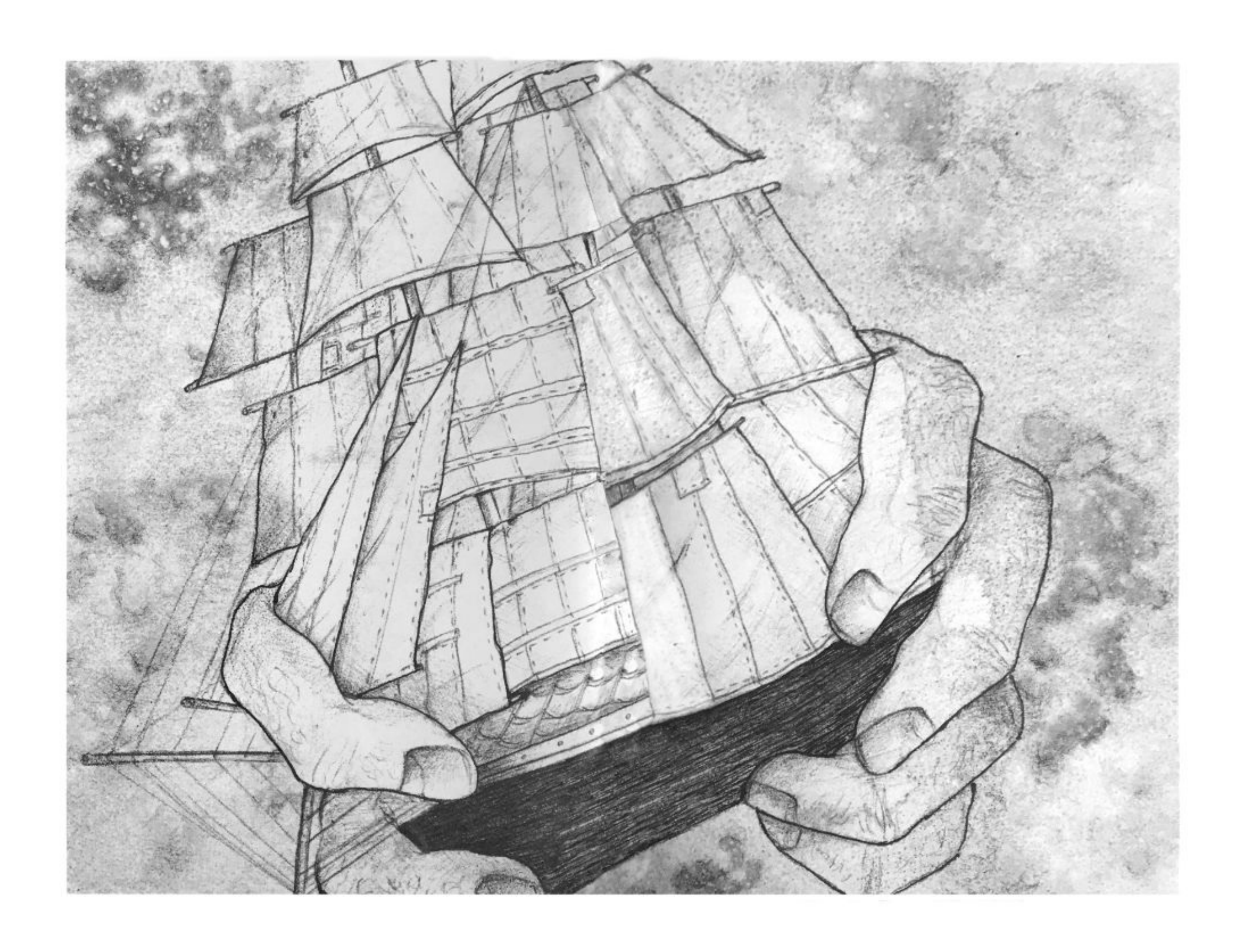
—Debe de ser muy triste…, verdaderamente muy triste —dijo Penn, mirando la cara del muchacho— para su padre y su madre, que pensarán que está muerto. Perder un niño…, ¡casi un hombre ya!

—No te metas en esto, Penn —exclamó Dan—. Vete a popa y termina tu partida con el tío Salters. Dile a padre que yo haré la guardia de Harvey si no le importa. Él está frito.

—Muy buen chico —dijo Manuel, quitándose las botas y desapareciendo dentro de las negras sombras de la litera de abajo—. Seguro qui llegará a ser un buen hombre, Danny. No creu que él esté tan loco como dice teu padre. ¿Eh, nooo?

Dan se rio entre dientes, pero la risa terminó en ronquido.

Fuera, el tiempo estaba revuelto, y comenzaba a levantarse viento. Los mayores prolongaron sus guardias. Las horas sonaron claramente en el camarote, la proa golpeaba y se restregaba contra el mar; la chimenea del castillo silbaba y chisporroteaba cuando las gotas de agua la alcanzaban; y los muchachos siguieron durmiendo, mientras Disko, Long Jack, Tom Platt y el tío Salters, por turnos, subían a popa para vigilar la rueda del timón, iban a proa para ver el ancla, o para alargar un poquito más el cable y evitar que se rozara, echando cada vez una ojeada a la débil luz de posición.



Capítulo IV

Cuando Harvey se levantó se encontró con el primer turno ya desayunando. La puerta del castillo de proa crujía y cada pulgada cuadrada de la goleta cantaba su propia melodía. La negra mole del cocinero se balanceaba detrás del pequeño fogón, sobre la lumbre de la estufa, y los cacharros y sartenes colgados en la tabla de madera frente a él, se agitaban estrepitosamente a cada bandazo del barco. El castillo trepaba tembloroso cada vez más arriba, suspirando, agitándose, estremeciéndose, para luego, con un claro movimiento de hoz, caer de nuevo sobre el mar. Podía oír los ruidos de la proa cortando y rompiendo las olas, seguidos de una pausa antes de que las divididas aguas cayeran sobre cubierta como una perdigonada. A todo esto siguió el sonido confuso del cable en el escobén[*], el gruñido chirriante del cabrestante; un repentino cambio de rumbo, un empujón, un retroceso para que el We're Here se dispusiera a repetir todos aquellos movimientos.

—Ahora bien, cuando estamos en tierra —escuchó decir a Long Jack— tenemos tareas, y debemos hacerlas haga el tiempo que haga. Pero aquí estamos bien lejos de la flota, y no tenemos tareas que cumplir, y eso es una bendición. Buenas noches a todos.

Luego se deslizó como una gran serpiente desde la mesa hasta donde se encontraba su litera, y comenzó a fumar. Tom Platt siguió su ejemplo; el tío Salters y Penn treparon trabajosamente por la escalerilla para hacer su turno de guardia, y el cocinero se preparó para recibir al segundo turno.

El segundo turno salió de sus literas del mismo modo que los otros entraron en las suyas: desperezándose y bostezando. Cocieron hasta más no poder, y luego Manuel llenó su pipa con algún tabaco espantoso, buscó un sitio en donde apoyarse entre el trinquete y una de las literas delanteras, colocó los pies en la mesa y empezó a dedicarle tiernas e indolentes sonrisas al humo de su pipa. Dan se recostó cuan largo era en su litera, luchando con un acordeón de color chillón y llaves doradas, cuyas melodías subían y bajaban igual que el vaivén del We're Here. El cocinero, con los hombros apoyados en el armario donde guardaba los pastelillos fritos (a Dan le

encantaban los pastelillos fritos), pelaba patatas, sin perder de vista la estufa, por si entraba mucha agua por la tubería; y el olor y el sofoco en general sobrepasaban toda descripción.

Harvey consideró la situación, y se sorprendió al ver que no estaba completamente mareado; se metió de nuevo a gatas en su litera, que era el sitio más confortable y seguro del lugar, mientras Dan comenzaba a tocar *No quiero jugar en tu patio*, tan afinadamente como se lo permitían las salvajes sacudidas del barco.

—¿Cuánto tiempo va a durar esto? —preguntó Harvey a Manuel.

—Hasta que amaine un poquinho y podamos ir a recoger las redes. A lo mejor esta noite. Tal veis, unos dois días más. ¿No te gusta? ¿Eh, queeé?

—Hace una semana me habría vuelto loco, pero ahora no parece molestarme… demasiado.

—Eso es porque, en estos días, te hemos convertidu en todo un peiscador. Si yo fuese tú, cuando llegase a Gloucester, ofrecería dois o treis cirios por meu bona suerte.

—¿Ofrecer a quién?

—¡Anda! Pues a la Virgem de nuestra iglesia que está en la colina. Es siempre moito buena con los peiscadores. Esa es la razón por la que se ahogan tan pocos portugueises.

—¿Eres católico romano, entonces?

—Soy de Madeira, no un chico de Puerto Rico. ¿Qué iba a ser? ¿Baptista? ¿Eh, nooo? Yo sempre ofrezcu velas, dois o tres o más cuando vuelvo a Gloucester. La buena Virgem nunca se olvida de mí, de Manuel.

—Yo no pienso así —intervino Tom Platt desde su litera, iluminando la cicatriz de su cara con el resplandor de una cerilla, mientras chupaba su pipa —. Está claro que el mar es el mar; y te sucederá lo que tenga que ser, ya enciendas cirios, queroseno o lo que sea.

—Pero, de todos modos, es una gran cosa —dijo Long Jack— tener un amigo en la corte. Yo pienso igual que Manuel. Hace unos diez años estaba embarcado en el South Boston, un barco mercante. Nos encontrábamos en Minot’s Ledge, con viento del Nordeste y se nos venía encima una tormenta espantosa. El capitán estaba borracho como una cuba, con la barbilla moviéndosele sobre la caña del timón, y entonces me dije a mí mismo: «Si consigo regresar a puerto otra vez, mostraré a los santos de qué clase de cascarón me han salvado». Así que aquí estoy, como podéis ver, y la maqueta de la vieja y sucia Kathleen, que tardé un mes en hacer, se la di al cura, que la colgó ante el altar. Es mejor ofrecer una maqueta, que es una obra de arte, que

un cirio. Las velas se pueden comprar en cualquier tienda, pero con una maqueta demuestras a los buenos santos que te has molestado en agradecerles su bondad.

—¿En serio te crees tú eso, irlandés? —dijo Tom Platt.

—¿Lo habría hecho si no lo creyera, Ohio?

—Bueeeno, Enoch Fuller hizo una maqueta del viejo Ohio, y ahora está en el museo de Salem[1]. Preciosa maqueta también, pero no creo que Enoch la hiciera por penitencia, y lo que a mí me parece es que…

Comenzaba a tomar forma entonces una discusión de aquellas que encantan a los pescadores, en las que la conversación acaba en un gran griterío y al final nadie consigue probar nada. Pero Dan los interrumpió con esta alegre cancioncilla:

Saltó la caballa con su espalda rayada.
Recoged la mayor y dad una bordada[*]*,*
porque el tiempo es ventoso…

Aquí se le unió Long Jack:

Y el tiempo está ventoso;
cuando comienzan los vientos a soplar,
¡soplemos todos juntos!

Dan siguió tocando, dirigiéndole a Tom Platt una mirada de advertencia, sosteniendo el acordeón de manera que quedara protegido por la litera:

Y saltó el bacalao con su cabeza de chorlito
y se fue hacia el obenque para tirar la sonda
porque el tiempo es ventoso…

Tom parecía estar rastreando algo. Dan se agachó, pero siguió cantando en voz más alta:

Y saltó la platija[2] *que nada hasta tierra.*
¡Cabeza de chorlito! ¡Cabeza de chorlito! ¡Ojo dónde tiras el escandallo!

La enorme bota de caucho de Tom Platt voló dando vueltas por el castillo de proa y fue a parar en el brazo que Dan tenía levantado. Cada vez que Tom Platt tenía que lanzar la sondaleza y Dan empezaba a cantar esta canción, tras haber descubierto que el mero silbido de la melodía hacía que el otro montara en cólera, estallaba la guerra entre ambos.

—Pensaste que iba a darme —dijo Dan, devolviéndole el regalo con puntería—. Si no te gusta mi música, anda y coge tu violín. No voy a quedarme tirado aquí escuchándote a ti y a Long Jack discutiendo sobre cirios. El violín. Tom Platt, o le enseñaré la canción a Harvey ahora mismo.

Tom Platt se inclinó sobre un cofre y sacó un viejo violín de color blanco. A Manuel le brillaron los ojos y, de algún lugar de detrás del trinquete, sacó un instrumento parecido a una pequeña guitarra con cuerdas metálicas, que él llamaba *machette*.

—Esto es un concierto —exclamó Long Jack, sonriendo a través del humo—. Un concierto en toda regla, como los de Boston.

Se produjo un estallido de salpicaduras de agua cuando Disko, abriendo la escotilla, descendió cubierto con un impermeable amarillo.

—Justo a tiempo. Disko. ¿Qué tal va la cosa fuera?

—Ya ves —dijo, mientras se dejaba caer sobre los baúles a causa de una sacudida que dio el We're Here.

—Estamos cantando para retener el desayuno en el estómago. Tú llevarás la voz cantante, Disko, por supuesto —dijo Long Jack.

—Creo que no sé más de dos canciones y ya las habéis oído.

Sus excusas fueron cortadas por Tom Platt, que se arrancó con una melodía tristísima, parecida al gemir de los vientos y el crujir de los mástiles. Con la mirada fija en las vigas. Disko comenzó a cantar esta antiquísima canción, mientras Tom Platt hacía toda suerte de intentos con el violín para que letra y música encajasen un poco:

Hay un paquebote[*] *célebre, un famoso paquebote,*
es de Nueva York y se llama Dreadnought.
Hablad cuanto queráis de vuestros veloces Swallowtail y Black Ball,
mas el Dreadnought puede con todos ellos.

Ahora el Dreadnought está fondeado en River Mersey,
esperando al remolcador que lo llevará hasta el mar;
pero cuando llegue a alta mar todos lo sabréis.

ESTRIBILLO
Es el paquebote de Liverpool, oh Señor, deja que se marche.

Ya vuela el Dreadnought por el Gran Banco de Terranova,
donde las aguas son poco profundas y el fondo todo de arena
Ved cómo nadan aquí y allá los pececillos.

ESTRIBILLO
Es el paquebote de Liverpool, oh Señor, deja que se marche.

Había infinidad de estrofas, pues Disko las cantaba siguiendo el recorrido de cada milla del Dreadnought entre Liverpool y Nueva York, tan concienzudamente como si hubiera estado en su cubierta, mientras el acordeón elevaba sus notas y el violín chirriaba también lo suyo. Tom Platt continuó con algo acerca del «duro y recio M'Ginn, que entró con el barco en

el puerto». Luego invitaron a Harvey, que se sintió muy halagado, a que se uniera a la diversión, pero todo lo que podía recordar era unos fragmentos del *Paseo en carreta del capitán Ireson*, que había aprendido en un campamento de su escuela en Adirondacks. Le pareció que sería muy apropiado para el tiempo y el lugar, pero apenas mencionó el título, Disko golpeó el suelo con una fuerte patada, y gritó:

—No sigas, jovencito. Esa es una decisión equivocada, y una de las peores, además, porque es una canción muy pegadiza.

—Debería haberte avisado —dijo Dan—. Padre se pone furioso cuando la oye.

—¿Qué tiene de malo? —preguntó Harvey, sorprendido y algo enfadado.

—Todo lo que vas a decir —dijo Disko—, está equivocado de cabo a rabo, y el culpable es Whittier. No es que tenga derecho alguno a criticar a ningún hombre de Marblehead. Pero la culpa no fue de Ireson. Mi padre me contó la historia una y otra vez, y así es como sucedió[3].

—Esta es la centésima vez —dijo Long Jack, por lo bajo.

—Ben Ireson era capitán del Betty, jovencito, y eso fue antes de la guerra de 1812[4], pero la justicia siempre es la justicia. Se encontraron con el Active, en Portland[5], al mando de Gibbons, que era también de ese pueblo; lo encontraron haciendo agua, a la altura del faro del cabo Cod[6]. Había una terrible tempestad, y el Betty intentaba volver a casa tan de prisa como le era posible. Bueno, Ireson dijo que no tenía ningún sentido rescatar un barco con un mar así, que su tripulación no lo consentiría y propuso que se quedaran al lado del Active hasta que amainara la tormenta. Pero sus hombres tampoco estuvieron de acuerdo en quedarse cerca del cabo, con un mar tan embravecido, haciendo o no agua el otro barco. Así que se largaron, llevándose a Ireson con ellos, naturalmente. La gente de Marblehead se puso furiosa con él por no haberse arriesgado y porque, al día siguiente, cuando la tormenta había pasado (nunca se detuvieron a pensarlo), algunos tripulantes del Active fueron rescatados por un hombre de Truro[7]. Cuando llegaron a Marblehead contaron su propia versión de los hechos, diciendo que Ireson había engañado a su pueblo, y que si esto y que si lo otro. Los hombres de Ireson estaban asustados al ver el sentimiento del pueblo en contra de él y se volvieron contra Ireson, jurando que él había sido el responsable de todo lo sucedido. No fueron las mujeres de Marblehead las que lo embrearon y emplumaron, las mujeres de Marblehead no actúan así; fueron los hombres y los muchachos los que lo pasearon en un viejo bote alrededor del pueblo, hasta que el fondo se hundió, e Ireson les dijo que algún día se arrepentirían

de lo que habían hecho. Bueno, el caso es que los hechos luego se aclararon, tal como suele ocurrir, demasiado tarde para ser de utilidad a un hombre honrado. Entonces apareció Whittier y cogió un cabo suelto de aquella historia de mentiras y embreó y emplumó a Ben Ireson, una vez más, después de que hubiese muerto. Esa fue la única vez que Whittier metió la pata, y no fue justo. Zurré bien a Dan cuando vino de la escuela cantando esa canción. Tú no lo sabías, claro; pero ya te he contado los hechos, para que los recuerdes de aquí en adelante y para siempre. Ben Ireson no era el tipo de hombre que Whittier da a entender. Mi padre le conocía bien, antes y después del asunto, y tú ándate con cuidado de juzgar apresuradamente, jovencito. ¡El siguiente!

Harvey no había oído a Disko hablar tanto nunca, y se sintió avergonzado y con las mejillas ardiendo; pero, como Dan se apresuró a decir, un chico solo puede aprender lo que le enseñan en la escuela, y la vida era muy corta como para estar al corriente de todas las mentiras que circulaban por la costa.

Entonces Manuel se puso a tocar su vibrante, desafinada y pequeña *machette* con una extraña melodía, y cantó algo en portugués acerca de una *¡Niña inocente!*[8], para acabar dando un manotazo sobre el instrumento y hacer que la canción se convirtiera en una fuerte sacudida. Luego, Disko los obsequió con su segunda canción, una melodía anticuada y de notas discordantes, que corearon todos. Esta es una de sus estrofas:

Tras derretir la nieve, ya se ha ido abril,
y de New Bedford tendremos pronto que partir.
Si, de New Bedford, en breve, vamos a zarpar,
somos balleneros que nunca el trigo en la espiga ven estar.

Aquí, el violín sonó solo, muy suavemente, por un instante. Y luego:

El trigo en la espiga, las flores de mi verdadero amor floreciendo;
el trigo en la espiga, nos hacemos a la mar;
el trigo en la espiga, te he dejado a punto de sembrar
¡Cuando vuelva a casa, tú serás una rebanada de pan!

Harvey estuvo a punto de llorar, aunque no podía decir por qué. Pero fue mucho peor cuando el cocinero dejó las patatas y alargó sus manos para coger el violín. Aún apoyado en la puerta del armario, entonó una melodía que trataba de algo malo que seguro sucedería, por más que uno intentara evitarlo. Luego, cantó un poco en una lengua desconocida, con su gran barbilla apoyada en la base del violín y el blanco de los ojos brillando a la luz de la lámpara. Harvey se deslizó de su litera para escucharle mejor, en medio de los crujidos de las tablas y el romper de las aguas: la melodía siguió sonando

como un lamento o una queja, como las olas de sotavento rompiendo en la niebla ciega, hasta terminar en un gemido.

—¡Válgame el cielo! Me pone la carne de gallina —exclamó Dan—. ¿Qué rayos es?

—La canción de Fin M'Coul —contestó el cocinero— cuando se dirigía a Noruega.

Su inglés no era torpe, sino todo lo contrario: resultaba muy claro, como si proviniera de un fonógrafo.

—En serio, he estado en Noruega, pero nunca he hecho semejante estruendo. Aunque se parece un poco a las canciones antiguas —exclamó Long Jack con un suspiro.

—No le dejéis cantar otra sin algo en el medio —dijo Dan.

Y el acordeón entonó una melodía alegre y pegadiza, que terminaba así:

¡Hace veintiséis domingos desde la última vez que vimos tierra,
con mil quinientos quintales,
con mil quinientos quintales,
mil quinientos quintales, nada menos,
entre el viejo Queereau y Grand!

—¡Basta ya! —rugió Tom Platt—. ¿Quieres arruinarnos el viaje, Dan? Eso es un Jonás[9], seguro, de modo que no lo cantes hasta que tengamos toda nuestra sal mojada.

—No, no lo es. ¿No es cierto, padre? No, a menos que cantes los últimos versos. ¡No puedes enseñarme nada sobre los Jonases!

—¿Qué es eso? —preguntó Harvey—. ¿Qué es un Jonás?

—Un Jonás es cualquier cosa que trae mala suerte. Algunas veces es un hombre, otras es un muchacho… o un cubo. Una vez vi uno que era un cuchillo de rajar. No nos dimos cuenta de que era un Jonás hasta después de haberlo llevado a bordo dos travesías —dijo Tom Platt—. Hay toda clase de Jonases. Jim Bourke era uno, hasta que se ahogó en el George[10]. Nunca embarcaría con Jim Bourke ni aunque me estuviera muriendo de hambre. Había un bote de fondo plano de color verde en el Ezra Flood. También era un Jonás, uno de los peores Jonases que haya visto. Se ahogaron cuatro hombres con él y, de noche, cuando estaba a bordo, solía brillar como un demonio.

—¿Y tú crees en eso? —dijo Harvey, recordando lo que había dicho Tom Platt acerca de las maquetas y los cirios—. ¿Acaso nos sucederá lo que ya está escrito?

Un murmullo de disentimiento se extendió por las literas.

—En tierra sí. Pero a bordo pueden suceder cosas —dijo Disko—. No vayas por ahí burlándote de los Jonases, jovencito.

—Bueno, Harvey no es ningún Jonás. El día que lo rescatamos —interrumpió Dan— tuvimos una pesca buenísima.

El cocinero echó hacia atrás la cabeza y profirió, de pronto, una carcajada aguda y extraña. Era un negro de lo más desconcertante.

—¡Maldición! —exclamó Long Jack—. No vuelvas a hacer eso, doctor. No estamos acostumbrados.

—¿Qué tiene de malo? —dijo Dan—. ¿No es nuestra mascota? ¿Y no tuvimos una buena pesca después de rescatarle?

—¡Oh, sí! —respondió el cocinero—. Eso ya lo sé. Pero la pesca aún no ha terminado.

—Harvey no nos hará ningún daño —exclamó Dan airadamente—. ¿Qué estás insinuando? No pasa nada con *él*.

—Ningún daño. No. Pero algún día será tu patrón, Danny.

—¿Es eso todo? —preguntó Dan tranquilamente—. No es cierto. ¡Ni hablar!

—¡El patrón! —dijo el cocinero, señalando a Harvey—. ¡El criado! —agregó, y señaló a Dan.

—Eso es una novedad. ¿Y cuánto tardará en suceder?

—No lo sé. Pero así será.

Bajó la cabeza y siguió pelando patatas, sin que nadie pudiera sacarle de nuevo otra palabra más.

—Bueno —dijo Dan—, tendrán que suceder un montón de cosas antes de que Harvey sea mi amo: pero me alegro de que el doctor no lo haya tomado por un Jonás. Ahora bien, yo creo que el tío Salters es el más Jonás de los Jonases de la flota, teniendo en cuenta la especial suerte que tiene. No estoy muy seguro de que no sea contagioso, igual que la viruela. Debería estar embarcado en el Carrie Pitman. Ese barco es su propio Jonás, seguro, y no hay nada, ni tripulación ni aparejo, que pueda evitar que vaya por ahí a la deriva. ¡Santo cielo! Se perdería incluso aunque el mar estuviese en calma chicha.

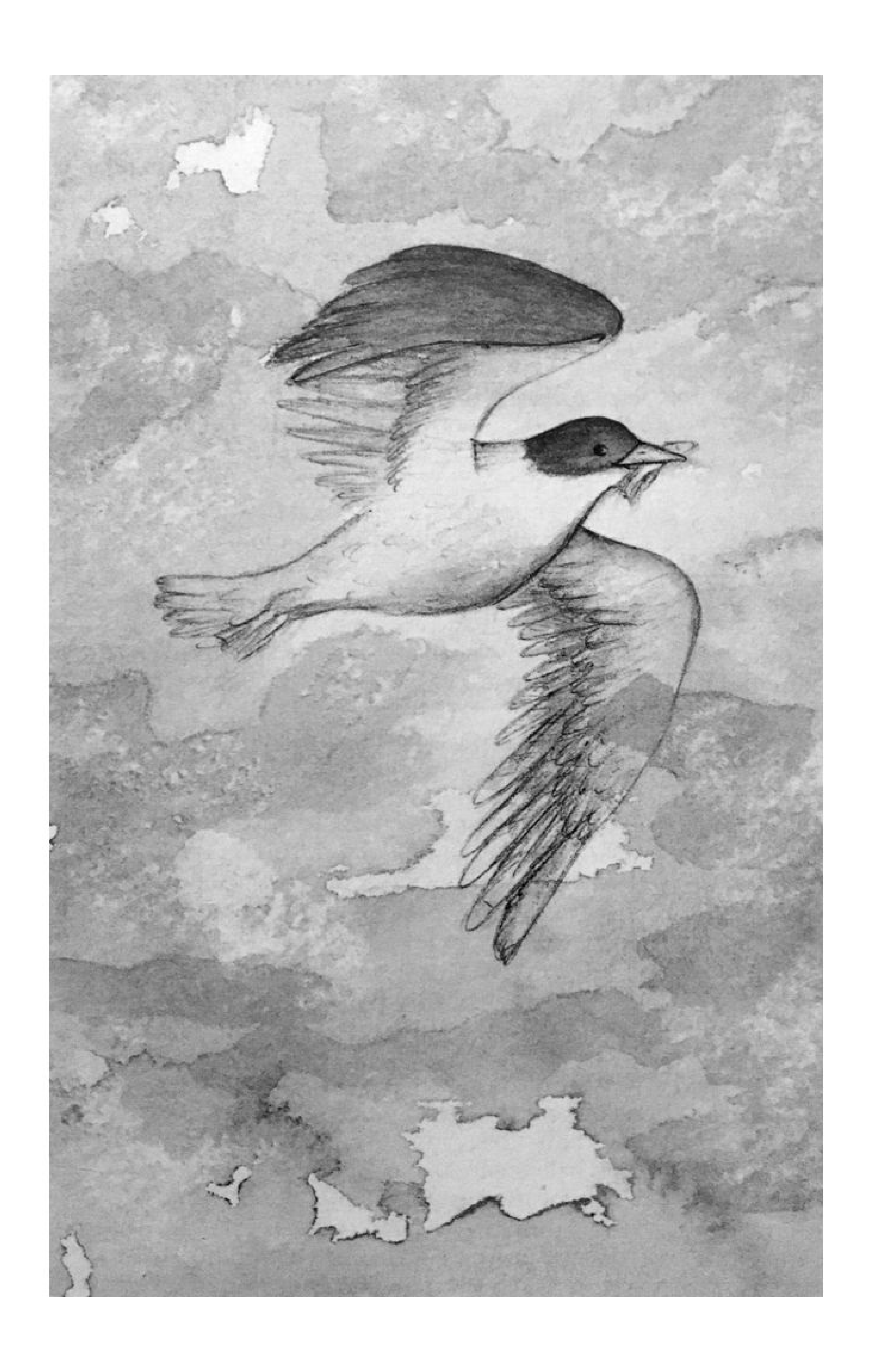
—De todos modos, estamos bastante lejos de la flota —dijo Disko—. También del Carrie Pitman.

En aquel momento se oyó un ruido de golpes en cubierta.

—El tío Salters ya ha encontrado su suerte —dijo Dan, mientras su padre subía a ver qué pasaba.

—¡Ya está despejado! —exclamó Disko, y todos los que estaban en el castillo salieron a tomar un poco de aire fresco.

La niebla se había levantado, pero un mar desapacible corría en grandes olas detrás del barco. El We're Here parecía deslizarse entre largas y profundas avenidas y zanjas que habrían hecho que se sintiera abrigado y cobijado, como si estuviese en casa, de haberse quedado un poco más quietas: pero cambiaban continuamente, sin descanso ni misericordia, y elevaban la goleta hasta coronar uno de los picos de miles de colinas grises: el viento aullaba entre el cordaje, mientras el barco zigzagueaba pendiente abajo. A lo lejos, una ola estallaba en una lámina de espuma, y las otras la seguían como a una huella: a Harvey le daban vueltas los ojos con la visión entrelazada de blancos y grises. Cuatro o cinco petreles[11] volaban alrededor describiendo círculos y lanzando estridentes chillidos cuando pasaban por la proa. Uno o dos nubarrones erraban sin dirección alguna sobre la inmensidad del mar, dejándose llevar hacia abajo por el viento, para deshacerse después definitivamente.



—Me parece que acabo de ver parpadear algo por allí —dijo el tío Salters, señalando hacia el Nordeste.

—No puede ser nadie de la flota —dijo Disko, escudriñando el mar bajo sus cejas, con una mano sobre la escalerilla del castillo, en tanto que la maciza proa iba dando hachazos entre los canales de agua—. El mar se está calmando muy rápidamente. Danny, ¿podrías ir a mirar cómo van las redes de las boyas?

Danny, calzado con grandes botas, fue trotando, más que trepando, la jarcia[*] del palo mayor (esto hizo que Harvey se muriese de envidia), se sujetó con fuerza a las tambaleante cofa[*], y dejó que sus ojos deambularan hasta posarse en la pequeña manchita de la banderola negra de la boya, que flotaba a hombros de una ola a una distancia de una milla.

—Está bien —gritó desde arriba—. ¡Vela a la vista! ¡Completamente al norte, acercándose como el humo! Debe de ser una goleta también.

Esperaron otra media hora todavía: el cielo se fue aclarando por trozos, con guiños de un sol pálido que formaba parches verde oliva sobre el agua de cuando en cuando. Entonces divisaron un trinquete, que volvió a esconderse para luego desaparecer. Volvió a verse sobre la siguiente ola una alta popa con una anticuada serviola[*] de madera en forma de cuerno de caracol. La velas estaban teñidas de color rojo.

—¡Franceses! —gritó Dan—. No, no lo son. ¡Padreee!

—Ese no es francés —dijo Disko—. Salters, tu condenada mala suerte se agarra más fuerte que un tornillo a la tapa de un barril.

—Tengo buen ojo. Es el tío Abishai.

—No puedes estar tan seguro.

—El rey de todos los Jonases —gruñó Tom Platt—. Oh. Salters. Salters, ¿por qué no te quedaste durmiendo en la cama?

—¿Cómo podría haberlo sabido? —dijo el pobre Salters, mientras la goleta seguía balanceándose.

Podría haber sido el mismísimo Flying Dutchman, tal era la mugre, el abandono y miserable estado de cada una de las cuerdas y palos de a bordo. Su anticuado alcázar tendría cuatro o cinco pies de alto, y el cordaje volaba hecho una maraña de nudos, como algas en el fondo de un muelle. Navegaba viento en popa, haciendo tremendas guiñadas, con la vela del estay baja para hacer las veces de una de trinquete —escandalosa[*] la llamaban—, y el botalón de proa hacia un costado. El bauprés apuntaba hacia arriba, como el de una fragata antigua; el botalón de foque había sido pescado, empalmado, clavado y grapado más allá de cualquier reparación posible. Y mientras iba

avanzando y sentándose sobre su ancha popa, parecía, a los ojos de todo el mundo, una vieja desaliñada, gruñona y mala mirando con desprecio a una jovencita decente.

—Ese es Abishai —dijo Salters—. Lleno de ginebra y hombres de Judique, con los juicios de la Providencia tras él, sin poder alcanzarle nunca. Se dirige a Miquelon[12] en busca de cebo.

—La hundirá —dijo Long Jack—. No tiene aparejo para navegar con este tiempo.

—No, seguro que no, o ya lo habría hecho hace tiempo —replicó Disko —. Parece, más bien, que fuera a echarnos a pique a *nosotros*. ¿No crees, Tom Platt, que la forma en que lleva inclinada la proa es poco natural?

—Si esa es su forma de lastrar, no está muy segura —dijo el marinero lentamente—. Si pierde su estopa[*], será mejor que se dé prisa con las bombas de achique.

La criatura se sacudió, viró con estruendo y agitación de todo su aparejo y se situó a sotavento, al alcance del oído.

Una barba gris se asomó por la borda, y una voz grave gritó algo incomprensible para Harvey. Pero el rostro de Disko se ensombreció.

—Arriesgaría cada tabla que tuviera con tal de traer malas noticias. Dice que tenemos un cambio de viento. Yo creo que él lo tiene peor. ¡Abishai! *¡Abishai!*

Movió el brazo de arriba abajo, como si moviera una bomba, y señaló hacia adelante. La tripulación se burló y se rio de él.

—¡Sí, sí, reíos cuanto queráis! ¡Os sacudirá! ¡Os destrozará! ¡Os hundirá! —gritó el tío Abishai—. Una tormenta de mil demonios. Un feroz vendaval. ¡Sííí! Preparaos para vuestro último viaje, todos vosotros, merluzos de Gloucester. ¡No volveréis a ver Gloucester nunca más! ¡Nunca más!

—Loco de atar, como siempre —dijo Tom Platt—. Habría preferido que no hubiésemos tropezado con él.

La goleta dio la vuelta y quedó fuera del alcance del oído mientras la barba gris aullaba algo sobre un baile en la bahía de los Toros[13] y un hombre muerto que llevaba en el castillo. Harvey se estremeció. Había visto la suciedad de las cubiertas y la mirada torva de la tripulación.

—Es un infierno flotante —dijo Long Jack—. Me pregunto en qué canallada habrá estado metido en tierra.

—Es un pesquero de arrastre —le explicó Dan a Harvey—, y se ocupa de recoger cebo a lo largo de toda la costa. Oh, no, en casa no. Faena a lo largo de la costa sur y este, allá a lo lejos —y señaló hacia las inmisericordes playas

de Terranova—. Padre nunca me lleva a esas costas. Hay una multitud de maleantes y Abishai es el peor de todos. ¿Has visto su barco? Bueno, dicen que tiene más de setenta años: la carraca[*] de Marblehead. Ya no se construyen más armatostes así. Aunque Abishai no suele ir a Marblehead, pues ya nadie lo quiere por allí. Va por ahí a la deriva, lleno de deudas, pescando de arrastre y vociferando como acabas de oír. Ha sido un Jonás durante años y años. Consigue licor de los barcos de Feecamp, cuando va a hacer turnos, vender información y toda clase de trapícheos. Creo que está loco.

—No valdrá la pena recoger las redes esta noche —dijo Tom Platt, con callada furia—. El encuentro con ese hombre siempre trae desgracias. Daría mi paga y la parte que me corresponde por verle en la pasarela del viejo Ohio antes de que dejáramos de dar azotes. ¡Tan solo seis docenas, con Sam Mocatta dejándole marcado!

La descuajaringada carraca bailaba ebria bajo el viento, y todas las miradas la seguían. De pronto, el cocinero exclamó con su voz de fonógrafo:

—¡Su propia muerte le ha hecho hablar así! ¡Está a punto de morir! ¡Está agonizando! ¡Yo os lo digo! ¡Mirad!

La goleta navegó dentro de un fragmento de luz de sol acuosa a unas tres o cuatro millas de distancia. El fragmento empalideció y se borró gradualmente, y según iba desapareciendo la luz, también lo hizo el barco. Cayó envuelto en un agujero de agua y ya no se vio nada más de él.

—¡Tragados por el remolino, por el Gran Hook-Block! —gritó Disko, saltando a popa—. Ebrios o sobrios, debemos ir a ayudarlos. Vira[*] corto y vámonos de aquí. ¡Pronto!

Harvey fue arrojado en cubierta por la sacudida que siguió a la maniobra del foque y del trinquete, pues viraron de golpe sobre el cable y, para ganar tiempo, izaron el ancla de forma brusca desde abajo, tirando con fuerza según se iban alejando. Rara vez se recurría a esta fuerza bruta, solo en casos de vida o muerte, y el pequeño We're Here se quejaba como si fuese humano. Llegaron rápidamente hasta donde Abishai había desaparecido; encontraron dos o tres tinas de red barredera, una botella de ginebra y un bote desfondado, pero nada más.

—Dejad todo eso —dijo Disko, aunque nadie había insinuado recogerlo —. No tendría a bordo ni siquiera una cerilla que hubiese pertenecido a Abishai. Supongo que la goleta se habrá hundido. Debió arrojar su estopa hace una semana, y nadie pensó en achicar. Es otro barco perdido por zarpar con toda la tripulación borracha.

—¡Alabado sea Dios! —exclamó Long Jack—. Habríamos estado obligados a socorrerlos si se hubiesen mantenido a flote.

—Eso mismo pensé yo —dijo Tom Platt.

—¡Condenado! ¡Estaba condenado! —sentenció el cocinero moviendo los ojos—. Se ha llevado con él su mala suerte.

—Es una cosa moito bona para contar a la flota cuando la veamos. ¿Eh, nooo? —dijo Manuel—. Si naveigas viento en popa de ese modu, y el barco abre sus junturas…

Extendió las manos con un gesto indescriptible, mientras Penn se sentó en el camarote sollozando de horror y compasión ante lo que había pasado. Harvey no se había dado cuenta de que había visto la muerte en alta mar, pero se sentía muy abatido.

Entonces, Dan subió a la cofa, y Disko ordenó dar media vuelta, hacia sus propias boyas de arrastre, justo antes de que la bruma cubriera de nuevo el mar.

—Nos vamos muy rápido de este mundo cuando nos vamos —fue lo único que le dijo a Harvey—. Piensa en ello un poco, jovencito. La culpa fue del alcohol.

Después de cenar, el mar estaba más tranquilo para pescar desde cubierta. Penn y el tío Salters pusieron todo su entusiasmo esta vez, y la pesca fue abundante y los peces muy grandes.

—Seguro que Abishai se llevó con él su mala suerte —dijo Salters—. El viento no ha variado nada. ¿Qué tal la red? De todos modos, me río de las supersticiones.

Tom Platt insistió en que sería mucho mejor si izaban el ancla y fondeaban en otro sitio. Pero el cocinero dijo:

—La suerte está en dos trozos. Os daréis cuenta de eso cuando lo veáis. Yo lo sé.

Esto hizo tanta gracia a Long Jack, que convenció sobremanera a Tom Platt, y los dos salieron juntos en el bote.

Recoger la red barredera significa tirar de uno de los lados hacia el bote, sacar la pesca y poner un nuevo cebo en los anzuelos para echarla otra vez al mar. Algo parecido a colgar y quitar la ropa del tendedero. Es una tarea larga y más bien peligrosa, pues la extensa cuerda floja que lleva la red puede volcar el bote en un instante. Pero cuando se oyó «Y ahora a vos, oh, capitán», retumbando entre la bruma, la tripulación del se entusiasmó. El bote, repleto, se acercó por un costado; Tom Platt pedía a gritos a Manuel que actuara como bote de descarga.

—La suerte está cortada en dos partes iguales —dijo Long Jack, hundiendo la horca en el pescado, mientras Harvey estaba de pie boquiabierto ante la habilidad con la que el bote había sido salvado de la destrucción—. Una mitad eran solo calabazas. Tom Platt quería izar la red y acabar con aquello, pero yo le dije: «Insisto en que el doctor tiene una segunda visión». Entonces izamos la otra mitad y estaba llena de grandes peces. Date prisa, Manuel, y tráenos un cubo de cebo. La suerte está flotando esta noche.

Los peces picaron los anzuelos, cebados de nuevo, de los que habían quitado a sus hermanos previamente. Tom Platt y Long Jack movían, metódicamente, hacia arriba y hacia abajo, la red en toda su longitud. La proa del bote iba surgiendo de debajo de la mojada cuerda de anzuelos, quitando los pepinos de mar que ellos llamaban calabazas, sacudiendo el bacalao recién pescado contra la regala[*], poniendo cebo nuevo, y cargando el bote de Manuel. Así hasta el anochecer.

—No me arriesgaré —dijo entonces Disko—. No con ellos flotando por los alrededores. Abishai no terminará de hundirse hasta dentro de una semana. Subid los botes y nos pondremos a salar después de la cena.

La limpieza y saladura del pescado, a la que asistieron resoplando tres o cuatro oreas, fue muy vigorosa. Duró hasta las nueve de la noche, y a Disko se le oyó unas tres veces reírse bajito al ver a Harvey echar el pescado en el depósito.

—¡Eh! Estás haciéndolo como un valiente —dijo Dan, cuando comenzaron a afilar los cuchillos una vez que los hombres hubieron terminado—. Ha habido algo de marejada esta noche y ni siquiera te he oído quejarte.

—Es que estaba demasiado ocupado —replicó Harvey, probando el filo de un cuchillo—. Pero, ahora que lo mencionas, noto un poco el movimiento.

La pequeña goleta daba saltos alegremente alrededor del ancla, a través de las olas con crestas de plata. Retrocediendo en un principio, con una afectada sorpresa ante la vista del tirante cable, se precipitaba sobre él como un gatito, en cuanto las salpicaduras ocasionadas por el descenso sobre las aguas entraban en los escobenes con el estruendo de un cañonazo. Moviendo su cabeza, es como si dijese: «Siento no poder quedarme más tiempo con vosotras. Me voy al Norte —se alejaba furtivamente para detenerse de pronto, con un enfático traqueteo de los aparejos—. Como estaba a punto de decir…», habría comenzado, tan seriamente como un borracho dirigiéndose a un poste de la luz. El resto de la frase (se expresaba con ademanes mudos, claro) se perdía en convulsiones inquietas, comportándose como un cachorro

masticando una cuerda, una mujer torpe sentada de lado en una silla de montar, una gallina con la cabeza cortada o una vaca picada por un tábano, según la iban tomando los caprichos del mar.

—Mírala cómo ora. Se parece a Patrick Henry[14] —dijo Dan.

La goleta se balanceaba, gesticulando y moviendo su cabo de foque de babor[*] a estribor[*].

«¡Solo… para… mí, dadme la libertad o dadme… la muerte!».

¡Joop! La goleta se deslizó por un sendero de luna sobre las aguas, haciendo una reverencia con aire orgulloso, que no fue suficiente para evitar que la rueda del timón en su armazón se burlara de ella.

Harvey se echo a reír.

—Pues parece que estuviera viva —dijo.

—Es tan sólida como una casa y tan seca como un arenque —dijo, entusiasta, Dan, mientras se caía de bruces atravesando la cubierta, en medio de una nube de salpicaduras, a causa de un azote del mar—. Las rechaza y las rechaza. «No os acercáis lo suficiente», dice. Mírala… ¡Tan solo mírala! ¡A propósito! ¡Deberías ver uno de esos mondadientes levar el ancla en la punta con quince brazas de agua!

—¿Qué es un mondadientes, Dan?

—Son los nuevos barcos para pescar el arenque y la merluza. Delgados como un yate por la proa, con bauprés en punta y un camarote en el que cabría nuestra bodega. He oído decir que el mismo Burgess hizo las maquetas de tres o cuatro. Padre no es muy partidario de ellos a causa de sus sacudidas y balanceos, pero cuestan un montón de dinero. Padre puede encontrar pesca, pero no es nada moderno… No va con los tiempos. Están atiborrados de trabajo con los arpones y todo eso. ¿Has visto alguna vez el Elector de Gloucester? Es una belleza, aunque sea un mondadientes.

—¿Cuánto cuestan, Dan?

—Montañas de dólares. Quince mil, tal vez; quizá más. Llevan un baño de oro y todo lo que puedas imaginar —y luego dijo bajito, para sí mismo—: «Creo que también lo llamaría Hattie S.».

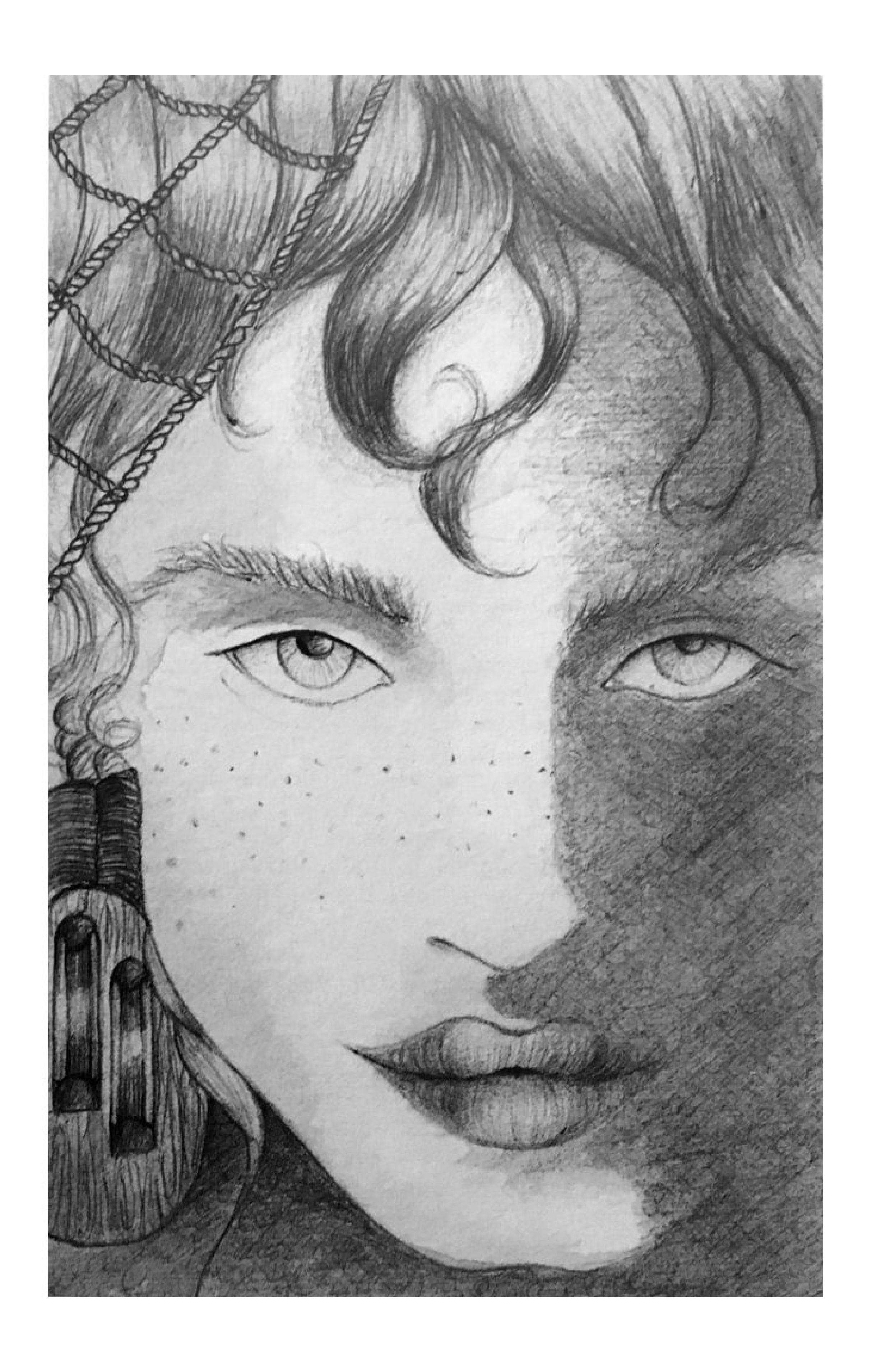
Capítulo V

Aquella fue la primera de las muchas conversaciones con Dan, quien le contó a Harvey por qué le transferiría el nombre de su bote al pesquero construido por Burgess que él se imaginaba. Harvey escuchó muchas cosas acerca de la verdadera Hattie, que vivía en Gloucester; vio un bucle de sus cabellos —que Dan, sin encontrar suficientes ruegos y palabras amables de las que valerse, había «pescado» cuando ella se sentó delante de él aquel invierno en la escuela— y una fotografía. Hattie tendría unos catorce años, un tremendo desprecio por los chicos, y había estado pisoteando el corazón de Dan durante el invierno. Todo esto fue revelado bajo juramento de solemne secreto sobre la cubierta bañada por la luz de la luna, o en la más absoluta oscuridad, o en la sofocante bruma; con el puente delante de ellos, la rueda del timón gimiendo detrás, y afuera, el clamoroso mar incansable. Hubo una ocasión, claro, cuando los muchachos se conocían ya mejor, en que se enzarzaron en una pelea y fueron rodando desde la popa hasta la proa, hasta que Penn vino a separarlos, prometiéndoles no contárselo a Disko, quien consideraba las peleas durante la guardia como algo peor que quedarse dormido. Harvey no constituía un rival para Dan, al menos físicamente, pero el nuevo entrenamiento decía mucho a su favor, pues aceptó la derrota y no intentó tomar venganza por medios poco honestos.

Eso fue después de que le curaran unos granos que le habían salido entre los codos y las muñecas, en donde el jersey y el impermeable le habían cortado la piel. El agua salada le escocía desagradablemente, pero cuando estuvieron formados, Dan los trató con la navaja de afeitar de Disko, y le aseguró a Harvey que ya era un auténtico pescador del Gran Banco; el dolor de aquellas heridas eran la señal de que pertenecía a esa casta que le reclamaba.

Puesto que todavía era un muchacho y estaba muy atareado, no se complicaba la vida pensando demasiado. Estaba sumamente triste por su madre y muchas veces deseaba verla, sobre todo para contarle sobre su maravillosa y nueva vida, y lo bien que estaba aprendiendo a valerse en ella.

Por otro lado, prefería no preguntarse demasiado acerca de cómo se habría recuperado ella del choque emocional ante su supuesta muerte. Pero un día, mientras estaba en la escalera del castillo de proa, molestando al cocinero, quien había acusado a él y a Dan de haberle birlado los pastelillos fritos, se le ocurrió pensar que esto constituía una notable mejora con respecto al hecho de ser humillado por extraños en el salón de fumadores de un barco de pasajeros.



Ya era considerado como parte integrante de la tripulación a bordo del We’re Here, tenía su lugar en la mesa y entre las literas; y podía intervenir en las largas conversaciones en los días de tormenta, en los que los demás estaban siempre dispuestos para escuchar lo que habían dado en llamar sus «cuentos de hadas» de su vida en la costa. No le llevó más que apenas dos días comprender que, si seguía hablando de su propia vida —que le parecía tan lejana—, nadie excepto Dan (y aún así, la credulidad de Dan era puesta duramente a prueba) le creía. Así que se inventó a un amigo, un muchacho del que él había oído hablar, que conducía un coche tirado por cuatro ponis en Toledo[1], Ohio, y que encargaba los trajes de cinco en cinco, y que llevaba cosas llamadas «alemanas» en las fiestas, donde la mayor de las chicas invitadas aún no habría cumplido los quince años, pero todos los regalos eran de plata maciza. Salters protestaba diciendo que esta clase de cuentos eran desesperadamente inmorales, por no decir absolutamente blasfemos, pero los escuchaba tan ansiosamente como los demás; y las críticas que hacían todos al final daban a Harvey un enfoque enteramente nuevo acerca de los «alemanes», los trajes, los cigarrillos con filtro dorado, los anillos, los relojes, los perfumes, las pequeñas cenas, el champán, los juegos de cartas y las habitaciones de un hotel. Poquito a poco fue cambiando el tono de voz cuando hablaba de su amigo, a quien Long Jack había bautizado como el «Chaval chiflado», el «Bebé de oro», la «Rémora Vanderpopa» y otros nombres cariñosos; y con los pies con botas de marino sobre la mesa, podía incluso inventar historias sobre pijamas de seda y corbatas importadas, para «desacreditar» a su amigo. Harvey era una persona muy adaptable, de ojo y oído afinados para captar todas las expresiones y tonos de voz de los demás referentes a él.

No tardó mucho tiempo en averiguar dónde guardaba Disko su viejo cuadrante[*] con cubierta verde, al que llamaban «yugo de puerco»: bajo el saco de dormir de su litera. Cuando calculaba la altura del sol, con la ayuda del *Viejo Almanaque del Granjero*[2] y encontraba la latitud, Harvey se iba corriendo al camarote y grababa el dato y la fecha con un clavo sobre la oxidada chimenea de la estufa. Ahora bien, ni el jefe de máquinas del crucero podría haberlo hecho mejor, ni ningún otro ingeniero con treinta años de servicio podría haber adoptado el aire de viejo lobo de mar con el que Harvey, cuidando de escupir primero por la borda, hacía pública la posición de la goleta para ese día. Luego, y no hasta ese momento, relevaba a Disko en el cuadrante. Hay una etiqueta para todas estas cosas.

El llamado «yugo de puerco», una carta de navegación de Eldridge, el *Viejo Almanaque del Granjero*, el *Piloto de cabotaje* de Blunt, y el *Navegante* de Bowditch[3], eran todas las armas que Disko necesitaba para guiarse, excepto la sondaleza, que constituía su ojo de repuesto. Harvey estuvo a punto de matar a Penn con ella, cuando Tom Platt le enseñó por primera vez «cómo volar la paloma azul». Y aunque su fuerza no era como para estar lanzando la sonda continuamente en todo tipo de aguas, Disko le hacía lanzar una que tenía un plomo de siete libras. Como decía Dan:

—No es echar la sonda lo que a padre le interesa. Son las muestras del fondo. Engrásala bien, Harvey.

Harvey embadurnaba entonces bien el extremo con sebo y sacaba cuidadosamente arena, conchas, barro o todo lo que hubiese y se lo mostraba a Disko, quien, después de olerlo y tocarlo con los dedos, emitía su juicio. Como ya sabemos, cuando Disko pensaba sobre el bacalao, lo hacía como si fuese un bacalao; y debido a una mezcla largamente probada de instinto y experiencia, conducía el We're Here, siempre con pesca, de un sitio a otro como un jugador de ajedrez con los ojos vendados mueve las piezas en un tablero que no ve.

Mas el tablero de Disko era el Gran Banco, un triángulo de doscientas cincuenta millas de lado, un derroche de mar revuelto, cubierto por un manto de niebla húmeda, importunado por las tempestades, asolado por los hielos a la deriva, marcado por las rutas de los incansables trasatlánticos, y moteado por las velas de la flota pesquera.

Durante días trabajaron en medio de la bruma. Harvey se ocupó de la campana, hasta que, familiarizado con los densos vientos, se marchó con Tom Platt, con el corazón en un puño. Pero la bruma no se levantaba, y los peces picaban, y no podía decirse que nadie estuviera sin sentir miedo e indefensión por más de seis horas. Harvey se dedicó con esmero a cuidar sus sedales y a pasarle el garrote o el arpón a Tom Platt cuando este se lo solicitaba. Volvieron remando a la goleta guiados por la campana y el instinto de Tom; el cuerno de Manuel sonaba tenue y débil detrás de ellos. Pero fue una experiencia increíble y, por primera vez en un mes, Harvey soñó con las humeantes y movedizas superficies del agua alrededor del bote, los sedales que se desvanecían en la nada y el aire fundiéndose en el mar a diez pies por debajo de sus cansados ojos. Pocos días más tarde salió con Manuel y se encontraron en lo que podría ser una profundidad de cuarenta brazas; el cable había bajado en toda su extensión y el ancla aún no había tocado fondo, y

entonces Harvey sintió un miedo mortal porque había perdido lo único que le mantenía unido a tierra.

—¡El Abismo de la Ballena! —dijo Manuel tirando del cable—. Menuda broma de Disko. ¡Vamos!

Así que remó hacia la goleta, para encontrarse con Tom Platt y los demás que abucheaban al capitán porque, por una vez, los había conducido al borde del estéril Abismo de la Ballena, el hoyo profundo del Gran Banco.

Echaron anclas en otro lugar, y a Harvey se le erizaron los pelos de la cabeza cuando salió con Manuel en el bote. Una blancura emergió de la blanca niebla con un aliento como de tumba, y se escuchó un estruendo, un chorro de vapor y una zambullida. Era su primera incursión en el sobrecogedor verano de icebergs, flotando en el Gran Banco, así que se arrinconó, presa del miedo, en el fondo del bote, mientras Manuel se reía. Sin embargo, también tuvieron días calmos, cálidos y despejados, en los que habría sido un pecado hacer cualquier otra cosa que no fuera pasarse el día holgazaneando con los pequeños sedales de mano y dar un golpe con el remo a los errantes reflejos del sol en el agua: días de suave brisa en los que Harvey aprendía a conducir la goleta de un sitio a otro.

Le emocionó la primera vez que sintió la quilla responder al movimiento del timón bajo sus manos para deslizarse sobre las profundidades, mientras la cangreja[*] segaba el cielo azul, como una guadaña, hacia atrás y hacia adelante. Aquello era magnífico, a pesar de que Disko afirmaba que seguir su estela podría quebrarle el lomo a una serpiente. Pero, como suele ocurrir, el orgullo excesivo conduce a la caída. Se encontraban navegando con viento a favor sobre la vela de estay, que, afortunadamente, era muy vieja. Harvey, al querer demostrar a Dan lo bien que dominaba el arte de la navegación, realizó un movimiento brusco y la cangreja se desprendió y cayó con gran estrépito. Un arpón caló y rasgó la vela de estay, que, por supuesto, se salvó de su inminente caída por la borda debido al estay del palo mayor. Arreglaron el desastre en medio de un tremendo silencio, y durante los siguientes días Harvey pasó sus horas de ocio al amparo de Tom Platt, aprendiendo a manejar la aguja y el rempujo[*]. Dan daba saltos de alegría porque, como él mismo decía, había cometido la misma metedura de pata en sus primeros años de navegación.

Como todos los muchachos. Harvey iba imitando a todos los hombres por turnos, hasta que aprendió el peculiar modo que tenía Disko de cargar las espaldas frente a la rueda del timón, los movimientos de Long Jack con la mano en alto cuando estaban tiradas las redes, el golpe cheposo pero eficaz

que daba Manuel gobernando el bote y las enormes zancadas de Tom Platt sobre cubierta al estilo del viejo Ohio.

—Da gusto ver lo bien que se vale por sí mismo ya —dijo Long Jack al ver a Harvey mirando un denso atardecer apoyado en el cabrestante—. Apostaría mi paga y lo que me corresponde a que no es más que puro teatro, y que él mismo se considera un marinero hecho y derecho. Obsérvale ahora que está medio de espaldas.

—Así empezamos todos —dijo Tom Platt—. Los chicos creen todo el tiempo que ya son hombres, hasta engañarse a sí mismos. De esa manera siguen fingiendo y fingiendo hasta morir. Lo sé porque yo mismo lo hice cuando estaba a bordo del viejo Ohio. Hice mi primera guardia, guardia en puerto, creyéndome que era el mismísimo Farragut[4]. Dan también está lleno de la misma clase de ideas. Míralos ahora, actuando como si fueran auténticos hombres de pelo en pecho, cada pelo, un cabo de soga, y la sangre, alquitrán de Estocolmo —luego se volvió hacia la escotilla y añadió—: Creo que es la primera vez que te equivocas en uno de tus juicios, Disko. ¿Qué diablos te hizo contarnos a todos en Rome[5] que el chaval estaba loco?

—Lo estaba —replicó Disko—. Estaba como una auténtica cabra cuando subió a bordo; pero tengo que admitir que desde entonces ha recuperado bastante la cordura. Yo lo curé.

—Se las arregla muy bien para contar historias —dijo Tom Platt—. La otra noche nos contó algo acerca de un chaval de su misma edad que conducía un precioso carruaje tirado por cuatro ponis por los alrededores de Toledo, Ohio creo que era, y que daba banquetes a los que invitaba a toda una multitud de críos como él. Un cuento de hadas bastante curioso, y condenadamente interesante. Sabe un montón de ellos.

—Me imagino que los inventará —exclamó Disko desde el camarote, en donde se mantenía ocupado con el diario de navegación—. Salta a la vista que son todos inventados. Nadie, excepto Dan, se los cree, y a veces se ríe. Yo le he oído a mis espaldas.

—¿Has oído alguna vez lo que dijo Peter Calhoun cuando se inventaron una boda entre su hermana Hitty y Loring Jerauld, y los muchachos se burlaron de él desde allí hasta George? —dijo el tío Salters con voz lenta y cansina mientras descansaba apaciblemente al abrigo de los botes de estribor.

Tom Platt resopló en su pipa con un silencio de desprecio: él era un hombre de cabo Cod, y conocía esa historia desde hacía más de veinte años. El tío Salters continuó con una risita carrasposa:

—Simon Peter Calhoun dijo, y estaba en lo cierto acerca de Loring, «a mitá de os del pueblo ehtán chiflaos y a otra tamién; me ontaron que ella se había asado con un hombe ico». Simon Peter Calhoun no tenía paladar, por eso hablaba de esa manera.

—Al menos no habla holandés de Pennsylvania —replicó Tom Platt—. Sería mejor que dejaras que alguien del cabo contara esa historia. Los Calhoun han sido siempre unos gitanos.

—Bueno, no pretendo ser ningún orador —dijo Salters—. Solo quiero sacar la moraleja de las cosas. ¡Eso es un poco lo que le pasa a nuestro Harvey! La mitad de los que lo escuchan están condenadamente locos, y la otra mitad, también; y algunos creerán que es un hombre rico. ¡Psé!

—¿Habéis pensado lo placentero que sería hacerse a la mar con una tripulación llena de Salters? —preguntó Long Jack—. La mitad sería una porquería y la otra un montón de estiércol, como Calhoun no decía. ¡Y él pretende ser un pescador!

Se escucharon unas risas a expensas de Salters.

Disko contuvo la lengua y continuó escribiendo su diario de a bordo, que mantenía sujeto en su enorme mano cuadrada con forma de hacha; este era el tipo de anotaciones que había, una tras otra, en sus estropeadas páginas:

> *17 de julio*.— Este día, niebla espesa y poca pesca. Anclamos hacia el Norte. Así termina este día.
>
> *18 de julio*.— Este día amanece con una densa niebla. Poca pesca.
>
> *19 de julio*.— Este día amanece con una brisa suave del N.E. y buen tiempo. Anclamos en dirección Este. Tuvimos pesca abundante.
>
> *20 de julio*.— Este, el domingo, se presenta con niebla y brisas suaves. Así termina el día. Total de peces capturados esta semana: 3478.

Los domingos nunca trabajaban. Se lo pasaban afeitándose, lavándose si hacía buen tiempo, y Pennsylvania entonaba himnos. Una o dos veces había sugerido que, si los demás no lo consideraban una impertinencia, él les podría predicar un poco. El tío Salters casi se atraganta ante la sola mención del hecho, recordándole a Penn que no era predicador y que no debería pensar en semejantes cosas.

—La próxima vez, le tendremos recordando lo que sucedió en Johnstown —explicó Salters— y ¿qué sucedería entonces?

Así que buscaron una manera de comprometerse con él escuchando su lectura en voz alta de un libro llamado *Josefo*[6]. Era un volumen viejo, encuadernado en piel, que olía a cien travesías, muy grueso y parecido a la Biblia, pero animado con un sin fin de batallas y asedios; y lo leyeron casi de cabo a rabo. Por otra parte, Penn era un hombrecillo silencioso. Podía pasarse

tres días sin pronunciar palabra, aunque jugaba a las damas, escuchaba las canciones y se reía ante las historias que se contaban. Cuando intentaban provocarlo para que saliera de su mutismo, él contestaba:

—No me gustaría parecer poco sociable, pero es que no tengo nada que decir. Siento como si tuviera la cabeza muy vacía. He olvidado mi nombre.

Y se volvía hacia el tío Salters, con una sonrisa de expectación.

—Pues ¡Pennsylvania Pratt! —le gritaba Salters—. La próxima vez te olvidarás hasta de mí.

—No…, eso nunca —decía Penn, apretando fuertemente los labios—. Pennsylvania Pratt, claro —repetía sin cesar una y otra vez.

Algunas veces era el tío Salters el que se olvidaba, y le decía que se llamaba Haskins, Rich o McVitty; y Penn se quedaba contento igual… hasta la siguiente vez.

Siempre era muy tierno con Harvey, a quien tenía lástima por dos razones: por haberse perdido y por chiflado. Salters se tranquilizó cuando vio que Penn sentía simpatía por Harvey, ya que él tampoco era una persona amable (creía que era de su incumbencia mantener a los muchachos a raya); y la primera vez que Harvey, temblando de miedo, en un día calmo, se las arregló para encaramarse al palo mayor (con Dan detrás, listo para ayudarle), consideró que, en esta ocasión, era de su incumbencia colgar las botas de caucho de Salters allí arriba, lo que constituía una señal de vergüenza y burla para la goleta más cercana. Harvey no se tomaba estas libertades con Disko, ni siquiera cuando este le daba órdenes directas, como al resto de la tripulación, diciéndole «¿No querrías hacer tal y cual cosa?» o «Creo que sería mejor que hicieras…», y cosas por el estilo. Había algo en aquellos labios cuidadosamente afeitados y en las patas de gallo de sus ojos que era los suficientemente poderoso para calmar cualquier ímpetu juvenil.

Disko le enseñó el significado de su carta de navegación, toda manoseada y llena de agujeros, la cual, según él mismo decía, era sin duda mucho mejor que cualquier otra publicación del gobierno. Lo condujo, lápiz en mano, a través de todos y cada uno de los sitios donde anclar en los bancos: Le Have, Western, Banquereau, St. Pierre, Green y Grand, mientras hablaba «con voz de bacalao». Le enseñó también el principio según el cual se había construido «el yugo de puerco».

En todo esto, Harvey aventajaba a Dan, pues había heredado una mente hábil para los números, y la idea de obtener información con un solo vistazo al mortecino sol del Gran Banco atraía todos los recursos de los que se valía su aguzado ingenio. Pero, para otros asuntos del mar, su edad constituía un

obstáculo. Como decía Disko, debería haber comenzado cuando tenía diez años. Dan podía cebar la red o echar mano de cualquier cable en la oscuridad: y, con un pellizco del tío Salters, si acaso este tenía herida la palma de la mano, podía salar el pescado utilizando solo el sentido del tacto. Podía gobernar la goleta aún cuando hubiera una tormenta de mediana intensidad, guiándose por la sensación del viento sobre el rostro, mimando al We’re Here cuando hiciese falta. Estas cosas las hacía tan automáticamente como cuando se encaramaba sobre el aparejo, o convertía el bote en parte de su propio cuerpo y voluntad. Pero no podía comunicarle todo este conocimiento a Harvey.

Aun así, había mucha información sobre la goleta flotando por allí los días de tormenta, cuando se tumbaban en el castillo o se sentaban en los armarios del camarote, mientras aparejos y cordaje traqueteaban en cada pausa de la charla. Disko hablaba sobre expediciones balleneras en los años cincuenta: también acerca de enormes ballenas hembras a las que habían dado muerte mientras nadaban con sus crías: de angustiosas agonías en medio de aguas oscuras y embravecidas, y chorros de sangre expelidos a cuarenta pies de altura en el aire: de botes despachurrados y convertidos en astillas: de cohetes que salían disparados al revés y se volvían para bombardear a las sobrecogidas tripulaciones: y aquella terrible ráfaga que en tres días dejó a mil doscientos de hombres sin hogar a la deriva sobre el hielo…, asombrosas historias, todas ellas ciertas. Pero más maravillosas aún eran las historias sobre el bacalao, y de cómo estos discutían y razonaban sus asuntos privados en las profundidades, muy por debajo de la quilla del barco.

Los gustos de Long Jack iban más por el lado de lo sobrenatural. Los mantenía callados con sus historias de fantasmas que se burlaban y aterrorizaban a los solitarios buscadores de mejillones de las playas de Monomoy con aullidos de «¡Yujuuu!»; de espíritus que caminaban por la arena o merodeaban en las dunas y que nunca habían sido sepultados apropiadamente; de tesoros escondidos en la isla de Fire custodiados por espíritus de la tripulación del capitán Kidd[7]; de barcos que surcaban el cielo de la ciudad de Truro envueltos en la niebla; de aquel puerto de Maine[8] en donde nadie más que un extranjero echaría el ancla dos veces en cierto lugar, a causa de una tripulación muerta que remaba de costado a medianoche, con el ancla en la proa de su anticuado bote, silbando, no a voces, sino reclamando con silbidos el alma del hombre que había interrumpido su descanso.

Harvey tenía la idea de que la costa este de su tierra natal, al sur de Mount Desert[9], estaba poblada en su mayor parte, por gente que cogía sus caballos en verano y se entretenía allí en sus casas de campo, de suelos de madera noble y sus *portières*[10] de Vantine. Se reía de esos cuentos de fantasmas, aunque no tanto como lo habría hecho un mes antes, hasta que terminó por escucharlas, estremecido y sentado, sin moverse.

Tom Platt seguía con sus historias sobre su interminable viaje alrededor del cabo de Hornos[11], a bordo del viejo Ohio, en los tiempos de los azotes; con una marina más extinta que el pájaro dodo[12], una marina que había desaparecido tras la gran guerra. Les contó de qué manera se introducían en los cañones balas al rojo vivo, con una bola de arcilla húmeda entre estas y el cartucho; cómo crepitaban y humeaban al golpear la madera, y cómo los pequeños grumetes del Miss Jim Buck arrojaban cubos de agua sobre ellas y gritaban a los del fuerte que lo intentaran de nuevo. Les contó historias sobre el bloqueo, las largas semanas de permanencia anclados en el mismo sitio, cuya única variación consistía en las idas y venidas de los vapores, a los que se les acababa el carbón (los navíos a vela no tenían este problema); les contó acerca de las tormentas y el frío, un frío que mantenía a doscientos hombres, de noche y de día, golpeando y cortando los trozos de hielo que se quedaban atascados en los cables y aparejos, cuando el fogón estaba tan candente como la metralla del fuerte, y los hombres se bebían el cacao a cubos. Tom Platt no había experimentado con el vapor. Su servicio concluyó cuando el empleo de vapores era relativamente nuevo. Admitía que era un invento que a primera vista parecía bueno en tiempos de paz, pero aguardaba con esperanza los días en que las velas volviesen a aparecer en las fragatas de diez toneladas con botalones de seis metros.

Las conversaciones de Manuel, con su voz lenta y suave, eran todas sobre las hermosas doncellas de Madeira, lavando la ropa en los lechos secos de los arroyos, a la luz de la luna, bajo el contoneo de los bananos; leyendas de santos y cuentos de extrañas danzas o peleas en los fríos puertos de abastecimiento en Terranova. Los temas de Salters versaban más bien sobre agricultura, porque, aunque leía el *Josefo* y lo comentaba, su misión en la vida consistía en probar que los abonos vegetales, y especialmente los de trébol, eran mucho mejores que cualquier otro abono de fosfatos o de lo que fuera. Se ponía a despotricar como un loco acerca de los fosfatos; cogía de su litera libros de Orange Judd, todos grasientos, y los leía en voz alta moviendo un dedo ante Harvey, a quien todo aquello le sonaba a griego. Al pequeño Penn le dolía tanto que Harvey se divirtiera a costa de Salters, que el muchacho

dejó de hacerlo, y sufría cortésmente en silencio. Aquello resultó muy positivo para Harvey.

El cocinero, naturalmente, no participaba en estas conversaciones. Tenía como regla hablar cuando resultaba absolutamente indispensable, pero, de vez en cuando, un extraño don de lenguas descendía sobre él, y entonces comenzaba a hablar, mitad en gaélico mitad en un inglés entrecortado, durante una hora cada vez. Se mostraba especialmente comunicativo con los dos chavales, pero nunca dejó de sostener su profecía acerca de que un día Harvey sería el patrón de Dan, y que él viviría para verlo. Les habló del reparto del correo en invierno, en la ruta de Cabo Bretón, de un trineo tirado por perros que va hasta Coudray, y del rompehielos Arctic, que mantenía despejada la ruta entre el continente y la isla del Príncipe Eduardo[13]. Luego les relató historias que su madre le había contado sobre la vida allá lejos en el Sur, donde las aguas nunca se hielan; y decía que, cuando se muriera, su alma iría a descansar a una cálida playa de arena blanca con palmeras meciéndose en lo alto. Eso les parecía una idea muy rara para un hombre que no había visto una sola palmera en su vida. Entonces, regularmente en cada comida, le preguntaba a Harvey, y solo a Harvey, si la comida era de su agrado; y esto siempre hacía reír al segundo turno. De todos modos, tenían un gran respeto por los juicios del cocinero, y muy en el fondo de sus corazones y como consecuencia de todo aquello, consideraban a Harvey una especie de mascota.

Y mientras los nuevos conocimientos penetraban en Harvey por cada uno de sus poros, y la salud de hierro en cada bocanada de aire puro, el We’re Here continuaba su camino y sus asuntos en el Banco, y montones de peces grises plateados, bien apiñados, iban subiendo cada vez más al depósito. Ningún día de trabajo era algo fuera de lo común, y los días de pesca regular fueron muchos y muy seguidos.

Como es natural, un hombre de la reputación de Disko era observado (Dan decía «gorroneado») muy de cerca por sus vecinos. Él tenía un don muy especial para darles esquinazo a través de los cuajados y deslizantes bancos de niebla. Disko evitaba su compañía por dos motivos: en primer lugar, deseaba hacer sus propios experimentos; y, en segundo lugar, desaprobaba la concurrencia de flotas pesqueras de todos los países. La mayor parte de los barcos eran de Gloucester, con un grupo de bajeles de Provincetown[14], Harwich, Chatham, y otros de algunos puertos de Maine, pero las tripulaciones eran de Dios sabe dónde. El riesgo alimenta el peligro y, cuando a eso se añade la codicia, son muchas las probabilidades de accidentes de todo

tipo en una flota atiborrada de pesqueros, la cual, como si de un rebaño de ovejas se tratara, es guiada por algún jefe elegido tácitamente.

—Deja que los guíen los dos Jeraulds —dijo Disko—. Estamos obligados a anclar entre ellos durante un rato, al llegar a los bancos del Este, aunque, si nos dura la suerte, no tendremos que quedarnos por mucho tiempo. El sitio en donde nos hallamos ahora, Harvey, no es considerado, de ninguna manera, un buen lugar para la pesca.

—¿No? —preguntó Harvey, que estaba sacando agua (ya había aprendido cómo mover el cubo) después de una limpieza y saladura del pescado inusualmente larga—. Entonces no importaría que alguna vez fondeáramos en un lugar pobre, para variar un poco.

—Todo lo que yo quiero ver, no para echar el ancla, es Eastern Point —dijo Dan—. Oye, padre, parece que no tendremos que quedarnos más de dos semanas en los bancos. Tendrás entonces toda la compañía que necesites, Harvey. En ese momento comenzaremos a trabajar. Tampoco hay comidas regulares para nadie. Manducas cuando tienes hambre, y duermes cuando ya no puedes mantenerte despierto. Fue una suerte que no te pescásemos un mes más tarde, o nunca habríamos logrado tenerte entrenado para salar el pescado para la Virgen Vieja.

Gracias a la carta de navegación de Eldridge, Harvey comprendió que la Virgen Vieja y toda una serie de bancos de nombres igualmente curiosos eran el punto crucial de la travesía, y que allí, con suerte, mojarían el resto de sal que les quedaba; pero, viendo el tamaño de la Virgen (era un punto pequeñito), se preguntaba cómo haría Disko para encontrarla, aún cuando se valiera del «yugo de puerco» y la sonda. Más tarde, supo que Disko era igual de hábil para ese y otros asuntos, y que incluso podía ayudar a otros pescadores. En el camarote colgaba una gran pizarra de un metro y veinte por uno y medio, y Harvey nunca había entendido, hasta entonces, para qué servía, cuando, tras varios días de espesa bruma, oyeron el discordante sonido de una sirena manual, un aparato cuyo tono era el de un elefante tísico.

Se encontraban fondeados por poco tiempo, y navegaban arrastrando el ancla para ahorrarse problemas.

—Eso es un buque con aparejo anticuado vociferando su latitud —dijo Long Jack.

La velas delanteras eran rojas y estaban chorreando agua, y el buque se deslizaba a través de la niebla, cuando el We’re Here hizo sonar su campana tres veces, utilizando el código de señales marinas.

El mayor de los dos barcos puso sus gavias[*] en facha[*], en medio de gritos y chillidos.

—Franceses —dijo el tío Salters en tono despreciativo.

—Un buque de Miquelon, de Saint-Malo —añadió el granjero, que tenía buena vista en el mar. A mí también se me ha terminado el tabaco, Disko.

—Igual que aquí —dijo Tom Platt—. ¡Hola! *¡Retrocedez-vous. Retrocedez-vous! ¡Quedadez apartadez*, quitad el culo *mucho bono*! ¿De dónde venís?… De Saint-Malo, ¿eh?

—¡Ajá! *¡Mucho bono! Oui! Oui! Clos Poulet… Saint-Malo! Saint-Pierre et Miquelon* —gritó el gentío del otro barco, agitando sus gorros de lana y riéndose. Luego, todos juntos comenzaron a chillar—: *¡La pizaggá! ¡La pizaggá!*

—Trae la pizarra, Danny. No puedo comprender qué harían estos franceses para encontrar algo de pesca si no fuera por la tolerancia americana. Cuarenta y seis, cuarenta y nueve, está bien para ellos; y creo que también debe de ser esa la latitud correcta.

Dan dibujó los números con tiza en la pizarra, y la colgaron en el aparejo principal en medio de un coro de *mercis* procedentes del otro barco.

—Parece una actitud de no muy buenos vecinos dejarles ir así, sin pagar su deuda —sugirió el tío Salters, tanteando en sus bolsillos.

—¿Has aprendido francés desde el último viaje? —preguntó Disko—. No quiero arrastrar más lastre del que ya llevamos a bordo, desde aquella vez en Le Have, en que los llamaste «patas mugrientas».

—Harmon Rush dijo que ese era el modo de animarlos un poco. A mí me basta con un inglés simple de los Estados Unidos. Estamos todos terriblemente escasos de tabaco. ¿Tú hablas francés, jovencito?

—¡Oh, sí! —dijo Harvey valientemente; y luego se puso a chillar—: ¡Hola! ¡Eh! *Arrêtez-vous! Attendez! Nous sommes venant pour tabac*.

—¡Ah! *Tabac, tabac!* —exclamaron y rieron de nuevo.

—Eso les ha llegado. Arriemos un bote de todos modos —dijo Tom Platt —. No tengo títulos de francés, pero sé otra jerga que servirá, al menos eso creo. Venga, Harvey, un intérprete.

El barullo y la confusión que había en el barco cuando él y Harvey subieron a bordo era indescriptible. El camarote estaba completamente atiborrado de figuras de La Virgen… La Virgen de Terranova, como ellos la llamaban. Harvey se encontró con que su francés no era comprendido por ninguno del gran Banco, así que su conversación se limitó a muecas y gestos de asentimiento con la cabeza. Sin embargo, Tom Platt se hacía entender

perfectamente moviendo los brazos. El capitán le ofreció un vaso de ginebra horrorosa, y la tripulación de opereta cómica, con sus cuellos peludos, sus gorras rojas y largos cuchillos, le saludaban como a un hermano. Entonces comenzó el trueque. Tenían abundante tabaco americano, que nunca pagaba impuestos en Francia. Ellos querían chocolate y galletas. Harvey remó hasta el barco para arreglar el asunto con el cocinero y con Disko, que era el propietario de los víveres y, a su regreso, los franceses se pusieron a contar las bolsas de galletas y los tarros de chocolate junto a la rueda del timón. Parecía el reparto de un botín entre piratas; pero Tom Platt regresó de allí cargado con una ristra de andullos[15] negros y rollos de tabaco para fumar y mascar. Luego, esos marineros tan joviales se perdieron en la niebla, y lo último que Harvey escuchó fue un alegre estribillo:

Par derrière chez ma tante
il y a un bois joli,
et le rossignol y chante
et le jour et la nuit…
Que donneriez-vous, belle,
qui l'amènerait ici?
Je donnerais Québec,
Sorel et Saint-Denis[16].

—¿Por qué mi francés no funcionó y tu lenguaje por señas sí? —preguntó Harvey cuando el botín estuvo distribuido entre los del We're Here.

—¡Lenguaje por señas! —exclamó Platt, riéndose a carcajadas. Sí, bueno, era un lenguaje por señas, pero muchísimo más antiguo que tu francés, Harvey. Esos barcos franceses están atestados de francmasones[17], y ese es el motivo.

—¿Eres francmasón entonces?

—Así parece, ¿no crees? —dijo el marinero cargando su pipa; y Harvey tuvo otro misterio del profundo mar para meditar.

Capítulo VI

Lo que más impactaba a Harvey era la forma, absolutamente despreocupada, con la que algunos buques surcaban el inmenso Atlántico. Dan decía que los pesqueros dependían, de forma natural, de la cortesía y sabiduría de sus vecinos; pero de los vapores se esperaban mejores cosas. Aquello fue después de otro interesante encuentro, cuando fueron perseguidos durante tres millas por un enorme y pesado buque que transportaba ganado, con una estructura de madera en la cubierta superior, que apestaba como mil corrales. Un oficial muy acalorado les gritó a través de un megáfono, y la embarcación se quedó moviéndose torpemente en el agua, indefensa, mientras Disko conducía el We're Here a sotavento y le soltaba cuatro frescas al capitán.

—¿Dónde os habéis creído que estáis? No os merecéis estar en ningún sitio. Vosotros, golfos de corral, vais como los cerdos, ensuciándolo todo por alta mar, sin la menor consideración por vuestros vecinos. Tenéis los ojos puestos en la taza de café en lugar de tenerlos en vuestra ridícula cara.

Ante esto, el capitán se puso a saltar sobre el puente y dijo algo sobre los ojos de Disko.

—No hemos podido comprobar nuestra situación desde hace tres días. ¿Supones acaso que podemos navegar a ciegas? —gritó.

—Bue…eeno, yo sí puedo —replicó Disko. ¿Qué pasa con vuestra sonda? ¿Os la habéis comido? ¿Es que el ganado apesta tanto que no os deja husmear el fondo?

—¿Qué le dais de comer? —preguntó el tío Salters con profunda seriedad, pues el olor de los corrales había revivido el granjero que llevaba dentro—. Dicen que el ganado se debilita espantosamente en las travesías. Ya sé que no es asunto mío, pero tengo entendido que, si le dais tortas de borujo[1] desmenuzadas y rociadas con…

—¡Rayos! —exclamó un ganadero vestido con un jersey rojo, asomándose por la borda—. ¿De qué manicomio le han dejado sacar los bigotes?

—Jovencito —comenzó a decir Salters irguiéndose sobre el aparejo de proa—, déjame decirte, antes de que sigamos adelante, que yo…

El oficial del puente se quitó el gorro con gran cortesía.

—Perdone usted —dijo—, pero he preguntado cuál era nuestra posición. Si el sujeto agrícola ese de la melena fuese tan amable de cerrar el pico, tal vez el percebe verdemar de ojos desviados se digne a iluminarnos.



—Ya me has hecho quedar en ridículo. Salters —dijo Disko, enfadado.

Como no podía soportar este tipo de charla, se apresuró a darles la longitud y la latitud, sin más sermones.

—Vaya, seguro que se trata de una barcada[*] de dementes —dijo el capitán, mientras llamaba a la sala de máquinas y tiraba un fardo de periódicos dentro de la goleta.

—De *todos* los condenados imbéciles que he visto por ahí, ese individuo y su tripulación se lleven probablemente la palma, seguidos por ti de cerca, Salters —dijo Disko, mientras el We’re Here se iba alejando del lugar—. Tan solo les estaba dando mi opinión acerca de los que van por ahí navegando por estas aguas como niños perdidos, y tienes que interrumpirme tú con tus

fantochadas de agricultor. ¿Es que no puedes mantener las cosas por separado?

Harvey, Dan y los otros estaban detrás muy divertidos, guiñándose el ojo; pero Disko y Salters continuaron riñendo seriamente hasta el atardecer, Salters argumentando que un barco de ganado era prácticamente un corral sobre el agua azul, y Disko insistiendo en que suponiendo que ese fuera el caso, la decencia y el orgullo de pescador exigían «mantener separadas las cosas». Long Jack permaneció en silencio durante un rato (un capitán enfadado inquieta a la tripulación), pero sentado a la mesa, después de cenar, dijo:

—¿Qué tiene de bueno preocuparse por el qué dirán?

—Pues que contarán esos cuentos sobre nosotros durante años. Eso es todo —dijo Disko—. ¡Tortas de borujo rociadas!

—Con sal, claro —dijo Salters, impenitentemente, leyendo los reportajes sobre agricultura en un periódico de Nueva York de la semana anterior.

—Me fastidia mucho —continuó el capitán.

—Yo no lo veo así —dijo Long Jack, el pacificador—. ¡Escucha, Disko! ¿Hay algún otro barco a flote hoy, con este tiempo, que pudiera haber conocido a un golfo, y que además de darle su posición…, además, digo…, pudiera haberles echado un discurso tan inteligente acerca del manejo de bueyes y todo eso en el mar? ¡Olvídalo! Ellos, por supuesto, no lo harán. Habrá sido la conversación más concisa que hayan tenido jamás. Nos hemos apuntado un tanto por partida doble.

Dan le dio un puntapié a Harvey por debajo de la mesa, y este se atragantó con el café.

—Bueno —dijo Salters, quien sentía en cierto modo que su honor había sido puesto en entredicho—. Yo les dije, antes de empezar a hablar, que creía que ese no era asunto mío.

—Y justo ahí —dijo Tom Platt, muy experimentado en asuntos de disciplina y etiqueta—, justo en ese momento, Disko, deberías haberle mandado cerrar el pico si, a tu juicio, creías que esa conversación iba a terminar de la forma que no debía.

—Lo dudo, pero tal vez tengas razón —dijo Disko, quien veía una salida honrosa para su dignidad.

—Pues, claro que sí —dijo Salters—. Puesto que eres el capitán del barco, me habría callado gustosamente ante la menor indicación, no por convicción propia ni por sentirme derrotado, sino por dar un buen ejemplo a esos condenados grumetes nuestros.

—¿No te lo dije, Harvey? Al final, resulta que somos nosotros los que pagamos el pato. Siempre lo de los condenados grumetes. Pero no me habría perdido el espectáculo ni por la mitad del reparto que toca por los halibuts —susurró Dan.

—*Insisto*: las cosas deberían mantenerse separadas —dijo Disko, mientras la chispa de un nuevo argumento brillaba en los ojos de Salters, mientras desmenuzaba tabaco dentro de su pipa.

—Es una gran virtud mantener las cosas separadas —dijo Long Jack, en un intento de apaciguar la tormenta—. Eso fue lo que encontró Steying, de Steying & Hare, cuando envió a Counahan de capitán en el Marilla D. Kuhn, en lugar de al capitán Newton, que no podía hacerse a la mar debido a un ataque de reumatismo inflamatorio. Le llamábamos Counahan el Navegante.

—Nick Counahan no se embarcó jamás, ni una noche siquiera, sin estar encharcado en ron —dijo Tom Platt, haciendo de las suyas con la sonda—. Solía merodear por las oficinas de los comisionistas que iban a Boston esperando que el Señor lo nombrase capitán de un remolcador. Sam Coy, el de Atlantic Avenue, le dio alojamiento gratis por un año o más a cuenta de sus historias. ¡Counahan, el Navegante! ¡Ji! ¡Ji! Murió hace quince años, ¿no es cierto?

—Diecisiete, creo. Murió el año en que fue construido el Caspar M'Veagh: pero él nunca pudo mantener las cosas separadas. Staying lo contrató por la misma razón por la que el ladrón se llevó la estufa caliente: porque no había ninguna otra cosa. Los hombres se hallaban todos en los Bancos, así que Counahan reunió una cuadrilla de facinerosos como tripulación. ¡El ron! El Marilla podría haber flotado en lo que tenía almacenado a bordo sin ningún problema. Zarparon del puerto de Boston rumbo al Gran Banco con el rugido del viento del noroeste a sus espaldas, y todos borrachos como una cuba. El cielo los protegió, pues ninguno montó una maldita guardia ni movió un miserable cable hasta que no le vieron el fondo a un barril de quince galones de alcohol. Así estuvieron durante una semana, según recordaba Counahan. (¡Si pudiera contar la historia como él la contaba!). El viento soplaba que era una gloria y el Marilla, que llevaba envergado[*] el contrafoque[*] porque era verano, navegaba a toda velocidad. Entonces. Counahan cogió el yugo de puerco y se puso a temblar de pies a cabeza. Entre el tembleque, la carta de navegación y el zumbido en su cabeza, se pensó que estaban al sur de Sable Island, navegando de maravilla: pero no había nadie a su alrededor. Seguidamente, abrieron otro barril y dejaron de especular sobre cualquier cosa durante algún tiempo. El Marilla llevaba el

mismo rumbo desde que dejó atrás el faro de Boston, y había navegado a sotavento hasta ese momento, a veces un poco más deprisa, y otras, más lento, pero siempre con la misma dirección. Pero no avistaban algas, ni gaviotas, ni otras goletas, y entonces cayeron en la cuenta de que habían estado navegando durante catorce días, y empezaron a creer que el Banco hubiese hecho suspensión de pagos. Así que echaron la sonda y midieron sesenta brazas de profundidad.

»—¡Ese soy yo! —exclamó Counahan—. ¡Ese soy yo, como siempre! Os he conducido al Banco directamente, y cuando lleguemos a treinta brazas, nos entregaremos al trabajo como hombres. ¡Counahan, eres un granuja! —dijo—. ¡Counahan el Navegante!

»La siguiente vez que echaron la sonda les dio noventa brazas. Al verla, dijo Counahan:

»—O la sonda se está estirando o el Banco se ha hundido.

»Recogieron la sonda, y ya para entonces parecían haber recuperado la sobriedad y la capacidad de razonar, y se sentaron en cubierta a contar los nudos y a desenredarlos. El Marilla continuó con el mismo rumbo y se mantuvo en él hasta que, al poco tiempo, apareció un vapor mercante y Counahan se dirigió a él:

»—¿Habéis visto algún barco pesquero por ahí? —dijo con tono despreocupado.

»—Hay montones de ellos por las costas irlandesas —contestaron desde el mercante.

»—¡Ahh! ¡Tírate a un pozo! —dijo Counahan—. ¿Qué tengo yo que ver con las costas irlandesas?

»—Entonces, ¿qué estás haciendo aquí? —dijo el del mercante.

»—¡Por la cristiandad doliente! —dijo Counahan (siempre decía eso cuando tenía embotado el cerebro, y en ese momento no se sentía bien)—. ¡Por la cristiandad doliente! —volvió a decir—. ¿Pero dónde estoy?

»—A treinta y cinco millas al oessudoeste[*] del cabo Clear —dijo el del mercante— si eso te sirve de consuelo.

»Counahan pegó un bote de casi un metro y medio, según tomó nota el cocinero.

»—¡De consuelo! —exclamó, envalentonándose—. ¿Es que me tomas por lelo? Estamos a treinta y cinco millas del cabo Clear, y zarpamos hace catorce días de Boston. ¡Por la cristiandad doliente, eso es todo un récord, y del mismo modo tengo a mi madre en Skibbereen!

»¡Pensad en ello! ¡Vaya desfachatez que tenía el tío! Así que ya veis, nunca pudo mantener las cosas separadas. La tripulación era en su mayor parte gente de Cork y Kerry, salvo uno de ellos que era de Maryland y que quería volver a casa, pero los demás lo acusaron de amotinado, y entraron con el Marilla en Skibbereen. Durante una semana se lo pasaron estupendamente visitando amigos por los alrededores de la vieja comarca. Luego regresaron, y les costó treinta y dos días llegar otra vez a los Bancos. Estaba llegando el otoño, y la comida escaseaba, así que Counahan puso rumbo a Boston sin darle más vueltas.

—¿Y la compañía qué dijo de todo esto? —preguntó Harvey.

—¿Qué *podían* decir? La pesca seguía aún en el Banco ¡y Counahan estaba pavoneándose del récord que había batido navegando hacia el Este! Así que no les quedó más remedio que contentarse con eso. Y todo ocurrió, en primer lugar, por no haber mantenido la tripulación apartada del ron. Y en segundo lugar, por haber confundido Skibbereen con Queereau. ¡Counahan el Navegante! ¡Que su alma descanse en paz! Era un ciudadano sin preparación.

—Una veis, yo estaba a bordu do Lucy Holmes —contó Manuel, con su acostumbrado tono de amabilidad—. En Gloucester nadie quiería la peisca de ese barco. ¿Eh, queeé? No ñus daban nada por él. Así que nos dispusimos a crusar el mar para inteintar vendérselo a un hombre de Faial**[2]**. Entonces empezó a soplar y no podíamos ver bien. ¿Eh, queeé? Luegu sopló un poco mais de frío, y nos metimos dentro, navegando moito rápidamente…, quién sabe por dónde. De veis en cuando veíamos tierra, y empezó a haceir calor. Entonces se acercaron dois, tres negros en un bote. ¿Eh, queeé? Les preguntamus que dónde estábamus, y ellos nos contestaron… ¿Dónde creéis vosotros que estábamus?

—En Gran Canaria —contestó Disko tras pensar un momento. Manuel movió la cabeza, sonriendo.

—Blanco —dijo Tom Platt.

—No. Moito peor que eso. Estábamus mais abajo de Bezagos, ¡y el bote era de Liberia! ¡Así que vendimos nuestra peisca! No estuvo tan mal. ¿Eh, nooo?

—¿Podría una goleta como esta navegar derecho hasta África? —preguntó Harvey.

—Doblaría el cabo de Hornos si hubiera algo allí que mereciese la pena o la pesca fuera abundante —dijo Disko—. Mi padre llevó su barco, una especie de meñique de cincuenta toneladas, creo, el Rupert, hasta las heladas montañas de Groenlandia, el año en que la mitad de nuestra flota estaba tras el

bacalao que había por allí. Y lo que es más, se llevó a mi madre con él, supongo que para enseñarle cómo se ganaba la vida. Entonces se quedaron bloqueados por el hielo, y yo nací en Disko[3]. No recuerdo nada de todo aquello, claro. Regresamos cuando el hielo empezó a derretirse con la llegada de la primavera, y a mí me pusieron el mismo nombre de aquel lugar. Una jugarreta muy sucia ponerle ese nombre a un bebé, pero todos cometemos errores en la vida.

—¡Por supuesto! ¡Claro! —dijo Salters, moviendo la cabeza—. Todos cometemos por fuerza errores en la vida; y os lo digo aquí a vosotros dos, chavales, que después de cometer un error, y vosotros no cometéis menos de cien al día, lo que hay que hacer es reconocerlo como hombres.

Long Jack hizo un tremendo guiño a todos, a excepción de Disko y Salters, y se dio por acabado el incidente.

Continuaron anclando una y otra vez, en dirección norte, sacando los botes casi todos los días, recorriendo la costa este del Gran Banco, a treinta o cuarenta brazas de profundidad, y pescando sin parar.

Fue aquí en donde Harvey se encontró, por primera vez, con un calamar. Este constituye el mejor cebo para pescar bacalao, pero es un animal muy temperamental. Una noche se despertaron en sus literas a los gritos de «¡Calamares!» de Salters, y por espacio de una hora y media, todos se encontraron en cubierta pendientes del aparejo para pescar calamares: un trozo de plomo, pintado de rojo, y dotado en su extremo inferior de un círculo de alfileres doblados hacia atrás, como si fueran las varillas de un paraguas abierto a medias. Esto le encanta al calamar, no se sabe bien por qué motivo, y se enrolla en él, en este chirimbolo, y entonces es izado en el preciso momento en que no puede ya librarse de las agujas. Pero cuando se ve atrapado arroja primero un chorro de agua y luego otro de tinta en plena cara de su captor. Era curioso ver cómo los hombres movían la cabeza de un lado a otro para esquivar el disparo. Cuando terminó aquel frenesí de actividad estaban negros como deshollinadores; pero en cubierta yacía un montón de calamares frescos. Y al enorme bacalao le parece muy bien encontrarse con un trocito de reluciente tentáculo en el anzuelo cebado con almejas. Al día siguiente tuvieron abundante pesca, y se encontraron con el Carrie Pitman, y les contaron a gritos lo de su buena suerte. Entonces, la tripulación del otro barco quiso negociar: siete bacalaos por un calamar de buen tamaño. Pero Disko no estuvo de acuerdo con las condiciones, así que el Carrie se alejó malhumorado navegando a sotavento y ancló a una media milla, con la esperanza de pescar también algo de calamar para ellos.

Disko no dijo nada hasta después de cenar, momento en el que mandó a Manuel y a Dan a poner boyas en el cable del We're Here, y anunció sus intenciones de irse a dormir con el hacha preparada. Como es natural, Dan repitió este comentario a la gente de uno de los botes del Carrie, que quería saber por qué estaban poniendo boyas en el cable si no se hallaban en un fondo rocoso.

—Padre dice que, ni siquiera a bordo de un *ferry*, se atrevería a pasar a cinco millas de vosotros —gritó Dan alegremente.

—¿Por qué no os largáis entonces? ¿Quién os lo impide? —dijo el otro.

—Porque os habéis situado a sotavento de nosotros, y eso padre no se lo consiente a ningún barco, y, menos aún, que un cascarón viejo como el vuestro ande merodeando a la deriva cerca de él.

—Nadie está merodeando a la deriva en esta travesía —dijo el hombre, muy enfadado, pues el Carrie Pitman tenía la mala fama de andar siempre rompiendo sus amarras.

—Entonces, ¿cómo es que ancláis? —dijo Dan—. Eso es lo que mejor se os da cuando navegáis. Y si no estáis a la deriva, ¿qué rayos hacéis con un nuevo botalón de foque?

Ese comentario dio en el blanco.

—¡Eh, tú, organillero portugués! ¡Llévate tu mono de regreso a Gloucester! Vuelve a la escuela, Dan Troop —fue la respuesta.

—¡Pe-tos! ¡Pe-tos! —gritó Dan, quien sabía que uno de los de la tripulación del Carrie, había trabajado en una fábrica de petos el invierno anterior.

—¡Renacuajo! ¡Eres un renacuajo de Gloucester! ¡Vete de aquí, novy!

Llamar «novy» a alguien de Gloucester, como si fuera de Nueva Escocia, no es algo que siente bien. Así que Dan respondió en consecuencia:

—¡El novy lo serás tú! ¡Vosotros, escoria de Scrabble! ¡Ruina de Chatham! ¡Meteos el cascarón en el calcetín y largaos a casa!

Y los combatientes se separaron, pero Chatham se llevó la peor parte.

—Ya sabía lo que iba a pasar —dijo Disko—. Esos acaban de calar el viento. Alguien debería ponerle freno a ese barco. Roncarán hasta medianoche, justo para cuando nosotros empecemos a dormir, para quedarse a la deriva. Por suerte no estamos rodeados de pesqueros. Pero no voy a levar anclas por Chatham. Tendrá que esperar.

El viento, que había estado aullando alrededor, arreció al ponerse el sol y soplaba sin parar. No había mar, por embravecido que estuviera, que pudiese romper las amarras de un bote, pero el Carrie Pitman tenía sus propias leyes.

Al final del turno de guardia en cubierta, los dos muchachos oyeron a bordo del Carrie el *crac-crac-crac* de un enorme revólver de los que se cargan por la boca.

—¡Gloria, gloria, aleluya! —cantó Dan—. ¡Ahí viene, padre! Sonámbulo y con la popa por delante, igual que lo hizo en Queereau.

Si hubiera sido cualquier otro barco, Disko los habría ayudado, pero esta vez cortó el cable, mientras el Carrie Pitman, que disponía de todo el Atlántico Norte para pasar, les embistió directamente. El We're Here, con el foque bajo y a toda vela, no les dio más espacio del estrictamente necesario, pues Disko no quería pasarse una semana buscando el cable, y se puso a navegar con el viento a favor, mientras el Carrie pasaba a corta distancia, silencioso y amenazador, a merced de las trilladas barcias del Banco.

—Buenas noches —dijo Disko, quitándose la gorra—. ¿Y qué tal crece tu huerto?

—Vete a Ohio y alquila una mula —contestó Salters—. No queremos granjeros aquí.

—¿Queréis que os deje el ancla de mi bote? —gritó Long Jack.

—Quitad el timón y hundidlo en el barro —dijo Tom Platt.

—¡Eh! —gritó Dan desde el timón, con voz alta y estridente—. ¡Eh! ¿Hay huelga en la fábrica de petos o es que emplean a chicas? ¡Juntaos!

—Girad los guardines[*] —gritó Harvey— y clavadlos en el fondo.

Esa era una broma que había aprendido de Tom Platt hacía poco tiempo. Manuel se asomó por la popa y gritó:

—¡Johnna Morgan, toca el órgano! ¡Ajaaá! —mientras hacía un gesto con el pulgar con indescriptible burla y desprecio, y el pequeño Penn se cubría de gloria con un:

—¡Arre un poquito! ¡Calla! Ven aquí. ¡Soo!

Navegaron sobre la cadena del ancla el resto de la noche, con movimientos cortos, difíciles y quebrados, según Harvey. Se pasaron el resto del amanecer recuperando el cable. Pero los muchachos estaban de acuerdo en que esa molestia era un precio muy bajo para el triunfo y la gloria, y pensaron con orgullo en todas las cosas hermosas que le podrían haber dicho al desconcertado Carrie.

Capítulo VII

Al día siguiente encontraron más veleros. Todos ellos navegaban lentamente del Nordeste al Oeste. Pero, justo cuando esperaban llegar a los bancos de La Virgen, quedaron envueltos por la niebla. Así que anclaron allí, rodeados por el tintineante sonido de invisibles campanas. No había demasiada pesca, pero, ocasionalmente, tenían la oportunidad de intercambiar noticias cuando se encontraban con algún otro bote.

Aquella noche, poco antes del amanecer, Dan y Harvey, que habían permanecido durmiendo la mayor parte del día, salieron a «pescar» pastelillos fritos. No existía ninguna razón para que no los cogieran abiertamente, pero así, de esta manera, sabían mejor y enfadaban al cocinero. Dado el calor y el olor que había abajo subieron a cubierta con el botín, y allí se encontraron con Disko, que estaba junto a la campana. Harvey pasó a hacerse cargo de ella.

—Haz que siga sonando —le dijo—. Creo que oigo algo. Si es así, estoy mejor donde estoy; así tengo las cosas más a mi alcance.

Era un tintineo triste y melancólico; el aire denso parecía tragárselo; y entre pausa y pausa, Harvey escuchaba el sonido estridente de la sirena de algún trasatlántico, y ya sabía lo suficiente acerca de los Bancos para saber lo que eso significaba. Con una claridad terrible, le vino a la memoria cómo un chico vestido con un jersey color cereza —ahora sentía un profundo desprecio por las chaquetas elegantes, con todo el desdén de un pescador—, cómo un muchacho pendenciero e ignorante había podido decir una vez, que sería «genial» que un trasatlántico se cargara un pesquero. Aquel muchacho que había tenido un camarote con agua fría y caliente en el baño y que se pasaba diez minutos, cada mañana, eligiendo cuidadosamente el menú en la carta ribeteada en oro. Y cómo ese mismo muchacho —no, su hermano, mucho mayor— estaba ya de pie a las cuatro de la mañana, cuando aún estaba oscuro, vestido con crujiente impermeable, martilleando literalmente la campana, como si en ello le fuera la vida. Una campana que era más pequeña que la del camarero del trasatlántico para llamar al desayuno, mientras a corta distancia una proa de acero de nueve metros iba arremetiendo por los

alrededores ¡a veinte millas por hora! La idea más amarga de todas era que hubiese habido gente, durmiendo en sus camarotes secos y tapizados, que nunca se habrían enterado de que habían masacrado un pesquero antes del desayuno. Así que Harvey continuó tañendo la campana.

—Sí, ellos disminuyen la velocidad de su maldita hélice —dijo Dan, soplando la caracola de Manuel— para mantenerse dentro de la ley, y eso resulta consolador cuando nos encontramos todos en alta mar. ¡Escucha a ese! ¡Es un gigante!

¡Auuu-juuu-uuapp!, aullaba la sirena. *¡Uinguel-tinguel-tink!*, sonaba la campana. *¡Graaa-uch!*, clamaba el cuerno, mientras el cielo y el mar se arremolinaban en una bruma láctea. Entonces, Harvey tuvo la sensación de hallarse cerca de un bulto que se movía, y miró hacia arriba, para ver el borde mojado de una proa que parecía un acantilado y que, al parecer, iba a saltar directamente sobre la goleta. Una airosa y diminuta ola, liviana como una pluma, se hizo un rizo delante de la proa, y al recogerse dejó ver una larga columna de números romanos: XV, XVI, XVII, XVIII, etc. en un costado pintado de color salmón brillante. Cabeceaba arriba y abajo con un sonido, *¡Ssssssuuu!*, que helaba el corazón; la columna desapareció entonces y una larga fila de ojos de buey con bordes de bronce pasó en un suspiro. Un chorro de vapor resopló sobre las indefensas manos que Harvey tenía levantadas; un surtidor de agua caliente rugió a lo largo de la barandilla del We’re Here, y la pequeña goleta se tambaleó y agitó en un remolino de agua producido por la hélice del trasatlántico, cuya popa se esfumó entre la niebla. Harvey estaba a punto de desmayarse o vomitar, o ambas cosas a la vez, cuando oyó un crujido como el de un árbol al derribarse en una acera, y luego un susurro bajito, como de una conversación telefónica en el oído, que decía:

—¡Virad! ¡Que nos habéis hundido!

—¿Es a nosotros? —preguntó Harvey, con voz entrecortada.

—¡No! Es a otro bote más allá. ¡Toca la campana! Vamos a ir a ver —dijo Dan, arriando un bote.

En medio minuto, todos, excepto Harvey, Penn y el cocinero, estaban en los botes y se alejaron. En aquel momento, un resto de trinquete roto de cuajo pasó flotando a la deriva cerca de la proa de la goleta. Luego, se les acercó un bote vacío pintado de verde, golpeando un costado del We’re Here, como si deseara subir a bordo. Entonces siguió algo, boca abajo y vestido con un jersey azul, pero no era un hombre… entero. Penn mudó de color y, haciendo un chasquido con la lengua, contuvo la respiración. Harvey siguió tañendo la

campana desesperadamente, pues temía que fueran a hundirlos en cualquier momento, y dio un salto cuando escuchó la llamada de Dan para regresar.

—¡El Jennie Cushman —exclamó Dan, histérico— partido por la mitad, y luego arrasado y pisoteado! A menos de un cuarto de milla de aquí. Padre ha rescatado al viejo. No hay nadie más, pero… estaba también su hijo. ¡Oh, Harvey, Harvey, no puedo soportarlo! He visto…

Escondió la cabeza entre las manos y estalló en sollozos, mientras los demás arrastraban a bordo a un hombre de cabellos grises.

—¿Para qué me habéis recogido? —gruñó el desconocido—. Disko, ¿para qué me has recogido?

Disko puso una de sus pesadas manos sobre el hombro del anciano, cuyos ojos estaban abiertos desorbitadamente, y le temblaban los labios mientras miraba fijamente a la silenciosa tripulación. Entonces, Pennsylvania Pratt, que también era Haskins o Rich o McVitty cuando el tío Salters olvidaba su nombre, se puso a hablar con voz grave y con un rostro cambiado: ya no era el de un tonto, sino el tolerante rostro de un anciano sabio:

—El Señor da y el Señor nos lo quita. ¡Bendito sea el nombre del Señor! Yo era ministro del Evangelio. Dejádmelo a mí.

—Oh, sí, ¿lo eres? —dijo el hombre—. Entonces, ¡reza para que mi hijo vuelva a mí! ¡Reza para que pueda recuperar un barco de nueve mil dólares y mil quintales de pescado! Si me hubierais dejado solo, mi viuda podría haberse dirigido al Provident[1] y trabajar para tener una pensión, y nunca lo habría sabido…, nunca lo habría sabido. Ahora tendré que contárselo yo.

—No hay nada que contar —dijo Disko—. Vete a descansar un poco, Jason Olley.

Cuando un hombre ha perdido a su único hijo, el trabajo de un verano, y los medios para ganarse la vida, y todo ello en treinta segundos, resulta difícil consolarle.

—Todos los hombres eran de Gloucester, ¿verdad? —dijo Tom Platt, impotente, mientras jugueteaba con la amarra de un bote.

—Oh, *eso* da igual —dijo Jason, escurriéndose el agua de su barba—. Tendré que llevar en bote a veraneantes del este de Gloucester hasta que llegue el otoño.

Luego, se acercó pesadamente hasta la borda y comenzó a cantar:

¡Felices los pájaros que cantan y vuelan
alrededor de tus altares, oh, Altísimo!

—Ven conmigo. ¡Ven abajo! —dijo Penn, como si tuviera el derecho de dar órdenes. Sus miradas se cruzaron durante un cuarto de minuto.

—No sé quién eres, pero iré —respondió sumisamente Jason—. Tal vez recupere algo de…, algo de… los nueve mil dólares.

Penn lo condujo dentro del camarote y cerró la puerta tras ellos.

—¡Ese no es Penn! —exclamó el tío Salters—. ¡Ese es Jacob Boller, y… ha conseguido recordar Johnstown! Nunca he visto semejante mirada en el rostro de ningún hombre vivo. ¿Qué se puede hacer ahora? ¿Qué voy a hacer yo ahora?

Oyeron las voces de Penn y de Jason. Luego, solo la de Penn, y Salters se quitó el sombrero, pues le escuchó rezar. Al cabo de un rato, el hombrecillo subió las escaleras con gruesas gotas de sudor en la cara, y miró a la tripulación. Dan aún se encontraba llorando junto a la rueda del timón.

—No nos conoce —gimió Salters—. Habrá que comenzar de nuevo, incluso habrá que enseñarle a jugar a las damas. ¿Y qué *me* dirá?

Penn comenzó a hablar como si lo hiciera ante unos desconocidos:

—He orado —dijo—. Nuestra gente cree en la oración. He orado por la vida del hijo de este hombre. Los míos se ahogaron ante mis ojos: mi mujer, mi hijo mayor y… los demás. ¿Puede el hombre ser más sabio que su Hacedor? Nunca he rezado por sus vidas, pero he orado por el hijo de este hombre, y, seguramente, le será devuelto.

Salters miró suplicante a Penn a ver si él recordaba.

—¿Cuánto tiempo he estado loco? —preguntó Penn de repente, con la boca trémula.

—¡Bah, Penn! Tú nunca has estado loco —comenzó a decir Salters—. Tan solo un poco confuso.

—He visto las casas chocar contra el puente antes de que el fuego comenzara. No puedo recordar nada más. ¿Cuánto tiempo hace de aquello?

—¡No puedo soportarlo! ¡No puedo soportarlo! —gritó Dan, y Harvey lloriqueó en solidaridad.

—Hace unos cinco años —dijo Disko con voz agitada.

—Entonces, debo de haber sido una carga para alguien durante todo ese tiempo. ¿Para quién?

Disko señaló hacia Salters.

—¡No, no lo has sido! —exclamó el marinero granjero, retorciéndose las manos—. Te has ganado con creces tu sustento; y aún se te debe dinero, Penn. Además, tienes la mitad de lo que me toca en este barco, que es tuyo por los valiosos servicios recibidos.

—Sois hombres buenos. Lo veo en vuestros ojos. Pero…

—¡Madre misericordiosa! —susurró Long Jack—, y ha estado con nosotros en todos estos viajes. ¡Está embrujado!

La campana de una goleta se dejó oír por un costado, y una voz aulló a través de la niebla:

—¡Eh, Disko! ¿Te has enterado de lo del Jennie Cushman?

—¡Han encontrado a su hijo! —exclamó Penn—. ¡Quietos todos! ¡Poneos de pie y admirad la salvación del Señor!

—Tenemos a Jason Olley a bordo —contestó Disko, pero la voz le temblaba—. ¿Hay algún otro?

—Hemos encontrado a uno. Se hallaba en un revoltijo de maderos que debían de ser el castillo. Tiene algunos cortes en la cabeza.

—¿Quién es?

En ese momento, se podían oír los latidos del corazón de toda la tripulación del We’re Here.

—Creo que es el joven Olley —exclamó la voz, lenta y cansina.

Penn levantó las manos y dijo algo en alemán. Harvey habría jurado que un sol brillante se reflejó en su rostro alzado, cuando la voz cansina continuó:



—¡Eh! Os habéis burlado bastante de nosotros la otra noche.

—No tenemos ganas de pitorreo ahora —respondió Disko.

—Lo sé; pero la verdad del caso es que estábamos un poco…, íbamos un poco a la deriva cuando nos encontramos con el joven Olley.

Eran los del irremediable Carrie y un rumor de carcajada inquieta se escuchó en la cubierta del We're Here.

—¿Qué os parecería mandarnos al viejo a bordo? Estamos buscando más cebo y aparejo. Creo que, de todos modos, vosotros no le necesitáis, y el trabajo con el condenado cabrestante hace que nos encontremos faltos de mano de obra. Cuidaremos de él. Está casado con una tía de mi mujer.

—Os daré cualquier cosa que haya a bordo —dijo Troop.

—No queremos nada, aunque quizá nos vendría bien un ancla que no se suelte. ¡Eh! El joven Olley se está poniendo un poco chulo y nervioso. Mandadnos al viejo.

Penn despertó de su estupor de desesperación al viejo, y Tom Platt lo llevó remando en un bote hasta el otro barco. El viejo se marchó sin decir siquiera una palabra de gratitud, con la incertidumbre de no saber qué sucedería después; y quedaron todos envueltos por la niebla.

—Y ahora… —dijo Penn, emitiendo un profundo suspiro, como si fuese a predicar—. Y ahora… —el cuerpo erecto se hundió como una espada en su vaina; la luz desapareció de aquellos ojos sobreiluminados; la voz retornó a su tono lastimero habitual—, y ahora… —dijo Pennsylvania Pratt—, ¿cree usted que sea aún muy temprano para echar una partidita a las damas, señor Salters?

—Eso mismo…, eso mismo iba a decir yo —exclamó Salters apresuradamente—. Me sorprende mucho, Penn, cómo logras adivinar lo que uno tiene en mente.

El pequeño hombre se ruborizó y siguió humildemente a Salters hacia la proa.

—¡Leven anclas! ¡Deprisa! Larguémonos de estas aguas de locos —gritó Disko, y jamás fue obedecido con mayor presteza.

—Ahora bien, ¿cuál es el significado de todo esto? —dijo Long Jack, mientras trabajaban de nuevo envueltos en la niebla, calados de agua y desconcertados.

—Mi opinión —respondió Disko, manejando la rueda del timón— es esta: el asunto del Jennie Cushman ocurrió con el estómago vacío…

—Él…, nosotros, vimos flotando a uno de ellos —dijo sollozando Harvey.

—Y *eso*, por supuesto, hizo que Penn saliera del agua, como cuando un barco está en el dique seco, y le trajo a la memoria Johnstown. Jacob Boller y todos esos recuerdos. Bueno, el hecho de consolar a Jason lo mantuvo entretenido durante un rato, del mismo modo que una embarcación queda apuntalada en tierra. Entonces, como son débiles, las amarras se sueltan y se aflojan, y vuelve a quedar a merced de las aguas otra vez. Esa es *mi* opinión.

Todos estuvieron de acuerdo en que Disko estaba completamente acertado.

—Si Penn hubiese continuado siendo Jacob Boller —dijo Long Jack—. Salters se habría quedado hecho polvo. ¿Habéis visto su cara cuando Penn preguntó quién se había estado haciendo cargo de él durante todos estos años? ¿Cómo está, Salters?

—Dormido. Completamente dormido. Se fue a la cama como un niño pequeño —contestó Salters, regresando de puntillas desde popa—. No habrá comida hasta que se levante, naturalmente. ¿Habéis notado el don que tiene para rezar? Definitivamente, sacó al joven Olley del océano. Eso es lo que yo creo. Jason estaba terriblemente orgulloso de su hijo, y yo sospeché todo el tiempo que lo ocurrido era una advertencia para que no adore falsos ídolos.

—Hay otros igualmente estúpidos —dijo Disko.

—Eso es diferente —se apresuró a replicar Salters—. Penn no está del todo bien, y yo no hago más que cumplir mi deber para con él.

Aquellos hambrientos hombres esperaron durante tres horas hasta que Penn reapareció con el semblante tranquilo y la mente en blanco. Dijo que creía haber estado soñando. Luego, quiso saber por qué estaban todos tan callados, pero nadie pudo responderle.

Durante los siguientes tres o cuatro dias, Disko hizo trabajar a sus hombres sin misericordia; cuando no salían a pescar, estaban en el pañol para amontonar los víveres del barco en espacios más pequeños, de modo que quedase más sitio para el pescado. Los montones iban desde el tabique del camarote hasta la puerta corredera que había detrás de la estufa del castillo; y Disko les mostró el gran arte de almacenar el cargamento para aprovechar lo mejor posible el espacio en la goleta. De esa manera, la tripulación se mantenía entretenida hasta recuperar el buen ánimo; y Harvey recibió unos cuantos azotes con un cabo de soga propinados por Long Jack, pues, según decía este hombre de Galway, se encontraba «apesadumbrado como un gato por lo que ya no podía arreglarse». Harvey reflexionó mucho durante aquellos monótonos días, y le contó sus conclusiones a Dan, quien se mostró de

acuerdo con ellas, hasta el extremo de llegar a pedir los pastelillos en vez de birlarlos.

Pero una semana más tarde, los dos estuvieron a punto de hacer zozobrar al Hattie S., en un salvaje intento de pinchar a un tiburón con una vieja bayoneta atada a un palo. La pobre bestia había estado frotando su lomo contra el bote, mendigando pececillos y fue una suerte que los tres quedaran con vida.

Al final, después de estar haciendo el ciego en la niebla, llegó una mañana en la que Disko gritó asomado al castillo:

—¡Deprisa, muchachos! ¡Hemos llegado a una ciudad!

Capítulo VIII

Harvey no olvidaría aquella visión hasta el fin de sus días. El sol estaba asomándose por un horizonte que no habían visto durante casi una semana, y su débil luz roja se reflejaba en las velas de las tres flotas de goletas ancladas, una, al Norte, otra, en dirección Oeste, y una, hacia el Sur. Debía de haber alrededor de cien, de todos los tipos y calados, incluso una francesa, de aparejo anticuado, todas ellas cabeceando, como haciendo reverencias de cortesía a sus vecinas. Los botes caían de los barcos como las abejas de una concurrida colmena; el clamor de las voces, el traqueteo de los cables y motones[*], y el chapoteo de los remos, se oía a gran distancia a lo largo de las agitadas aguas. Las velas se volvían de todos los colores, negro, gris perla y blanco, mientras el sol seguía remontándose en el cielo, y más botes surgían de entre la niebla del Sudeste.

Los botes se apiñaban en racimos, se separaban, volvían a juntarse, para dispersarse de nuevo, todos con rumbos diferentes; mientras tanto, los hombres gritaban, silbaban y cantaban, y el agua estaba salpicada de basura, que habían arrojado por la borda.

—Es una ciudad —dijo Harvey—. Disko tenía razón. ¡*Es* una ciudad!

—Las he visto más pequeñas —respondió Disko—. Hay cerca de mil hombres aquí; y más allá tienes a La Virgen.

Y señaló un espacio en blanco, sobre las verdes aguas, en donde no había botes. El We're Here bordeó la escuadrilla norte, y Disko iba saludando con la mano a un amigo tras otro, para anclar tan diestramente como lo haría un yate de carreras al final de temporada. La flota del Banco aprobaba en silencio una buena maniobra marinera, pero un chapucero era abucheado por todos los demás.

—Justo a tiempo para pescar capelanes[1] —exclamaron los del Mary Chilton.

—¿Habéis mojado ya toda vuestra sal? —preguntaron en el King Philip.

—¡Eh, Tom Platt! ¿Te vienes a cenar esta noche? —dijeron los del Henry Clay; y así iban y venían las preguntas y respuestas a un lado y a otro. Todos

los hombres se habían visto antes alguna vez, y no existe un lugar mejor para el cotilleo como en la flota del Banco. Todos parecían estar enterados del salvamento de Harvey, y preguntaban si ya se merecía su sal. Otros chavales bromeaban con Dan, quien también era poseedor de un animado repertorio de apodos utilizados en la ciudad. Tenía uno adecuado para cada muchacho y echaba mano del que menos les gustaba cuando les preguntaba por su salud. Había paisanos de Manuel, que le hablaban atropelladamente en su mismo idioma; y aun el silencioso cocinero fue visto montado en el botalón de foque gritando algo en gaélico a un amigo tan negro como él. Tras colocar las boyas en el cable —el fondo es rocoso en los alrededores de La Virgen, y un descuido podría significar la pérdida de las amarras y el peligro de quedar a la deriva—, los botes zarparon para unirse a la multitud de embarcaciones que estaba anclada una milla más adelante. Las goletas se balanceaban y se inclinaban a una distancia prudente, del mismo modo que las mamás pato cuidan de su prole, como si los botes fuesen sus patitos traviesos.

A medida que iban adentrándose en la confusión, los botes topándose unos con otros, a Harvey le zumbaban los oídos por los comentarios que oía acerca de su manejo de los remos. Cada dialecto que oía, desde Labrador hasta Long Island, mezclado con portugués, napolitano, lengua franca, francés y gaélico, junto con las canciones, los gritos y los nuevos juramentos, vibraban a su alrededor, y él parecía ser el blanco de las bromas. Por primera vez en su vida sintió timidez —tal vez por haber pasado tanto tiempo solo con la tripulación del We’re Here— entre los curtidos rostros de los tambaleantes botes. Una ola suave y susurrante, a tres estadios[2] de los barriles, levantaba mansamente una hilera de botes de variados colores. Quedaban suspendidos un instante, en un maravilloso friso en el horizonte, con sus tripulantes saludando con la mano. Al momento siguiente, las bocas abiertas, los brazos ondeantes, y los torsos desnudos desaparecían, mientras llegaba una nueva ola y otra nueva hilera de personajes, como figuritas de papel en un teatro de juguete. Harvey se quedó contemplando fijamente todo aquello.

—¡Ojo! —exclamó Dan, moviendo una pequeña red—. Cuando te diga que eches la red, la echas. Los bancos de capelanes aparecerán de un momento a otro. ¿Dónde nos colocamos, Tom Platt?

Empujando, tirando de los cables, saludando a antiguos amigos y previniendo a viejos enemigos, el comodoro Tom Platt conducía su pequeña flota muy a sotavento de la muchedumbre en general, e inmediatamente tres o cuatro hombres levaron sus anclas con la intención de imitar a los del We’re

Here. Entonces se oyó un estallido de carcajadas, mientras un bote salía disparado a gran velocidad, con su tripulante tirando del cable como un loco.

—¡Aflójalo! —rugieron veinte voces—. Deja que caiga.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Harvey, mientras el bote se lanzaba en dirección sur—. Está anclado, ¿verdad?

—Seguro que sí, pero sus amarras son algo traicioneras —le contestó Dan riéndose—. Se habrá enredado alguna ballena… ¡Echa la red, Harvey! ¡Ahí vienen!

El mar se nubló y se oscureció alrededor de ellos, y luego se encrespó con una lluvia de pequeños pececillos plateados, y en un espacio de cinco o seis acres[3], el bacalao comenzó a saltar como trucha en mayo; mientras tanto, detrás de los peces, unos tres o cuatro oscuros y gruesos lomos grisáceos rompían las aguas en burbujas.

Luego, todo el mundo gritaba y trataba de levar sus anclas y meterse en el banco de peces, enredándose en la red del vecino, insultándose, echando furiosamente sus redes y chillando advertencias y consejos a sus compañeros, mientras las profundidades del océano estallaban en burbujas encrespadas, como si fueran una botella de soda recién abierta. Y todos, bacalaos, ballenas y hombres, se abalanzaban sobre los infortunados pececillos. Harvey fue casi derribado fuera de borda cuando Dan estaba manipulando su red. Pero en medio de todo aquel salvaje tumulto pudo ver algo que jamás olvidaría: el malévolo ojillo, como el de un elefante de circo, de una ballena que nadaba casi al nivel del agua y que, según él mismo dijo, le guiñó el ojo. Tres botes encontraron sus artes de pesca enredados por estos temerarios cazadores de alta mar, y eran arrastrados por ellos durante más de media milla, antes de que estos caballos marinos liberaran sus aparejos.

Luego, los capelanes se alejaron, y no se oía nada más que el ruido del chapoteo de las plomadas al caer por la borda, el aleteo de los bacalaos y los golpes que los hombres les propinaban para atontarlos. Había resultado una pesca estupenda. Harvey podía ver el bacalao reluciente bajo el agua, nadando lentamente en grupos, mordiendo el cebo tan incansablemente como sus movimientos. La ley del Banco prohíbe estrictamente que haya más de un anzuelo en cada sedal cuando los botes están en el área de La Virgen o en los bancos del Este, pero los botes se hallaban tan cerca unos de otros que los anzuelos se enredaban unos con otros, y Harvey se encontró enzarzado en una acalorada discusión con un peludo y amable hombre de Terranova, por un lado, y un vociferante portugués, por otro.

Mucho más que la enmarañada confusión de los sedales era la de las amarras[*] de los botes por debajo del agua. Cada hombre había anclado en el sitio que le parecía más apropiado, bogando alrededor de ese punto fijo. Pero cuando los peces dejaron de picar tan rápidamente todos quisieron levar anclas y buscar un lugar mejor para fondear; pero uno de cada tres hombres se hallaba estrechamente enlazado a unos cuatro o cinco vecinos. Un crimen incalificable en los Bancos consiste en cortar la amarra del vecino; aún así, aquel día fue cometido, y con el mayor descaro, tres o cuatro veces. Tom Platt pilló a un hombre de Maine en una acción vil y lo arrojó fuera de borda con un golpe de remo, y Manuel hizo lo mismo con un paisano suyo. Sin embargo, el cable de Harvey estaba cortado, al igual que el de Penn, así que se vieron convertidos en botes de relevo para transportar el pescado hasta el We're Here en cuanto los demás botes estaban llenos. Los capelanes aparecieron una vez más al ponerse el sol, y entonces se organizó de nuevo el enloquecido griterío; y al anochecer remaron de regreso a la goleta para limpiar y salar el pescado, a la luz de las lámparas de queroseno, al borde del redil.

Era un montón enorme de peces, y se fueron a dormir sin haber acabado. Al día siguiente, algunos botes salieron a pescar justo en la cumbre de La Virgen; y Harvey, que también había salido con ellos, observó aquella maraña de algas que crecía en la roca, la cual se elevaba unos siete metros sobre la superficie del mar. El bacalao se encontraba allí por legiones, desfilando solemnemente por encima de los correosos sargazos[4], que eran duros como suelas de zapato. Cuando mordían el anzuelo, lo hacían todos a la vez. Y, cuando dejaban de picar, ocurría lo mismo. Sucedió entonces que hubo un momento de poca actividad al mediodía, y los tripulantes de los botes comenzaron a buscar un poco de diversión. Resultó ser Dan el que avistó el Hope of Prague acercándose, y mientras sus botes se unían a los de los demás, fueron saludados con la siguiente pregunta:

—¿Quién es el hombre más mezquino de toda la flota?

—¡Nick Braaady! —respondieron alegremente al unísono unas trescientas voces. Sonaban como un órgano.

—¿Quién robó la mecha de las lámparas? —fue la aportación de Dan.

—¡Nick Brady! —gritaron los de los botes.

—¿Quién hizo sopa con el cebo salado? —exclamó un desconocido que estaba a un cuarto de milla de distancia.

De nuevo se oyó el alegre coro. Ahora bien, el tal Brady no era un hombre especialmente mezquino, pero tenía esa fama, y la flota lo exageraba al

máximo. Pues descubrieron a un hombre de un barco de Truro quien, seis años antes, había sido hallado culpable de utilizar cinco o seis anzuelos en un sedal en los bancos del Este. Le habían bautizado con el apodo de «Jim Gorrón» y, aunque había permanecido escondido en George desde aquel día, se encontró con que lo estaban esperando para recibirlo con todos los honores. Se dedicaron a cantarle un estribillo, que sonaba como si fuera un petardo:

—¡Jim! ¡Oh, Jim! ¡Jim! ¡Oh, Jim! ¡Jim Gorrón!

Esto encantó a todos. Y cuando un hombre de Beverly[5], con dotes poéticas, se puso a cantar: «¡El ancla del Carrie Pitman no se sujeta ni por un centavo!» (se había pasado componiéndola durante un día entero y luego había estado hablando de ella durante semanas), los hombres de los botes se sintieron realmente con suerte. Luego tuvieron que preguntar a este hombre de Beverly qué tal los cuartos, porque ni siquiera los poetas podían dedicarse a hacer lo que les viniera en gana. A cada goleta, e incluso a cada hombre, le llegó su turno. ¿Había por allí algún cocinero sucio o descuidado? En los botes se cantaba sobre él y su comida. ¿Alguna de las goletas estaba mal construida? La flota era informada del hecho con pelos y señales. ¿Alguien había birlado tabaco a algún compañero de fechorías? Se le mencionaba en las reuniones y su nombre iba de bote en bote. Los infalibles juicios de Disko, el barco mercante que Long Jack había vendido hacía tiempo, el amor de Dan (¡cómo se enfadó Dan!), la mala suerte de Penn con las anclas de los botes, las opiniones de Salters sobre los abonos, los pequeños deslices de Manuel cuando llegaba a la costa, y la forma en que Harvey manejaba los remos, al estilo de una dama. Todo esto era expuesto públicamente; y mientras la niebla se cerraba sobre ellos como sábanas plateadas bajo el sol, las voces sonaban como las de un invisible tribunal pronunciando sentencia.

Los botes vagaron y continuaron pescando y riñendo hasta que una marejada agitó el mar. Entonces comenzaron a separarse unos de otros para ponerse a salvo, y hubo quien que gritó que, si esta situación continuaba igual, La Virgen podría derrumbarse. Un temerario hombre de Galway y su sobrino negaron que esto fuese posible, así que levaron el ancla y remaron hasta llegar a la misma cima de la roca. Fueron muchas las voces que les gritaban que se fueran de allí, pero otras los animaban a quedarse y seguir en el mismo sitio. Cuando las grandes olas de tersa cresta se dirigieron hacia el Sur, elevaron el bote cada vez más alto a través de la niebla, para arrojarlo luego sobre las peligrosas, absorbentes y rizadas aguas, donde no hacían más que girar alrededor del ancla, a unos pocos metros de la oculta roca. Aquello constituía un juego con la muerte por simple cabezonería; y los demás barcos

los contemplaban sumidos en un desasosegado silencio, hasta que Long Jack se acercó remando hacia sus paisanos y, sin decir nada, les cortó el cable.

—¿Podéis oír cómo llama? —les gritó—. ¡Remad por vuestras miserables vidas! ¡Remad!

Los hombres echaban maldiciones y discutían, mientras el bote continuaba a la deriva; pero la siguiente ola se frenó un poquito, como cuando una persona tropieza con una alfombra. Se oyó entonces un profundo sollozo y un rugido sobrecogedor, y luego La Virgen arrojó un chorro de agua espumosa, blanca, furiosa y horripilante sobre todo el banco. Los botes todos aplaudieron efusivamente a Long Jack, y los hombres de Galway tuvieron que tragarse sus palabras.

—¿No es elegante? —exclamó Dan, moviéndose como una cría de foca en casa—. Se repetirá cada media hora de ahora en adelante, a menos que suba demasiado el oleaje. ¿Cuál es su horario habitual cuando actúa, Tom Platt?

—Una vez cada quince minutos, puntualmente. Harvey, acabas de ver lo más grandioso que existe en los Bancos; pero si no hubiese sido por Long Jack, habrías visto varios muertos también.

Luego sobrevinieron voces de alegría y jolgorio, cuando la niebla comenzó a volverse más densa y las goletas empezaron a tañer sus campanas. Un gran bergantín[*] asomó la proa cautelosamente por la niebla y fue recibida con gritos y voces de los irlandeses:

—¡Acércate cariño!

—¿Es otro barco francés? —preguntó Harvey.

—¿Es que no tienes ojos? Es un barco de Baltimore[6], que se va temblando del miedo que tiene —dijo Dan—. Nos burlaremos de él hasta cansarnos. Creo que es la primera vez que su capitán se encuentra con la flota por estos sitios.

Era una rolliza embarcación negra de ochocientas toneladas. La vela mayor estaba enrollada y su gavia aleteaba indecisa ante cada pequeño soplo de viento. Ahora bien, un bergantín era la más femenina de todas las hijas del mar, y esta criatura alta y vacilante, con su mascarón de proa[*], blanco y dorado, parecía una mujer perpleja levantándose a medias las faldas para cruzar una calle enlodada, bajo los insultos de unos niños malos. Esa situación se parecía bastante a la suya. Sabía que se encontraba en algún lugar entre la vecindad de La Virgen, había escuchado el alboroto y, por lo tanto, se estaba preguntando qué dirección tomar. Esta es una pequeña parte de lo que oyó que le decían los demás botes danzando a su alrededor:

—¿La Virgen? ¿Qué dices? Esto es Le Have un domingo por la mañana. Vete a casa a dormir la mona.

—¡Vete a casa, tortuga de agua dulce! Vete a casa y diles que ya estamos llegando.

Media docena de voces, todas juntas, en el más afinado de los coros, le cantaron mientras su popa se hundía con un balanceo entre las olas:

—¡Aaaay, que se va a pique!

—¡Hacia arriba! ¡Hacia arriba por lo que más quieras! Estás encima de ella ahora.

—¡Abajo! ¡Abajo completamente! ¡Soltad todo!

—¡Todos a las bombas!

—¡Abajo los foques! ¡Impulsadla con la pértiga!

En ese momento, el capitán perdió el temple y comenzó a proferir toda clase de insultos. La pesca se detuvo instantáneamente para replicarle, y escuchó muchas cosas curiosas acerca de su barco y del siguiente puerto que tocaría. Le preguntaron si estaba asegurado; de dónde había robado su ancla, porque, según decían, pertenecía al Carrie Pitman; llamaron a su barco una gabarra[*] de barro, y le acusaron de verter basura al agua para asustar a los peces. Le ofrecieron remolcarlo y pasar la factura a su esposa; y un joven audaz se deslizó hasta la bovedilla[*] del barco y, golpeándola con la palma de la mano, le gritó:

—¡Arriba, petimetre!

El cocinero le arrojó encima un cacharro con cenizas, y él le replicó con cabezas de bacalao. La tripulación del bergantín comenzó a arrojar pequeños trozos de carbón de la cocina, y los hombres de los botes amenazaban con subir a bordo y «arrasarla». Si hubiese estado amenazado por algún peligro real, ellos le habrían avisado; pero viendo claramente que se alejaría de La Virgen, decidieron sacarle el máximo partido a la situación. La diversión se terminó cuando la roca habló de nuevo, a una media milla en dirección del viento, y el atormentado bergantín izó todas las velas disponibles y tomó nuevamente su rumbo. Sin embargo, los hombres de los botes sintieron que ellos se quedaban con todos los honores.

La Virgen rugió estruendosamente durante toda la noche, y a la mañana siguiente, sobre un mar enfadado y de crestas blancas, Harvey observó la flota con sus vacilantes mástiles esperando alguna iniciativa. No se arrió ningún bote hasta las diez de la mañana, hora en que los dos Jeraulds, del Day’s Eye, imaginándose una calma inexistente, dieron ejemplo. En seguida, la mitad de los botes estaba fuera, balanceándose en las encrespadas olas, pero Troop

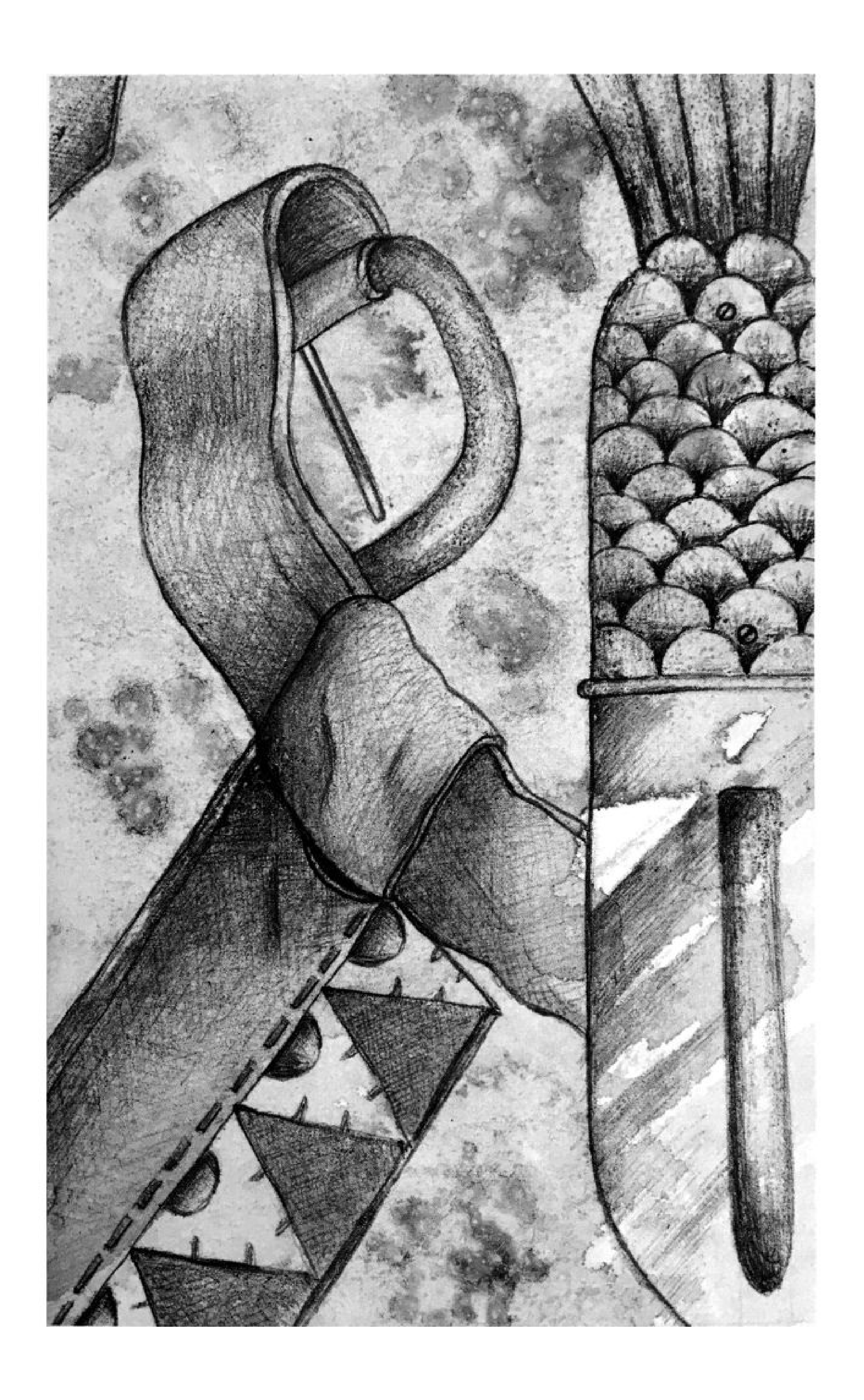
mantuvo a su tripulación a bordo continuando con la tarea de limpiar y salar el pescado. No le veía sentido a las temeridades y, dado que la tormenta crecía, tuvieron el placer de acoger a desconocidos empapados, encantados de hallar refugio en aquel anochecer tormentoso. Los muchachos permanecieron cerca de las amarras provistos de linternas, y los demás, listos para halar[*], sin perder de vista la ola arrolladora que los pudiese hacer caer y perder la vida. En la oscuridad se podría oír un grito de «¡Bote, bote!». Entonces, tendrían que enganchar e izar a algún hombre empapado y su bote medio hundido, hasta que sus cubiertas estuvieran abarrotadas con los restos de los botes, y las literas, repletas. Durante su turno de guardia, Dan y Harvey tuvieron que saltar cinco veces hasta la cangreja que estaba amarrada al botalón, y sujetarse con brazos, piernas y dientes a la soga, al palo, y a sus lonas empapadas, mientras una enorme ola llenaba la cubierta. Un bote se hizo pedazos y el mar arrojó a su tripulante de cabeza sobre cubierta, abriéndole un corte en la frente; y cerca del amanecer, cuando las aceleradas olas brillaban níveas a lo largo de sus helados bordes, otro hombre, amoratado y maltrecho, llegó arrastrándose con una mano rota, preguntando si sabíamos algo de su hermano. Siete bocas más se sentaron a desayunar: un sueco, un capitán de Chatham, un chico de Hancock, en Maine, otro de Duxbury y tres de Provincetown.

Al día siguiente hubo un intercambio general de náufragos entre los barcos de la flota; y, aunque nadie dijo nada, todos comieron con mejor apetito cuando, embarcación tras embarcación, fueron anunciando que las tripulaciones estaban completas. Solo se ahogaron un par de portugueses y un hombre de Gloucester, pero muchos tenían cortes o magulladuras. A dos goletas se les habían partido las amarras y se encontraban a tres días de navegación del lugar en donde se hallaban los demás. Un hombre murió en un barco francés, el mismo que había intercambiado tabaco con los del We're Here. Harvey pudo ver, a través del catalejo de Disko, cómo el barco se iba alejando silenciosamente, una blanca mañana, hacia una zona de aguas más profundas, con las velas colgando de cualquier manera. Solamente arrojaron un bulto rectangular por la borda. No pareció tener ningún tipo de funeral, pero de noche, cuando se encontraban anclados, Harvey los oyó, a través del oscuro mar salpicado de polvo de estrellas, cantando algo parecido a un himno. Era una melodía que sonaba muy lentamente:

La brigantine
qui va tourner,
roule el s'incline
pour m'entrainer.

Oh, Vierge Marie,
pour moi priez Dieu!
Adieu, patrie;
Québec, adieu![7]

Tom Flatt visitó aquel barco, pues decía que el hombre muerto había sido hermano suyo en la francmasonería. Le contaron que una ola, había doblado al pobre hombre sobre la base del bauprés y le había roto la espalda. La noticia corrió como un relámpago pues, contrariamente a la costumbre habitual, los franceses organizaron una subasta con las pertenencias del muerto, pues no tenía amigos ni en St. Malo ni en Miquelon. Así que todo fue expuesto en lo alto del castillo, desde su gorro de lana roja, hasta el cinturón de cuero con una funda para el cuchillo en la parte de atrás. Dan y Harvey partieron en el Hattie S., con una profundidad de agua de veinte brazas, y remaron para unirse al gentío, como es natural. Fue una larga puja, y permanecieron allí un buen rato hasta que Dan consiguió el cuchillo, que tenía un curioso mango de latón. Cuando bajaron al bote, bajo una fina lluvia y un mar encrespado, se dieron cuenta de que podrían haberse metido en líos por descuidar los sedales.



—Creo que no nos vendrá nada mal hacer un poco de ejercicio para entrar en calor —dijo Dan, tiritando dentro de su impermeable, mientras remaban hacia el interior de la blanca neblina que, como era habitual, se cernía sobre ellos sin previo aviso—. Hay demasiada corriente traicionera por aquí como para confiar en tus instintos —añadió—. Harvey, recoge el ancla; vamos a pescar un rato hasta que escampe. Utiliza la plomada más grande. Una libra no es nada en estas aguas. Observa qué tenso está el sedal ya.

Había pequeñas burbujas en los remos, y alguna corriente irresponsable del Banco mantenía completamente estirada la amarra del bote. No podían ver ninguna embarcación en cualquier dirección. Harvey se levantó el cuello del impermeable y se acurrucó junto a su carrete con aire de consumado navegante. La niebla no tenía ya para él nada de aterrador. Pescaron en silencio durante un rato, y se encontraron con que el bacalao picaba bien. Entonces Dan sacó el cuchillo de la vaina y probó el filo contra la regala del bote.

—Es un primor —dijo Harvey—. ¿Cómo lo has conseguido tan barato?

—Debido a sus condenadas supersticiones católicas —respondió Dan, señalando con el filo reluciente—. No se imaginan quitándole una antigualla de arma blanca a un hombre muerto, por decirlo así. ¿No has visto retroceder a los aristocráticos franceses cuando pujé por ella?

—Pero una subasta no es lo mismo que quitarle algo a un muerto. Es un negocio.

—Eso lo sabemos nosotros, pero no hay nada que hacer contra de la superstición. Es una de las ventajas de vivir en un país progresista.

Entonces se puso a silbar:

¡Eh, Double Thatcher! ¿Cómo estás?
Ahora, Eastern Point está a la vista.
Las chicas y chicos que pronto veremos,
cuando frente a cabo Ann anclemos.

—¿Por qué no pujó ese hombre de Eastern Point? Compró sus botas. ¿Es que Maine no es progresista?

—¿Maine? ¡Bah! No saben lo suficiente o no tienen el dinero necesario, ni para pintar sus casas, en Maine. Los he visto. El hombre de Eastport[8] me contó que el cuchillo había sido utilizado, así se lo contó el capitán francés, en la costa francesa el año pasado.

—¿Para herir a un hombre? Cómo tira el muy guarro —exclamó Harvey, sacando su pez, poniendo un nuevo cebo en el anzuelo, y arrojándolo de nuevo al agua.

—¡Para matarlo! Por supuesto, cuando me enteré de *eso*, estuve más ansioso que nunca por tenerlo.

—¡Cielos! No lo sabía —exclamó Harvey, dándose la vuelta—. Te daré un dólar por él cuando cobre… mi paga. ¡Venga! Te daré dos dólares.

—¿En serio? ¿Te gusta tanto como para pagarme todo ese dinero? —exclamó Dan, ruborizándose—. Bueno, a decir verdad, lo compré para dártelo…, para regalártelo; pero no quise decir nada hasta ver cómo te lo tomarías. Quédatelo, Harvey, te lo regalo, porque somos compañeros de bote, y todo eso, y etcétera, etcétera. ¡Cógelo!

Y se lo lanzó, con cinturón y todo.

—Pero mira, Dan. No veo porqué…

—Quédatelo. A mí no me sirve para nada. Y yo quiero que lo tengas.

La tentación era irresistible.

—Dan, eres una buena persona —dijo Harvey—. Lo conservaré mientras viva.

—Me gusta oírte eso —dijo Dan, riendo contento; y luego, ansioso por cambiar de tema, añadió—: Creo que ha picado algo en tu anzuelo.

—Estará enredado —dijo Harvey, tironeando de él.

Antes de tirar del todo, se ajustó el cinturón, y con profunda alegría oyó el chasquido de la punta de la vaina contra la bancada[*].

—¡Esto es para preocuparse! —exclamó—. Parece como si estuviera en un fondo de fresas. Pero aquí el fondo es todo de arena, ¿no es cierto?

Dan se acercó y dio un tirón de experto.

—El halibut se comportaría de esa manera si estuviera de mal humor. No hay ningún fondo de fresas. Dale un par de tirones. Seguro que cede. Mejor será izarlo del todo para salir de dudas.

Tiraron juntos, dándose más prisa a cada vuelta de fiador, mientras el peso invisible iba subiendo lentamente.

—¡Premio, oh! ¡Tira! —gritó Dan, pero el grito acabó en un doble alarido de terror, pues del mar salió… ¡el cuerpo del francés que había sido sepultado dos días antes! El anzuelo se había enganchado en la axila, y el cuerpo se balanceaba, rígido y horrible, con la cabeza y los hombros a ras de la superficie. Sus brazos estaban atados a los lados y… no tenía rostro. Los muchachos cayeron uno encima del otro, acurrucándose en el fondo del bote, y allí se quedaron mientras el cuerpo se movía a un costado del bote, sostenido por el enredado sedal.

—¡La corriente…, la corriente lo ha traído! —exclamó Harvey con los labios trémulos, mientras buscaba con las manos la hebilla del cinturón.

—¡Oh, Señor! ¡Oh, Harvey! —gimió Dan—. ¡Date prisa! ¡Ha venido a por él! Deja que se lo lleve.

—¡No lo quiero! ¡No lo quiero! —gritó Harvey—. Pero no puedo encontrar la heb… hebilla.

—¡Rápido, Harvey, está enganchada en tu sedal!

Harvey se sentó para aflojarse el cinturón, enfrentándose con aquella cara, que no tenía rostro, bajo sus cabellos movidos por el oleaje.

—Está muy enredado —le susurró a Dan, quien sacó su cuchillo y cortó el sedal, mientras Harvey arrojaba el cinturón bien lejos por la borda. El cadáver se hundió rápidamente con un «¡plaff!», y Dan se levantó cautelosamente sobre sus rodillas, más blanco que la niebla.

—Ha venido a por él. Ha venido a por él. Una vez vi a un fiambre al que izaron en una red de arrastre y no me importó demasiado. Pero *él* ha venido especialmente hacia nosotros.

—Ojalá… Ojalá no me hubiese quedado con su cuchillo; entonces, no se habría quedado enganchado en *tu* sedal.

—Dudo que eso hubiese significado algún cambio. Estaremos aterrados más de diez años. Oh, Harvey, ¿pudiste ver su cabeza?

—¿Que si la vi? Nunca la olvidaré. Pero escucha, Dan, esto no puede haber ocurrido *a propósito*. La corriente lo trajo.

—¿La corriente? Vino a por su cuchillo, Harvey. Pero si lo arrojaron a seis millas de donde estaba la flota y nosotros nos encontramos a dos de donde está su barco ahora. Me habían dicho que lo habían envuelto con una cadena de braza y media para que se hundiese.

—Me pregunto qué habría hecho con el cuchillo… en la costa francesa.

—Algo malo. Me imagino que tendrá que llevarlo con él para el Juicio y demás… ¿Qué estás haciendo con el pescado?

—Arrojándolo por la borda —dijo Harvey.

—¿Para qué? Nosotros no nos lo vamos a comer.

—No me importa. Yo tuve que mirarle a la cara cuando me estaba aflojando el cinturón. Puedes quedarte con tu pescado si quieres. El mío no lo necesito para nada.

Dan no dijo nada, pero también arrojó su pesca al mar.

—Creo que es mejor asegurarse —murmuró por fin—. Daría un mes de mi paga si esta niebla levantara. En la niebla ocurren cosas que no pasan cuando el tiempo es bueno: fantasmas, aparecidos y cosas como esas. Siento un gran alivio de que haya venido como lo ha hecho, en lugar de hacerlo caminando. Podría haber venido caminando.

—¡N-nno sigas, Dan! Estamos justo encima de él. Preferiría estar ahora seguro a bordo, con una buena zurra del tío Salters.

—Pronto comenzarán a buscarnos. Dame la trompetilla.

Dan cogió el cuerno de hojalata que utilizaban para llamar a cenar, pero se detuvo antes de soplar.

—¡Venga! —dijo Harvey—. No me quiero quedar aquí toda la noche.

—La cuestión es cómo se lo tomará *él*. Había un hombre en la costa que una vez me contó que estaba en una goleta en donde nunca se soplaba un cuerno en los botes, porque el capitán, no el que tenían en aquel momento, sino uno que había gobernado el barco cinco años antes, había ahogado a un grumete durante una borrachera; y desde aquel día, el chico remaba al costado de ellos y también gritaba «¡Bote, bote!» con los demás.

—¡Bote, bote! —gritó una voz amortiguada por la niebla.

Los dos muchachos se asustaron de nuevo, y el cuerno cayó de las manos de Dan.

—¡Espera! —gritó Harvey—. Es el cocinero.

—No sé qué me ha hecho pensar en ese estúpido cuento —dijo Dan—. Es el doctor, seguro.

—¡Dan! ¡Danny! ¡Uuuuh, Dan! ¡Harvey! ¡Harvey! ¡Uuuuh, Harveyyy!

—Estamos aquí —gritaron a dúo los dos muchachos.

Oían el ruido de los remos, pero no vieron nada hasta que el cocinero, chorreando un sudor brillante, se acercó hasta ellos.

—¿Qué ha passsado? Os darán unos buenos azotes cuando lleguemos a bordo.

—Eso es lo que queremos. Por eso estamos sufriendo —dijo Dan—. Cualquier cosa estará bien, pero en casita. Hemos tenido un acompañante algo deprimente.

Mientras el cocinero les pasaba una cuerda, Dan le contó la historia.

—¡Sssí! ¡Ha venido a por sssu cuchillo! —fue todo lo que dijo al final.

El We’re Here, meciéndose sobre las aguas, nunca les pareció tan deliciosamente hogareño como cuando el cocinero, nacido y criado entre las brumas, los condujo remando de regreso. Había un cálido resplandor procedente del camarote y un delicioso aroma de comida desde proa. Les sonaban a música celestial las maldiciones de Disko y los demás, todos ellos enérgicos y serios, asomados por la borda, prometiéndoles una soberana paliza. Pero el cocinero era un maestro negro de la estrategia, y no dejó que izaran los botes sin antes contarles con pelos y señales lo acontecido en el mar, explicándoles, mientras el bote daba golpes contra la bovedilla una y

otra vez, cómo Harvey era la mascota que podría acabar con cualquier posibilidad de mala suerte. De esa manera, los muchachos subieron a bordo como extraordinarios héroes, mientras todos les hacían preguntas en vez de zurrarlos por causar problemas. El pequeño Penn pronunció un discurso sobre la locura de las supersticiones; pero la opinión pública estaba en su contra y a favor de Long Jack, quien les contó las más espeluznantes historias de fantasmas hasta llegar la medianoche. Ante semejantes influencias, nadie, excepto Penn y el tío Salters, dijo nada acerca de «idolatría» cuando el cocinero puso una vela encendida, una torta de agua y harina con una pizca de sal sobre un madero, y lo hizo flotar desde la popa para tranquilizar al francés, en caso de que aún estuviera inquieto. Dan fue el encargado de encender la vela porque él había sido quien había comprado el cinturón, y el cocinero gruñía y musitaba encantamientos mientras aún se podía ver el débil puntito de la llama.

—¿Y qué tiene que ver el progreso con las supersticiones católicas? —dijo Harvey a Dan cuando empezaron la guardia.

—¡Hum! Creo que soy tan ilustrado y progresista como cualquiera, pero cuando se trata de un hombre muerto de Saint-Malo que se dedica a asustar a dos pobres chavales por culpa de un cuchillo de treinta centavos, pues entonces, por mí el cocinero puede hacer lo que quiera. Desconfío de los extranjeros, vivos o muertos.

A la mañana siguiente todos, excepto el cocinero, se sentían avergonzados por la ceremonia, y trabajaron por partida doble, hablando malhumoradamente unos con otros.

El We’re Here y el Parry Norman estaban enzarzados en una carrera codo a codo en busca de las últimas capturas de la temporada. Y la competencia era tal, que la flota tomó partido por uno y otro apostando tabaco. Todos los hombres trabajaban en los sedales o salando hasta caer dormidos donde estaban. Comenzaban antes del amanecer y terminaban cuando ya estaba muy oscuro para ver nada. Incluso se sirvieron del cocinero como lanzador de pescado, mandaron a Harvey al pañol para que fuese pasando la sal, mientras Dan ayudaba a salar. Afortunadamente, un hombre del Parry Norman se torció el tobillo al caer del castillo de proa, y ganaron los del We’re Here. Harvey no podía entender cómo podía caber un solo pescado más, pero Disko y Tom Platt seguían estibando y estibando, y poniendo tablas sobre la gran cantidad de pescado y colocando piedras que sacaban del lastre sobre ellas, diciendo que siempre quedaba «otro día más de trabajo». Disko no les dijo nada cuando hubieron mojado toda la sal. Se dirigió hasta el pañol, en el

camarote de popa y comenzó a izar la vela mayor. Esto ocurrió a las diez de la mañana. Las velas más altas estaban bajadas y la mayor y las gavias estaban ya izadas a medio día. Los botes se iban acercando por un costado con cartas para la familia, envidiando su buena fortuna. Al final despejaron la cubierta, izaron la bandera —es el privilegio del primer barco que sale de los Bancos —, levaron ancla y comenzaron a moverse. Disko fingía ser servicial con aquellos que todavía no habían enviado su correspondencia, así que se paseaba majestuosamente entre las goletas. En realidad, aquello era una pequeña procesión triunfal, que por quinto año consecutivo ponía en evidencia qué clase de marinero era. El acordeón de Dan y el violín de Tom Platt ponían música a esos mágicos versos que no deben cantarse hasta haber mojado toda la sal:

¡Eh! ¡Ay! ¡Yo, jo! ¡Enviad vuestras cartas!
¡Toda nuestra sal está mojada, y el ancla hemos levado!
Inclinad, inclinad vuestras mayores, vamos de regreso a la tierra de los yanquis
con mil quinientos quintales,
y mil quinientos quintales,
con mil quinientos quintales de primera,
entre el viejo Queereau y el Gran Banco.

Las últimas cartas llegaron a cubierta envolviendo trozos de carbón, mientras los hombres de Gloucester gritaban mensajes para sus mujeres y patrones, mientras el We’re Here terminaba su marcha musical alrededor de la flota, con sus velas agitadas, como la mano de una persona al decir adiós.

Harvey descubrió en seguida que el We’re Here, con una sola vela, era muy diferente a cuando enfilaba rumbo sudoeste, de regreso a casa, con todo el velamen desplegado. El timón era difícil de manejar, incluso cuando hacía «buen tiempo, como para grumetes». Podía sentir el peso muerto que había en la bodega surcando pesadamente las aguas, y la corriente de burbujas que había a los costados, fuera de la borda, le mareaba los ojos.

Disko los mantenía ocupados con las velas, y cuando estas estaban lisas como las de un yate de carreras, Dan tenía que lidiar con la gavia más alta y grande, la cual había que enderezar a mano cada vez que se torcía. En otras ocasiones se ponían a bombear el agua que entraba en el pañol, pues el peso del pescado no facilitaba precisamente la navegación. Pero, como ya no pescaban, Harvey tenía tiempo de mirar el mar desde otro punto de vista. La pesada e inclinada goleta mantenía charlas en términos muy íntimos con sus alrededores. No veían más que una pequeña linea de horizonte cuando eran elevados sobre la cresta de una ola, pero habitualmente mantenían su ritmo resuelto e inquieto, abriéndose persuasivamente paso, a través de abismos

grises, azul verdosos o negros enlazados una y otra vez con líneas de temblorosa espuma. A veces, también se frotaba cariñosamente contra el flanco de una colina de agua más grande, como diciéndole: «No me harías daño, ¿verdad? Soy solamente la pequeña We're Here». Luego, se deslizaba, alejándose otra vez, riendo bajito, para volver a elevarse a causa de algún nuevo obstáculo. Ni siquiera el más soso de los hombres podría estar contemplando este tipo de cosas hora tras hora, a través de largos días, sin darse cuenta de lo que estaba ocurriendo; además, Harvey era cualquier cosa menos soso, y empezó a comprender y a gozar del coro seco de las crestas de las olas al caer con un sonido de desgarro incesante; las prisas del viento viajando por espacios abiertos al conducir el rebaño de sombrías nubes azul púrpura; los espléndidos despliegues de rojo del sol al amanecer; las nieblas matinales doblándose y plegándose, manto tras manto, para retirarse sobre los suelos blancos; el resplandor salado y ardiente del mediodía; el beso de la lluvia al caer sobre una llanura de miles y miles de millas cuadradas; la fría oscuridad que se adueñaba de todo cuando los días llegaban a su fin; y los millones de pliegues del mar bajo la luz de la luna, cuando el botalón birlaba estrellas bajitas y Harvey iba a pedirle una rosquilla al cocinero.

Pero los momentos más divertidos eran aquellos en que los dos muchachos manejaban juntos la rueda del timón, bajo la atenta mirada de Tom Platt, y la goleta abrazaba con su borda de sotavento el estrepitoso azul, y guardaba un pequeño arco iris casero curvándose ileso sobre el cabrestante. Luego, las mandíbulas de las botavaras[*] gemían contra el mástil, y las maderas crujían, y las velas se hinchaban rugiendo; y cuando se dejaba caer en algún abismo tropezaba como si fuera una dama dando un traspié con su vestido de seda, para salir finalmente, con medio bauprés mojado y un suspiro de añoranza, a escudriñar las altas luces gemelas de la isla de Thatcher.

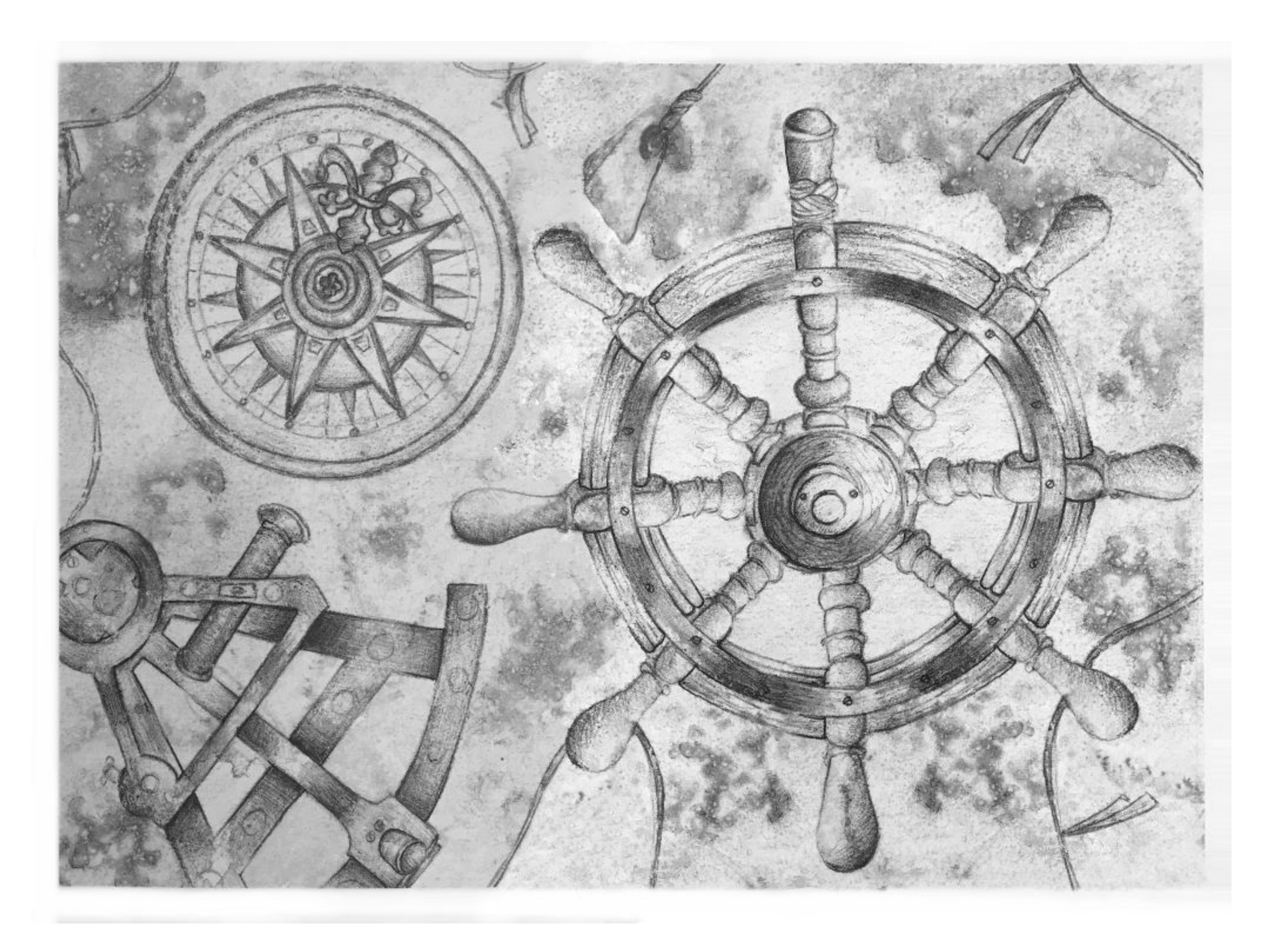
Dejaron atrás el frío y gris mar de los Bancos, y avistaron los barcos madereros que ponían proa hacia Quebec por el estrecho de San Lorenzo, y las naves Jersey[9] cargadas de sal procedentes de España y Sicilia; y, a la altura del banco de Artimon, un viento amistoso del Nordeste los condujo hasta ver el faro de Sable Island por el Este. Disko no tardó en marcharse de allí, pasando por Western y Le Have hasta llegar al borde septentrional de George. De nuevo las aguas se volvieron profundas y, entonces, se dejaron llevar alegremente.

—Hattie está tirando de la cuerda —le dijo Dan a Harvey en secreto—. Hattie y mamá. El próximo domingo estarás contratando a un chaval para arrojarte agua por las ventanas para que puedas dormir. Supongo que te

quedarás con nosotros hasta que venga tu familia. ¿Sabes qué es lo mejor de volver a casa?

—¿Un baño caliente? —preguntó Harvey, con las cejas blancas cubiertas de espuma de mar seca.

—Eso está bien, pero una camisa de dormir está mucho mejor: puedes mover los dedos de los pies. He estado soñando con ellas desde que izamos la vela mayor. Mamá tendrá una nueva para mí, muy limpia y suave. ¡El hogar, Harvey! ¡Estamos en casa! Se huele en el aire. Nos acercamos al borde de una ola cálida, y puedo sentir el aroma de las bayas de laurel. Me pregunto si estaremos allí para cenar. Un pelín a babor.



Las vacilantes velas aleteaban y se ahuecaban a causa del aire tan denso, mientras las profundidades del mar se iban haciendo más claras, azuladas y tranquilas alrededor de la goleta. Cuando solo deseaban viento, caían sobre ellos finas varillas de lluvia, haciendo burbujas y tamborileando, y más allá de la lluvia, los relámpagos y truenos de mediados de agosto. Los hombres se tumbaban en cubierta, con los brazos y los pies desnudos, contándose unos a otros lo que pedirían en su primera comida en tierra: pues ahora la costa ya se dejaba ver claramente desde el barco. Un barco de Gloucester, de los que se

dedicaban a la pesca del pez espada, se dejaba llevar por la corriente a un costado de la goleta, y un hombre con un arpón, sobre la pequeña cofa del bauprés y con la cabeza descubierta y como si estuviese enyesada por la sal y la humedad, les gritó alegremente:

—¡Y todo va bien! —exclamó, como si se hallase montando guardia sobre un gran trasatlántico—. Wouverman está esperándote. Disko. ¿Qué noticias traes de la flota?

Disko se las comunicó a grito pelado y luego siguió de largo, mientras una salvaje tormenta de verano se cernía sobre ellos, y las luces de los relámpagos parpadeaban sobre los cabos desde todos los rincones al mismo tiempo, iluminando el círculo de bajas colinas alrededor del puerto de Gloucester, la isla de Ten Pound, los depósitos de pescado, la linea quebrada que formaban los tejados de las casas, cada boya y baliza sobre el agua, haciendo una serie de fotografías cegadoras que iban y venían docenas de veces por minuto, mientras el We’re Here avanzaba con la proa medio hundida y detrás iba la silbante boya gimiendo lúgubremente. Entonces la tormenta agonizó en una serie de largas y espaciadas dagas de luz blanquiazulada, seguida de un solo estruendo, como el rugido de una batería de morteros, que hizo estremecer el aire baio las estrellas, hasta apagarse en silencio.

—¡La bandera, la bandera! —exclamó Disko de repente, señalando hacia arriba.

—¿Qué pasa? —dijo Long Jack.

—¡Otto! Izadla a media asta. Ya pueden vernos desde la costa.

—Me había olvidado por completo. No tenía amigos en Gloucester, ¿verdad?

—Solo la novia con la que pensaba casarse este otoño.

—¡Que la Virgen se apiade de ella! —exclamó Long Jack, y arrió la bandera a media asta en memoria de Otto, arrebatado de la borda por las olas durante una tormenta en Le Have hacía tres meses.

Disko se secó los ojos y condujo el We’re Here hasta el muelle de Wouverman, dando las órdenes en silencio, mientras iba balanceándose entre los remolcadores anclados, y los vigilantes nocturnos los saludaban desde el final de los embarcaderos negros como la tinta. Muy por encima de la oscuridad y del misterio de la procesión, Harvey pudo sentir cómo la tierra se cerraba a su alrededor, con todos sus miles de sus pobladores dormidos, con el olor de la tierra mojada después de la lluvia, y el ruido familiar de una locomotora de maniobras carraspeando para sí en un almacén de carga. Todas estas cosas hicieron que su corazón latiera más fuerte y se le secara la

garganta, mientras se hallaba de pie junto a las velas del trinquete. Oyeron cómo roncaba el que tenía que hacer la guardia del ancla de un remolcador, con la proa sumergida en la oscuridad y una linterna brillando a cada costado; alguien se despertó con un gruñido, les arrojó un cabo y amarraron la goleta a un muelle silencioso, flanqueado por grandes cobertizos con tejados de hierro, llenos de un cálido vacío. Allí se quedaron, sin emitir un sonido.

Entonces Harvey se sentó junto a la rueda del timón, y estalló en sollozos. Sollozaba como si fuera a rompérsele el corazón, y una mujer alta que había estado sentada en una báscula, se dejó caer en cubierta y dio un beso a Dan en la mejilla. Era su madre, que había divisado al We're Here con la luz de los relámpagos. No hizo mucho caso de Harvey hasta que este se hubo serenado un poquito y Disko le contó su historia. Cuando el amanecer comenzaba a despuntar fueron todos juntos a casa de Disko y, hasta que abrieron la oficina de telégrafos para poder enviar un cable a su familia, Harvey Cheyne fue, probablemente, el chico más solitario de toda América. Pero lo curioso era que ni Disko ni Dan pensaron nada malo de él por haberse puesto a llorar.

Wouverman no estaba dispuesto a pagar los precios que pedía Disko, pero este, como sabía que el We're Here había adelantado, al menos en una semana, a los demás barcos de Gloucester, le dejó unos pocos días para pensárselo. Así que todos se dedicaron a divertirse por las calles, y Long Jack detuvo el tranvía de Rock Nelly, por principios, según él mismo decía, hasta que el conductor le llevó gratis. Sin embargo, Dan llevaba levantada altivamente su nariz llena de pecas, con un aire que a su familia le resultaba lleno de misterio y arrogancia.

—Dan, tendré que zurrarte si te sigues portando de esa manera —le advirtió Troop, pensativo—. Te has comportado como un insolente desde que hemos tocado tierra.

—Yo le zurraría ahora mismo si fuese mi hijo —dijo amargamente el tío Salters, quien estaba alojado, junto con Penn, en casa de los Troop.

—¡Hey! —exclamó Dan, llevando su acordeón y arrastrando los pies en dirección al patio trasero, listo para trepar por la valla si el enemigo avanzaba demasiado—. Padre, piensa lo que quieras, pero recordad que yo te lo advertí. ¡Tu propia carne y sangre te lo ha advertido! No será culpa *mía* si te has equivocado, pero estaré en cubierta para vigilarte. En cuanto a *ti*, tío Salters, ¡el jefe de los consejeros del faraón no era nada comparado contigo! Observa y verás. Te enterrarán bajo tu maldito trébol; pero yo, Dan Troop, estaré tan floreciente como el laurel verde, porque no me he emperrado en mi propia opinión.

Disko se encontraba fumando con toda su dignidad costera y calzando un par de hermosas zapatillas de paño.

—Te estás volviendo tan loco como el pobre Harvey. Estaréis por ahí riéndoos, cuchicheando y pegándoos patadas por debajo de la mesa, hasta que no quede más paz en esta casa —dijo.

—Pues habrá una pila menos todavía… para algunos —replicó Dan—. Tú espera y verás.

Él y Harvey se fueron en tranvía hasta East Gloucester, donde cruzaron a través de los arbustos de bayas de laurel, hasta llegar al faro. Allí se tumbaron sobre las rojas rocas erosionadas y se rieron de sí mismos. Entonces sintieron hambre. Harvey había enseñado a Dan un telegrama, y ambos juraron no decir nada hasta que estallase la bomba.

—¿La familia de Harvey? —dijo Dan con cara imperturbable después de cenar—. Bueno, me imagino que no le importará demasiado a nadie, si no ya tendríamos noticias de ellos. Su padre es dueño de una especie de almacén en el Oeste. A lo mejor, te dará, como mucho, cinco dólares, padre.

—¿Qué os había dicho yo? —dijo Salters—. Y tú, no escupas la comida cuando hables, Dan.

Capítulo IX

Cualesquiera sean sus preocupaciones y pesares particulares, un multimillonario, como cualquier hombre trabajador, debe mantenerse al frente de sus negocios. A fines de junio, Harvey Cheyne, padre, había tenido que viajar al Este para reunirse con una mujer destruida y medio loca, que soñaba noche y día con su hijo ahogándose en las grises aguas del mar. La había rodeado de médicos, enfermeras adiestradas, masajistas, e incluso personas que curaban por la fe, pero todos ellos resultaron inútiles. La señora Cheyne seguía tumbada, inmóvil, y gimiendo o hablando de su niño durante horas a quien quisiera escucharla. Ya no tenía ninguna esperanza, ¿y quién podría dársela? Todo lo que ella necesitaba era tener la seguridad de que el ahogarse no hacía daño; y su marido permanecía alerta por si ella quisiera intentar el experimento. Él hablaba poco de su propia pena, y difícilmente se dio cuenta de la profundidad de su dolor, hasta el día en que se halló ante el calendario de su escritorio preguntándose: «¿Qué sentido tiene seguir con esto?».

En lo más recóndito de su mente siempre había tenido la idea de que, algún día, cuando ya todos sus negocios estuviesen bien encaminados, y su hijo hubiese terminado sus estudios, le abriría su corazón y lo dejaría a cargo de sus posesiones. Entonces ese muchacho, se decía, como lo hacen todos los padres demasiado ocupados, se convertiría de inmediato en su compañero, su socio, su aliado, y a ello seguirían años espléndidos de trabajos llevados a cabo juntos, la vieja cabeza respaldando al fuego de la juventud. Ahora, su hijo había muerto, había desaparecido en el mar, como le hubiese podido ocurrir a uno de los marineros suecos de cualquiera de sus grandes barcos para transportar té; su mujer se estaba muriendo, o algo peor; él mismo estaba siendo atropellado por pelotones de mujeres, médicos, doncellas y ayudantes; preocupado más de lo que podía resistir ante cualquier cambio o novedad en sus pobres e incansables quejidos; desesperanzado ya y sin ánimo para hacer frente a sus numerosos enemigos.

Había trasladado a su mujer a su nuevo palacio de San Diego, aún sin estrenar, en donde ella y su, séquito de cuidadores ocupaban toda una lujosa

ala del edificio. Él se instaló en una habitación con galería, entre su secretario y una mecanógrafa que también era telegrafista, donde continuaba con su duro trabajo día tras día. Había una guerra de tarifas entre cuatro ferrocarriles del Oeste en la que se suponía que él debería estar interesado; una devastadora huelga se estaba llevando a cabo en sus campamentos madereros de Oregón; y la legislatura del estado de California, que no sentía ningún aprecio por quienes la habían constituido, estaba preparando una guerra abierta contra él.

En circunstancias normales, la habría afrontado antes de que se la declararan, y habría incluso procedido a organizar una campaña en contra, cortésmente y sin escrúpulos. Sin embargo, ahora permanecía sentado con expresión vacía, con su sombrero de fieltro negro inclinado sobre su nariz, su cuerpo grande hundido en sus holgadas ropas, mirando fijamente sus botas o los juncos chinos de la bahía, y asintiendo, de manera ausente, a las preguntas que le hacía su secretario, mientras abría el correo del sábado.

Cheyne se estaba preguntando cuánto le costaría dejarlo todo y retirarse. Tenía seguros por considerables sumas de dinero, podría comprar rentas vitalicias y, entre una de sus propiedades de Colorado y un poco de vida social (que a su esposa le vendría de perlas) Washington y en las islas de Carolina del Sur, un hombre podría olvidarse de planes que habían quedado en agua de borrajas. Por otro lado…

La máquina de escribir dejó de teclear. La chica se quedó mirando al secretario, que se había quedado blanco. Este tendió a Cheyne un telegrama procedente de San Francisco:

> *Recogido por goleta pesquera We're Here habiéndome caído del barco pasé genial pescando en Bancos todos bien Gloucester Massachusetts cargo Disko Troop esperando órdenes o dinero telegrafía qué debo hacer y cómo está mamá Harvey N. Cheyne.*

Cheyne dejó caer el telegrama al suelo, apoyó la cabeza sobre la tapa del escritorio cerrado, y respiró pesadamente. El secretario corrió en busca del doctor de la señora Cheyne, quien encontró a Cheyne paseándose de un sitio a otro.

—¿Qué…, qué piensa usted de todo esto? ¿Cree que es posible? ¿Tiene algún sentido? No acabo de comprenderlo —exclamó.

—Yo sí —dijo el doctor—. Acabo de perder siete mil dólares al año…, eso es todo.

Pensó en los pacientes de su consulta en Nueva York, que tanto esfuerzo le había costado obtener y que había dejado abandonada por la imperiosa e

inmejorable oferta de Cheyne, y le devolvió el telegrama con un profundo suspiro.

—¿Quiere usted decir que se lo contaría a ella? Bien podría tratarse de un fraude.

—¿Cuál sería el motivo? —preguntó el doctor fríamente—. Lo detectarían en seguida. Lo ha enviado el muchacho, seguro.

De pronto irrumpió en la habitación una doncella francesa de manera insolente, como si se tratase de una de esas indispensables cuyos servicios se mantienen a costa de un salario exorbitante.

—La señoga Cheyne dice que debe usted venig en seguida. Cgree que usted debe estag enfegmo.

El dueño de treinta millones de dólares bajó la cabeza humildemente y siguió a Suzanne; y, desde la planta superior, en el descansillo cuadrangular de la escalera de madera blanca, una voz fina y aguda exclamó:

—¿Qué sucede? ¿Qué ha ocurrido?

No hubo puertas capaces de contener el alarido que resonó por toda la casa un momento más tarde, cuando su marido le refirió a voces las noticias.

—Y eso está muy bien —dijo serenamente el doctor a la mecanógrafa—. Podría decirse que la única afirmación médica cierta que se dice en las novelas es que la alegría no mata, señorita Kinzey.

—Lo sé; pero antes tenemos un montón de cosas que hacer.

La señorita Kinzey era de Milwaukee[1], con una forma de hablar bastante directa, podríamos decir, y como estaba colada por el secretario, le encantó la idea de que iban a tener trabajo para hacer juntos. Este se encontraba mirando, con una expresión muy seria, un mapa de América que había colgado en la pared.

—¡Milsom! Deprisa, que nos vamos. Vagón privado directo a Boston. Encárguese de los enlaces —gritó Cheyne desde el descansillo de la escalera.

—Me lo imaginaba.

El secretario se volvió hacia la mecanógrafa, y sus miradas se encontraron (y a partir de ese momento nació una historia que no tiene nada que ver con esta historia). Ella lo miró con expresión interrogativa, dudando de los recursos de él para resolver la situación. El secretario le indicó que se pusiera al telégrafo, como si fuese un general dando órdenes a sus brigadas. Luego, mirando al techo, se pasó la mano por el cabello, a la manera de un músico, se puso a trabajar, mientras los blancos dedos de la señorita Kinzey llamaban al continente americano.

—*K. H. Wade, Los Ángeles*… El Constance está en Los Ángeles, ¿no es cierto, señorita Kinzey?

—Sí —respondió ella, asintiendo con la cabeza entre golpe y golpe de tecla, mientras el secretario miraba su reloj.

—¿Lista? *Envíen aquí vagón particular Constance, y preparen para domingo salida de otro especial a tiempo para enlazar con Nueva York Limited, en calle 16, Chicago, el martes próximo*.

—¡Click! ¡Click! ¡Click!… ¿no podría usted mejorar eso?

—No, no en esas pendientes. Eso les da sesenta horas desde aquí hasta Chicago. No ganarían nada tomando otro especial más al Este. ¿Lista? *También arreglen conexión con Lake Shore y Southern Michigan para llevar Constance a Nueva York Central, y de Hudson River Buffalo a Albany. También con B. y A, para lo mismo de Albany a Boston. Imprescindible llegar a Boston miércoles noche. Asegurar no haya impedimentos. Telegrafío también Canniff, Toucey y Barnes*. Firmado, Cheyne.

La señorita Kinzey asintió y el secretario continuó dictando:

—Vamos a ver: Canniff, Toucey y Barnes, claro. ¿Lista? *Canniff, Chicago. Ruego lleven mi vagón particular Constance desde Santa Fe, calle 16, hasta Nueva York el próximo martes tarde con la N. Y. Limited vía Buffalo y de allí a Albany*. ¿Ha estado en Nueva York alguna vez, señorita Kinzey? Iremos algún día. ¿Lista? *Lleven vagón vía Buffalo a Albany en la Limited el martes por la tarde*. Esto es para Toucey.

—¡No he estado en Nueva York, pero sabía que lo último era para Toucey! —le contestó ella moviendo la cabeza.

—Le ruego me disculpe. Ahora…, Boston, y Albany, Barnes, las mismas instrucciones desde Albany a Boston. Salida a las tres y cinco de la tarde (eso no hace falta que lo telegrafíe); llegada a las nueve y cinco de la noche del miércoles. Con eso terminamos con todo lo que hará Wade, pero es conveniente espabilar un poco a los directores.

—¡Magnífico! —exclamó la señorita Kinzey, dirigiéndole una mirada de admiración. Esta era la clase de hombre que ella reconocía y apreciaba.

—No está mal —dijo Milsom modestamente—. Cualquier otro habría tardado treinta horas y perdido una semana preparando el viaje, en lugar de enviarlo a Santa Fe directamente desde Chicago.

—Pero, sobre la New York Limited, verá usted. Ni el mismo Chauncey Depew consiguió que engancharan su vagón —sugirió la señorita Kinzey, reponiéndose un poco.

—Sí, pero aquí no se trata de Chauncey. Es Cheyne. Lo harán con la rapidez del rayo.

—Aun así, creo que sería mejor telegrafiar al chico. De todas maneras, de eso *sí* se ha olvidado usted.

—Lo consultaré.

Cuando estuvo de vuelta, con el mensaje del padre de Harvey ordenándole a su hijo que se reuniera con ellos en Boston a una hora previamente fijada, se encontró con que la señorita Kinzey estaba riéndose sobre las teclas del telégrafo. Entonces, también Milsom comenzó a reír, porque los frenéticos telegramas que llegaban de Los Ángeles, eran así:

> *Queremos saber ¿por qué, por qué, por qué? Producida inquietud general y extendiéndose.*

Diez minutos más tarde, Chicago apelaba a la señorita Kinzey con estas palabras:

> *Si se está fraguando el crimen del siglo, rogamos avisen a los amigos a tiempo. Nos ponemos todos a cubierto.*

Para rematarla, llegó un telegrama desde Topeka[2] (qué tenía que ver Topeka con todo esto es algo que Milsom no podía adivinar): *No dispare coronel. Nos rendimos*.

Cheyne sonrió sombríamente ante la consternación de sus enemigos cuando le enseñaron los telegramas enviados.

—Piensan que estamos en guerra. Dígales que precisamente ahora no tenemos intención de pelear, Milsom. Dígales lo que vamos a hacer. Creo que sería mejor que usted y la Señorita Kinzey también vinieran con nosotros, aunque no creo que vaya a atender ningún negocio durante el viaje. Cuénteles usted la verdad… por una vez.

De manera que la verdad fue dicha. La señorita Kinzey tecleó el sentimiento mientras el secretario añadía la memorable cita «Tengamos paz», y en las salas de juntas, reunidos a tres mil kilómetros de distancia, los representantes de sesenta y tres millones de dólares, ganados manipulando los variados intereses de los ferrocarriles, respiraron más aliviados. Cheyne corría a reunirse con su único hijo, que le había sido tan milagrosamente devuelto. El oso iba a la búsqueda de su cachorro, no a la de los toros[3]. Hombres duros, que habían desenvainado sus cuchillos para defender sus intereses financieros, habían bajado las armas y le desearon buen viaje, mientras otra media docena de propietarios de lineas de ferrocarriles de pacotilla, entre los que anteriormente había cundido el pánico, iban con la cabeza orgullosa y

erguida, hablando de las maravillosas hazañas que habrían llevado a cabo si Cheyne no hubiese enterrado el hacha de guerra.

Fue una ajetreada semana para los telegrafistas, pues ahora que se habían disipado sus temores y ansiedades, hombres y ciudades se daban prisa en cumplir lo requerido. Los Ángeles llamó a San Diego y a Barstow para informar que los maquinistas del sur de California estuviesen preparados en sus remotas cocheras; Barstow transmitió el mensaje a las compañías del Atlántico y Pacífico; y Albuquerque lo extendió a lo largo de Atchinson, Topeka, Santa Fe, hasta llegar a Chicago. Una locomotora, un vagón auxiliar y su personal, y un lujoso vagón privado, el Constance, debían «ser despachados» a lo largo de tres mil ochocientos kilómetros. El tren tendría preferencia de paso sobre los otros ciento setenta tanto en los cruces como en los adelantamientos; así que habría que avisar a los jefes y al personal de todos ellos. Se necesitarían dieciséis locomotoras, dieciséis maquinistas y dieciséis fogoneros, todos ellos los mejores disponibles. Se preveían dos minutos y medio para hacer el cambio de locomotoras, tres, para el aprovisionamiento de agua, y dos, para el de carbón.

Los telegramas decían:

> *Adviertan a los hombres, y preparen todos los depósitos y tolvas; pues Harvey Cheyne tiene prisa…, prisa…, prisa. Se espera alcanzar una velocidad de sesenta y cinco kilómetros por hora, y un grupo de interventores acompañará a este tren especial durante sus respectivos tramos. Hay que tender la alfombra mágica, desde San Diego hasta la calle dieciséis en Chicago. ¡Aprisa! ¡Muy aprisa!*

—Hará calor —dijo Cheyne el domingo al amanecer, cuando salían de San Diego—. Nos daremos mucha prisa, mamá, tanta como podamos; pero no creo que haga falta que te pongas el sombrero y los guantes todavía. Será mejor que te tumbes y tomes tu medicina. Jugaría contigo una partida de dominó, pero es domingo.

—Me portaré bien. Oh, *seguro* que me portaré bien. Es solo que…, si me quito el sombrero, me da la impresión de que nunca llegaremos.

—Trata de dormir un poquito, mamá, y estaremos en Chicago antes de que te hayas dado cuenta.

—Pero es que vamos a Boston, papá. Diles que se den prisa.

Las ruedas de casi dos metros de diámetro martilleaban sin descanso hacia San Bernardino y las desoladas tierras de Mohave, pero el terreno no era propicio para la velocidad. Eso vendría más adelante. El calor del desierto siguió al de las montañas, cuando se dirigieron en dirección Este, hacia Needles y el río Colorado. El vagón crujía bajo la total y absoluta sequía y la deslumbrante luz. Tuvieron que ponerle trozos de hielo picado en el cuello a

la señora Cheyne. Siguieron su recorrido incansablemente por las largas pendientes, dejando atrás Ash Fork, en dirección a Flagstaff, donde los bosques y canteras se extienden bajo los cielos secos y remotos. La aguja del velocímetro temblaba y se agitaba a un lado y otro; la carbonilla traqueteaba en el techo, mientras remolinos de polvo eran absorbidos por las ruedas, que giraban sin cesar. El personal del vagón auxiliar permanecía sentado en las literas, jadeante y en mangas de camisa, y el mismo Cheyne se encontró entre ellos contándoles a voces, por encima del estruendo del vagón, viejísimas historias acerca de los ferrocarriles que todo maquinista conoce. Les hablaba de su hijo, de cómo el mar había devuelto a sus muertos, y ellos asentían con la cabeza, escupiendo y compartiendo su alegría. Luego le preguntaron por «ella, allí detrás», y si aguantaría si el maquinista «le daba un poquito más» de velocidad, y Cheyne opinó que sí podría. Por consiguiente, «soltaron» el gran caballo de fuego desde Flagstaff a Winslow, hasta que uno de los interventores de los tramos se puso a protestar.

Pero la señora Cheyne, que se hallaba en el tocador del compartimiento, donde también se hallaba la doncella francesa, pálida de miedo y agarrada fuertemente al picaporte de plata de la puerta, tan solo se quejaba débilmente y rogaba a su esposo que diese la orden de ir más rápido. Así que atrás dejaron las resecas arenas y lunares rocas de Arizona, y de ese modo continuaron hasta que el choque de los enganches y el jadeo de los frenos, les indicaron que habían llegado a Coolidge, cerca de la línea divisoria continental[4].

Tres corpulentos y experimentados hombres —tranquilos, confiados y secos cuando comenzaron; pálidos, temblorosos y empapados al término de su trabajo con esas terribles ruedas— llevaron la locomotora desde Albuquerque hasta Glorietta, y más allá de Springer, y más arriba del túnel del Ratón en el límite del estado, desde donde bajaron hasta La Junta, avistaron Arkansas, bajaron la larga pendiente hasta Dodge City, donde Cheyne se sintió aliviado una vez más por tener que adelantar su reloj una hora más.

Había muy poca conversación en el vagón. El secretario y la mecanógrafa se sentaron juntos, entre los cojines de cordobán[5], junto al ventanal panorámico al fondo del vagón, observando las oleadas y las ondulaciones de las traviesas que el tren iba dejando amontonadas atrás, al parecer, tomando notas del paisaje. Cheyne se paseaba nerviosamente desde la extravagante grandeza de su vagón hasta la patente desnudez del vagón auxiliar, con un cigarro sin encender entre sus dientes, hasta que el personal del tren,

olvidando que Cheyne era su enemigo tribal y sintiendo lástima por él, hizo lo posible por entretenerle.

Al llegar la noche, los ramilletes de lámparas eléctricas iluminaron aquel lujoso palacio de aflicción, y cenaron opíparamente, mientras iban balanceándose en el vacío de una abyecta desolación. Luego oyeron el ruido del depósito del agua y la voz gutural de un hombre chino, el golpear metálico de los martillos comprobando las ruedas de acero Krupp[6], las maldiciones de algún vagabundo que había sido arrojado de la plataforma posterior, el ruido del carbón al ser cargado en el ténder y el que rebotaba contra los costados del vagón cuando pasaban volando al lado de algún otro tren que se hallaba parado esperando. Miraban por la ventana hacia abajo, a los grandes abismos, hacia un puentecito de madera ronroneando bajo su paso, o hacia arriba para ver las rocas que les tapaban, como si fueran barrotes, la mitad de las estrellas. Taludes y barrancos quedaron convertidos en un borde dentado en el horizonte, y luego en colinas cada vez más bajas hasta llegar a las verdaderas llanuras.

En Dodge City, una mano anónima arrojó dentro del coche un ejemplar de un periódico de Kansas, que contenía una especie de entrevista telegrafiada desde Boston con Harvey, quien, evidentemente, había dado con un reportero emprendedor. El alegre argot periodístico revelaba, por encima de cualquier duda, que se trataba de su muchacho, y eso tranquilizó a la señora Cheyne durante un rato. Sus únicas palabras, «¡Daos prisa!», fueron transmitidas a los grupos de maquinistas en Nickerson, Topeka y Marceline, en donde las pendientes son suaves, y fueron dejando el continente tras ellos. Pueblos y ciudades aparecían cada vez más cerca unos de otros, y cualquiera tenía la impresión de estar rodeado de gente.


people
lonely heart!
BOY HAS BEEN FOUND

—No puedo ver la esfera del reloj, los ojos me duelen demasiado. ¿Qué tal lo estamos haciendo?

—Lo mejor que podemos, mamá. No tiene sentido llegar antes que el Limited. No nos quedaría más remedio que esperar.

—No me importa. Quiero sentir que nos estamos moviendo. Siéntate y dime los kilómetros que hacemos.

Así que Cheyne tomó asiento y le leyó la velocidad (algunas serían todo un récord aún hoy en día), pero el vagón de veinte metros de largo no cambiaba su balanceo, típico de un gran vapor, avanzando a través del calor abrasador con el zumbido de una abeja gigantesca. Aún así, la velocidad no era suficiente para la señora Cheyne; y el calor, el implacable calor de agosto le estaba produciendo vértigo; las manillas del reloj no parecían moverse, y ¿cuándo…, oh, cuándo estarían por fin en Chicago?

No es verdad que, al cambiar de locomotora en el Fuerte Madison, Cheyne diese un donativo a la Hermandad de Maquinistas lo suficientemete grande como para permitirles luchar contra él y sus colegas en términos de igualdad a partir de entonces. Pagó a los maquinistas y fogoneros la cantidad que estimó que se merecían, y solamente su banco sabe lo que le dio al equipo que simpatizó con él. Hay constancia de que el último equipo se hizo cargo completamente del cambio de locomotoras al llegar a la calle dieciséis, porque «ella» se había dormido por fin y ¡pobre de aquel que la hubiese despertado!

Ahora bien, el especialista altamente remunerado que conducía la locomotora de Lake Shore y Michigan Southern Limited desde Chicago a Elkharte es algo autócrata, y no permitía que le dijeran cómo tenía que hacer retroceder su locomotora para enganchar el vagón. Sin embargo, manejó el Constance como si hubiese sido un cargamento de dinamita, y cuando el equipo tuvo que reprenderlo lo hizo entre susurros y señas.

—¡Bah! —dijeron los hombres de Atchinson, Topeka y Santa Fe, hablando de lo sucedido después—. No estábamos intentando batir un récord. La mujer de Harvey Cheyne se encontraba mal y no queríamos zangolotearla demasiado. Pensándolo bien, el tiempo que empleamos desde San Diego hasta Chicago fue de 57 horas y 54 minutos. Podéis contárselo a los de los trenes del Este. Cuando intentemos batir un récord, os lo haremos saber.

Para la gente del Oeste (aunque esto no complacería a ninguna de las dos ciudades), Chicago y Boston están pegadas una a otra, y algunos ferrocarriles fomentan esa falsa impresión. La Limited condujo el Constance hasta Buffalo como un torbellino a los brazos abiertos de la New York Central y Hudson

River (unos ilustres magnates con patillas blancas y dijes de oro en las cadenas de sus relojes, subieron a bordo aquí para hablar de negocios con Cheyne), que lo llevó airosamente hasta Albany, donde la Boston & Albany completaron el recorrido, de un océano a otro, en un tiempo total de ochenta y siete horas y treinta y cinco minutos, o tres días y quince horas y media. Harvey los estaba esperando.

Después de una intensa emoción, la mayoría de la gente y todos los jóvenes necesitan comer. Festejaron el regreso del hijo pródigo con las cortinas corridas, para aislarse en su gran felicidad, mientras los trenes iban y venían a su alrededor causando un gran estrépito. Harvey comió, bebió y se explayó contando sus aventuras, dichas todas de un tirón, y cuando le quedó una mano libre, su madre la sujetó para acariciarla. Su voz se había hecho más grave al vivir al aire libre y salino del mar; tenía las palmas de sus manos encallecidas y endurecidas, las muñecas, marcadas con las heridas del trabajo; y un fuerte olor a bacalao se desprendía de sus botas de goma y su jersey azul.

El padre, muy acostumbrado a juzgar a la gente, contemplaba a su hijo entusiasmado. No sabía qué clase de daño irreparable podría haber sufrido el muchacho. En realidad, se sorprendió pensando que sabía muy poco acerca de su hijo; pero recordaba claramente a un joven insatisfecho de cara redonda, al que le fascinaba «censurar al viejo» y hacer llorar a su madre, una persona que era el regocijo de los salones públicos y las puertas de los hoteles, donde los hijos de los ricos se dedican a burlarse o a insultar a los botones. Pero este joven pescador, hecho y derecho, ya no se escabullía, y le miraba con mirada firme, clara e impávida. Y hablaba en un tono distinto, que llamaba la atención y era hasta respetuoso. Había algo también en su voz que parecía prometer que el cambio era permanente, que ese nuevo Harvey había venido para quedarse.

«Alguien le ha hecho entrar en vereda —pensó Cheyne—. Constance no lo habría permitido jamás. No creo que Europa pudiese haberlo hecho mejor».

—¿Pero por qué no le dijiste a ese hombre, Troop, quién eras? —repetía su madre, una vez que Harvey le hubo explicado la historia al menos dos veces.

—Disko Troop, mamá. El mejor hombre que haya caminado jamás por una cubierta. Y no me importa quién sea el próximo.

—¿Por qué no le dijiste que te llevara a tierra? Sabes que papá le habría recompensado con creces.

—Ya lo sé; pero él pensó que yo estaba loco. Me temo que le llamé ladrón porque no pude encontrar mi fajo de billetes en el bolsillo del pantalón.

—Un marinero lo encontró junto al asta de la bandera aquella…, aquella noche —dijo la señora Cheyne entre sollozos.

—Eso lo explica todo. No culpo a Troop de nada. Le dije que no trabajaría… en los Bancos tampoco. Y, claro, me atizó con un mamporro en la nariz, y…, ¡oh!, sangré como un cerdo degollado.

—¡Mi pobre niño! Te habrán maltratado terriblemente.

—Bueno, no lo sé exactamente. La verdad es que, después de aquello, empecé a tener las cosas claras.

Cheyne se rio bajito y se dio una palmada en la pierna. Este era el chico que él ansiaba tanto tener. Nunca había visto antes ese brillo tan intenso en la mirada de Harvey.

—Y el viejo me ofreció diez dólares y medio al mes; ya me ha pagado la mitad; así que me pegué a Dan y me puse a trabajar. No puedo hacer el trabajo de los mayores todavía. Pero puedo manejar un bote de fondo plano tan bien como Dan, y ya no me pongo nervioso en la niebla…, no demasiado. También hago mis pinitos con el timón en los días de brisa suave, es decir, gobernar la nave, mamá, y puedo poner cebo en la red de arrastre, también conozco los aparejos, por supuesto; y puedo arrojar el pescado con la horquilla hasta que las ranas críen pelo, y soy magnífico con el viejo *Josefo*, y te enseñaré cómo colar el café con un trozo de piel de pescado, y…, creo que tomaré otra taza, por favor. ¡Eh! ¡No tenéis idea de la pila de cosas que hay que hacer por diez dólares y medio al mes!

—Yo empecé con ocho y medio, hijo mío —dijo Cheyne.

—¿En serio? Nunca me lo habías contado.

—Nunca lo habías preguntado Harvey. Te hablaré de ello algún día si te interesa oírlo. Prueba una aceituna rellena.

—Troop dice que la cosa *más* interesante del mundo es averiguar cómo se ganan el sustento tus semejantes. Es estupendo tener de nuevo una comida tan buena como esta. Aunque estábamos bien alimentados. La mejor comida de los Bancos. Disko nos alimentaba como si estuviésemos en primera clase. Es un hombre magnífico. Y Dan, su hijo…, Dan es mi *socio*. Y también está el tío Salters y sus abonos, y lee el *Josefo*. Aún cree que estoy loco. Y también está el pequeño Penn, él *sí* que está loco. No debes hablarle de Johnstown, porque… y, ¡oh!, *tienes* que conocer a Tom Platt y a Long Jack y a Manuel. Manuel me salvó la vida. Siento que sea portugués. No puede hablar mucho, pero es un músico de primera. Me encontró flotando a la deriva y me izó en su bote.

—Me pregunto si tu sistema nervioso no estará completamente destrozado —dijo la señora Cheyne.

—¿Por qué, mamá? He trabajado como un caballo, he comido como un cerdo y he dormido como un muerto.

Aquello resultó ser demasiado para la señora Cheyne, que empezó a recordar las visiones que había tenido de un cadáver, balanceándose sobre las aguas saladas. Así que se retiró a su compartimiento, y Harvey se acurrucó al lado de su padre, explicándole la enorme deuda de gratitud que tenía para con los del We're Here.

—Puedes estar seguro de que haré por ellos cuanto esté a mi alcance, Harvey. Parecen ser buenas personas por lo que tú me estás mostrando.

—Lo mejor de la flota, señor. Pregúntalo en Gloucester —dijo Harvey—. Pero Disko todavía cree que él me curó de la locura. A Dan es al único que le he hablado de ti, de nuestros vagones privados y todo el resto, pero no estoy completamente seguro de que Dan me creyera. ¡Eh! ¿No podría llegar el Constance hasta Gloucester? De todas maneras, mamá no parece estar preparada para moverse, y estamos obligados a terminar la limpieza del pescado para mañana. Wouverman nos va a comprar la pesca. Mira, somos los primeros en volver de los Bancos esta temporada y nos pagan a cuatro dólares y veinticinco centavos el quintal. Nos mantuvimos firmes hasta que decidió aceptar el precio. Ahora lo quieren pronto.

—¿Quieres decir entonces que mañana tendrás que ir a trabajar?

—Le dije a Troop que lo haría. Estoy encargado de las básculas. He traído las cuentas —dijo, mirando con aire de importancia un cuaderno, tan grasiento, que hizo que su padre se atragantase—. Según mis cálculos, no hay más que tres…, no…, dos noventa y cuatro o noventa cinco quintales de más.

—Contrata a alguien para que te reemplace —sugirió Cheyne, para ver qué decía Harvey.

—No puedo señor. Soy el encargado de las cuentas de la goleta. Troop dice que tengo mejor cabeza para los números que Dan. Troop es un hombre asombrosamente justo.

—Bueno, supongamos que ordeno que el Constance no salga esta noche; ¿cómo te las arreglarías?

Harvey echó una ojeada al reloj, que marcaba las once y veinte.

—Entonces dormiré hasta las tres, y cogeré el tren de carga de las cuatro en punto. A los hombres de la flota nos dejan viajar gratis por norma.

—Eso es una buena idea. Pero creo que podremos hacer llegar el Constance tan rápido como vuestro tren de carga. Será mejor que te vayas a

dormir ahora.

Harvey se tendió en el sofá, se quitó las botas a fuerza de patadas, y estaba dormido antes de que se padre disminuyera la intensidad de las lámparas. Cheyne se sentó a observar aquel rostro joven, bajo la sombra del brazo que le caía sobre la frente, y entre las muchas cosas que se le ocurrieron estaba la idea de que quizá había sido descuidado como padre.

«Uno nunca sabe cuándo está corriendo el mayor de los riesgos —se dijo —. Podría haber sido peor que morir ahogado; pero no creo que lo haya sido…, no creo que lo haya sido. Si no ha sido así, no tengo dinero suficiente para pagar a Troop, eso es todo. Y no creo que lo haya sido».

La mañana siguiente trajo una fresca brisa marina a través de las ventanas, el Constance estaba situado entre los vagones de carga de Gloucester, y Harvey se había marchado a atender sus asuntos.

—Entonces se caerá de nuevo por la borda y se ahogará —decía su madre amargamente.

—Iremos a verle, listos para echarle un cabo en caso de necesitarlo. Nunca le has visto trabajar para ganarse el pan —dijo el padre.

—¡Qué tontería! Como si alguien esperase a que lo hiciera…

—Bueno, pues eso es lo que esperaba de él el hombre que lo contrató. Y creo que hizo bien.

Bajaron, pasando por tiendas llenas de impermeables de pescadores, hasta el muelle de Wouverman, donde se hallaba el We’re Here, con la bandera del Banco ondeando todavía, y toda su tripulación trabajando como castores bajo la gloriosa luz matinal. Disko se hallaba cerca de la escotilla principal, supervisando a Manuel, Penn y el tío Salters con el aparejo. Dan iba balanceando las cestas cargadas que estaban a bordo y que Long Jack y Tom Platt iban cargando de pescado, y Harvey, con su cuaderno, representaba los intereses del capitán ante el empleado de las básculas, situado en el borde del muelle, salpicado de sal.

—¡Listos! —exclamaban las voces bajo cubierta.

—¡Tirad! —gritaba Disko.

—¡Oye! —decía Manuel.

—¡Aquí! —decía Dan, balanceando la cesta.

Luego oyeron la voz de Harvey, clara y fresca, comprobando los pesos.

El último de los peces había sido descargado, y Harvey pegó un salto de casi dos metros hasta un flechaste[*] en donde se encontraba Disko, como la manera más rápida que se le ocurrió de alcanzarle las cuentas, y gritó:

—¡Dos noventa y siete, y la bodega vacía!

—¿Cuál es el total, Harvey? —preguntó Disko.

—Ocho sesenta y cinco. Tres mil seiscientos setenta y seis dólares y un cuarto. ¡Ojalá tuviera parte de las ganancias además de mi paga!

—Bueno, no me atrevería a decir que no te la has merecido, Harvey. ¿No querrías ir hasta la oficina de Wouverman y llevarle nuestras cuentas?

—¿Quién es ese muchacho? —preguntó Cheyne a Dan, quien estaba de sobra acostumbrado a todo tipo de preguntas que le hacían esos imbéciles holgazanes llamados veraneantes.

—Bueno, es una especie de sobrecargo —fue lo que obtuvo por respuesta—. Lo pescamos flotando a la deriva en los Bancos. Se cayó por la borda de un trasatlántico, dice. Era un pasajero. Ahora va camino de convertirse en todo un pescador.

—¿Vale su sustento?

—Siií. Padre, este hombre quiere saber si Harvey vale lo que come. ¡Eh! ¿No le gustaría subir a bordo? Pondremos una escala para ella.

—Me gustaría mucho, naturalmente. No te harás ningún daño, mamá, y así podrás verlo con tus propios ojos.

La mujer, que no habría podido levantar la cabeza una semana antes, trepó por la escala, y se quedó sorprendida en medio del desorden y el caos que había en la popa de la goleta.



—¿Tiene algún interés especial en Harvey? —preguntó Disko.

—Pues… sssí.

—Es un buen chico, y hace en seguida todo lo que se le ordena. ¿Ha oído usted cómo le encontramos? Sufría algún agotamiento nervioso o bien «se había dado un golpe en la cabeza» cuando le izamos a bordo. Ya lo ha superado. Sí, este es el camarote. No está en absoluto ordenado, pero sean ustedes bienvenidos si quieren echarle una ojeada. Esas cifras en la chimenea de la estufa son suyas; ahí es donde llevamos mayormente las cálculos.

—¿Es aquí donde dormía? —dijo la señora Cheyne, tomando asiento en un cofre amarillo e inspeccionando las desordenadas literas.

—No. Él dormía en la proa, señora, y salvo porque él y mi hijo le birlaban pastelillos fritos al cocinero y hacían morisquetas cuando deberían haber estado durmiendo, dudo que hubiese algún otro fallo en él.

—No pasa nada malo con Harvey —dijo el tío Salters, bajando los escalones—. Colgó mis botas del palo mayor, y no era en absoluto respetuoso con los que saben más que él, especialmente acerca de agricultura; pero casi siempre lo hacía porque Dan lo engañaba.

Dan, entre tanto, prevenido por las oscuras indirectas de Harvey desde por la mañana temprano, estaba ejecutando una danza de guerra en cubierta.

—¡Tom, Tom! —decía entre susurros, escotilla abajo—. Ha venido su familia, y padre no se entera todavía; ahora están reunidos como si fuera una asamblea india en el camarote. Ella es un primor, y su padre es todo lo que Harvey contaba.

—¡Santo Humo! —exclamó Long Jack, trepando a cubierta cubierto de sal y pieles de pescado—. ¿Tú crees, que esa historia del chaval y el coche con los cuatro caballos era cierta?

—Lo supe todo el tiempo —dijo Dan—. Venid a ver cómo padre se equivoca en sus juicios.

Fueron todos encantados, y llegaron justo a tiempo para escuchar cómo Cheyne le decía:

—Estoy contento de que tenga un buen carácter, porque… es mi hijo.

Disko se quedó boquiabierto —Long Jack juró siempre haber oído el chasquido que dio la mandíbula— y se quedó mirando fijamente primero al hombre, y luego, a la mujer, y así alternativamente.

—Recibí este telegrama en San Diego hace cuatro días y hemos venido en seguida.

—¿En un vagón privado? —preguntó Dan—. Él dijo que seguramente lo harían así.

—En un vagón privado, por supuesto.

Dan miró a su padre con un huracán de guiños irreverentes.

—Nos contó una historia acerca de que conducía cuatro caballos ponis que tiraban de un carro que era suyo —dijo Long Jack—. ¿Es eso cierto?

—Muy probablemente —respondió Cheyne—. ¿Lo era, mamá?

—Creo que tenía uno de esos carruajes cuando estábamos en Toledo —dijo la madre.

Long Jack lanzó un silbido.

—¡Oh, Disko! —exclamó, y eso fue todo.

—Estaba… estuve equivocado en mis juicios… más que cualquiera de los hombres de Marblehead —comenzó a decir Disko, como si hubiera que arrancarle las palabras con cuchara—. No me importa decírselo a usted, señor Cheyne; creía que el chaval estaba loco. Decía cosas muy extrañas cuando se refería al dinero.

—Así me lo contó él.

—¿Le contó algo más? Porque una vez le zurré.

Esto lo mencionó con una mirada de reojo algo ansiosa dirigida a la señora Cheyne.

—¡Oh, sí! —contestó Cheyne—. Y creo que eso le habrá resultado más beneficioso que cualquier otra cosa de este mundo.

—Lo creí necesario, de lo contrario no lo habría hecho. No quiero que piensen que abusamos de nuestros chicos en este barco.

—Por supuesto, señor Troop.

La señora Cheyne había estado observando las expresiones de las caras de los allí reunidos: Disko, con semblante férreo, amarillo como el marfil y rasurado; el tío Salters, con sus barbas de agricultor; Penn, con expresión de perpleja simplicidad: Manuel, con su sosegada sonrisa; Long Jack, con una abierta sonrisa de deleite, y la cicatriz de Tom Platt. Sin lugar a dudas eran hombres rudos, comparados con los que ella estaba acostumbrada a tratar; pero los miraba con ojos de madre, y se levantó con los brazos abiertos:

—¡Oh, díganme quién es quién! —dijo entre sollozos—. ¡Quiero darles las gracias y bendecirlos, a todos!

—Cielos, con eso me siento pagado más de cien veces —dijo Long Jack.

Disko presentó a todos en la forma debida. Ni el mismo capitán de un antiguo barco chino lo habría hecho mejor; y la señora Cheyne comenzó a balbucear incoherencias. Estuvo a punto de arrojarse a los brazos de Manuel cuando se enteró que era el que había encontrado a Harvey.

—Pero ¿cómo habría podidu dejarlo a la deriva? —dijo el pobre Manuel —. ¿Qué haces tú mismo si le encontras así? ¿Eh, queeé? Estamos con un chaval bueno, y estoy milhor que nunca demasiado contentu de que sea su hijo.

—¡Y me contó que Dan era su socio! —exclamó ella.

Dan estaba ya lo suficientemente colorado, pero se puso de un carmesí intenso cuando la señora Cheyne le besó ambas mejillas delante de todos los reunidos. Luego la condujeron a proa para enseñarle el castillo, ante el cual se puso a llorar de nuevo, y entonces dijo que necesitaba bajar a ver la litera de Harvey, que era idéntica a las otras, y allí se encontró al cocinero negro, limpiando el hornillo, que asintió con la cabeza, como si ella fuera alguien a quien hubiera estado esperando durante años. Entonces se pusieron a hablar todos a la vez, para tratar de explicarle la vida cotidiana en el barco, y ella se sentó al pie del trinquete, con sus manos enguantadas sobre la mesa grasienta, riéndose con labios trémulos, y llorando con ojos de alegría.

—¿Y quién se atreverá a utilizar el We’re Here después de todo esto? —preguntó Long Jack a Tom Platt—. Parece como si ella lo hubiera convertido en una catedral.

—¡En una catedral! —se burló Tom Platt—. Si al menos hubiese sido el barco de la Comisión de Pesca en lugar de esta carraca. Si tan solo hubiéramos tenido un poco de decencia y orden, y unos grumetes que la flanquearan durante la visita. Tuvo que trepar por la escala como si fuera una gallina, y nosotros…, ¡nosotros deberíamos haber estado formados en las vergas!

—Entonces, Harvey *no* estaba loco —dijo lentamente Penn a Cheyne.

—No, claro que no…, gracias a Dios —contestó el multimillonario, inclinándose con ternura.

—Debe de ser espantoso estar loco. Excepto perder a tu hijo, no creo que haya otra cosa más terrible. ¿Pero su hijo ha vuelto? Demos gracias a Dios por ello.

—¡Hola! —exclamó Harvey, mirándolos con expresión benigna, desde el muelle.

—Me equivoqué, Harvey. Me equivoqué —dijo Disko apresuradamente, levantando la mano—. Cometí un error en mis juicios. No hará falta que me lo restreguéis más.

—Ya me encargaré yo de eso —dijo Dan por lo bajo.

—Os marcháis ya mismo, ¿verdad?

—Bueno, no sin el resto de mi paga, a menos que quiera tener el We're Here embargado.

—Es verdad. Me había olvidado completamente —y contó los dólares que faltaban—. Has hecho todo por lo que se te había contratado, Harvey; y lo has hecho tan bien como si te hubieses criado…

Disko se interrumpió, pues no sabía cómo acabar la frase.

—¿Fuera de un vagón privado? —sugirió Dan con picardía.

—Venid, os enseñaré el vagón —dijo Harvey.

Cheyne se detuvo para hablar con Disko, pero los demás siguieron en procesión, encabezados por la señora Cheyne. La doncella francesa dio un grito ante la invasión; y Harvey descubrió las glorias del Constance ante ellos sin decir palabra. Ellos respondieron con idéntico silencio pieles estampadas, picaportes y barandillas de plata, terciopelo, cristalería, níquel, bronce, hierro repujado, y rara marquetería del continente.

—Os lo había dicho —dijo Harvey, coronando ampliamente su revancha.

La señora Cheyne ordenó la comida; y para que nada faltase a la historia que Long Jack contaría luego en la pensión donde se hospedaba, ella misma los atendió. Los hombres acostumbrados a comer en mesas pequeñísimas en medio de estruendosas tormentas tienen modales curiosamente refinados

cuando se sientan a la mesa; pero la señora Cheyne, que no sabía esto, se quedó muy sorprendida. Le habría gustado tener a Manuel como mayordomo, comportándose tan silenciosamente y seguro de sí mismo entre la frágil cristalería y los primorosos cubiertos de plata. Tom Platt recordó los grandes días a bordo del viejo Ohio, y los modales de los potentados extranjeros que cenaban con los oficiales; y Long Jack, como buen irlandés, les proporcionó una pequeña charla hasta que todos se sintieron relajados.

En el camarote del We're Here ambos padres se estudiaron uno a otro tras sus cigarros. Cheyne sabía muy bien cuando trataba con un hombre al que no podía ofrecerle dinero; igualmente sabía que el dinero no podría pagar lo que Disko había hecho. Así que se guardó sus pensamientos y esperó hasta que hubiese una oportunidad.

—No le he hecho nada a su chaval, más que hacerle trabajar un poco y enseñarle a manejar el «yugo del puerco» —dijo Disko—. Es el doble de listo que mi hijo para manejarse con los números.

—A propósito de cálculos —contestó Cheyne como por casualidad—, ¿qué piensa usted hacer con su hijo?

Disko se quitó el cigarro y lo movió a lo ancho de todo el camarote.

—Dan es un chaval muy sencillo, y no permite que tome ninguna decisión por él. Tendrá este modesto barco cuando yo me retire. Y de ninguna manera está deseoso por dejar esto. Eso lo sé.

—¡Mmm! ¿Ha estado usted alguna vez en el Oeste, señor Troop?

—Estuve una vez en Nueva York, en un barco. No tengo costumbre de ir en ferrocarril; Dan tampoco. El agua salada es suficiente para los Troop. He estado en casi todas partes, de la manera natural, claro.

—Puedo proporcionarle toda el agua salada que necesite… hasta que sea capitán.

—¿Y cómo es eso? Pensaba que usted era una especie de rey de los ferrocarriles. Harvey me lo dijo cuando… me equivoqué en mis juicios.

—Todos somos capaces de equivocarnos. Me imaginé que tal vez estaría usted enterado de que poseo una linea de clípers[*] que siguen la ruta del té, desde San Francisco hasta Yokohama[7]. Seis, construidos en hierro, cada uno de mil setecientas ochenta toneladas.

—¡Maldito chaval! Nunca me lo dijo. Le habría escuchado si me hubiese hablado de barcos en lugar de esas historias acerca de ferrocarriles y cochecitos de caballos.

—Él no lo sabía.

—Supongo que se le habrá pasado… una pequeñez como esa.

—No, es solo que he captur…, me he hecho cargo de los cargueros «Blue M.», la antigua linea Morgan & McQuade, a partir de este verano.

Disko casi se cae desmayado en donde estaba sentado, al lado de la estufa.

—¡Gran César todopoderoso! Creo que he hecho el tonto todo este tiempo. Pero, si Phil Airheart se fue de esta ciudad hace ya seis…, no, siete… años y ahora es segundo de a bordo del San José, sus travesías duran veintiséis días. Su hermana aún vive aquí, y le lee sus cartas a mi mujer. ¿Así que usted es el propietario de los cargueros de la linea «Blue M.»? —Cheyne asintió con la cabeza—. Si hubiera sabido eso, habría llevado al We're Here a puerto de un tirón, a fe mía.

—Tal vez, entonces, no habría sido tan bueno para Harvey.

—¡Si tan solo lo hubiese sabido! ¡Si tan siquiera él hubiese mencionado esa maldita línea, lo habría entendido todo! ¡Nunca me mantendré en mis propios juicios otra vez, nunca! Son barcos muy bien construidos. Phil Airheart siempre lo dice.

—Me agrada tener una opinión de esa procedencia. Airheart es ya capitán del San José. Lo que quería saber es si usted me prestaría a Dan uno o dos años, para ver si podemos hacer de él un oficial. ¿Se lo confiaría usted a Airheart?

—Es un riesgo aceptar a un niño tan verde…

—Conozco a un hombre que ha hecho mucho más por mí.

—Eso es distinto. Le voy a decir una cosa: no estoy recomendando a Dan en especial por que sea de mi propia sangre. Sé que los métodos de los Bancos no son los mismos que los de los clípers, pero aún así, no le queda mucho por aprender. Puede llevar el timón mejor que cualquier otro chico, aunque sea yo el que lo diga, y el resto lo llevamos en la sangre; pero desearía que no estuviese tan condenadamente flojo en navegación.

—Airheart se ocupará de eso. Se embarcará como grumete durante una o dos travesías, y luego le pondremos en el camino del ascenso. Suponga que usted lo va adelantando este invierno, yo enviaría por él a principios de la primavera. Sé que el Pacífico queda lejos…

—¡Bah! Nosotros los Troop, los que estamos vivos y los muertos, estamos dispersos por toda la tierra y sus mares.

—Pero quiero que usted entienda, y lo digo en serio, que en cualquier momento que usted quiera verle, no tiene más que decírmelo, y yo me encargaré del transporte. No le costará un centavo.

—Si camina usted un poco conmigo, iremos hasta mi casa, y hablaré de ello con mi mujer. He estado tan locamente equivocado en todos mis juicios

que tengo la sensación de que nada de esto es real.

Se encaminaron a la casa de Troop, una casa de mil ochocientos dólares, blanca, con adornos azules, con un bote jubilado lleno de capuchinas que había en el patio de atrás y un salón con contraventanas, el cual era un museo de tesoros de ultramar. Allí se encontraba sentada una mujer grande, silenciosa y grave, con los ojos apesadumbrados, de aquellos que se pasan la vida mirando al mar, a la espera de sus seres queridos. Cheyne se dirigió a ella, le contó todo, y ella dio su consentimiento con expresión abatida.

—Perdemos cien al año, solamente en Gloucester, señor Cheyne —le dijo —. Cien hombres y muchachos; y he llegado a odiar tanto el mar como si fuera un ser vivo y pudiera oírlo. Dios nunca lo creó para que los seres humanos anclaran en él. Esos barcos suyos, según he creído entender, ¿llegan a su destino y regresan directamente a casa?

—Tan directamente como los vientos lo permiten, y les doy una prima si realizan el viaje en un tiempo récord. El té no mejora si se mantiene en el mar.

—Cuando él era pequeño solía jugar a los tenderos, y yo tenía esperanzas de que eso fuese lo que hiciera de mayor. Pero tan pronto fue capaz de manejar un bote, supe que ello me sería negado.

—Son barcos con velas cuadras, mujer; construidos en hierro y muy sólidos. Acuérdate de lo que te lee la hermana de Phil en sus cartas.

—Sé que Phil nunca cuenta mentiras, pero es muy aventurero, como muchos de los que se hacen a la mar. Si Dan se ve capacitado, señor Cheyne, puede ir…, aunque a mí me pese.

—Ella detesta el océano —explicó Disko—, y yo, yo, la verdad es que no sé cómo actuar cortésmente, y agradecérselo a usted lo mejor posible.

—Mi padre…, mi hermano mayor…, dos sobrinos… y el segundo marido de mi hermana… —añadió ella dejando caer la cabeza sobre su mano—. ¿Cómo *puede* importarte algo que se ha llevado a todos ellos?

Cheyne se sintió aliviado cuando Dan se presentó en casa y aceptó el ofrecimiento con más entusiasmo del que podría expresar con palabras. En realidad, la oferta representaba un camino claro y seguro hacia todas las cosas deseables; pero Dan pensó más en ostentar el mando en las guardias en amplias cubiertas, y en los puertos lejanos que vería.

La señora Cheyne había hablado en privado con el incomprensible Manuel acerca del tema del salvamento de Harvey. Parecía no tener intención de aceptar dinero. Tras mucho presionarle, dijo que aceptaría cinco dólares, porque quería comprarle algo a una chica.

—¿Cómo iba a aceptar dineiro si me ganu tan fácilmente mi comida y mi tabacu? ¿Tú darás algo si yo quiero o no? ¿Eh, cóoomo? Entonces, tú me darás dineiro, pero no de esa maneira. Así, me darás todo lo que quieras.

Entonces le presentó a un cura portugués de aspecto desaliñado, con una lista de viudas medio indigentes tan larga como su sotana. Como estricta unitariana, la señora Cheyne no podía simpatizar con su credo, pero acabó respetando al pequeño, moreno y locuaz hombrecillo.

Manuel, hijo fiel de su Iglesia, se adueñó de todas las bendiciones que llovieron sobre la dama por su caridad.

—Eso me da carta blanca —decía él—. Ahora tengo excelentes absoluciones para seis meses.

Y diciendo esto, se fue por ahí a conseguir un pañuelo para la chica y romper el corazón de todas las demás.

Salters se fue con Penn al Oeste durante una temporada sin dejar ninguna dirección. Tenía el temor espantoso de que esa gente millonaria, derrochadores de dinero en vagones privados, pudiesen llegar a tener un excesivo interés por su compañero. Era mejor visitar a parientes tierra adentro hasta que la costa se aclarase.

—Nunca te dejes adoptar por gente rica, Penn —le dijo cuando estaban en el tren— o cogeré este tablero de damas y te lo romperé en la cabeza. Si te olvidas de nuevo de tu nombre, que es Pratt, recuerda que tu sitio está junto a Salters Troop, y quédate sentado allí donde estés, que yo vendré a por ti. No vayas por ahí pegado a aquellos cuyos ojos están taponados con grasa, como dicen las Escrituras[8].

Capítulo X

Pero ocurrió otra cosa distinta con el silencioso cocinero del We're Here, pues se presentó, con sus pertenencias envueltas en un pañuelo y abordó el Constance. La paga no constituía ningún problema en particular, y no le preocupaba en lo más mínimo dónde dormiría. Su misión, tal como le fue revelado en sueños, era seguir a Harvey por el resto de sus días. Intentaron toda clase de argumentos para disuadirle, y por último emplearon hasta la persuasión. Pero existen diferencias entre un negro de Cabo Bretón y otros dos de Alabama, y el asunto fue referido a Cheyne por el cocinero y el mozo. El millonario solo se limitó a reír. Supuso que Harvey necesitaría algún día un sirviente personal tarde o temprano, y que era más valioso y seguro uno que se presentaba voluntariamente que cinco asalariados. Así que permitieron al hombre que se quedase a partir de ese momento, aunque se llamase a sí mismo McDonald y maldijera en gaélico. El vagón regresaría a Boston, desde donde, si aún persistía en su idea, iría con ellos al Oeste.

Con el Constance, al que aborrecía desde el fondo de su corazón, salía el último remanente del reino millonario de Cheyne, quien se entregó a una enérgica holgazanería. Gloucester era una nueva ciudad en una tierra nueva, y se propuso «empaparse» de ella, como en otro tiempo se había empapado de todas las ciudades desde Snohomish hasta San Diego, que era el territorio de donde él provenía. Se ganaba dinero a lo largo de la retorcida calle, que era mitad muelle y mitad tienda de enseres navales: como el importante profesional que era, deseaba aprender cómo se jugaba tan noble juego. La gente decía que cuatro de cada cinco albóndigas de pescado servidas en los desayunos del domingo de Nueva Inglaterra procedían de Gloucester, y lo abrumaron con cifras para probarlo: estadísticas de barcos, aparejos, extensión de los muelles, capital invertido, salado, empaquetado, factorías, seguros, sueldos, reparaciones y beneficios. Habló con los propietarios de las grandes flotas, cuyos capitanes eran poco más que hombres a sueldo, y cuyas tripulaciones estaban integradas por suecos o portugueses en su gran mayoría. Luego conferenció con Disko, uno de los pocos que eran también propietarios

de su barco, y comparaba datos en su cabeza con una gran capacidad de cálculo. Tropezaba metiéndose en los rollos de cadenas y cabos de las tiendas marineras, haciendo preguntas alegremente, despertando su curiosidad de hombre del Oeste, hasta que toda la gente del muelle quiso saber «qué rayos estaba buscando ese hombre». Se coló dentro de las oficinas de la Mutua de Seguros, y pidió explicaciones sobre las misteriosas anotaciones escritas con tiza en la pizarra día tras día; y por eso le cayeron encima montones de secretarios de cada sociedad de ayuda y amparo a viudas y huérfanos de pescadores que había en la ciudad. Le mendigaban sin la menor vergüenza, cada hombre ansioso por batir el récord de las demás instituciones, y Cheyne se tiraba de la barba y se los enviaba todos a la señora Cheyne.

Ella se encontraba descansando en una casa de huéspedes cerca de Eastern Point. Era un establecimiento regentado aparentemente por los mismos huéspedes, en donde los manteles eran de cuadros rojos y blancos, y sus pobladores, que parecían conocerse unos a otros íntimamente desde hacía muchos años, se levantaban a medianoche si tenían hambre para prepararse pan tostado con queso fundido. Al segundo día de estar en aquel sitio, la señora Cheyne bajó a desayunar tras haberse quitado previamente sus solitarios de diamantes.

—Son una gente de lo más encantadora —le dijo a su marido en tono confidencial—, tan amistosa y sencilla, aunque todos o casi todos son de Boston.

—Eso no es sencillez, mamá —le contestó él, mirando más allá de los cantos rodados, en dirección a los manzanos, en donde estaban colgadas las hamacas—. Es otra cosa que nosotros…, que yo no tengo.

—Puede ser —dijo tranquilamente la señora Cheyne—. No hay ninguna mujer aquí que posea un vestido que cueste cien dólares. Y nosotros…

—Ya lo sé, querida. Nosotros lo tenemos, claro que lo tenemos. Debe de ser solamente el estilo de ropa que se lleva aquí en el Este. ¿Lo estás pasando bien?

—No veo demasiado a Harvey; él está siempre contigo; pero ya no estoy tan nerviosa como antes.

—No me lo había pasado tan bien desde la muerte de Willie. Nunca antes había comprendido bien lo que es tener un hijo. Harvey será un gran chico. ¿Te acerco alguna cosa, querida? ¿Un cojín para la cabeza? Bueno, Harvey y yo vamos a dar una vuelta por el muelle para echar una ojeada.

Harvey se había convertido en su sombra durante aquellos días, y los dos solían pasear juntos. Cheyne utilizaba las pendientes como excusa para

apoyar su mano en los fuertes hombros de su hijo. Fue entonces cuando Harvey notó y admiró algo que nunca le había impactado antes: el curioso poder que tenía su padre de llegar al fondo de las cosas nuevas que aprendía de los hombres de la calle.

—¿Cómo te las arreglas para que te cuenten todo sin que tú les digas lo que piensas? —le preguntó su hijo, mientras salían del desván de un aparejador[*].

—He tratado con unos cuantos hombres en mi vida, Harvey, y uno aprende a evaluarlos en seguida, creo yo. Conozco algo de mí mismo también —tras una pausa, mientras se sentaban en el borde del muelle, añadió—: La gente casi siempre se da cuenta cuando uno ha conseguido las cosas por sus propios medios, y entonces te tratan como si fueras uno de ellos.

—Igual que me tratan a mí en el muelle de Wouverman. Ahora soy uno más de la tripulación. Disko ha dicho a todos que me he ganado la paga —Harvey extendió las manos, y frotándose las palmas, dijo con voz pesarosa—: Ya están blandas de nuevo.

—Mantenlas así durante los próximos años, mientras completas tu educación. Más adelante podrás endurecerlas.

—Sssí…, creo que así será —fue su respuesta, con un desencantado tono de voz.

—Todo depende de ti, Harvey. Puedes refugiarte en las faldas de tu madre, por supuesto, y hacer que se preocupe y arme un escándalo por tus nervios, porque crezcas fuerte, y todas esas tonterías.

—¿Alguna vez he hecho yo eso? —dijo Harvey, preocupado.

Su padre se volvió hacia él y extendió una mano con fuerza, para decirle:

—Tú sabes, tan bien como yo, que no puedo hacer nada contigo si no te portas honestamente conmigo. Puedo ocuparme de ti si se trata de ti solamente, pero no puedo hacerlo con ambos, contigo y *tu madre*. La vida es demasiado corta, de todos modos.

—Entiendo que eso no me hace parecer un gran tipo, ¿verdad?

—Creo que, en parte, yo he tenido bastante culpa en que sea así, pero, si quieres que te diga la verdad, tampoco tú has hecho nada que valga la pena hasta el momento. ¿No es cierto?

—¡Humm! Disko cree que… ¡Eh! ¿Cuánto calculas que te ha costado educarme desde el principio, todo junto?

Cheyne sonrió.

—Nunca he llevado la cuenta, pero estimaría que, en dólares y centavos, más cerca de cincuenta que de cuarenta mil dólares; tal vez sesenta. Las

nuevas generaciones cuestan mucho. Necesitan tener cosas, cansarse de ellas, y… el viejo siempre carga con las facturas.

Harvey soltó un silbido, pero en el fondo, se sentía muy contento de pensar que su educación costaba tanto.

—Y todo eso es capital a fondo perdido, ¿verdad?

—Invertido, Harvey. Tengo la esperanza de que sea una inversión.

—Dejándolo solo en treinta mil, los treinta dólares que he ganado, serían cerca de unos diez centavos por cada cien. ¡Eso es realmente un bajísimo rendimiento! —exclamó Harvey, moviendo la cabeza solemnemente.

Cheyne se rio tanto que casi se cae al agua.

—Disko ha recuperado mucho más de Dan desde que él tenía diez años; y eso que también pasa la mitad del año en la escuela.

—¡Oh! Conque querías llegar ahí, ¿verdad?

—No. No quería llegar a ninguna parte. Es solo que en este momento no me siento muy contento de mí mismo, eso es todo… Deberían darme un par de azotes.

—Yo no puedo dártelos, hombre; podría si esa fuera mi forma de ser.

—Entonces, lo recordaría toda mi vida… y nunca te lo perdonaría —dijo Harvey, con la barbilla apoyada en los puños.

—Exactamente. Eso mismo habría hecho yo. ¿Te das cuenta?

—Ya comprendo. El problema es conmigo y con nadie más. Pero es igual, hay que hacer algo al respecto.

Cheyne sacó un cigarro del bolsillo de su chaleco, mordió la punta, y se puso a fumar. Padre e hijo eran muy parecidos; aunque la barba tapaba la boca de Cheyne, Harvey tenía la misma nariz ligeramente aguileña de su padre, ojos negros y juntos, y pómulos altos y marcados. Con un toque de pintura marrón, habría tenido un aspecto muy pintoresco, como los pieles rojas de los libros de cuentos.

Ahora bien, puedes continuar así de ahora en adelante —dijo Cheyne lentamente—, costándome entre seis y ocho mil dólares al año hasta que tengas edad de votar. Bueno, a partir de ese momento, ya podremos considerar que eres un hombre adulto. A partir de ese momento, puedes seguir *así*, viviendo a mi costa, gastándote unos cuarenta o cincuenta mil dólares, aparte de lo que te dará tu madre, con un ayuda de cámara y un yate y un elegante rancho, donde podrías fingir que eres un criador de caballos y jugar a las cartas con gente de tu misma clase.

—¿Como Lorry Tuck? —interrumpió Harvey.

—Sí; o los dos chicos De Vitré y el hijo del viejo McQuade. California está llena de ellos y, hablando de eso, ahí se acerca un ejemplo típico del Este.

Un reluciente yate de vapor de color negro, con camarote de caoba, bitácoras[*] niqueladas, y toldos de listas rosas y blancas, llegaba resoplando al puerto, enarbolando un gallardete de algún club de Nueva York. Dos jóvenes, vestidos con lo que ellos consideraban atuendos marineros, jugaban a las cartas en el salón, cerca de la claraboya, mientras un par de mujeres, con parasoles rojos y azules, los contemplaban y reían sonoramente.

—No me gustaría que alguna brisa me pillase a bordo de ese yate. No tiene manga[*] suficiente —dijo Harvey, en forma crítica, mientras el yate disminuía su velocidad para recoger su boya de amarre.

—Según ellos, se lo están pasando en grande. Yo puedo darte eso y el doble incluso, Harvey. ¿Qué te parece?

—¡Cielos! Esa no es manera de arriar un bote fuera de borda —dijo Harvey, que seguía absorto contemplando el yate—. Si no pudiera arreglármelas con un aparejo mejor que ellos, me quedaría en tierra… ¿Qué pasa si no quiero?

—¿Quedarte en tierra… o qué?

—El rancho, el yate y vivir a costa del viejo y… esconderme detrás de las faldas de mamá cuando hay problemas —dijo Harvey, con brillo en los ojos.

—Pues, en ese caso, vente conmigo, hijo.

—¿Por diez dólares al mes? —de nuevo el brillo.

—Ni un centavo más hasta que lo valgas, y no lo tocarás hasta dentro de unos cuantos años.

—Mejor que empiece cuanto antes a barrer la oficina…, ¿no es así como empiezan los peces gordos?…, y así tocaría a algo ahora que…

—Ya lo sé; todos hemos pensado lo mismo. Pero creo que podemos contratar a cualquiera para fregar. Yo cometí el mismo error: comenzar demasiado pronto.

—Un error de treinta millones de dólares vale la pena, ¿no es cierto? Yo me arriesgaría por ese dinero, padre.

—Perdí algo; y gané algo. Te lo contaré.

Cheyne se acarició la barba y sonrió, mientras miraba las aguas tranquilas y le hablaba a Harvey, quien pronto se dio cuenta de que su padre estaba contándole la historia de su vida. Hablaba en voz baja y sin altibajos, sin gestos ni expresiones, y era aquella una historia por la que, una docena de periódicos importantes, habrían pagado alegremente muchos dólares. Era la

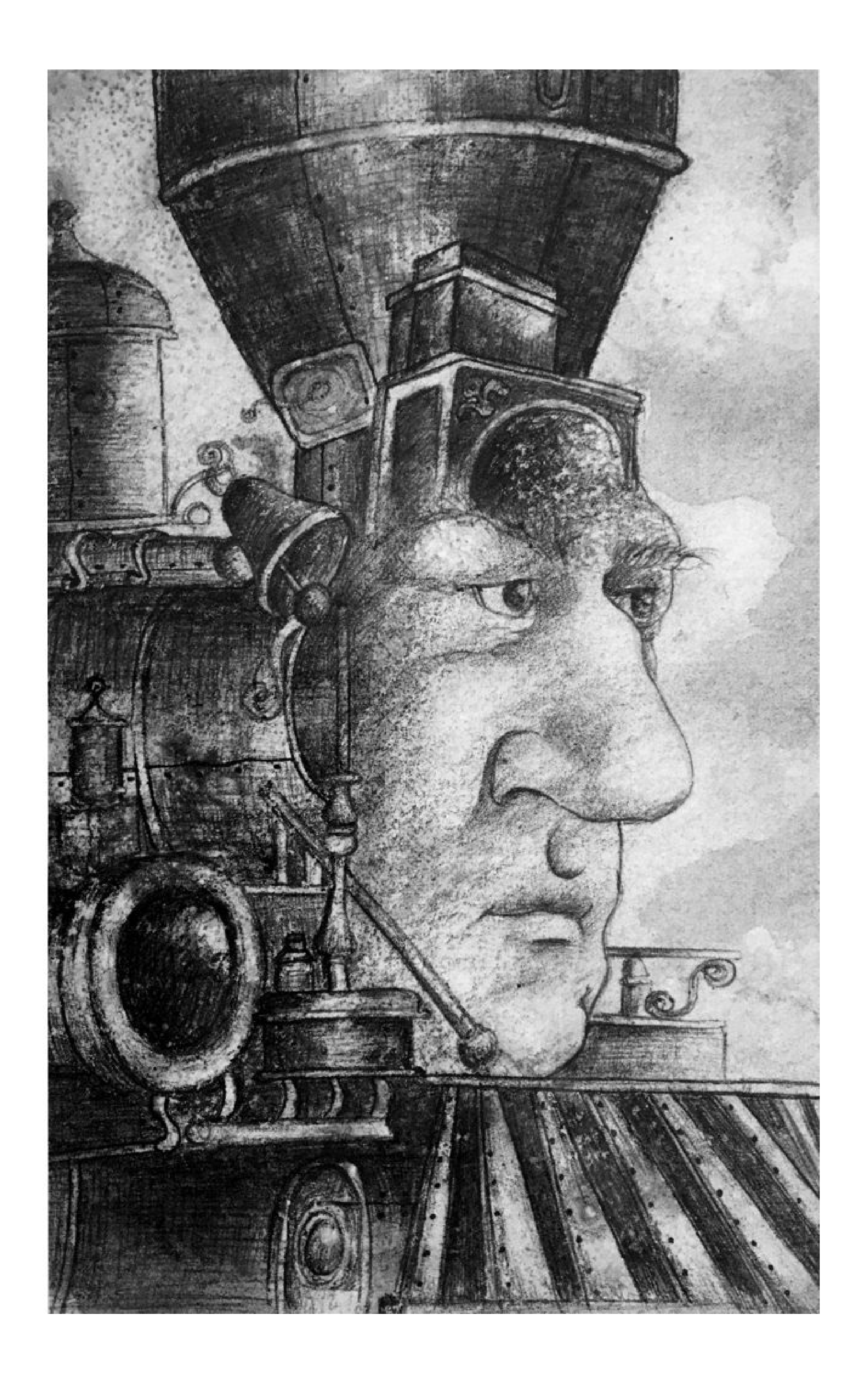
historia de cuarenta años de su vida y, al mismo tiempo, era la historia del Nuevo Oeste, que aún no se ha acabado de escribir.

Todo comenzó con un muchacho solo, sin familia y sin dinero, que vivía en Texas, y salió adelante de manera fantástica, a través de cientos de cambios en la vida y reveses de fortuna, cuyos escenarios iban cambiando de un estado a otro del Oeste, desde ciudades que habían florecido en un mes y de una temporada a otra habían desaparecido, hasta salvajes aventuras en campamentos aún más agrestes, que ahora son laboriosos municipios pavimentados. La historia abarcaba la construcción de tres ferrocarriles y la destrucción premeditada de una cuarta linea. Hablaba de barcos de vapor, poblaciones, bosques y minas, y de los hombres de todas las naciones de la tierra, que los tripularon, crearon, talaron y explotaron. Contaba las oportunidades de hacerse con una colosal fortuna, que pasaba desapercibida ante los ojos que no podían verla, o que se perdía debido a los más simples accidentes de tiempo y de viaje; y a través del enloquecido cambio de los acontecimientos, algunas veces a lomos de un caballo, la mayoría de ellas a pie, unas veces rico, y otras, pobre, yendo y viniendo, avanzando y retrocediendo, trabajando de marinero, ferroviario, contratista, dueño de una casa de huéspedes, periodista, ingeniero, corredor de fincas, viajante, político, gorrón, vendedor de ron, propietario de minas, especulador, ganadero o vagabundo. Harvey Cheyne se movía de un lado a otro, alerta y silencioso, tras sus propios fines, y también, según decía él, tras la gloria y el progreso de su país.

Le habló a su hijo de la fe que nunca lo abandonaba, aun cuando se encontró al borde de la desesperación. Una fe que provenía de conocer a los hombres y las cosas. Se extendió en su historia, como si estuviese hablando consigo mismo, sobre su gran valor y recursos, que demostró tener en todo momento. Esto lo tenía tan claro en su mente que nunca alteró el tono de su voz. Describió cómo había desbancado y perdonado a sus enemigos, igual que ellos lo hicieron con él en aquellos tiempos agitados; de qué modo había implorado, engatusado e intimidado ciudades, compañías y sindicatos, para que el bien para ellos fuese perdurable; cómo había escalado y atravesado montañas y barrancos, arrastrando tras de sí un ferrocarril, hecho de cuerdas y aros de hierro, y cómo al final se había quedado sentado tranquilamente, mientras comunidades libertinas desgarraban los últimos fragmentos de su reputación hasta dejarlos hechos trizas.

La historia dejó a Harvey casi sin aliento, con la cabeza ladeada, la mirada fija en el rostro de su padre, mientras la luz del crepúsculo iba oscureciéndose

y las cenizas rojas del final del cigarro iluminaban las mejillas cubiertas de profundos surcos y las pobladas cejas. Le pareció estar viendo una locomotora avanzando impetuosamente por el campo en la oscuridad, dejando ver el resplandor de la puerta abierta del fogón a cada kilómetro de recorrido; pero esta locomotora podía hablar, y sus palabras agitaban y conmovían profundamente el fondo de su alma. Al final, Cheyne arrojó lejos la colilla del cigarro, y ambos permanecieron sentados así, con la oscuridad cayendo sobre el regazo de las aguas.



—Nunca antes le había contado esto a nadie —dijo su padre.

—Pues es lo más grande que haya existido jamás —respondió Harvey, con la voz entrecortada.

—Y eso es lo que *tengo*. Ahora te contaré lo que no pude tener. Quizá no signifique nada para ti, y espero que no llegues a ser tan viejo como yo para darte cuenta de su valor. Puedo manejar a los hombres, por supuesto, y nadie me toma el pelo cuando me muevo entre mis negocios de ferrocarriles, pero…, pero… no puedo competir con el hombre que ha sido *instruido*. Lo que sé lo he ido aprendiendo sobre la marcha, y creo que eso es algo que se me nota muchísimo.

—Pues yo no me había dado cuenta —dijo su hijo, indignado.

—Sin embargo, ya lo notarás, Harvey. Lo notarás… cuando hayas terminado tus estudios. ¿Crees que no lo sé? ¿Crees que no me doy cuenta cuando observo la expresión en los rostros de aquellos hombres que me consideran un «patán»? Así se les llama a los hombres como yo. Puedo destruirlos en pedazos…, sí…, pero no puedo atacarlos en su propio terreno. No quiero decir que ellos estén muy muy por encima, pero yo me siento, de alguna manera, muy muy por debajo de ellos. Ahora bien, *tú* tienes tu oportunidad. Tienes que empaparte bien de todos los conocimientos que hay por ahí, y vivirás con un grupo de gente que hará lo mismo que tú. Ellos lo harán por unos cuantos miles de dólares al año en el mejor de los casos. Pero recuerda que *tú* lo estarás haciendo por millones. Aprenderás leyes lo suficiente como para encargarte y cuidar de tus propiedades cuando mi luz se haya apagado, y tendrás que aprender a ganarte la confianza de los mejores hombres en el comercio (pueden llegar a ser muy útiles más adelante); y lo más importante es que tendrás que almacenar todo ese conocimiento sencillo y simple que se aprende sentado-con-los-codos-sobre-la-mesa-y-la-nariz-pegada-a-los-libros. Nada puede compensar eso, Harvey, y es algo que se valorará cada vez más, cada año que pase, en nuestro país, tanto en negocios como en política. Ya lo verás.

—No me gusta demasiado la parte que me corresponde en el trato —dijo Harvey—. ¡Cuatro años estudiando! ¡Ojalá hubiera elegido el ayuda de cámara y el yate!

—No importa, hijo mío —insistió Cheyne—. Estás invirtiendo tu capital donde producirá los mayores beneficios; y creo que nuestras propiedades no habrán encogido para cuando puedas hacerte cargo de ellas. Piénsatelo bien, y cuéntame lo que hayas decidido por la mañana. ¡Date prisa! Llegaremos tarde a cenar.

Como había sido una conversación de negocios, Harvey no creyó necesario contársela a su madre; y Cheyne, naturalmente, también era de la misma opinión. Pero la señora Cheyne se dio cuenta de ello y comenzó a sentirse un poco atemorizada y celosa. Su niño, que antes había sido tan rudo con ella, se había marchado, y en su lugar había otro, un joven de rostro afilado, anormalmente silencioso, que dirigía la mayor parte de sus conversaciones hacia su padre. Ella comprendió que se trataba de negocios, y que por consiguiente era un asunto que quedaba fuera de su alcance. Si le quedaba alguna de duda, se disipó cuando Cheyne se fue a Boston y regresó con un nuevo anillo de diamantes.

—¿Qué habéis estado haciendo? —les preguntó, con una débil y pequeña sonrisa, mientras lo hacía brillar a la luz.

—Conversar…, tan solo conversar, mamá; no hay nada mezquino en Harvey.

No lo había. El muchacho había hecho una especie de trato por cuenta propia. El negocio de los ferrocarriles, según había explicado a su padre muy seriamente, le interesaba tan poco como las empresas madereras, las de bienes raíces o las mineras. Lo que más deseaba era controlar la nueva flota pesquera de veleros de su padre recientemente adquirida. Si se le permitía poseerlos, en un plazo de tiempo que él considerase razonable, él, por su parte, garantizaba mantener diligencia y sobriedad en sus estudios durante cuatro o cinco años. En vacaciones se le facilitaría el acceso a la información sobre la línea de veleros (solo había hecho dos mil preguntas acerca de ellos) desde los papeles que su padre guardaba en su caja fuerte hasta el remolcador del puerto de San Francisco.

—Trato hecho —dijo Cheyne por fin—. Cambiarás de idea veinte veces antes de terminar tus estudios, por supuesto; pero si consigues afianzarte en ellos como es debido, y si no te deshaces de la linea antes de cumplir los veintitrés, te la cederé. ¿Qué te parece, Harvey?

—¡No! Nunca es rentable dividir un negocio que funciona bien. Hay demasiada competencia en el mundo, de todos modos, y, como dice Disko, «los de la misma sangre deben permanecer unidos». Su gente nunca le ha fallado. Esa es una de las razones por las que obtiene tan cuantiosos beneficios. ¡Eh! El We’re Here zarpa para George el lunes. No se quedarán durante mucho tiempo en tierra, ¿no es cierto?

—Bueno, creo que nosotros también deberíamos marcharnos. He dejado mis asuntos colgados de cabos sueltos entre los dos océanos, y ya va siendo

hora de conectarlos de nuevo. Solo que detesto tener que hacerlo. No había tenido unas vacaciones como estas desde hacía veinte años.

—No *podemos* marcharnos sin antes despedirnos de Disko —dijo Harvey —. Y, además, el lunes es el Día de la Conmemoración. Quedémonos hasta entonces.

—¿Qué significa todo ese asunto de la conmemoración? Estaban hablando de ello en la casa de huéspedes —dijo Cheyne débilmente, pues él tampoco estaba muy ansioso de estropear esos días dorados.

—Bueno, pues por lo qué he podido comprender, *ese* asunto es una especie de actuación, con danzas y canciones, organizado para los de veraneantes. Disko no tiene muy buena opinión de ello porque hacen una colecta para las viudas y los huérfanos de los pescadores. Disko es muy independiente. ¿Lo has notado?

—Bueno…, sí. Un poco. ¿Es una fiesta de la ciudad entonces?

—Es una convención de verano. Leerán los nombres de las personas que se han ahogado o desaparecido en el mar desde la última vez, y hacen discursos, recitan y todo. Entonces, dice Disko, los secretarios de las sociedades benéficas se van al patio de atrás y se pelean por el botín. El verdadero espectáculo, dice él, es el de primavera. Entonces intervienen los pastores y, además, en esa época, no hay veraneantes.

—Ya veo —dijo Cheyne, con la brillante y perfecta comprensión de alguien nacido y criado en el orgullo ciudadano—. Nos quedaremos hasta el Día de la Conmemoración, y nos iremos al anochecer.

—Creo que voy a ir a ver a Disko y le voy a decir que reúna a su gente antes de zarpar. Tendré que estar con ellos, claro.

—Así que de eso se trata, ¿no es cierto? —dijo Cheyne—. Yo soy solo un pobre veraneante, y en cambio tú eres…

—Un hombre de los Bancos, un pescador de pura cepa —exclamó Harvey, mientras abordaba un tranvía, y Cheyne se alejó con sus sueños de felicidad para el futuro.

Disko no tenía mucha costumbre de asistir a las funciones públicas en donde se apelaba a la caridad de la gente, pero Harvey alegó que, por lo que a él respecta, la gloria del día se perdería si la tripulación del We're Here no hacía acto de presencia en durante la fiesta. Entonces Disko puso sus condiciones. Había oído decir (era sorprendente comprobar la manera en la que todo el mundo en el muelle estaba enterado de los asuntos de los demás), pues, que «una actriz de Filadelfia» iba a tomar parte en los festejos; y él sospechaba que recitaría el *Paseo en carreta del capitán Ireson*.

Personalmente, las actrices le caían tan mal como los veraneantes; pero la justicia era la justicia y, aunque él mismo a veces metía la pata en cuestiones de juicios (aquí Dan se rio bajito), aquello no tendría que llevarse a cabo. Así que Harvey regresó a East Gloucester, y se pasó la mitad del día explicándole a una actriz, que tenía una espléndida reputación a lo largo de los dos litorales del país, el sentido del error que se disponía a cometer; y ella admitió que realmente aquello sería injusto y que Disko tenía razón.

Cheyne sabía por experiencia lo que sucedería, pero todo aquello de carácter público era una especie de alimento para su espíritu. Observó los tranvías circulando con prisa hacia el Oeste, durante aquella calurosa y húmeda mañana de verano. Iban llenos de mujeres con ligeros vestidos de verano y hombres pálidos con sombreros de paja, provenientes de sus despachos de Boston; el montón de bicicletas aparcadas en la oficina de correos; las idas y venidas de ajetreados funcionarios, saludándose unos a otros; el movimiento lento de las banderitas en el aire denso; y el personaje con aire orgulloso que iba regando la acera de ladrillos con una manguera.

—Madre —dijo de pronto—, ¿recuerdas cómo los habitantes de Seatle levantaron su ciudad después de haber sido incendiada?

La señora Cheyne asintió con la cabeza, y miró con ojo crítico la tortuosa calle. Al igual que su marido, conocía bien esta clase de celebraciones que se llevaban a cabo en todo el Oeste, y las comparaba unas con otras. Los pescadores comenzaron a mezclarse entre el gentío congregado alrededor de las puertas del ayuntamiento. Había portugueses con la barba mal rasurada, acompañados de sus mujeres, quienes iban con la cabeza descubierta y envueltas en un chal; hombres de Nueva Escocia, que tenían los ojos claros, hombres de otras provincias Marítimas[1]; franceses, italianos, suecos y daneses, así como las tripulaciones forasteras de goletas de cabotaje. Por todos sitios se veían mujeres vestidas de negro, que se saludaban unas a otras con un lúgubre orgullo, pues este era su gran día. También había ministros de varios credos, pastores de grandes y acaudaladas congregaciones que venían a la costa a descansar; pastores que trabajaban durante todo el año allí; sacerdotes de la Iglesia de la Colina; antiguos marineros de barbas pobladas que ahora eran pastores luteranos, personajes sociables que saludaban a una veintena de botes. Había propietarios de líneas de goletas, que hacían grandes donativos a la sociedad benéfica, y pequeños propietarios cuyos barcos estaban empeñados hasta la punta de sus mástiles. Todos ellos se mezclaban entre los banqueros y agentes de seguros marítimos, capitanes de remolcadores y barcos cisterna, aparejadores, estibadores, descargadores,

saladores, constructores de barcos, toneleros y demás habitantes de la heterogénea población del muelle.

Caminaron a través de filas de asientos, alegrados por los vestidos de las veraneantes, y uno de los funcionarios del ayuntamiento se paseaba por los alrededores vigilándolo todo y transpirando hasta brillar de puro orgullo cívico. Cheyne había tenido un breve encuentro con él hacía pocos días, y surgió entre ellos un completo entendimiento.

—Bueno, señor Cheyne, ¿qué le parece nuestra ciudad? (Sí, señora, puede tomar asiento donde más le guste). Supongo que también tendrán estas fiestas en el Oeste, ¿verdad?

—Sí, pero no con tanta tradición como las suyas.

—Claro, por supuesto. Tendría que haber asistido usted a los festivales que celebramos con motivo de nuestro doscientos cincuenta aniversario. Le puedo asegurar que la ciudad hizo honor a su nombre.

—Eso he oído. Eso es rentable, además. Aunque ¿qué pasa con esta ciudad que no tiene un hotel de primera clase?

—Por allí a la izquierda, Pedro. Hay mucho sitio para ti y para tu tripulación. Pues… eso mismo es lo que yo digo todo el tiempo, señor Cheyne. Se podrían obtener buenos beneficios con él, pero me imagino que eso no le interesa a usted. Lo que nosotros queremos es…

Una mano pesada se apoyó en sus anchos hombros, y el acalorado capitán de una goleta de cabotaje que transportaba hielo y carbón le hizo volverse.

—¿Qué rayos pretendéis vosotros, tíos, aplicando la ley en la ciudad cuando todos los hombres decentes se encuentran en alta mar? ¿Eh? La ciudad está más seca que un hueso, y huele peor que cuando me marché. Por lo menos, deberíais dejarnos una cantina abierta para tomar refrescos.

—No parece que te hayamos quitado tu aprovisionamiento esta mañana, Carsen. Discutiré asuntos de política más adelante. Ahora quédate sentado junto a la puerta y reflexiona sobre los argumentos que vas a decirme cuando vuelva.

—¿Qué me importan a mí los buenos argumentos? En Miquelon, el champán se consigue a dieciocho dólares la caja y…

El capitán fue dando bandazos hacia su asiento, cuando un preludio de órgano hizo que se callara.

—Nuestro nuevo órgano —dijo muy orgulloso el funcionario a Cheyne—. Nos ha costado cuatro mil dólares. Tendremos que volver a subir el precio de las licencias de venta de bebidas alcohólicas para pagarlo. No iba a permitir que los ministros tuvieran *toda* la religión en su convención. Aquellos son

algunos de nuestros huérfanos disponiéndose a cantar. Mi esposa les ha enseñado. Hasta luego, señor Cheyne. Me necesitan en el estrado.

Altas, claras y sinceras, las voces infantiles lograron acallar a los que aún no se habían acomodado en sus asientos.

¡Oh, vosotras, las Obras del Señor,
bendecid al Señor:
alabadle y glorificadle para siempre!

Todas las mujeres que había en el salón, se inclinaron hacia adelante para ver mejor, mientras las reiteradas cadencias inundaban el aire. La señora Cheyne, y algunas otras, comenzaron a respirar entrecortadamente; difícilmente podía imaginarse que hubiera tantas viudas en el mundo; e instintivamente buscó a Harvey. Este se había reunido con los del We’re Here y se encontraba con ellos al fondo del auditorio, de pie, como por derecho propio, entre Dan y Disko. El tío Salters, que había vuelto la noche anterior con Penn desde Pamlico[2], le recibió con suspicacia.

—¿Todavía no se ha marchado tu familia? —le gruñó—. ¿Qué es lo que estás haciendo aquí, jovencito?

¡Oh, mares y ríos, bendecid al Señor:
alabadle y glorificadle para siempre!

—¿Pero es que no tiene derecho, acaso, de estar aquí? —le contestó Dan —. Ha estado pescando en los Bancos al igual que el resto de nosotros.

—Pero no con estas ropas —continuó gruñendo Salters.

—¡Cierra el pico, Salters! —dijo Disko—. Ya te ha vuelto la bilis. Quédate justo ahí donde estás, Harvey.

Entonces se levantó el orador para la ocasión, otro pilar de la municipalidad, dando la bienvenida a Gloucester a todos los presentes, y señalando incidentalmente la manera en que Gloucester aventajaba al resto del mundo. Luego hizo referencia a la riqueza marítima, y habló sobre el precio que debería pagarse por la cosecha del año. Escucharían más tarde los nombres de los muertos en el mar y que ese año habían sido ciento diecisiete en total. En ese momento, las viudas se quedaron sorprendidas y mirándose unas a otras. Gloucester no puede jactarse de poseer fábricas ni molinos boyantes. Sus hijos trabajaban por lo que el mar podía pagarles; y todos ellos sabían que ni los Bancos ni George eran pastizales de vacas. Lo mejor que podían hacer era ayudar a las viudas y sus huérfanos; y, tras unas pocas recomendaciones generales, aprovechó la ocasión para agradecer, en nombre

de la ciudad, a todos aquellos, que, movidos por el espíritu del bien de la comunidad, habían participado en los actos del festival.

—Detesto la parte en que se ponen a mendigar —gruñó Disko—. No ofrece una buena imagen de nosotros.

—Si la gente se niega a ahorrar un poco cuando tienen la oportunidad y se dedica a malgastar el dinero —volvió a decir Salters—, salta a la vista, naturalmente, que *tengan* que ser humillados. Toma buena nota de esto, jovencito. La riqueza no dura más de una temporada si te dedicas a malgastarla en lujos.

—Pero perderlo todo…, todo… —comenzó a decir Penn—, ¿qué te queda por hacer, entonces? Una vez… —los ojos acuosos y azules miraban fijamente hacia arriba y hacia abajo, como si estuvieran buscando algo que los calmara— leí en un libro, me parece…, acerca de un barco en donde todos habían sido arrastrados por las aguas…, todos excepto uno…, y ese fue el que me dijo…

—¡Rayos! —le interrumpió Salters—. Lee un poco menos e interésate más por tus tripas, y entonces estarás más cerca de ganarte el sustento, Penn.

Enredado entre los pescadores, Harvey sintió un horripilante hormigueo que le empezaba en la nuca y terminaba en sus botas. Tenía frío también, aunque era un día sofocante.

—¿Es esa la actriz de Filadelfia? —dijo Disko Troop, mirando con desprecio desde el estrado—. Habrás arreglado el asunto del viejo Ireson, ¿verdad, Harvey? Ahora ya sabéis por qué.

No fue «el viaje de Ireson», lo que la actriz recitó, sino otra clase de poema que hablaba sobre un puerto de pescadores llamado Brixham[3] y una flota de botes que utilizaban redes de arrastre, que se debatían contra una tormenta en plena noche, mientras sus mujeres encendían una hoguera en el puerto con cualquier cosa que pudiera caer a sus manos.

Cogieron la manta de la abuela;
que tiritando la ofreció;
y la cuna del bebé
que no podía decir que no.

—¡Hala! —exclamó Dan, mirando por encima del hombro de Long Jack —. ¡Eso es genial! Aunque debió de salirles caro.

—¡Qué marmotas! —dijo el hombre de Galway—. Un puerto mal iluminado, Danny.

Y sin saber mientras lo hacían
si era un faro aquello que encendían

o tan solo una pira funeraria.

La maravillosa voz emocionaba a la gente tocando sus fibras sensibles; y cuando les contó sobre el momento en que la empapada tripulación llegaba a tierra, y cómo vivos y muertos eran llevados hasta el resplandor del fuego, para preguntarle a la gente: «Niño, ¿es este tu padre?» o «Mujer, ¿es este tu marido?», los que la escuchaban podían oír su respiración entrecortada por todos los bancos del salón.

Y cuando los barcos de Brixham
salen a enfrentarse a las tormentas,
¡pensad que el amor va viajando con ellos
como la luz sobre sus velas!

Hubo un aplauso muy pequeño para ella cuando terminó. Las mujeres buscaban sus pañuelos, y muchos de los hombres miraban al techo con los ojos humedecidos.

—¡Hum! —dijo Salters—. En cualquier teatro te cobrarían un dólar si quisieras oír esto, puede que hasta dos. Supongo que algunos podrán pagarlo. Para mí es un despilfarro… Ahora bien, ¿cómo diablos habrá llegado flotando hasta aquí el capitán Bart Edwardes?

—No hubo manera de impedírselo —dijo un hombre de Eastport, que se hallaba detrás—. Es un poeta, y está empeñado en recitar su obra. Viene del mismo sitio que nosotros.

Pero no dijo que el capitán Edwardes había estado luchando durante cinco años para que se le permitiese recitar, en el Día de la Conmemoración de Gloucester, un trozo del poema que él mismo había compuesto. La simplicidad y la total felicidad que irradiaba el viejo cuando se levantó a recitar, vestido con su mejor atuendo de domingo, se ganó a la audiencia aun antes de que abriera la boca. El público se quedó silencioso durante treinta y siete versos, compuestos a hachazos, que describían, con todo lujo de detalles, la pérdida de la goleta Joan Hasken cuando salió hacia George, durante la tormenta de 1867. Cuando llegó al final del poema, todos le vitorearon como si fueran una sola y amable garganta.

Un reportero de Boston, con mucha sagacidad, se escurrió entre la gente para conseguir el texto completo del poema épico y una entrevista al autor. De ese modo, el mundo ya no tenía más que ofrecerle al capitán Bart Edwardes, exballenero, carpintero de ribera, maestro de pescadores y poeta.

—A eso le llamo yo ser listo —dijo el hombre de Eastport—. He tenido el poema en mis dos manos mientras lo recitaba, y puedo dar fe de que ha dicho absolutamente todo lo que había escrito allí.

—Si Dan, este de aquí, no pudiera hacerlo mejor antes del desayuno, merecería una buena zurra —dijo Salters, manteniendo el honor de Massachusetts por una cuestión de principios—. Pero no dejo de reconocer que es un literato de consideración… para ser de Maine. Aun así…

—Creo que el tío Salters se morirá en este viaje. Es el primer cumplido que me hace en la vida —dijo Dan, riéndose con disimulo—. ¿Qué te pasa, Harvey? Has estado muy callado y te estás poniendo de color verdoso. ¿Te encuentras mal?

—No sé qué me pasa —contestó Harvey—. Parece como si mis entrañas fuesen demasiado grandes para mi cuerpo. Tengo escalofríos y me siento a punto de reventar.

—¿Será dispepsia? ¡Hum! Qué mala pata. Esperaremos a la lectura, y luego nos marcharemos para aprovechar la marea.

Las viudas, que lo eran casi todas desde la misma época, se pusieron rígidas, como si estuvieran a punto de recibir un tiro a quemarropa, pues sabían lo que les esperaba. Las chicas veraneantes, vestidas con sus camisas azules y rosas, dejaron de reírse disimuladamente del maravilloso poema del capitán Edwardes, y se volvieron para ver a qué se debía tanto silencio. Los pescadores se empujaban unos a otros, mientras el mismo funcionario con el que Cheyne había estado hablando antes se subió a la plataforma y comenzó a leer la lista de las pérdidas, dividiéndolas por meses. Las bajas del último septiembre, eran casi todas hombres solteros y extranjeros, y su voz sonaba muy alta en la quietud del salón:

9 de septiembre. La goleta Florrie Anderson, perdida con toda su tripulación a la altura de George.

Reuben Pitman, capitán, 50 años, soltero, calle Mayor de esta ciudad.

Emil Olsen, 19 años, soltero, calle Hammond, 329, de esta ciudad. Holandés.

Oscar Stanberg, 25 años, soltero, sueco.

Pedro, supuestamente de Madeira, soltero, de la pensión Keen de esta ciudad.

Joseph Welsh, alias Joseph Wright, 30 años, de St. John, Terranova.

—No…, era de Augusta, Maine —gritó una voz de entre el público.

—Zarpó de St. John —dijo el que leía, intentando ver al que había hablado.

—Ya lo sé. Es de Augusta. Era mi sobrino.

El hombre que leía hizo una corrección a lápiz, en el margen de la lista, y prosiguió:

De la misma goleta, Charlie Ritchie, Liverpool, Nueva Escocia, 33 años, soltero.

Albert May, calle Rogers, 267, de esta ciudad, 27 años, soltero.

27 de septiembre. Orvin Dollard, 30 años, casado, ahogado en un bote a la altura de Eastern Point.

Aquí el tiro dio en el blanco, pues una de las viudas se estremeció en donde estaba sentada, retorciéndose las manos. La señora Cheyne, que había estado escuchando con los ojos muy abiertos, levantó la cabeza y se sofocó. La madre de Dan, que estaba unos cuantos asientos a la derecha, se dio cuenta y se cambió a su lado rápidamente. La lectura prosiguió. Cuando llegaron a los naufragios de enero y febrero, los golpes dieron en el blanco de manera contundente y rápida, y las viudas contuvieron la respiración entrecortadamente.

> 14 de febrero. Goleta Harry Randolph, desarbolada en su regreso a casa desde Terranova; Asa Musie, 32 años, casado, calle Mayor de esta ciudad, desaparecido al caer por la borda.
>
> 23 de febrero. Goleta Gilbert Hope. Robert Beavon, perdido en un bote a la deriva, 29 años, casado, nativo de Pubnico, Nueva Escocia.

Pero su esposa se encontraba en la sala. Se oyó un pequeño grito ahogado, como si le hubiesen pegado a un animalito. Se acalló de inmediato, y una chica salió de la sala tambaleándose. Había mantenido la esperanza, durante meses, pues algunos que habían desaparecido en los botes, de repente, habían sido encontrados milagrosamente vivos por veleros en alta mar. Ahora ya tenía la certeza, y Harvey pudo ver cómo un policía, que estaba en la acera, le conseguía un carruaje.

—Son cincuenta centavos hasta la estación —comenzó a decir el cochero, pero el policía levantó la mano—; de todas maneras iba hacia allí. Suba. Escucha lo que te voy a decir, Alf; no se te ocurra multarme la próxima vez que mis faros no estén encendidos, ¿vale?

La puerta lateral de la sala se cerró, dejando fuera la brillante luz del sol, y los ojos de Harvey se volvieron de nuevo hacia el hombre y su lectura interminable:

> 10 de Abril. Goleta Mamie Douglas, perdida en los Bancos con toda su tripulación.
>
> Edward Canton, 43 años, capitán, casado, de esta ciudad.
>
> D. Hawkins, alias William, 34 años, casado, Shelburne, Nueva Escocia.
>
> G. W. Clay, de color, 28 años, casado, de esta ciudad.

Y así continuó, y continuó. A Harvey se le empezaron a hacer grandes nudos en la garganta, y su estómago le recordaba el día en que se cayó del trasatlántico.

> 10 de Mayo. Goleta We’re Here… (en ese momento, la sangre comenzó a hormiguearle por todo el cuerpo), Otto Svendson, 20 años, soltero, de esta ciudad, desaparecido al caer por borda.

De nuevo se oyó un sollozo en algún sitio al fondo de la sala.

—Ella no debería haber venido. No debería haber venido —dijo Long Jack, con tono de lástima.

—No te pongas así, Harvey —gruñó Dan.

Pero eso fue todo lo que Harvey pudo oír, porque el resto se volvió todo oscuridad envuelta en remolinos vertiginosos. Disko se inclinó hacia adelante y habló con su esposa, que estaba sentada rodeando con un brazo a la señora Cheyne, y con el otro, sujetándole fuertemente las ensortijadas manos.

—Incline la cabeza hacia adelante…, hacia abajo —le susurraba—. Se le pasará en un minuto.

—¡No puedo! ¡No!… ¡Déjeme…, oh! —la señora Cheyne no sabía en absoluto lo que decía.

—Debe usted hacerlo —insistía la señora Troop—. Su hijo acaba de desmayarse completamente. A veces les sucede eso cuando están creciendo. ¿Quiere usted ir a atenderle? Podemos salir por aquí. Quédese tranquila. Venga conmigo. Querida mía, las dos somos mujeres. Debemos atender a los hombres de nuestra familia. ¡Vamos!

La tripulación del We’re Here se apresuró a salir rodeándolas como si fueran sus guardaespaldas, y llevaron hasta un banco, en la antesala, a un Harvey muy pálido y agitado.

—Prefiere estar con su madre —fue todo el comentario de la señora Troop, mientras la madre se inclinaba sobre su hijo.

—¿Cómo has podido pensar que él podría soportarlo? —le gritó indignada a Cheyne, quien no decía absolutamente nada—. ¡Ha sido horrible! ¡Horrible! No deberíamos haber venido. Ha estado mal y ha sido muy cruel. No…, no está bien. ¿Por qué…, por qué no publicarán estas cosas en los periódicos, que es el sitio en donde deberían estar? ¿Te encuentras mejor, cariño?

Esto hizo que Harvey se sintiera completamente avergonzado.

—Oh, creo que estoy bien —dijo, luchando por ponerse de pie, y con una risita entrecortada—. Debe de ser algo que tomé en el desayuno.

—El café, tal vez —dijo Cheyne, cuya cara estaba rígida, como si fuera de bronce—. No volveremos a entrar ahí.

—Será mejor que vayamos al muelle —dijo Disko—. El ambiente está demasiado cargado con tanto latino[4], y el aire fresco reanimará un poco a la señora Cheyne.

Harvey dijo que nunca se había sentido mejor en su vida; pero hasta que no vio el We’re Here en el muelle de Wouverman, que acababan de

abandonar los descargadores, no se le fueron todos esos sentimientos que le inundaban, convirtiéndolos en una mezcla de orgullo y tristeza. Otras personas, como veraneantes y demás, se entretenían a bordo de laúdes[*] o contemplaban el mar desde el embarcadero; pero él comprendía las cosas desde su interior, más cosas de las que pudiese ser capaz de entender. Habría querido sentarse a gritar porque la pequeña goleta se marchaba. La señora Cheyne simplemente lloraba y lloraba a cada paso que iba dando, y decía las cosas más extraordinariamente raras a la señora Troop, quien la mimaba como si fuera un bebé, hasta que Dan, al que no habían mimado desde que tenía seis años, dio un fuerte silbido.

Y de esa manera, la vieja tripulación —Harvey se sentía como el más veterano de los marineros— se dejó caer en la cubierta de la vieja goleta entre los maltrechos botes, mientras Harvey soltaba las amarras de popa desde el muelle, y se deslizaron sobre el agua por un costado del muelle, mientras iban diciendo adiós con la mano. Todos tenían tanto que decir que ninguno dijo nada en particular. Harvey le encargó a Dan el cuidado de las botas del tío Salters y del ancla del bote de Penn, y Long Jack instó a Harvey para que no se olvidara de sus lecciones de náutica; pero las bromas perdían su gracia en presencia de las dos mujeres, y es difícil ser gracioso cuando las aguas verdes del puerto se interponen entre los buenos amigos.

—¡Izad el foque y la de trinquete! —gritó Disko, cogiendo la rueda del timón, mientras la goleta era llevada por el viento—. Hasta la vista, Harvey. No sé, pero me voy a acordar mucho de ti y de tu familia.

Entonces, el barco quedó fuera del alcance del oído, y se quedaron sentados en el muelle, viéndola alejarse del puerto. Y la señora Cheyne continuaba aún llorando.

—Bueno, querida mía —dijo la señora Troop—. Las dos somos mujeres. Parece que el llorar tanto no alivia su corazón. Dios sabe que nunca ha aliviado el mío; pero también sabe que tengo muchos motivos para llorar.

Pasaron unos cuantos años, y en el otro extremo de América un joven caminaba a través de la fría y húmeda niebla por una calle azotada por el viento, en la que se alzaban las más costosas casas construidas de madera imitando la piedra, y se paró junto a una puerta de hierro forjado. Se acercó a él otro joven a lomos de un caballo, que habría sido barato si alguien no hubiese pagado más de mil dólares por él. Y esto fue lo que se dijeron:

—¡Hola, Dan!

—¡Hola, Harvey!

—¿Qué tal te van las cosas?

—Bueno, estoy a punto de convertirme en esa especie de bicho llamado segundo de a bordo durante la próxima travesía. ¿Y tú has terminado ya con esa universidad tan cara?

—Pues en eso estoy. Te voy a decir una cosa: la Leland Standford Junior[5] no tiene ni punto de comparación con el viejo We're Here, pero voy a meterme en el asunto de ser propietario el próximo otoño.

—¿Quieres decir en el de nuestra línea de buques?

—En ninguna otra. Os vais a enterar cuando me ocupe de vosotros, Dan. Voy a hacer que la línea se tumbe a llorar cuando me haga cargo.

—Correré ese riesgo —dijo Dan, con una abierta sonrisa fraternal.

Harvey desmontó y le preguntó si quería entrar a la casa.

—Para eso he venido, pero ¿está el doctor aún por aquí? Cualquier día voy a ahogar a ese negro chiflado, con sus condenadas bromas y todo.

Entonces se oyó una risita baja y triunfal, mientras el excocinero del We're Here aparecía de entre la niebla para coger las bridas del caballo. No permitía que nadie más que él atendiese los deseos de Harvey.

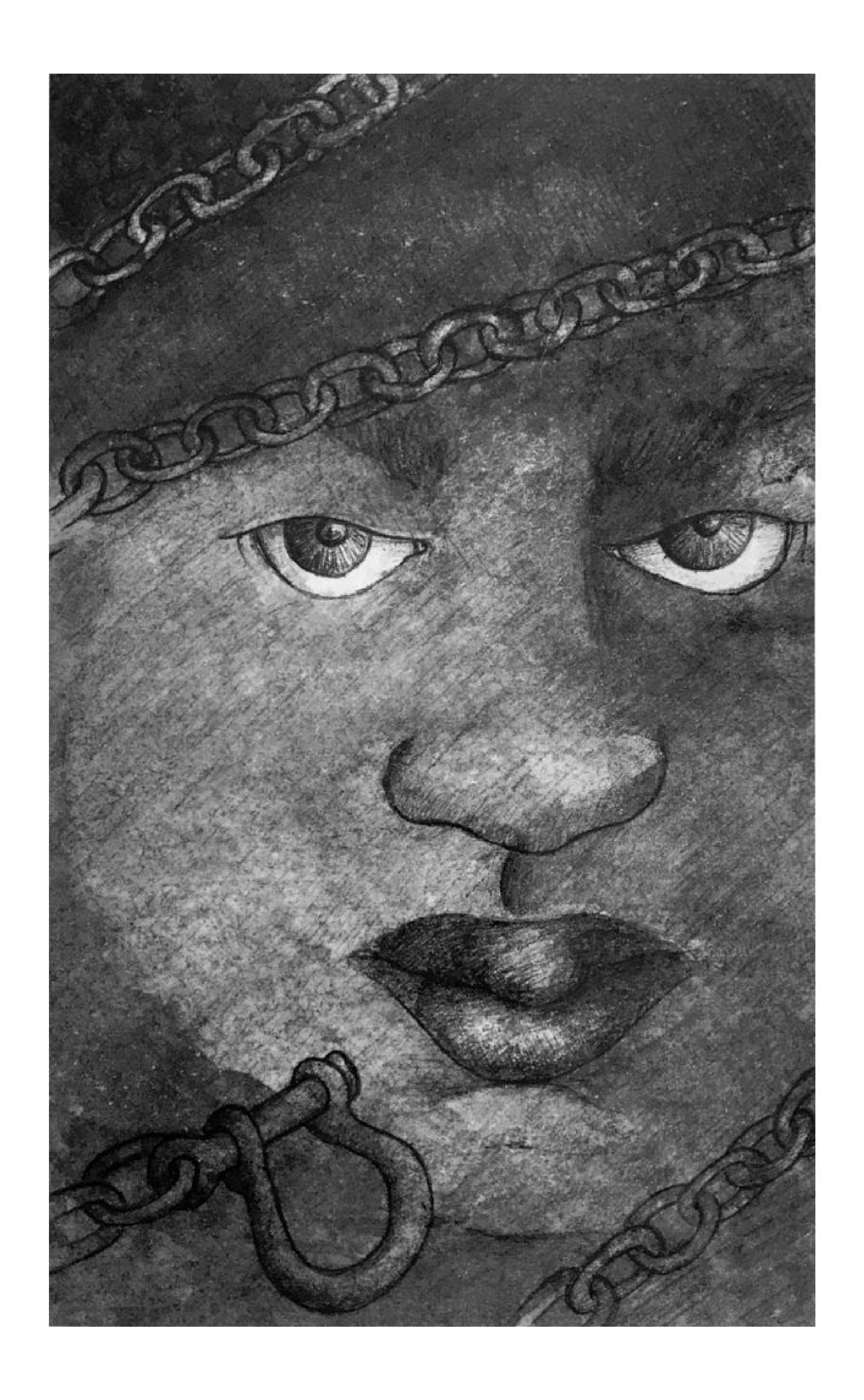
—Una niebla espesa como la de los Bancos, ¿no es cierto, doctor? —dijo Dan, propiciatorio.

Pero el celta negro como el carbón, el del don de la clarividencia, no consideró conveniente contestar hasta darle a Dan una palmada en el hombro, y por vigésima vez le susurró la vieja profecía al oído:

—Patrón…, criado. Criado…, patrón. ¿Recuerdas, Dan, cuando lo dije a bordo del We're Here?

—Bueno, no me atrevería a negarlo ahora que las cosas parecen estar así —le respondió Dan—. Era un buen barco, y de un modo u otro le debo un montón de cosas… a él y a mi padre.

—Yo también —dijo Harvey Cheyne.



Glosario de términos marítimos

Achicar: Extraer el agua de una embarcación. <<

Alcázar: Espacio que media en la cubierta principal entre el palo mayor y la toldilla[*]. <<

Amarra: Cabo para asegurar la embarcación en el paraje donde da fondo. <<

Amura: Parte de los costados del buque donde este empieza a estrecharse para formar la proa. <<

Aparejador: El que se encarga de poner el aparejo a una embarcación. <<

Aparejo: Conjunto de palos, vergas, jarcias y velas de un buque. <<

Babor: Banda o lado izquierdo de un buque, mirando de popa a proa. <<

Bancada: En las embarcaciones menores, banco donde se sientan los remeros. <<

Barcada: Carga que transporta una barca en cada viaje. Cada viaje de una barca. <<

Barlovento: El sector de horizonte de donde procede el viento, respecto a un punto de vista determinado. Tratándose de un buque, costado o banda encarada al viento. <<

Bauprés: Palo grueso que sale de la proa para afuera, con más o menos inclinación al horizonte. <<

Bergantín: Velero de dos palos, trinquete y mayor, compuestos de palo macho y dos masteleros. Apareja velas cuadras en ambos. <<

Bitácora: Mueble de madera en que se coloca la aguja naútica o compás, delante de la rueda del timón, para gobierno del timonel. <<

Borda: Parte superior del costado de un buque. <<

Bordada: Camino que hace entre dos viradas el barco que navega voltejeando para ganar o adelantar hacia barlovento. <<

Botalón: Palo redondo que, aparejado convenientemente, se saca hacia fuera, ya del costado mismo del buque, ya de las vergas, para marear las velas rastreras, amarrar embarcaciones menores, etcétera. <<

Botavara: Palo redondo que, enganchado en el de mesana o en el mayor según sea la embarcación, sirve para cazar en él la cangreja. <<

Bovedilla: Parte de la popa de un buque en la que está practicada la limera del timón. <<

Braza: Medida de longitud, equivalente a 1,67 m (braza española) o 1,83 m (braza inglesa), que se emplea para medir la profundidad. <<

Cabrestante: Torno vertical que se emplea para soltar o recoger cables. <<

Calafatear: Operación consistente en rellenar las juntas o costuras de las tablas de las embarcaciones, con el fin de cerrar las fisuras e impedir así la entrada de agua. <<

Cáncamo: Tornillo grande con una anilla en lugar de cabeza, que se fija en los barcos con objeto de amarrar cabos. <<

Cangreja: Vela de cuchillo, de forma trapezoidal. <<

Carraca: Navio de grandes dimensiones, empleado durante la Edad Media y hasta fines del siglo XVII. <<

Castillo: Estructura situada en la cubierta principal del buque, entre el trinquete y la proa. Se llama castillo de popa a la toldilla. <<

Clíper: Velero grande y rápido con velas cuadras. <<

Cofa: Plataforma colocada en alguno de los palos, que sirve para maniobrar desde ella las velas altas, y también para vigilar. <<

Contrafoque: Foque más pequeño que el principal, que se enverga por su cara de popa. <<

Cuadrante: Antiguo instrumento de medida de ángulos, formado por la cuarta parte de un círculo, y dividido en grados, minutos y segundos. <<

Cubierta: Cada uno de los suelos que dividen horizontalmente un barco. Si no se especifica, se entiende la superior o principal, rodeada por la borda. <<

Driza: Cabo usado para izar o arriar vergas y velas, así como banderas y gallardetes. <<

Envergar: Sujetar las velas a las vergas. <<

Escandalosa: En las goletas, bergantines y otros barcos, pequeña vela triangular o trapezoidal que se orienta por encima de la cangreja. <<

Escandallo: Parte de la sonda para reconocer la calidad del fondo del agua. <<

Escobén: Cualquiera de los agujeros circulares o elípticos que se abren en los miembros de un buque, a uno y otro lado de la roda, para que pasen por

ellos los cables o cadenas. <<

Escotilla: Abertura grande que pone en comunicación un piso del barco con otro. <<

Estay: Cabo que sujeta la cabeza de un mástil al pie del más inmediato, para impedir que caiga hacia la popa. También, vela de cuchillo izada en un estay. <<

Estiba: Colocación conveniente de las mercancías a bordo, teniendo en cuenta el volumen y peso de las mismas. <<

Estopa: Parte gruesa del cáñamo, o cáñamo aprovechado de jarcias viejas deshilacliadas, que se emplea para calafatear las costuras del casco de las embarcaciones de madera. <<

Estribor: Banda o costado derecho de un buque, mirando de popa a proa. <<

Facha (Ponerse en): Parar el curso de una embarcación por medio de las velas, haciéndolas obrar en sentidos contrarios. <<

Flechaste: Cada uno de los cabos delgados horizontales que, ligados a los obenques, forman las escalas por donde la marinería sube a lo alto de los palos. <<

Foque: En general, todas las velas triangulares que se amuran en el bauprés y sus botalones. <<

Gabarra: Embarcación mayor que la lancha, con árbol y mastelero, y, generalmente, con cubierta. Suele ir remolcada, y cuando no, se maneja con vela y remo. <<

Garrucho: Anillo de madera correosa o de metal, que sirve para envergar las velas de cuchuillo, como los foques y las velas de estay. <<

Gavia: Toda vela que se larga en el mastelero que va sobre el palo principal. <<

Goleta: Barco de dos palos, con velas áuricas en su aparejo, y de 50 a 200 t de carga. <<

Guardín: Cada uno de los dos cabos o cadenas que van sujetos a la caña del timón y por medio de los cuales se maneja. <<

Guiñada: Movimiento de giro o desvío regular de la proa de un barco hacia un lado u otro del rumbo que debe seguir, bien sea con un propósito determinado, bien por causas ajenas a la voluntad. <<

Halar: Tirar de un cabo, de una lona o de un remo en el acto de bogar. <<

Imbornal: Orificio o canal practicado a trechos en los costados de un buque, para dar salida al agua embarcada en la cubierta a consecuencia de un golpe de mar. <<

Jarcia: Conjunto de todo el cordaje de un buque, y también el nombre de toda pieza entera de cuerda. Se llama jarcia muerta a la que sirve para la sujeción de los palos. <<

Juanete: Cada una de las vergas que se cruzan sobre las gavias, y las velas que en aquellas se envergan. <<

Lastre: Peso que se carga en una embarcación para que esta se sumerja en el calado deseado. <<

Laúd: Pequeña embarcación de un solo palo con vela latina, parecida al falucho. <<

Manga: Anchura máxima de una embarcación. <<

Mascarón de proa: Representación de una figura humana, dios o ser fantástico, que se colocaba como adorno en lo alto del tajamar de las embarcaciones. <<

Molinete: Torno o cabrestante colocado transversalmente, delante del palo trinquete. <<

Motón: Garrucha, polea. <<

Oessudoeste: Punto del horizonte equidistante del Oeste y el Sudoeste. <<

Pañol: Cualquiera de los compartimientos de un barco, destinado a almacenar víveres, municiones, etcétera. <<

Paquebote: Buque mercante que lleva correspondencia y pasajeros. <<

Perigallo: Cabo de poca mena o aparejuelo con que se mantiene suspendida una cosa de poco peso —como, por ejemplo, un toldo o el grátil de una vela de estay—, para su mejor disposición en el uso a que está destinada. <<

Quilla: Pieza longitudinal que va de proa a popa, formando el canto o arista inferior del casco, y que puede considerarse como el eje del barco. <<

Regala: Tablón que cubre la cabeza o extremos de los barraganates de la cuaderna, y forma la parte superior de la borda, con la que a veces se la

confunde. <<

Rempujo: Especie de disco plano, estriado en dos direcciones, y que, cosido en una manopla, aplican los veleros a la palma de la mano para empujar la aguja al coser y relingar las velas. <<

Rizo: Trozo de cajeta o cabo delgado que, pasado por los olíaos de las velas, sirve como de tomador para aferrar una parte de estas y de envergue para las restantes, disminuyendo su superficie para que puedan así resistir la fuerza del viento cuando este arrecia. <<

Serviola: Pescante grueso y resistente que sale de ambas bordas del castillo hacia fuera. Sirve para suspender las anclas. <<

Sobrecargo: Miembro superior de la tripulación que, en los buques mercantes, tiene a su cuidado la carga y las funciones administrativas que le encomienda el naviero o cargador. <<

Sondaleza: Cuerda larga y delgada con la cual el escandallo se sonda y se reconocen las brazas de agua que hay desde la superficie hasta el fondo. <<

Sotavento: Parte opuesta a la de donde viene el viento, con respecto a un punto determinado. <<

Sueste: Sombrero impermeable de lona encerada, cuya ala es estrecha y levantada por delante, y muy ancha y caída por detrás. <<

Toldilla: Cubierta parcial que va desde el palo de mesana al coronamiento de popa. También se le llama castillo de popa. <<

Tolete: Estaca fijada en el borde de la embarcación a la cual se ata el remo. <<

Trinquete: El palo que se arbola inmediato a la proa, en las embarcaciones que tienen más de uno. También, la verga correspondiente a dicho palo. <<

Virar: Hacer un cambio de bordada o de rumbo. <<

Apéndice

Introducción

A veces, muchas veces, lo que queremos ser y lo que somos, no coincide. A veces, muchas veces, nuestros deseos no coinciden con la realidad, quisiéramos que el mundo fuera de una manera pero es de otra. Nos imaginamos cómo debería ser el mundo pero el mundo no nos hace caso y a veces confundimos, llevados por nuestra imaginación, nuestros deseos con la realidad.

Basta asomarse a la propia experiencia —aunque esta no sea muy amplia o larga— para comprobar este desencuentro. Cuando este desajuste se produce podemos reaccionar de muchas formas: hay quien renuncia a su imaginación, hay quien renuncia a la realidad (o al menos lo intenta), y hay quien intenta (y pocas veces logra) encontrar un espacio en el que deseo y realidad alcancen un estado de armonía.

La realidad y el deseo

Escribir, para Joseph Rudyard Kipling, fue una manera de encontrar un espacio para esa armonía. No es extraño que hoy —cuando esa armonía parece haber desaparecido como meta de la humanidad— alguien tenga la tentación de pensar que Kipling es un autor «de otra época». Y seguramente quien eso afirme tendrá sus ciertas razones para llegar a tal juicio. Es más, creo que incluso sería razonable que llegase a pensar que Kipling ya no era de su época en su propia época. Tendrá razones quien así vea a Kipling, pero no tendrá razón porque la razón requiere imaginación y solo desde la imaginación uno puede descubrir que la condición moderna del hombre es precisamente el desencuentro de todo hombre con su época.

La búsqueda de esa armonía entre el cómo quisiéramos que fuera el mundo y el cómo es en realidad, es la definición certera de la condición humana y solo aquellos que confunden la realidad con la aceptación de esa realidad podrían negarse a ver en ese conflicto la actualidad de una obra como la de Kipling.

Esto no quiere decir que ese *debería ser el mundo* de Kipling no sea, en muchos aspectos, muy cuestionable. Sin duda en la visión de Kipling podemos descubrir una especie de nostalgia aristocrática e incluso imperialista o paternalista que hoy chirría y se nos presenta como una rémora en su obra, pero más allá del juicio sobre la propuesta ideológica de Kipling, permanece su capacidad para enfrentarse y plantear ese conflicto de fondo entre el querer ser y el ser, que todavía forma parte —y esperemos que durante mucho tiempo— de nuestro horizonte histórico.

Al César lo que es del César

No se trata de rescatar a Kipling de ningún infierno literario o ideológico, sino de dar al César lo que es del César. Una lectura atenta de su obra —y en este caso de *Capitanes intrépidos*— permite ponderar la validez de su mundo narrativo, señalar sus contradicciones e incluso indicar alguna debilidad literaria, pero en cualquier caso transparenta la fuerza de su escritura y su alta capacidad para crear personajes capaces de existir fuera de su propio texto —y trasladables a otros contextos, por tanto— gracias al poderío simbólico que arrastran.

En este breve estudio, y dado que tanto la figura del autor como su época ya han sido tratados con amplitud y acierto en otros apéndices de esta colección[1], nos detendremos con especial atención en aquellos aspectos de la época, vida y obra que sirvan para establecer la significación global de su literatura.

La época

Entre dos siglos

La vida de nuestro autor se reparte casi con exactitud matemática entre dos siglos. Nacido en 1865 y fallecido en 1936, Kipling es un testigo perfecto de una época que se caracteriza precisamente por contener un cambio de época.

Para definir este cambio creo que lo mejor es acudir a un concepto: el progreso, cuya valoración sufrirá una radical transformación a lo largo de los años de la vida de Kipling, hasta el punto de que la relación con dicho concepto señala la diferencia específica entre uno y otro siglo.

Siglo XIX. La utopía del progreso

El siglo XIX es el siglo de la burguesía, los nacionalismos y el progreso. Como consecuencia de la Revolución Francesa, la burguesía consolida su despliegue y el capitalismo como forma de producción se intensifica y amplía sus áreas de influencia. El

comercio se internacionaliza, las revoluciones industriales cambian el mapa humano de Europa y las formas de gobierno basadas en la democracia representativa monopolizan la legitimidad política. El desarrollo económico aparece como algo irrefrenable y las transformaciones técnicas —la máquina de vapor, la siderurgia, la industria del carbón, los avances médicos— crean una sensación de progreso continuo cuya celebración solo empieza a ser contestada por un proletariado que reclama el papel de protagonista de ese progreso. En aras del interés económico las naciones europeas —la joven USA todavía se está formando como potencia— se reparten el mundo. Junto al imperio británico, que ya se extiende por todo el mundo y que tiene en la India «su joya de la Corona», Francia, Rusia y Alemania asientan o construyen su espacio colonial. Con los imperios se expande el eurocentrismo de las metrópolis y sus formas de ver el mundo. La ideología europea de la burguesía es la encargada de dar contenido a las palabras *colonización* y *civilización*, que muchas veces y de manera interesada se identifican. Las resistencias a este programa europeo se sofocan con guerras de represión o invasión. Los europeos encuentran en sus colonias materias primas y mercados para sus productos manufacturados y llevan con ellos sus leyes, sus técnicas y sus costumbres. Y este encuentro no siempre es armonioso. Los ingleses, por ejemplo, prohíben en la India la costumbre de que las viudas sean sacrificadas en la pira funeraria de sus esposos o impiden que las niñas recién nacidas puedan ser eliminadas por sus padres, pero la desaparición de otras creencias y hábitos provoca revueltas y resistencias. Bajo las banderas de la civilización y el progreso se cometen y justifican actos de explotación y represión. Pero las contradicciones apenas tienen efecto sobre la conciencia general europea: el deseo de civilizar oculta la realidad: la rapiña económica y el dominio político.

La realidad oculta

Siglo XX. La crisis del progreso

La mirada autocomplaciente de las burguesías europeas intenta no ver los problemas que el progreso va creando a su paso: las desigualdades, las humillaciones, en ocasiones los genocidios. El progreso técnico y económico no se corresponde con un progreso moral y humano del mismo orden. Desde el proletariado o la burguesía reformista se levantan voces acusadoras. El desarrollo económico se aparta de los ideales del humanismo y es causa de un antihumanismo creciente: explotación de las facultades humanas, alienación, racismo, miseria. El mero progreso económico deja ver sus lacras no solo en los territorios colonizados sino en el interior de los países dominantes. Por si

fuera poco, el afán de rapiña económica —base de los poderíos nacionalistas — provoca enfrentamientos entre las potencias. En 1914 comienza la I Guerra Mundial. El espejismo de un progreso continuo y positivo se desmorona. Sobre la escena histórica quedan millones de muertos: ya nada volverá a ser lo mismo. La confianza (o el subterfugio) en el progreso ha desaparecido.

El autor

Joseph Rudyard Kipling nació en Bombay (La India) en 1865. Su padre era profesor de escultura en la escuela local y más tarde sería conservador del museo de Lahore. Su madre era hermana de *sir* Burne-Jones, el conocido pintor prerrafaelita, y otra tía materna era la madre del futuro primer ministro Stanley Baldwin. Crece por tanto en un hogar refinado, si bien de los primeros años en Bombay recuerda tan solo —tal y como nos cuenta en su incompleta autobiografía, *Algo sobre mí mismo*— los olores, la luz, el olor a pintura del taller de su madre, los cuentos de la aya, la imagen de su madre tocando el piano y su primer viaje a Inglaterra: un barco, el mar, un tren.

Disciplina rigurosa y puritana

Desde 1871 vive en una especie de internado de disciplina rigurosa y puritana que recuerda con desagrado. En los periodos de vacaciones vive con los Burne-Jones y entra en contacto con el mundo artístico y cultural. Además de su tío, conoce familiarmente a William Morris y a otros artistas de la época. Descubre el amor por los libros y los poetas. Un *Robinson* regalado por su padre forma parte de su memoria más profunda al igual que *El pirata*, de Walter Scott, y *Las mil y una noches*, que su tía leía en voz alta. En 1878, después de acompañar a su padre a la Exposición Universal de París, ingresa en otra institución escolar para hijos de oficiales del ejército. Aquel ambiente lo recogería más tarde en su libro *Stalky & Co*. Escribe versos e incluso edita en edición privada su primer libro: *Schoolboy Lyrics.*

El oficio de periodista

A los dieciséis años vuelve a la India, al hogar, donde reencontró un ambiente culto y grato. Al poco entró a trabajar como redactor en un diario local donde aprendió el oficio de periodista. Como él mismo dice: «Mi jefe me tomó por su cuenta, y durante tres años lo odié. Tenía que domarme, y yo no sabía nada. Ignoro lo que sufrió por causa mía; pero la poca o mucha escrupulosidad que haya llegado a adquirir en mi vida, el hábito de procurar siquiera verificar las

referencias y cierta maña para no moverme de la mesa de trabajo, se los debo enteramente». Los lectores de *Capitanes intrépidos* no podrán dejar de ver en esta frase un estupendo resumen de la novela y con más razón si se tiene en cuenta que Kipling en aquel momento está disfrutando de las ventajas de todo británico de buena posición: aposento propio, un criado para su cuidado exclusivo, caballo y carruaje propios, un lacayo y un buen sueldo. Desde esa atalaya profesional y social, el autor entra en contacto con la India. Y esa posición va a determinar claramente su visión del mundo.

Volviendo a su propio testimonio, no deja de llamar la atención que él mismo reconoce que el centro «en que mi mundo transcurría» era el Club de Punjab, el típico lugar de reunión de los colonos británicos, pero acaso más significativa sea la expresión —subrayo— con que se refiere a los empleados indígenas del periódico: «Nuestros correctores de pruebas (de los cuatro, a veces, *poseíamos* un par) eran dados a la bebida, lo que ya se esperaba; pero su sistemático y prolongado sopor me obligaba a compartir intensamente su trabajo».

La realidad circundante

El joven Kipling desde su papel de periodista conoce la realidad que le rodea. Por un lado, levanta testimonio de las miserias de la colonia y cree ver las razones del atraso en las creencias y supersticiones de los indígenas. Admira de ellos la naturalidad y los restos de «el buen salvaje» que detecta. Curioso por naturaleza, indaga en sus costumbres e historia, pero no abandona la óptica del investigador que se siente superior. No rehuye los vicios o excesos de la administración colonial, pero los vive como excepción y tentación, al tiempo que da cuenta de los avances técnicos que esa administración pone en marcha. Para él, Inglaterra está llevando a cabo una misión civilizadora a pesar de las resistencias y esa labor justifica su dominio. No deja de ser significativo que vea en el ejército la viva imagen de lo heroico. Para Kipling, los militares son los auténticos misioneros del progreso. Y no es extraño que sus primeros libros tengan a soldados como protagonistas.

Encuentro con la escritura

En 1886 se produce su encuentro con la escritura: «Sucedió una tarde de la época calurosa, hacia el año 1886, cuando ya me creía llegado al límite de mi capacidad de sufrimiento. Al entrar en mi vacía casa, al atardecer, nada había en mi espíritu, salvo el horror de una gran tiniebla con la que debía de haber luchado durante diversos días. Atravesé con vida esa tiniebla, pero ignoro cómo fue. Ya muy avanzada la noche, cogí un libro de Walter-Besant, titulado *Todos en un lindo vergel*. Su protagonista era un muchacho a quien acuciaba el afán de escribir;

advertía las posibilidades que ofrecen al artista las cosas más corrientes y, al fin, lograba satisfacer su gran deseo. Ignoro los méritos de aquel libro, juzgados según el criterio *literario* de hoy. Pero sé perfectamente que fue mi salvación en un momento de terrible necesidad, y, leyéndolo y releyéndolo, se convirtió para mí en una revelación, una esperanza y un manantial de energía».

Nuestro joven escritor ya había publicado algún relato de costumbres en el periódico, pero aquella «caída del caballo» literario incrementó su dedicación al género. En su nuevo periódico, el *Pioneer*, inició a ritmo semanal la publicación de breves narraciones de sabor local. En 1888 había publicado ya dos libros de relatos y los ecos de su renombre local habían llegado a la metrópolis. Londres lo esperaba.

La llamada de la fama

El autor es reclamado por las mejores revistas de la época y su fama se acrecienta. Publica baladas y cuentos. Canciones de cartel y aventuras heroicas. Alguien escribe que desde Dickens no se ha visto a ningún escritor conocer la popularidad con tanta rapidez. En 1891 publica su novela *En tinieblas*, que no es muy bien recibida por la crítica. Alterna con escritores conocidos como Thomas Hardy, Gosse o Rider Haggard. El famoso poeta Tennyson alaba sus versos. Parece haber llegado a la cumbre. Pero el joven Kipling parece necesitar el aliento de aires nuevos e inicia un largo viaje. Primero Italia, luego Ciudad del Cabo, más tarde Australia y Nueva Zelanda. Sueña con ir a Samoa y conocer a Stevenson, pero la afición por la bebida de un capitán de barco le impide cumplir su sueño. Camino de Londres, se detiene en Bombay. La India lo vuelve a nutrir de olores, paisajes y recuerdos.

La madurez

Entre 1892, año de su boda, y 1901, año en que publicaría *Kim de la India*, nuestro autor va a producir algunas de sus obras más conocidas y estimadas. Se casa con Caroline Balestier y decide dar la vuelta al mundo. Cuando están en Japón, da quiebra su banco y regresa a Canadá. De allí pasa el matrimonio a Vermont, USA, en donde la familia de su mujer tiene tierras y allí se instalan y construyen una casa. Nace su primera hija y se reencuentra con el que será uno de sus personajes inolvidables: Mowgli. Dejemos que él mismo nos cuente ese momento: «Mi gabinete de trabajo tenía siete pies de largo por ocho de ancho, y desde diciembre a abril la nieve llegaba hasta el alféizar de la ventana. Había escrito un cuento sobre el trabajo forestal en la India, uno de cuyos personajes era un muchacho que había sido criado por los lobos, como si se tratara de un lobezno. Durante el sosiego y la incertidumbre del

invierno de 1892, un vago recuerdo de los leones masónicos de mi revista infantil y una frase de un relato de Haggard se combinaron con el eco de aquel cuento. Después de delinear en mi mente la idea principal, la pluma tomó el mando, y vi que empezaba a escribir historias sobre Mowgli y los animales, que más tarde se convirtieron en los *Libros de la Selva*».

Intensidad creativa

Son años de enorme intensidad creativa. Al primer volumen de *El Libro de la Selva*, aparecido en 1894, le sigue un segundo volumen al año siguiente. En 1897 aparece *Capitanes intrépidos*, el libro que hoy presentamos en esta colección, y dos años más tarde *Stalkey & Co.* y, otros dos años más tarde, *Kim*, el libro que según la mayoría de los conocedores de su obra es su mejor trabajo literario.

Desde 1896, los Kipling vivían otra vez en Inglaterra, en Torquay primero y más tarde en Rottingdean, donde sus tíos tenían una casa. Allí nacería su hijo John en 1897, pero Rudyard no parecía haber encontrado «su sitio» a pesar de que su fama era ya la de un auténtico bardo nacional, cantor de la épica del imperio británico, que asistía por entonces a las fiestas de jubileo de la anciana reina Victoria, y emprende un viaje a Ciudad del Cabo, desde donde asiste a la guerra de los bóers y recupera su condición de corresponsal de guerra. Entra además en contacto con Cecil Rhodes, fundador de Rhodesia —la actual Zimbabwe— y reformador liberal, aunque muy conservador, y con el cual simpatizaría muy fuertemente.

Premio Nobel

En 1902, al fin, los Kipling, que volverían a África durante muchos veranos, encontraron el acomodo definitivo: una casa de campo en Burwash. Y allí escribiría el escritor *Puck* y sus restantes obras. En 1907 recibe el Premio Nobel, si bien, y muy curiosamente, es a partir de ese momento cuando su prestigio comienza a resentirse. El mundo está cambiando y la literatura de Kipling permanece anclada en una especie de nostalgia aristocrática. Literatura de recuerdos y estampas que hablan de un pasado glorioso que se fue. En las obras de Kipling permanece el deseo de encontrar y dirigirse a una comunidad que no existe y que en su pensamiento sustituye por la idea de nación o imperio. Esa selva armónica que de manera original había narrado en sus libros se estaba convirtiendo en una selva de verdad. La I Guerra Mundial certifica que su mundo ya no es de este mundo. En ella —y como una cruel metáfora— muere su hijo y el carácter y la escritura de Kipling se tiñe de incomprensión y amargura. En 1936 fallece y, entre el respeto de sus contemporáneos, es enterrado en la abadía de Westminster.

La obra

Orígenes de la novela

En su libro de memorias ya citado, *Algo sobre mí mismo,* Kipling nos cuenta que durante su estancia en Vermont, y con ocasión del nacimiento de su primera hija, conoció al Dr. Conland, quien entraría de este modo a formar parte de sus amistades. Más adelante escribe:

> Una o dos veces fuimos a Gloucester (Massachusetts), durante el verano, y asistí al funeral que se dedica anualmente a la memoria de los marineros ahogados o desaparecidos, pertenecientes a la flota de goletas que se dedican a la pesca del bacalao. Gloucester era entonces la capital de esta industria.
>
> Ahora bien: nuestro Dr. Conland había servido, durante su juventud, en aquella flota. Llevado de una cosa a otra, como suele ocurrir en este mundo, me embarqué en un librito titulado *Capitanes intrépidos*. Mi contribución consistió en escribirlo, pero él me facilitó los detalles. Este libro nos llevó a la playa, a los muelles en forma de T del puerto de Boston y a las raras comidas en las posadas frecuentadas por marinos, donde él remozó su juventud con antiguos compañeros o sus familiares. Abordamos todas las embarcaciones que parecían poder sernos útiles para nuestro intento, y nos divertimos lo indecible. Conland cogió grandes bacalaos y los cuchillos adecuados con que los preparan para guardarlos en la bodega, y me hizo las necesarias demostraciones anatómicas y quirúrgicas para que yo no cometiese falta alguna al manejarlos en letra de molde. También desenterró viejas historias, así como la lista de las goletas desaparecidas que habían merecido su afecto, y yo me di un festín de detalles desenfrenadamente abundantes, no precisamente para su publicación, sino para mi simple alborozo.
>
> Como si esto no bastara, cuando, hacia el fin de mi narración, me asaltó el deseo de que algunos de mis personajes se trasladaran de San Francisco a New York en un tiempo mínimo, escribí a un magnate ferroviario conocido mío preguntándole lo que haría en mi caso y aquel hombre excelente me envió un detalladísimo itinerario.

Los materiales

Hemos alargado la cita porque pocas veces se tiene la ocasión de *palpar* los materiales reales a partir de los cuales un creador, novelista en este caso, construye sus invenciones. Con falsa modestia, Kipling parece decirnos que se le dio todo hecho salvo escribir la historia y es aquí donde podemos comprobar el talento del escritor: dotar de sentido narrativo a una historia creada a partir de elementos concretos de la realidad.

El argumento

La fábula o historia que cuenta la novela es bastante fácil de resumir, lo que ya en sí nos indica la claridad narrativa con que está escrita: un joven adolescente norteamericano de muy buena familia y muy mal criado, viaja con su madre hacia Europa en un transatlántico. En un momento determinado cae a alta mar y es recogido por un pescador perteneciente a un barco bacaladero. Durante unos

tres meses permanece en el barco, donde se le hace trabajar como grumete y debe aprender a sobrevivir y a esforzarse. El joven se adapta bien y acaba por ganarse el respeto de los pescadores. Al terminar la singladura anuncia a sus padres su «resurrección» física y estos salen a su encuentro. El padre millonario recompensa discretamente a los salvadores de su hijo y al mismo tiempo, después de comprobar su «reconversión», se enorgullece de él y trazan conjuntamente planes para el futuro. En un breve epílogo se nos dará noticia de que ese futuro parece estarse cumpliendo satisfactoriamente para todos.

El tema

El tema de una narración es aquel hilo conductor que ordena los materiales narrativos. Generalmente se puede expresar con una frase o concepto que resume la idea que subyace a todo lo largo del texto. Muchas veces aparece como un conflicto, como un enfrentamiento entre dos ideas o conceptos que a lo largo de la narración se desarrolla y resuelve (si bien esa resolución puede quedar abierta hablándose entonces de lo que Umberto Eco llamó *final abierto*). En el caso de *Capitanes intrépidos* el tema se manifiesta en forma de conflicto y bien puede enunciarse con la vieja cuestión de: el hombre ¿nace o se hace? En cierto modo la novela apoya una solución determinada. Opta por que *el hombre se hace* y en conclusión ese sería el sintagma que contiene el tema del relato.

Novela de aprendizaje

El desarrollo narrativo y el tema de esta novela de Kipling hace que pueda ser clasificada o emparejada dentro de ese subgénero narrativo que conocemos como *Bildungroman* o «novela de aprendizaje». Este subgénero, en el que podemos encuadrar novelas como el *Wilhelm Meister* de Goethe o *El guardián entre el centeno*, de Salinger, por no hablar de *Trafalgar*[2], de Pérez Galdós, *Ilusiones perdidas*, de Balzac, o *La educación sentimental*, de Gustave Flaubert, se caracteriza porque su héroe o protagonista es un joven que, lleno de valores ingenuos e idealistas al comienzo de la historia narrativa, al entrar en contacto con el mundo entra en colisión o crisis con los valores reales —pragmáticos, en su inmensa mayoría— y ha de concluir por adaptarse a ellos. Por decirlo de otro modo: el héroe aprende que el mundo es superior a él o, al menos, tiene más fuerza que él.

Novela pedagógica

Podemos ver que *Capitanes intrépidos* reúne alguna de estas características —Harvey, el protagonista, acaba por aceptar los valores adultos representados por la figura del padre—, pero con algunas salvedades o singularidades. En las novelas de aprendizaje típicas, el héroe, como ya se ha indicado, al principio de la acción

narrativa, mantiene ideales nobles y altruistas. En nuestro caso es todo lo contrario: Harvey es un egoísta sin ningún ideal salvo vivir del cuento y de la fortuna familiar. Sucede también que, en las novelas características de ese subgénero, el héroe ha de enfrentarse a un medio hostil y poco amable. En nuestro caso sucede todo lo contrario, si bien puede decirse que, en el principio, él, Harvey, lo siente como hostil. Estas diferencias hacen que la novela de Kipling más que una novela de aprendizaje sea una novela pedagógica, pariente cercana de la anterior pero muy distinta en cuanto a su significado. Las primeras ponen en cuestión los valores dominantes; las segundas los suelen aceptar sin problemas.

Podríamos decir por tanto que «la educación» o «el aprendizaje» acompañan al tema pero que este —el hombre se hace— apunta hacia una intención narrativa más alta: la responsabilidad de cada hombre respecto a la construcción de su biografía. Kipling parece hacerse eco así de una vieja discusión sobre la importancia de la herencia genética y el medio ambiente en la constitución del carácter. Como veremos al hablar del protagonista, la novela parece inclinarse por la importancia del medio ambiente pero con determinados reparos que ya señalaremos.

Estructura

El entramado narrativo se corresponde con el simple desarrollo lineal del argumento, con el único salto hacia atrás con ocasión de contarnos la historia de los padres después de la desaparición de Harvey y el gran salto hacia adelante que aparece al final del último capítulo. Por lo demás, la acción narrativa se divide en diez capítulos en cuya composición no se aprecian unidades de tema o escenario. Como curiosidad solo señalar la nota introductoria en la que se da cuenta de la tripulación del barco y del tiempo y lugar de acción, algo bastante usual en las llamadas novelas de aventuras[3], con las que indudablemente esta novela también guarda parentesco.

Los bloques narrativos

Podemos, sin embargo, distinguir diversos bloques narrativos dentro de la novela:

- Un primer bloque de carácter introductorio y que sirve como presentación del protagonista. Abarca desde el inicio de la novela hasta la caída al océano.
- Un segundo bloque, el más amplio, que recoge todos los hechos que le suceden a nuestro héroe desde que se despierta en la barca hasta que el pesquero regresa a puerto.
- Un tercer bloque, caracterizado por la presencia de la familia de Harvey, que se iniciaría con la llegada de la buena nueva al hogar

paterno y concluiría con la despedida de Harvey de los pescadores.

- Y cuarto bloque, muy breve, que nos contaría un trozo del futuro de los dos protagonistas jóvenes.

Una estructura clásica, por tanto, y que bien podríamos resumir acudiendo a la organización utilizada por las llamadas novelas bizantinas —recordemos el *Persiles* de Cervantes— y que las novelas de aventuras retomarían: separación (o desaparición) y reencuentro.

El narrador

La novela está contada desde la figura de un narrador en tercera persona no representado en el texto y del que por tanto desconocemos de manera explícita su condición biográfica. No podemos por tanto «identificarlo» plásticamente, si bien, a través de las opiniones y valores que expone, bien podríamos hacer un retrato moral e ideológico. Desde el punto de vista de su intervención en el relato, se corresponde con un narrador «omnisciente» y «omnipresente», capaz de estar en dos o más sitios al mismo tiempo y dotado de la facultad de conocer sentimientos y pensamientos internos de los personajes. Desde un punto de vista ideológico, el narrador defiende posturas conservadoras aunque liberales en temas como la educación, la disciplina, la obediencia, el trabajo o el dinero, y en ese sentido parece coincidir con el perfil ideológico del autor.

Estaríamos por tanto frente a un narrador que nos acompaña durante la lectura, comentándonos hechos y sembrando opiniones sobre esto o aquello. Sin embargo, no puede decirse que *acapare* la lectura dado que la presencia abundante de diálogos y descripciones de corte objetivo permite que el lector se construya libremente su interpretación de la novela.

Los personajes

Como hemos indicado, la construcción o representación de los diversos personajes se basa en muy distintos recursos. Algunos datos sobre su personalidad nos llegan a través del narrador: por sus opiniones o por su conocimiento de pensamientos o sentimientos. Otros aparecen gracias a los diálogos o a la narración de sus actos.

Harvey

En un primer momento, Harvey aparece como un personaje egoísta y odioso, maleducado y fatuo, inútil y perezoso, lleno de vanidad y amor propio. El único valor que reconoce es el dinero: «Tu padre puede bajar aquí si tiene tantas ganas de hablarme. Quiero que me lleve a Nueva York ahora mismo. Yo le pagaré». Pero también aparece dotado de cualidades positivas: curiosidad, capacidad de aprender, con confianza en sí mismo y con nobleza de fondo: «Está bien —dijo, bajando la vista confundido—. Me parece, Dan, que, para ser un tío al que

acaban de salvar de morir ahogado, no me he mostrado muy agradecido». Creo que esta mezcla de virtudes y defectos construyen a Harvey como un personaje dotado de cierta complejidad. Ocurre, sin embargo, que la nobleza de fondo perturba la lectura del tema de la novela, pues si Harvey es noble y bueno «en el fondo» inevitablemente hay que leer, en contraposición con lo señalado anteriormente, que, en realidad, *el hombre nace*. Pero es cierto también, y aquí la interpretación del tema se hace compleja e interesante, que el aprovechamiento o deterioro de esas cualidades van a depender del entorno: una familia demasiado tolerante —representada por la figura materna — lo conducirá al egoísmo; un entorno solidario y de esfuerzo —representado por Disko Troop— le conducirá al aprovechamiento positivo de sus facultades. Cierto también que en la novela el espíritu de competitividad y la ambición son presentadas como cualidades muy positivas que nunca son cuestionadas. Pero con todo podemos decir que las transformaciones del protagonista son el verdadero eje de la acción narrativa y que Harvey, merced a esa ola que parece personificar el destino, va a superar con acierto la prueba de pasar de un mundo donde el único valor es el dinero a otro donde los valores más fuertes son el trabajo, la solidaridad y la valentía personal. Toda una ceremonia de iniciación. En el barco descubrirá nuevos mundos, nuevas palabras, nuevos códigos. Con los pescadores descubre la realidad. De ahí ese acierto en la elección del nombre del barco: «Aquí estamos». Lo real.

Dan

El hijo de Disko y «colega» de Harvey durante toda la travesía actúa en los inicios de la aventura como un opuesto: frente al egoísmo caprichoso de aquel, Dan representa el esfuerzo, la obediencia y el respeto hacia los mayores y el mundo del trabajo. Luego pasará a ser su cómplice y amigo, y de alguna forma su consejero e instructor. Buen hijo, buen compañero. Con todo es un personaje plano, con poca autonomía y finalmente no logra levantarse —como personaje literario— más allá del lugar de simple escudero. Como un sirviente —y aquí la profecía del negro cocinero también se confirma— de su amo: Harvey.

Disko Troop

El pescador y patrón encarna sin duda el papel de «el maestro». Es él el que *educa* —es decir, extrae las cualidades positivas— al protagonista. No solo nos es presentado como un personaje dotado de sabiduría profesional —el que mejor conoce el banco de pesca, el que mejor sabe llevar el barco— sino ornado de la sabiduría humana: comprensión y clarividencia. Actúa casi como un si dejamos aparte su comienzo —el coscorrón—, típico de un seguidor de la vieja escuela de «la letra con la sangre entra». Como mentor, deja que Harvey

vaya descubriendo por sí solo sus necesidades y el gusto de aprender. Mide bien su progresión y responde con generosidad a sus esfuerzos. Digno y tradicional, Disko representa la ley, el orden, la responsabilidad. Con la historia del capitán Irenson demuestra además que sus criterios no se pliegan al gusto o a la opinión de las mayorías. Tiene carisma. Cumple con el papel de ser el padre que Harvey no tuvo. No deja de ser curioso al respecto que cuando el padre real entra en escena la figura de Disko se difumine. El padre real, el poderoso empresario, no solo pasa a ocupar un lugar hegemónico en la trama sino que parece robar a Disko su anterior papel. El señor Cheney se establece narrativamente y sin contradicciones como el padre biológico y el padre mentor, presentándose así como el real beneficiario de la aventura: no solo no perdió a su hijo sino que recuperó un Harvey mejor.

Los pescadores

Dejando aparte la configuración personal de cada uno de ellos y sin olvidar el meritorio esfuerzo que en la novela se lleva a cabo para su individuación a través del lenguaje de cada uno (y que una traducción difícilmente puede reflejar de forma plena), los pescadores forman el auténtico telón de fondo de la historia. Son ellos los que constituyen, con su disparidad y con su solidaridad, el verdadero espacio escolar de la novela y del protagonista. Ellos son el trabajo, la necesidad, la pesca, la heroicidad, la prudencia y, a su lado, la alegría de vivir, del trabajo bien hecho. Ellos son la comunidad, ese lugar que Harvey ignoraba: «Al cabo de una hora Harvey habría dado cualquier cosa por un momento de descanso […] la espalda le dolía de forma constante. Pero, por primera vez en su vida, se sentía parte de un grupo de hombres trabajadores. La idea le llenó de orgullo y siguió con la tarea adustamente».

El lenguaje

En una novela como esta, marcada por la presencia en el tema y en el argumento del espacio de la educación, parece inevitable que el lenguaje se incorpore a ese gran movimiento del conocer. Y así sucede. Llama la atención la presencia de las distintas formas de hablar de los marineros, pero lo que desde el punto de vista lingüístico resalta sobre todo es ese océano de palabras ligadas al mar, la pesca y la navegación. Una particularidad que sin duda encontramos en todas las novelas del mar[4], pero que en *Capitanes intrépidos* sobresale con fuerza propia. El lector, al tiempo que el protagonista, descubre un nuevo lenguaje, un nuevo código y cuando termina la lectura, sin aparente esfuerzo, reconoce una briza, un bauprés, un trinquete, una amura o un cabrestante.

Nota final

Que Kipling ocupa y ocupará siempre uno de los más altos lugares dentro de lo que viene en llamarse «literatura para

jóvenes» es indudable. Libros como esta novela o *Kim* o *El Libro de la Selva* le garantizan esa consideración. Pocos autores han abierto nuevos mundos a los jóvenes autores con la fuerza presente en sus obras. La magia de la literatura se descubre en sus páginas y ese descubrimiento será fuente de placer para muchas y nuevas generaciones de lectores. Cierto también que el lugar de Kipling dentro de la literatura universal difícilmente parece comparable al de Melville, un Tolstoi o un Flaubert. Heredero del costumbrismo y con ecos del naturalismo, Kipling representa un sentido de la literatura muy ligado al del artesano que trabaja con tesón y esfuerzo para dar buenas historias a su comunidad. Cierto que su idea de lo que esa comunidad necesita es más bien nostálgica y un tanto conservadora, pero no menos cierto que esa responsabilidad frente a su tiempo siempre estuvo presente.

Una historia ejemplar

Capitanes intrépidos nos cuenta una historia que quiere ser ejemplar: cómo alguien puede salir de la estupidez. No deja de ser un tanto confuso que frente al valor del trabajo y la solidaridad, en la novela —sobre todo en su tramo final— conviva cierta exaltación del capitalismo financiero y del empresario sin escrúpulos. Son las contradicciones esperables en la obra de un autor que, como Kipling, creía que el progreso económico era una forma de progreso moral y veía en el desarrollo técnico e industrial el camino hacia una humanidad armónica en sus desigualdades. De ahí que en la novela conviva una idea de la educación como encuentro con los otros y por tanto como un medio parta llegar a servir a la comunidad y una idea clasista de los estudios como mero medio de medro personal. Pero la novela no cierra sus significados en ese final en que el héroe decide estudiar —por consejo de su padre— leyes para luego gestionar mejor la herencia. Frente a esta noción de la educación como capital invertido. *Capitanes intrépidos* nos pone delante otra dirección de sentido: educarse es aprender a visir en común. La medida del hombre no es su capital. La medida del hombre es su comunidad. Cuando Harvey cae al mar empieza a caer en la cuenta. Y eso es lo que también se cuenta en esta novela inolvidable.

CONSTANTINO BÉRTOLO CADENAS

Bibliografía

Las obras completas de Kipling aparecieron en Janés, 1951. Así pues, solo anotamos las traducciones más antiguas e interesantes.

AÑO	TÍTULO ORIGINAL	TÍTULO CASTELLANO
1881	*Schoolboy Lyrics*[1]	Rimas escolares
1886	*Departmental Ditties*	Sátiras provinciales
1888	*Plain Tales from the Hills*[2]	Cuentos de las montañas (1900)
1889	*From Sea to Sea*	De mar a mar
1890	*Three Soldiers*	Tres soldados (1948)
1890	*We Willie Winkie*	Nosotros, los Willie Winkie
1890	*The Light that Failed*	En tinieblas (1956)
1891	*Life's Handicap*	Inconvenientes de la vida
1892	*The Naulahka*	The Naulahka
1892	*Barrack-Room Ballads*	*Gunga Din* (1946)
1893	*Many Inventions*	Figuraciones varias
1894	*The Jungle Book*	*El libro de la selva* (1944)
1895	*The Second Jungle Book*	*El segundo libro de la selva* (1948)
1896	*The Seven Seas*	Los siete mares
1897	*Captains Courageous*	*Capitanes intrépidos* (1940)
1898	*The Day's Work*	El trabajo diario
1899	*Stalky & Co.*	*Stalky & Co.* (1968)
1901	*Kim*	*Kim* (1941)
1902	*Just So Stories*	*Precisamente así* (1983)
1903	*The Five Nations*	Las cinco naciones
1904	*Traffic and Discoveries*	Singladuras y descubrimientos
1906	*Puck of Book's Hill*	*Puck* (1945)
1909	*Actions and Reactions*	Hechos y reacciones
1910	*Rewards and Fairies*	*Prodigios y recompensas* (1982)
1913	*Letters of Travel*	Cartas de viaje
1913	*Songs from Books*	Poemas de libros
1917	*A Diversity of Creatures*	Distintos personajes
1919	*The Years Between*	Los años intermedios
1923	*Land and Sea Tales*	*Mar y Tierra* (1958)
1923	*The Irish Guard in the Great War*	La Guardia Irlandesa en la Gran Guerra
1926	*Debits and Credits*	Activos y pasivos

1927	*Brazilian Sketches*	Escenas brasileñas
1928	*A Book of Words*	El libro de las palabras
1930	*Thy Servant a Dog*	Tu servidor el perro
1932	*Limits and Renewals*	*Límites y horizontes* (1958)
1937	*Something of Myself* (obra póstuma)	*Algo sobre mí mismo* (1945)

Notas

[1] Ciudad del estado de California, junto a la bahía del mismo nombre. <<

[2] Los montes Adirondacks constituyen un macizo montañoso del estado de Nueva York.

Lakewood es una ciudad del estado de Ohio, junto al lago Erie.

Hot Springs es una ciudad del estado de Arkansas; es un centro turístico en los alrededores del parque nacional homónimo, célebre por sus aguas termales. <<

[3] «Con». (En alemán en el original). <<

[4] Tenga en cuenta el lector que todos los términos marítimos, que aparecen resaltados con un asterisco, están recogidos en un glosario al final de la obra. <<

[5] Ciudad del estado de Massachusetts, en las proximidades del lago Ann, al nordeste de Boston; es un puerto pesquero y estación balnearia. <<

[6] La isla Sable, o Cape Sable Island, se halla en el Atlántico, frente a Nueva Escocia, en Canadá. <<

[7] Condado de Gran Bretaña, en el sur de Inglaterra, que se extiende desde el estuario del Támesis y los arrabales nordorientales de Londres hasta el río Stour. <<

[1] Long Island es una isla del sudeste del estado de Nueva York, separada del continente por un estrecho, el Long Island Sound. El sudoeste de la isla está incluido en el área urbana y portuaria de Nueva York (barrio de Brooklyn, Queens, etc.).

New Hampshire es un estado de Estados Unidos, en Nueva Inglaterra, ribereño del océano Atlántico. <<

[2] Quinto de los profetas menores de Israel (siglo VIII a. C.). Son numerosísimas las representaciones iconográficas de Jonás tragado y arrojado por la ballena, símbolo de la resurrección de Cristo. <<

[3] Ciudad y puerto de la República de Irlanda, provincia de Connacht, en la orilla norte de la bahía del mismo nombre. **<<**

[4] Trastorno de carácter doloroso, especialmente de tipo gástrico, que no va acompañado de alteraciones orgánicas del estómago. A veces, la dispepsia es de etiología neurovegetativa, por choques afectivos o morales. <<

[5] Isla de Canadá, en Nueva Escocia, situaba a la entrada del San Lorenzo. <<

[6] Uno de los grandes grupos en que los lingüistas dividen el dominio céltico, y que comprende el gaélico de Escocia, o erse, y el gaélico de Irlanda. <<

[7] Isla de las Pequeñas Antillas (islas de Barlovento). <<

[8] Guantes que dejan los dedos al descubierto. <<

[1] Ciudad de Canadá, en Ontario, a orillas del Thames. <<

[2] Localidad situada en los montes Adirondacks. En 1884. Edward L. Trudeau fundó un centro para tuberculosos, en el que Robert Louis Stevenson pasó el invierno de 1887-1888, y en el que escribió su obra *El señor de Ballantrae*. <<

[3] Pleuronectiforme de hasta 3 m de longitud y 200 kg de peso, cuerpo oval, bastante alargado, y ambos ojos en el lado derecho. De carne muy apreciada, vive en los mares del Norte. <<

[4] Castigo que, para corregir delitos graves, se imponía al tripulante de una nave, y que consistía en hacerle pasar, atado, por debajo de la embarcación. <<

[5] Los Hermanos moravos es una comunidad religiosa creada a mediados del siglo XV en la región de Moravia, en Bohemia. Por su doctrina se relacionan con el luteranismo, y es importante su actividad misionera. Existen cinco ramas: la alemana, la británica, la norteamericana, la sudamericana y la bohemia. <<

[6] Ciudad del estado de Pennsylvania, en el norte de los Apalaches, al este de Pittsburgh. <<

[7] Ciudad del estado de Ohio, junto al lago Erie. **<<**

[8] Efectivamente, el 31 de mayo de 1889, un accidente en la presa de South Fork provocó la inundación del valle de Conemaugh, causando la muerte a más de 2200 personas, 777 de las cuales no pudieron ser identificadas. <<

[9] Ciudad del estado de Pennsylvania, en la orilla derecha del río Ohio. <<

[10] Punta de la costa oriental de Estados Unidos, en Carolina del Norte, formada por una flecha arenosa que separa el océano Atlántico de la laguna de Pamplico. <<

[11] Ciudad del condado de Rockingham, en el estado de New Hampshire. <<

[12] La Iglesia Episcopaliana es la Iglesia anglicana de Estados Unidos. Es de las más antiguas del país; su órgano legislativo es la Convención general, formada por la cámara de los obispos y la de los diputados, integrada por laicos y sacerdotes. En 1970 la Convención se pronunció a favor de la admisión de las mujeres al diaconado. El baptismo es una doctrina según la cual el bautismo solo puede ser administrado a los adultos, previa profesión de fe y de arrepentimiento, y preferentemente por inmersión. **<<**

[13] Ciudad y puerto del condado de Barnstable, en el sudeste del estado de Massachusetts. <<

[14] ¿No sería el Gemsbock, de la marina de los Estados Unidos? (*Nota del autor*). <<

[15] Ciudad y puerto del condado de Carteret, en el estado de Carolina del Norte. Durante el siglo XVIII y parte del XIX fue una base de piratas, hasta que en 1862 fue tomada por las tropas de la Unión. <<

[16] Flecha de arena que bordea en parte la costa meridional de Long Island, al oeste de Nueva York. Tiene más de 50 km de longitud. <<

[17] Golfo del Atlántico, que se adentra unos 270 km en el interior del continente americano, entre nueva Escocia al Este y Maine y Nueva Brunswick al Oeste. En la boca tiene 80 km de anchura y en el interior oscila entre 40 y 60 kilómetros. <<

[1] Ciudad del estado de Massachusetts, en la costa atlántica, al nordeste de Boston. Posee un importante puerto de cabotaje. <<

[2] Pleuronectiforme comestible, que alcanza los 70 cm de longitud, dotado de una hilera de tubérculos óseos que va desde los ojos hasta la aleta pectoral. Muy común en el océano Atlántico, sube a menudo por los estuarios y realiza migraciones. <<

[3] John Greenleaf Whittier (1807-1892), poeta estadounidense. De formación autodidacta, fue mozo de labranza, zapatero y periodista. Su obra se caracteriza por su ingenua espontaneidad y por la frecuencia de lugares comunes y de referencias a personajes y hechos de su tiempo. *Paseo en carreta del capitán Ireson* (*Skipper Ireson's Ride*) es una de sus baladas, y fue publicada en 1857. En ella narra los hechos que a continuación nos relata Disko Troop.

Marblehhead es una ciudad del condado de Essex en el estado de Massachusetts, al nordeste de Boston. <<

[4] Se trata de la segunda guerra de independencia de Estados Unidos. <<

[5] Ciudad del estado de Maine, en la bahía de Casco. Realiza cabotaje con Boston y sus barcos pesqueros llegan hasta Nueva Inglaterra y Terranova. **<<**

[6] Terminación de la península del cabo Cod, en el estado de Massachusetts. Es una larga y estrecha lengua de tierra que se interna en el Atlántico hacia el Nordeste. <<

[7] Ciudad del condado de Barnstable, en el estado de Massachusetts, situada en la punta sudoriental del cabo Cod. <<

[8] Así en el original inglés. <<

[9] Los británicos llaman Jonás a las cosas y personas que traen mala suerte, es decir, a los gafes. <<

[10] Río de Canadá, del distrito de Nuevo Quebec, en la península de Labrador, que desemboca en la bahía de Ungava. <<

[11] Aves marinas de la familia de los proceláridos, de pequeño tamaño y color negruzco, con manchas blancas en el obispillo, que permanecen todo el año en alta mar, y solo acuden a tierra para reproducirse, ya que cuando están cansadas reposan sobre el agua. <<

[12] Isla de Francia, en el golfo San Lorenzo, cerca de la costa meridional de Terranova, constituida, al Norte, por la isla de Grande Miquelon, unida, desde finales del siglo XVIII, por un istmo de arena a Langlade, o Petite Miquelon. Los dos Miquelon, franceses desde 1763, forman con Saint-Pierre un territorio francés de ultramar. De Judique no hemos conseguido recabar información. <<

[13] En el original inglés. Bay of Bulls, de la que no hemos logrado información. <<

[14] Patrick Henry (1736-1799), político norteamericano y gran orador, puso su excepcional elocuencia al servicio de la independencia de los Estados Unidos de América. <<

[1] Ciudad del estado de Ohio, en la desembocadura del Maumee, en el extremo sudoccidental del lago Erie. Posee un puerto muy activo, con un importantísimo tráfico anual de mercancías. <<

[2] El *Old Farmer's Almanac* es una publicación anual estadounidense que fue editada por primera vez en 1792 por Robert B. Thomas para el año 1793. En él aparecen predicciones metereológicos, tablas de astronomía y astrologia, recetas, chistes, etc., dirigidos al mundo rural. <<

[3] De todas estas publicaciones, solo hemos conseguido localizar *The New American Practical Navigator*, de Nathaniel Bowditch (1773-1834), matemático y astrónomo estadounidense que en 1799 revisó *The Practical Navigator*, obra del inglés J. H. Moore, y publicó en 1802 la citada obra, que fue adoptada por el Departamento de Marina de los Estados Unidos, alcanzando las sesenta ediciones. <<

[4] David Glasgow Farragut (1801-1870), almirante estadounidense, tomó parte la guerra contra Gran Bretaña (1812-1814) y, junto a las tropas nordistas, en la guerra de Secesión. En 1867 recibió el mando de las tropas norteamericanas en Europa. <<

[5] Existen dos ciudades estadounidenses con ese nombre: una, en el estado de Nueva York, junto al Mohawk; y otra, en el estado de Georgia, en la confluencia del Etowah y del Ostanaula. <<

[6] Alusión a *Antigüedades judaicas*, obra histórica en 20 libros del historiador judío Flavio Josefo (37-c. 100), que contiene la historia del pueblo judío desde la creación del mundo hasta el año 12 del reinado de Nerón. <<

[7] William Kidd (1645-1701), pirata inglés que en 1695 recibió el grado de capitán y patente de corso con la misión de reprimir la piratería. De hecho, no tardó en asociarse con los principales piratas, ejerciendo sus lucrativas actividades alrededor de Madagascar. Al fin, fue arrestado y enviado a Londres, donde fue juzgado y ejecutado. <<

[8] Estado del nordeste de los Estados Unidos, en Nueva Inglaterra, cuya capital es Augusta. <<

[9] Isla del sudeste del estado de Maine, en el condado de Hancock. <<

[10] «Portezuelas». (En francés en el original).

De Vantine no hemos conseguido información. <<

[11] Extremo meridional de América del Sur, situado en la isla de Hornos, en Chile. Es un acantilado, casi vertical, cuyos alrededores son azotados por vientos huracanados de dirección variable. <<

[12] Columbiforme de la familia de los ráfidos, del tamaño de un cisne, con cabeza y pico grandes, alas cortas, impropias para el vuelo, y patas robustas con cuatro dedos. Vivía en la isla Mauricio y en la de Reunión, y se extinguió a finales del siglo XVII. <<

[13] La isla del Príncipe Eduardo se halla cerca de la costa meridional del golfo de San Lorenzo y está separada del continente por el estrecho de Northumberland; constituye una provincia de Canadá.

Para Cabo Bretón véase la nota 5 del Capítulo II.

De Coudray no hemos logrado recabar información. <<

[14] Ciudad del condado de Barnstable, en el estado de Massachusetts, al norte del cabo Cod. <<

[15] Manojos de hojas de tabaco. <<

[16] «Detrás de la casa de mi tía / hay un hermoso bosque, / y allí canta el ruiseñor / y canta de noche y de día… / ¿Qué le darías tú, bella mía, / a quien te lo trajese hasta aquí? / Yo le daría Quebec, Sorel y Saint-Denis». (En francés en el original). <<

[17] Miembro de la masonería o francmasonería. <<

[1] Masa del hueso de la aceituna después de molida y prensada. <<

[2] Isla del sector occidental del archipiélago de las Azores. <<

[3] Isla de la costa occidental de Groenlandia, que cierra por el Norte la bahía de Disko. Su capital es Godhavn. <<

[1] Posible alusión al Provident Life and Trust Company Bank (Banco Fideicomisario y Vida Previsora), que se encontraba en la ciudad de Filadelfia, en el estado de Pennsylvania. <<

[1] Peces de la familia de los gádidos, de unos 15 cm de longitud, de tronco alto, hocico puntiagudo, con tres aletas dorsales y de color amarillo pardusco o grisáceo. <<

[2] Distancia o longitud de 125 pasos geométricos, que viene a ser la octava parte de una milla, que se regula por mil pasos. En este caso equivaldrían, pues, a unos seiscientos metros. <<

[3] Medida inglesa de superficie, que en la actualidad equivale en Inglaterra a 4840 yardas, es decir, a 40 áreas y 47 centiáreas. <<

[4] Algas en cuyo talo hay una parte que cuida de la adhesión al sustrato (rizoide), y un estirpe resistente y más o menos largo, con una parte laminar dividida por un nervio central. <<

[5] Ciudad del condado de Essex, en el nordeste del estado de Massachusetts, en la rada de Beverly, una ensenada del océano Atlántico, justo al norte de Salem. <<

[6] Ciudad del estado de Maryland, junto al Patapsco. Posee un excelente puerto en la bahía de Chesapeake. **<<**

[7] «La cangreja / que va a girar / rueda y se inclina / para arrastrarme. / ¡Oh, Virgen María, / ruega por mí, Señor! / ¡Adiós, patria; / Quebec, adiós!». (En francés en el original). <<

[8] Ciudad del estado de Maine, en la bahía de Passamaquoddy, en el océano Atlántico. Es la ciudad más oriental de los Estados Unidos. <<

[9] Jersey City, ciudad del estado de Nueva Jersey, en la orilla occidental del Hudson y de la Upper Bay, frente a Nueva York. <<

[1] Ciudad del estado de Wisconsin, en la orilla occidental del lago Michigan, en la desembocadura del río Milwaukee. <<

[2] Capital de Kansas, a orillas del Kansas, al oeste de Kansas City. <<

[3] Aquí, Kipling juega con las palabras *bear*, que significa tanto «oso» como «bajista», es decir, persona que juega a la baja en la Bolsa, y *bull*, que significa «toro» y «alcista», o persona que juega al alza en la Bolsa. <<

[4] Alusión a las Montañas Rocosas, que recorren el país de Norte a Sur, desde el estado de Montana hasta el de Nuevo México. <<

[5] Piel curtida de macho cabrío o de cabra. A partir del siglo VIII, y por influjo de los artesanos árabes, España gozó de fama mundial por la excelencia de sus cordobanes, que se decoran con motivos en relieve, grabados o gofrados, a veces pintados y recamados de oro y plata. <<

[6] Una de las mayores empresas mundiales, creada por el industrial alemán Friedrich Krupp (1787-1826), quien abrió una empresa para la producción de acero. A lo largo del siglo XIX y hasta el final de la Segunda Guerra Mundial, fue la más importante empresa constructora de material bélico y de maquinaria pesada. En 1967, la participación estatal en ella hizo que se convirtiese en una sociedad anónima, perdiendo su carácter familiar. <<

[7] Ciudad de Japón, en la isla de Honshu, en el oeste de la bahía de Tokio, capital de la prefectura de Kanagawa. Pueblo de pescadores, fue abierto en 1859 a los comerciantes europeos y, gracias a la proximidad de Tokio, se desarrolló rápidamente. <<

[8] Salmo 73, 7. <<

[1] Denominación que se aplica al conjunto de tres provincias de Canadá: Nueva Escocia, Nueva Brunswick e Isla del Príncipe Eduardo. <<

[2] Brazo de mar poco profundo que se halla en la costa septentrional del estado de Carolina del Norte. <<

[3] Importante puerto pesquero de Gran Bretaña, en el condado de Devonshire, en el canal de la Mancha. En él desembarcó Guillermo de Orange el 5 de noviembre de 1688. <<

[4] Kipling utiliza aquí el vocablo *dago*, término despectivo aplicado a españoles, portugueses e italianos por los británicos. <<

[5] La Lelan Stanford Jr. University, más conocida como Universidad de Stanford, fue fundada por el senador Leland Stanford (1824-1893) en 1885 en honor de su hijo, muerto a los 15 años, y se halla en Palo Alto, California, a unos 50 km de San Francisco. <<

[1] Se pueden consultar los siguientes títulos de Tus Libros: *Puck de la colina de Pook* (número 73) y *El Libro de la Selva* (número 142). **<<**

[2] Publicada en esta colección. <<

[3] Véase el estudio dedicado a la novela de aventuras en *La hija del Capitán*, número 34 de Tus Libros. <<

[4] Véase la introducción a las aventuras marineras que se encuentra en *El Chancellor*, número 66 de Tus Libros. <<

[1] Edición no venal, publicada en la India por la madre de Kipling. <<

[2] Refundida en 1890 en *Three Soldiers* y *We Willie Winkie.* <<